



..... IGUALDAD DE LAS RAZAS HUMANAS

ANTROPOLOGÍA POSITIVA

ANTÉNOR FIRMIN

Anténor Firmin

De la igualdad de las
razas humanas

(Haiti)

Aula 2



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES. LA HABANA. 2013

Edición tomada de *De l'Égalité des races humaines (Anthropologie positive)*, Librairie Cotillom, F. Pichon, Successeur, Imprimeur-Editeur, Paris, 1885.
Primera traducción al español de Jean Maxius Bernard.

Traducción: Aurora Fibla Madrigal

Edición: Norma Suárez Suárez

Diseño de cubierta e interior: Maikel Martínez Pupo

Realización: Maikel Martínez Pupo

Composición digitalizada: Bárbara Alina Fernández Portal

Corrección: Roberto Viña y Norma Suárez Suárez

© Aurora Fibla Madrigal, 2012

© Sobre la presente edición:

Editorial de Ciencias Sociales, 2013

ISBN 978-959-06-1359-3

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO

Editorial de Ciencias Sociales

Calle 14, no. 4104 entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba

editorialmi@cubarte.cult.cu

HONOR ETERNO AL HAITIANO EXTRAORDINARIO

Muchos genios son a menudo marginados por los estudios superficiales realizados a sus obras, no obstante la riqueza de su pensamiento y aportes a la ciencia. Anténor Firmin es uno de esos genios relegados y tal vez olvidados.

Este eminente escritor haitiano es considerado como un teórico elemental o como un visionario, incluso como un soñador apasionado de especulaciones. Si se hubiese estudiado sus obras y el papel desempeñado, tanto en Haití como en el extranjero, se le llamaría —como lo sugirió José Martí—, «el haitiano extraordinario».¹

¿Quién era Anténor Firmin cuya memoria merece ser honrada? ¿Qué ha hecho para ser distinguido por el gran patriota cubano? Un simple análisis a su vida y obra ayudará a comprender la genialidad de este mulato haitiano y el fundamento de la admiración de Martí.

¹ José Martí: *Obras completas*, «Carta del 9 de junio de 1893 dirigida a Figueroa», Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, t. 2, p. 353.

ban a Martí en Dos Ríos. El Instituto Cubano del Libro y su Editorial de Ciencias Sociales contribuyen ahora a que el libro cumbre del sabio Firmin –cuya traducción al español está en proceso editorial cuando se escribe el presente proceso editorial cuando se escribe el presente prólogo– ocupe el lugar que le corresponde, y sea conocido a esa altura, en la estirpe del más elevado pensamiento de la emancipación fraguado, con vocación y alcance de humanidad, en nuestra América.

Luis Toledo Sande
La Habana, 10 de octubre de 2012.

A HAITÍ

Pueda este libro ser meditado y contribuir a acelerar el movimiento de regeneración que realiza mi raza bajo el cielo azul y claro de las Antillas.

¡Pueda inspirar a todos los hijos de la raza negra, dispersos en la tierra inmensa, el amor al progreso, a la justicia y a la libertad! Dedicándolo a Haití, lo dedico a todos ellos, a los desheredados del presente y a los gigantes del porvenir.

ANTÉNOA FIRMIN

PREFACIO*

El azar participa, en notable medida, de todas las cosas humanas. Cuando llegué a París no pensaba en modo alguno escribir un libro como este. Por mi profesión de abogado y los estudios realizados, me sentía especialmente dispuesto a ocuparme de cuestiones relacionadas a las ciencias morales y políticas, no tenía idea de trasladar mi atención hacia una esfera en la que se me podría considerar un profano.

La mayoría de mis amigos pensaban, incluso, que aprovecharía mi estancia en la gran capital para seguir estudios de Derecho y obtener así los títulos de licenciatura y de doctorado. Hubiera sido, ciertamente, un resultado digno de mis deseos, no de las exigencias de la solidaridad y de las obligaciones familiares. Sin embargo, amén de cualquier otra razón, creo que cuando uno ha trabajado de manera consciente en su país para merecer el título que posee, es inútil reiniciar una carrera de estudiante en

* En esta edición no se han mantenido exactamente las equivalencias de todos los términos en francés, muchos de los cuales ya han evolucionado tanto en las lenguas francesas como españolas. No obstante, se mantuvieron en la traducción giros estilísticos del texto que dan una idea de época en que fue escrita (*Nota de la Traductora*).

una rama del conocimiento ya transitada con más o menos éxito. Hay otras necesidades espirituales que exigen también ser satisfechas. Al hacerlo se compensa ampliamente la falta de un título muy apreciable, pero cuya ausencia no le quita mérito alguno al trabajo realizado fuera de las universidades europeas.

Fue eso lo que me motivó a llevar a cabo esta obra. El doctor Auburtin, sobre cuyo carácter simpático y liberal ningún elogio sería suficiente, se reunió varias veces conmigo, y con la deferencia de encontrar interesantes las conversaciones que sostuvimos, me hizo el generoso ofrecimiento de proponerme para la votación de la Sociedad de Antropología de París. Yo lo acepté con gratitud, pues por ser espontáneo tenía más valor aún, ya que mis estudios generales me permitían aprovechar de inmediato los trabajos de esta sociedad, en la que tantos hombres eminentes se reúnen para discutir los asuntos más elevados y más interesantes que uno se pueda imaginar, dado que se trata del estudio del hombre.

La recomendación del señor Auburtin tuvo éxito. Presentado por él y por los señores Mortillet y Janvier, fui elegido miembro titular de esta sabia sociedad, en su sesión del 17 de julio del año pasado. Les manifesté ahora mi gran y profundo reconocimiento.

No tengo que ocultarlo. Mi mente siempre se ha sentido disgustada al leer diversos libros que afirman, dogmáticamente, la desigualdad de las razas humanas y la inferioridad congénita de la negra. Convertido ya en miembro de la Sociedad de Antropología de París, ¿no debía esto parecerme aún más incomprensible e ilógico? ¿Es natural acaso ver ocupar un sitio dentro de la misma sociedad y con el mismo rango a hombres que la misma ciencia que se supone que ellos representan, declaran desiguales?

Al reanudar nuestros trabajos, desde finales del año pasado, yo hubiera podido provocar, dentro de la Sociedad, una discusión para aclarar esta cuestión, o, por lo menos, para conocer las razones científicas que autorizan a la mayoría de mis sabios colegas a dividir a la especie humana en razas superiores y razas inferiores; pero, ¿no hubiera sido considerado como un intruso? Un cuestionamiento desafortunado, ¿no habría hecho fracasar mi planteo previo a su examen? El sentido común, simplemente,

me conducía a una duda legítima. Fue entonces cuando concebí la idea de escribir este libro, que me atrevo a recomendar para su meditación e indulgencia a los hombres especiales. Todo lo que puedan encontrar de bueno en él hay que atribuirlo a la excelencia del método positivo que he tratado de aplicar en la antropología, apoyando todas mis inducciones en los principios ya reconocidos por las ciencias definitivamente establecidas. Al haber esto, el estudio de los temas antropológicos adopta un carácter cuyo valor es indiscutible.

Es cierto que un asunto como ese requiere largos y laboriosos estudios. La precipitación con que lo he tratado puede ir en contra del resultado deseado. Pero no tendré siempre ociosos involuntarios. El tiempo apremia, y desconozco si, entre mis congéneres de la raza negra, haya quienes cuenten con la suficiente suma de buena voluntad y paciencia como la que me hizo falta emplear para elaborar, combinar y presentar los argumentos y las investigaciones de la manera en que me he esforzado en hacerlo.

¿He logrado en alguna medida, en mi libro, la claridad, la precisión, todos los atractivos que capturan la mente y producen ese encanto de las obras destinadas a promover ideas justas, pero todavía cuestionadas y desconocidas? No me atrevo a esperar tanto. Nunca he tenido plena confianza en mi talento como estilista. Además, las condiciones morales en las cuales me encontraba al escribir la tesis sobre la igualdad de las razas, ejercieron seguramente en mi mente una influencia deprimente y afectaron la elegancia y sobre todo el alcance de las expresiones, que dependen siempre de la buena salud espiritual, del ardor expansivo del corazón.

Sin duda, aquí y allá, se me han escapado algunas incorrecciones. Pido al lector total indulgencia y le ruego que considere las dificultades de los temas que he tenido que abarcar y la prisa que las circunstancias, por decirlo así, me han impuesto. Tal vez he confiado demasiado en mis fuerzas. A veces me di cuenta. Solo mi sed de verdad y mi necesidad de ver la luz me han sostenido en el transcurso de este trabajo. Sin embargo, sea cual sea el resultado que obtenga, jamás lamentaré haberme dedicado a él.

En esta masa flotante de la humanidad que gira sobre sí misma —dijo el señor Mason—, hay un movimiento ordenado. Nuestro pequeño círculo es parte de un gran círculo y nuestra mente se satisface en cada instante en que percibe una verdad nueva. La búsqueda de esta verdad fortalece la inteligencia: se produce así la selección natural de la mente. Y mientras que algunos se cansan y son incapaces de ir más lejos, otros van hacia adelante y se fortalecen con el esfuerzo.¹

En todo caso, al defender la tesis que fundamenta este volumen, me he esforzado sobre todo por estar a la altura del beneplácito con que lo recibió la Sociedad de Antropología de París. Es mi reconocimiento a cada uno de sus miembros, mis honorables colegas. A menudo encuentro contradicción con la mayoría de los antropólogos y sus opiniones; sin embargo, respeto y honro infinitamente su alto valor intelectual. Me gusta creer que cuando reflexionen acerca de todas las cuestiones que planteo en mi objeción, se inclinarán por modificar sus opiniones con respecto a las capacidades de mi raza. No porque piense que haya realizado excelentemente la tarea que me he impuesto; pero a los hombres inteligentes y cultos es suficiente con exponerles un orden en las ideas, para que la verdad relumbrante ante sus ojos con una elocuente evidencia: *Verum animo satis hoc vestigia parva sagaci sunt*.²

Soy negro. Por otro lado, siempre he considerado el culto a la ciencia como lo único verdadero, lo único digno de atención constante y de abnegación infinita de todo hombre que se deja guiar por el razonamiento libre. ¿Cómo podría yo, entonces, conciliar las conclusiones negativas que al parecer se extraen de esta misma ciencia sobre las aptitudes de los negros, con esta veneración apasionada y profunda que es una imperiosa necesidad de mi espíritu? ¿Podría acaso abstraerme del rango de mis congéneres y considerarme como una excepción entre otras

excepciones? Soy ciertamente demasiado lógico en mis concepciones como para detenerme en considerar una afirmación tan orgullosa, engañosa y loca.

No existe diferencia alguna entre el negro de África y el de Haití. Jamás podría entender que, cuando se habla de la inferioridad de la raza negra, se aluda más al primero que al segundo. Aunque a mí me complaciera un pensamiento tan mentiroso y sin validez, la realidad, que no miente, me haría sentir en todo momento que fui totalmente atrapado por el desprecio sistemático que se profesa contra el africano. Si el negro antillano da pruebas de una inteligencia superior, si demuestra tener habilidades que no poseían sus ancestros, es a estos a quienes se los debe, al menos en parte, por haber heredado de ellos el primer germen mental que la selección ha desarrollado y fortalecido en él.

Haití debe servir para la rehabilitación de África. Es por eso que he tomado mis ejemplos solo de la república haitiana cada vez que tenía que demostrar las cualidades morales e intelectuales de la raza negra. Del negro al mulato hay un buen número de cruzamientos antropológicos. Ya he mencionado bastantes nombres, y lamento que el carácter de mi trabajo y el miedo a la monotonía no me hayan permitido citar más. Aunque sí me gustaría nombrar, junto con los otros ejemplos de la raza haitiana, a los señores Alfred Box, Anselin, Nelson Desroches, Edmond Roumain, Georges Sylvain y Edmond Cantin; así como muchos otros brillantes jóvenes intelectuales, sino fuera por el temor a fallar que tanto he tratado de evitar en este libro.

Pero, ¿Haití ofrece uno de los ejemplos más alentadores a favor de la raza que tiene el orgullo de representar entre los pueblos civilizados? ¿Cómo prueba la posesión de cualidades que se niegan a los negros africanos? Para responder correctamente a estas preguntas, sería necesario desarrollar una nueva tesis que requeriría al menos la escritura de un extenso volumen. Además muchos de mis compatriotas ya la han desarrollado de manera brillante. Basta con leerlas para comprobar todo lo que hay de lógica profunda y de ciencia minuciosa en los argumentos que han sabido extraer de la sociología y de la filosofía de la historia.

¹ «L'anthropologie, son domaine et son but», en *Revue scientifique*, 1^{ro} de décembre, 1883.

² Lucrecio: *De natura rerum*, Libro I, v. 396.

Pero ante todo hay que comenzar por preguntarse: si la teoría de la desigualdad de las razas ha creado los más estúpidos prejuicios, ha producido uno de los más perjudiciales antagonismos entre los componentes del pueblo haitiano, ¿no es acaso la causa más evidente de las discrepancias y de las rivalidades internas que han frenado y aniquilado las mejores capacidades de esta joven y orgullosa nación? ¿La ausencia de todo estímulo real para su desarrollo social no se debe a la desacertada creencia que se tiene de su inferioridad? ¿No habría que atribuir todas las calamidades que se han desatado sobre ella a las pretensiones siempre ridículas de los unos y a las reclamaciones a menudo torpes de los otros? Para obtener todos los resultados que tenemos el derecho de exigir a la raza haitiana, hay que esperar que, una vez que la enseñanza se extienda sin reservas en las masas, logre por fin reprimir y destruir todos esos prejuicios que son como una piedra que obstruye el avance del progreso.

Esta era llegar a indefectiblemente. Otros pueblos más antiguos han vivido de forma penosa durante mucho tiempo en el desorden y la barbarie; pero a la hora señalada por el destino, el sol del progreso y de la regeneración apareció en el horizonte nacional, sin que ningún obstáculo pudiera apagar esa luz. Encuentro en estos ejemplos, elocuentes y significativos, una fuerza reconfortante, una esperanza firme.

No se crea, sin embargo, que acepto sin reservas el método que consiste en recurrir siempre a comparaciones históricas cuando se trata de justificar un error o prácticas desafortunadas en la vida de un pueblo joven. Estas comparaciones tienen un motivo racional, pueden demostrar que todos los pueblos y todas las razas que han alcanzado la civilización, antes de lograrlo, atravesaron fatalmente un período más o menos largo de tanteos y de una organización inferior. ¿No constituirían, sin embargo, un verdadero peligro, si se les usara para justificar determinados abusos, que tienen sin duda precedentes históricos, pero cuya influencia ha sido reconocida, por lo general como perjudicial para toda evolución social?

El estudio del pasado, si se entiende así, en vez de ser beneficioso para los pueblos jóvenes a los que debemos estimular en la búsqueda de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, solo serviría para inspirar una apatía perniciosa, una indolencia mortífera contraria a toda acción reformadora y evolucionista. Llegados por un razonamiento falso, podrían convencerse muy bien de que tienen la libertad de continuar por las vías menos progresistas, pues ilustres naciones lo han hecho durante mucho tiempo. Este es un error que hace falta evitar. Por otra parte, a pesar de que reconozco que la raza negra de Haití ha evolucionado con una rapidez asombrosa, no puedo de manera alguna negar que le hace falta realizar muchos esfuerzos, todavía, para terminar con ciertas costumbres que pueden paralizar su desarrollo. Cuando se anda con retraso, no conviene entretenerse en el camino.

No me creo ni un valiente ni un sabio. Trato solo de aportar mi abnegación y mi buena voluntad a la verdad que trato de defender. Qué orgulloso me sentiría si todos los hombres negros y sus descendientes se convencieran por la lectura de este libro de que tienen el deber de trabajar, de superarse continuamente para librar a su raza de lo que se le imputa injustamente y que desde hace tanto tiempo le abate. ¡Qué feliz me haría ver a mi país —al que amo y venero infinitamente por sus mismas desgracias y su existencia laboriosa— comprender al final que tiene una tarea muy especial y delicada que cumplir: la de mostrar al mundo entero que todos los hombres, negros o blancos, son iguales por sus cualidades como lo son en cuanto a derechos! Tengo una profunda convicción: una viva y luminosa esperanza me dice que este deseo se realizará.

Por otra parte, ¿las propias leyes de la evolución acaso no indican y justifican esta aspiración? Una vez en movimiento, ¿no es el destino ineluctable de toda sociedad humana caminar, perseverar en la búsqueda del perfeccionamiento? Basta, en efecto, con liberar las fuerzas morales, que son el alma del progreso de cualquier represión paralizante, para que el desarrollo gradual y armónico se produzca espontáneamente, por la misma elasticidad de todo organismo social. Un pueblo joven y vigoroso debe apelar también a la libertad como principio para

su salvación. Todas las leyes naturales y sociológicas se conjuntan para proclamar esta verdad.

Tanto en Haití como en todas partes, la raza negra necesita la libertad, una libertad real, efectiva, civil y política, para desarrollarse y progresar. Si la esclavitud horroriza, horrible también le debe parecer el despotismo. Porque el despotismo no es otra cosa que una esclavitud moral; permite la libertad de movimientos a los pies y las manos, pero encadena y engarrotta el alma humana, asfixiando el pensamiento. ¡Por lo que, es indispensable recordar que es el alma, es decir, la fuerza de la inteligencia y de la mente, la que opera interiormente la transformación, la redención y la recuperación de todas las razas, bajo el impulso de una voluntad libre, iluminada, libre de toda opresión tiránica!

Desde el señor Gobineau, cegado por la pasión, hasta el señor Bonneau, a menudo tan imparcial, se ha repetido demasiado que «el hombre negro no entiende el concepto de gobierno sin despotismo»; han abusado de esta opinión —corroborada con desafortunados ejemplos— para declarar que la inferioridad moral del etíope le impide alcanzar la noción exacta del respeto que se debe a la persona humana, sin lo cual la libertad individual deja de ser algo sagrado.

Deseo para mi raza, en cualquier lugar del mundo en que viva y se gobierne a sí misma, que rompa con las prácticas arbitrarias, con el desprecio sistemático de las leyes y de la libertad, con el desdén de las formas legales y de la justicia distributiva, asuntos soberanamente respetables porque constituyen la base efectiva del edificio moral que la civilización moderna erige laboriosa y gloriosamente sobre las ruinas acumuladas de las ideas medievales.

Y es sobre todo de Haití de donde debe salir el ejemplo. ¿Los negros haitianos no han dado ya pruebas, acaso, de la más espléndida inteligencia y de la más brillante energía? Hombres de Estado o escritores, jóvenes o ancianos, pronto comprenderán que la regeneración de la sangre africana solo será completa cuando además de preocuparse por su libertad y sus derechos, demuestren ser respetuosos de la libertad y de los derechos de los demás. A ello deberá también el etíope esa aureola que

embellece nuestro rostro y la transfigura, la del esplendor de la dignidad moral, la única nobleza natural que eleva e iguala a todos los hombres y a todas las razas.

¡Que se engrandezca entonces, que prospere y se eleve sin cesar, de progreso en progreso, esta raza negra tan llena de vigor y de generosa vitalidad, digna y orgullosa, inteligente y trabajadora! Para ayudarla en su ascenso, nunca serán demasiados los obreros ni tampoco suficiente la consagración a la causa. Este libro es mi humilde y respetuosa ofrenda a la raza en un espíritu religioso. Algún día otros lo harán mejor, pero no con más pasión por su rehabilitación y su gloria de lo que yo lo he hecho.

ANTÉNOR FIRMIN

París, 11 de mayo de 1885.

de las que provienen. Habría que buscar la razón en la existencia de algunas condiciones sociológicas que no consideraremos aquí. Pero no se debe atribuir únicamente a la influencia etnológica este crecimiento rápido de la cantidad de mulatos de Haití, a pesar de la ausencia de cruzamiento de las dos razas de las que provienen, el resultado observado en tales casos basta para demostrar que estos mestizos son fecundos entre ellos. No hay que forzar nada para establecer esta verdad. Averiguar con qué grado de sangre están constituidas las familias de mulatos es ocioso e inútil.

Jacquinet, Broca, Nott, Edward Long y cuantos estudiosos hay en el poligenismo pueden afirmar que el cruzamiento de los mulatos es con frecuencia estéril. El mundo académico, que se ha acostumbrado a reconocer en ellos a hombres de indiscutible competencia, puede sancionar esta opinión y darle un lugar junto a tantas otras de igual valor. Quizás baje dócilmente la cabeza ante su poderosa autoridad, más dañina de lo que ha sido la de la Iglesia, pero como Galileo, ahogando el grito de la eterna verdad que rugía en su corazón, murmuraré en voz baja: *¡E pur si muove!*

6. MESTIZOS DEL BLANCO Y EL NEGRO

Como los gigantes de la fábula que, para subir al cielo ponían la Ossa sobre el Pelión, los incansables poligenistas ponen dificultad tras dificultad para abatir las mentes y desafiar las refutaciones. ¿Se demuestra que los mulatos haitianos son indiscutiblemente fecundos entre ellos y procrean generaciones siempre fecundas? Responden que hay que esperar 10 o 20 generaciones antes de pronunciarse, que la experiencia no es concluyente porque los mestizos de Haití surgen del cruzamiento de la raza negra con blancos de origen céltico o ibérico, variedad morena, y no con blancos de origen germánico o sajón. Cualquier cosa. Para colmo de confusión, ¡en cada reunión de los etnógrafos se discute aún si los verdaderos celtas eran morenos o rubios! Fran-

camente, los más sutiles escolásticos retrocederían ante nuestros naturalistas en el arte de complicar las cosas con enrevesamiento sin fin.

¿Por qué tanta insistencia en sostener una tesis en la que la ciencia tiene gran interés en hacer la luz, pero que con todas estas apasionadas controversias se disocia de los hombres por la sobreexcitación del orgullo, por un lado, y la acritud contra la injusticia del otro? ¿No existen otras cuestiones científicas cuya solución son de mayor importancia para el porvenir de la humanidad y el progreso de la civilización? Sin embargo, es inútil detenerse en consideraciones de este tipo. Es mejor seguir al ilustre científico en su laboriosa argumentación y ver cómo continúa su demostración.

Después de haber puesto en duda la fecundidad normal de los mestizos entre ellos, aborda la tesis de su inferioridad intelectual y moral. Pasando con destreza sobre los aspectos difíciles, se limita a citar a Boudin: «Los mestizos con frecuencia son inferiores a los de las razas madres ya sea en vitalidad, inteligencia o moralidad».

»Así, los mestizos de Pondichery, conocidos como topas, presentan mayor mortalidad no solo que los hindúes, sino también que los europeos, aunque estos últimos mueren incomparablemente más en la India que en Europa. Hace mucho tiempo que la *Revue coloniale* publicó documentos positivos sobre este tema. Eso en cuanto a la vitalidad.

»En Java, los mestizos de holandeses y de malayos son tan poco inteligentes que nunca ha salido de ellos ni un solo funcionario o empleado. En esto coinciden todos los historiadores holandeses. Eso en cuanto a la inteligencia.

»Los mestizos de negros e indios, conocidos como zambos, en Perú y Nicaragua, son la peor clase de ciudadanos. Constituyen las cuatro quintas partes de la población penal. Este dato, enunciado por Tschudi, me fue confirmado recientemente por Squier. Eso en cuanto a la moralidad».⁴²

⁴² *Bulletin de la Société d'anthropologie*, mars 1860, citado por Broca.

Me parece que para hacer una demostración suficientemente probatoria de la verdad, habría que continuar el estudio de estas diferentes particularidades a partir de una única e igual categoría de mestizos, y repetir la misma observación de forma integral en otras categorías, antes de hacer una deducción seria. En lugar de eso, se toman ejemplos de todas partes con una incoherencia que les quita todo valor demostrativo. Por lo que, sería permitido desconocer *a priori* todas las conclusiones sacadas de estos procedimientos incorrectos. Sin embargo, podemos explicar utilizando las analogías apropiadas los diferentes casos relatados por el autor de la *Géographie médicale*, sin recurrir a consideraciones etnológicas que solo son enunciadas aquí para satisfacer el espíritu de sistema.

Hay una respuesta sobre la vitalidad de los mestizos y es el aumento considerable de los mulatos de Haití, de lo que ya he hablado. Según los procedimientos de dialéctica adoptados por los poligenistas, estos dirán que la comparación no es válida, ya que los mulatos provienen de cepas étnicas muy diferentes a las que dan origen a los topas de Pondichery. No obstante, fuera de toda polémica en este punto, existen razones científicas que contribuyen a aclarar la cuestión. En demografía siempre se observa que cuando una clase de hombre está situada en una falsa posición social y no puede ubicarse ni con la superior que la desprecia ni con la inferior que esta desprecia a su vez, se vuelve inconsistente y débil, y está obligada a flotar entre dos corrientes opuestas donde para ella no hay ni atracción ni estímulo. La vitalidad está siempre directamente relacionada con el grado de crecimiento que una raza, familia o grupo cualquiera encuentra en el medio y las circunstancias en que evoluciona. De ahí que los mestizos que se encuentran entre dos razas artificialmente divididas en superior e inferior, se debiliten lentamente y decrezcan en energía vital. Guillard o Bertillon no habrían dudado en la interpretación de los fenómenos que Boudin atribuía a causas etnológicas.

Pasemos ahora a la cuestión de la inteligencia de los mestizos. Seré consecuente y, según el verdadero método científico,

tomaré como base de mi argumentación a los mismos mulatos de Haití. También aquí es fácil convencerse de que si los mestizos de holandeses y malayos —dos razas mucho más próximas, según las teorías poligenistas de lo que están los negros africanos y los blancos europeos— no dan pruebas de una gran inteligencia no debe vincularse este caso con factores de inteligencia etnológicos. Las condiciones sociales en que se encuentran a causa del prejuicio contra sus actitudes intelectuales son motivos mucho más plausibles.

Antes de la independencia de la isla de Haití y sobre todo durante la esclavitud, se estableció el mismo juicio contra los mulatos haitianos. Maltratados y despreciados por sus padres blancos, que los veían como los tristes frutos de la mala unión entre el pura sangre caucásico y el inmundo africano, vegetaban en el país como una especie parásita, entregados al vago bundeio y a los oficios más rudos y desagradables. Sentían que tenían en sus venas una buena porción de esta sangre de la que los *petits blancs* estaban tan orgullosos, dejaban fermentar su odio en silencio y acumulaban su cólera contra quienes los habían procreado para condenarlos a una existencia de oprobio y miseria. Era realmente un destino horrible.

La mayor parte de las veces era en un momento de embriaguez o lujuria irresistible, desatadas en la sangre del europeo por el aire balsámico y caliente de los trópicos, que el abrazo criminal aproximaba al amo la fértil esclava de formas exuberantes y bellas. ¿Cuánto tiempo duraban estas relaciones? Una vez vaciada la copa de la embriaguez, el hombre blanco se iba y en el vientre negro de la africana germinaba un ser que no sabía nunca el nombre de su padre. El niño crecía solo, abandonado a los cuidados de la pobre negra para la que era otro fardo, aunque una carga querida.

Atado para siempre a las tinieblas de la ignorancia, sentirá atormentado por su piel demasiado clara como para reconocerse en la triste sonrisa que se desprendería del negro rostro de su amorosa madre, y demasiado oscuro para que su padre pueda reconocer en él la reproducción de su tez rosada.

da mulher negra

Esta penosa posición del mulato no es una fantasía. El tiempo, que cicatriza todas las heridas, trabaja lentamente para borrar el recuerdo. Pero era algo general: «En todas las colonias europeas, sobre todo en las francesas —dice Bory de Saint-Vincent—, los mulatos fueron tratados con un desprecio que nada podía justificar, capaz de levantar la indignación en los corazones más apáticos. Diríase que los blancos solo procreaban hijos de color en busca del satánico placer de hacerlos miserables. Estos padres desnaturalizados sentían horror de reconocerlos como su progenie. Justamente indignados por la más insultante de las opresiones, estos hijos de la desgracia se da cuenta de que también son hombres y reclaman sus derechos naturales, se convierten en hijos sublevados dignos de los suplicios reservados a los parricidas. Los látigos, los cuchillos, las ruedas, la horca y la hoguera castigaban su justa indignación y sus padres blancos fueron sus verdugos.⁴³

En estas condiciones, el mulato, lleno de envidia y odio, desnaturalizado por la injusticia del caucasiano, pero sin apego por el africano que evita, ¿podría elevarse a las ideas más elementales de progreso y moralidad? No podía, aunque existían excepciones. Algunos padres consintieron, si no en reconocer a sus hijos, al menos a cuidarlos, educarlos y liberarlos del yugo de la esclavitud. Los mulatos con padres así pudieron tener instruirse y desarrollar hasta cierto punto su inteligencia. Ogé, Chavannes, Julien Raymond y tantos otros, sin ser superiores, estaban lejos de ser ignorantes. ¿No lo probaron suficientemente con la actividad desplegada en la votación del decreto de la Constituyente que concedía a los hombres de color de Santo Domingo la igualdad de derechos civiles y políticos? Sin embargo, antes de que la Revolución francesa depositara en su espíritu algún generoso fermento con las ardientes aspiraciones de la libertad, su existencia se ignoraba completamente.

De esta forma, los escritores superficiales o apasionados, que han hablado cuando los acontecimientos de Santo Domingo, lo que han hecho es repetir acerca de los mulatos lo que dicen

⁴³ Bory de Saint-Vincent: ob. cit., t. II, pp. 37-38.

de los mestizos de Java los historiadores holandeses. Los consideraban seres inferiores, de una ignorancia supina, y como se dice actualmente de los zambos: ciudadanos de la peor clase.

Y bien, ¿dónde está la verdad? Hela aquí. Desde que la antigua colonia de Santo Domingo se convirtió en el Haití independiente, se operó un cambio en las costumbres e inteligencia de los mulatos. Ayer eran vagabundos por necesidad. Sin derechos políticos, con frecuencia esclavos, ¿podían pensar en cultivar esos dones del espíritu que son el más bello atributo del hombre? Era materialmente imposible. Aunque pudieran les parecería inútil.

La inteligencia humana, para alcanzar el más alto desarrollo del espíritu, requiere cierto estímulo. Por supuesto, vivir consistentemente en la vergüenza podría ser un gran estímulo, con mayor peso de lo que pueda pensarse. Hoy —desde 1804—, el mulato, dueño de su destino, orgulloso y deseoso por mostrar al mundo sus aptitudes, iguales a las del caucasiano, trabaja y se esfuerza para desarrollar sus facultades intelectuales. Y sus éxitos son innegables.

Tres historiadores, cuyas cualidades no son tal vez de primer orden, pero que dan muestras de un perfecto conocimiento de las reglas del género escogido, son mulatos de la isla de Haití. Madiou, Saint-Remy y Beaubrun Ardouin pudieran batirse con los europeos si estuvieran más favorecidos por el medio. Hay que reconocer en Saint-Remy a un escritor hábil que sabe extraer de la lengua francesa magníficos efectos. Al examinar su estilo se reconoce un trabajo sabio. Su dicción es pura y correcta, a veces encantadora. Con brillantes giros fraseológicos, siempre atemperado por el sobrio ritmo de la creación, pone de relieve los puntos que quiere iluminar y sobre los que desea atraer la atención del lector.

Beaubrun Ardouin, menos meticoloso, manejó con cierto descuido esa pluma que hace del historiador el juez temible de reyes y pueblos, se destacaba como trabajador paciente y tenaz. Si bien no tenía el don de la expresión ni la imparcialidad de un Thiers o un Guizot, al menos dejó la compilación mejor preparada y más completa de la historia de Haití.

Entre los dos está Thomas Madiou. Sabía dar vida a sus héroes y color a sus descripciones, y sobre todo escribía con un ardor en el que ponía su corazón con un estilo vivaz y entusiasta. Con mayor corrección y habilidad en la narración de los hechos, en la que el arte del historiador revivía las acciones pasadas, pudo, aunque a una distancia respetable, seguir al ilustre Michelet en ese género cuyo encanto, hecho de patriotismo ardiente y vigorosa razón, llega a la mente del lector y le inspira no sé qué vago lamento por no haber tomado parte en las luchas que describe el historiador.

Numerosos mulatos se distinguieron en la abogacía, como Dupont, Mode, Camille Nau, Archin, Stewart y otros. Los habido parlamentarios como Hérard Dumesle, David St. Preux, Thoby, y otros han sobresalido en las artes oratorias. Dos juriscultos han trabajado en la regulación de la jurisprudencia haitiana y han dado pruebas de las mejores aptitudes en los diferentes trabajos que han realizado. Linstant Pradines, educado en Francia, dio muestras de un rigor académico raro en los países jóvenes, al ocuparse de editar y anotar los diversos códigos de la joven república negra. Al reunir en cada artículo todos los fallos del tribunal supremo de Haití relacionados, trató de establecer el sentido e indicar la interpretación que se les debe dar. Mediante este trabajo minucioso, evitó tanto a la defensa como a los que debían aplicar las leyes, numerosos errores a los que se habrían expuesto. Esto era necesario pues no es posible apoyarse en la jurisprudencia francesa, muy distinta a la nuestra, dadas las frecuentes diferencias de redacción e incluso de principios que existen entre ambas legislaciones.

Es posible reprocharle cierta ausencia de método en la clasificación de los fallos. Los buenos se confunden con los malos sin ninguna crítica, incluso sin observación. A veces las conclusiones en pro o en contra derivadas de estos fallos están tan amalgamadas que no entendemos qué jurisprudencia el autor cree mejor. Es cierto que el más superficial estudio sobre el orden y el razonamiento de quienes administran la ley en Francia basta para corregir estos pequeños defectos.

¿A qué debemos atribuir estos resultados? ¿Es insuficiencia de conocimientos doctrinales? ¿Simple descuido o más bien el efecto de la precipitación? Pienso que hay que detenerse en esta última causa, pues Pradines se enfrentaba a un trabajo penoso y largo en la búsqueda de sus documentos, y estaba apurado por publicar sus resultados. Por otra parte, abrazó una tarea ardua y fatigosa: publicar una recopilación general de *Lois et actes de la République d'Haiti*. Es comprensible que con las dificultades prácticas que presentan estos tipos de trabajos, en un país nuevo, insuficientemente organizado, haya dejado cosas por analizar en un aspecto u otro.

Müllery se distinguió en un marco más reducido que el de Linstant Pradines, pero sus trabajos se hicieron clásicos, indispensables para quienes se ocupan del derecho en Haití. Su *Catéchisme de la procédure* es el *vade mecum* de todo joven abogado y una preciosa fuente de consulta para el juez. Su *Manuel de la justice de paix* es aún más útil pues la organización judicial en Haití no era igual a la de Francia, y sin esa guía había bastante confusión en numerosos detalles.

Además de estos dos que dejaron obras de gran valor, numerosos mulatos, como Lallemand, Grandville, Bourjolly y otros, que no por no haber escrito nada, dejan de merecer la atención por su gran capacidad en el derecho. Otros, como Boyer Bazelais, Jean-Pierre Bazelais y Malebranche eran licenciados en Derecho de la Facultad de París: Solon Méno es doctor, y Camille Saint-Remy y Emmanuel León, licenciados en Derecho de la misma universidad.

Boyer Bazelais era sobre todo un trabajador infatigable, muy versado en todas las cuestiones políticas e internacionales, así como en los conocimientos que los alemanes reúnen bajo la denominación de *ciencias camérales*.⁴⁴ Así puede decirse que, llevado a cualquier país de Europa, hubiera podido medirse por

⁴⁴ Las ciencias camérales (Kameral Wissenschaften) comprenden todas las ciencias administrativas, especialmente la economía política y los conocimientos necesarios para dirigir las finanzas del Estado.

sus conocimientos especiales con los más notables empleados civiles de nuestra época.

En Haití hay unos 20 mulatos, doctores en medicina de la Facultad de París. De citarlos, excederíamos los límites de esta obra. Todos han continuado progresando en las ciencias médicas, que reclaman tanto sentido práctico y sagacidad al mismo tiempo.

Hay que mencionar al doctor Dehoux, un mulato, que reúne a las aptitudes del hábil médico las del naturalista y el sabio.

He visto al doctor Nemours Auguste, en Cabo Haitiano o en Saint-Thomas, en compañía de célebres médicos extranjeros. Sus colegas han reconocido siempre en él la más lúcida inteligencia y una seguridad superior, tanto en el diagnóstico como en la terapéutica. Sostenía siempre el bisturí en las cirugías y decía la última palabra en las grandes consultas.

La poesía de Ignace Nau, Abel Elie, Oswald Durand, Villevalleix, Arthur Simonis y de tantos otros mulatos de talento, que haría difícil mencionarlos aquí, ocupan un lugar distinguido en la literatura fuera de Francia. Justin Devost, Cadet Jérémie, Ethéart, Jules Auguste y otros, son distinguidos proistas que saben sacar los mejores efectos de la lengua de Pascal y Bossuet. Por otra parte, Devost hace su licenciatura en la Facultad de Derecho de París y Ethéart es un financiero.

Esta literatura haitiana está impregnada del espíritu y aspiraciones de Francia. Y sí, del otro lado del Atlántico, bajo el cielo ardiente y claro de las Antillas, en el país de las palmeras esbel-tas y graciosos bambúes, el mulato orgulloso y libre rivaliza en habilidad con el mismo francés. Saca de su bella y rebelde lengua todas las armonías que revela a los que saben plegarla según su inspiración. De esta forma es reconocido hoy que los hombres de color, a pesar de todo lo que ha podido decirse de su incapacidad natural, son capaces de todo tipo de logros intelectuales.

Ni siquiera son excepción las matemáticas, a las cuales a veces se da una importancia inmerecida dentro de los diferentes campos intelectuales. Pierre Ethéart, con una vocación más lo-

ble por la falta de estímulo y competidores, cultiva las ciencias exactas con tanta dedicación y maestría que en realidad merece el título de matemático. Varios autores mucho más jóvenes que él, por ejemplo Miguel Boon, están muy bien dispuestos también y trabajan constantemente para aumentar sus destrezas en las altas esferas de las matemáticas, en las que las cifras también tienen su poesía.

En cuanto a la inteligencia práctica en los negocios, el mulato está tan bien dotado que logra situarse en una posición cómoda, casi de la nada. El alto comercio haitiano tiene una elevada cantidad de hombres de color que, gracias a su entendimiento en las especulaciones comerciales, han llegado a posicionarse sólidamente en el mundo de las finanzas.

Fuera de la República haitiana se encuentran otros ejemplos, como Gerville Réache, Lacascade, Frederick Douglass o Langston, así como otros mulatos destacados en los Estados Unidos o en las diversas colonias. Pero he querido dar a mi argumentación un carácter particular y sistemático, sacando de una única fuente todos los ejemplos citados, de manera que la causa explicativa del fenómeno se dibuje más nítidamente a los ojos más incrédulos.

7. UNIDAD CONSTITUCIONAL DE LA ESPECIE

Llegados a este punto, podemos adelantar una conclusión sin que se tienda a creer que cedemos a un móvil ajeno a la ciencia. pues ha sido mi única guía y no tengo deseos ni motivos para apartarme de ella. ¿Cómo hay que responder a la pregunta de si existen varias especies humanas o una sola? ¿Es el monogenismo la expresión completa de la verdad? ¿Es el poligenismo el que nos la revela?

Todo hace pensar que hay solo una especie humana, considerando la definición de la mayor parte de los estudiosos. Sin embargo, admitiendo la unidad de la especie, descartamos la cuestión de la unidad de origen adámico o no, según el cual

de una ciencia que se encuentra aún en estado inicial, pero cuyo futuro es definitivamente respetable.

Pero la antropología, que es impotente para indicarnos las delimitaciones precisas que separan a un grupo humano de otro, ¿estará mejor preparada para la solución de una cuestión mucho más compleja y ardua? ¿Será en su nombre que se pronunciará dogmáticamente la ineptitud congénita e irremediable de la mayor parte de estos mismos grupos para igualar a otros? ¿Pueden determinarse las características específicas antes de determinar la especie? Por lógica, eso parece absolutamente imposible. La escolástica, que no merece siempre el desprecio sistemático que le merece al vulgo ignorante, demostraría con evidencia que el ser debe anteceder a la manera de ser. *Modus essendi sequitur esse*, decía la escuela. Pero los investigadores, cuya dialéctica es tan rigurosa cuando tienen que defender sus opiniones contra las teorías opuestas, no se molestan por tan poco.

Veamos cómo tratan, en la oscuridad de la ciencia —*in loco d'ogni luce nuto*— de encontrar el medio para medir y comparar las características más profundamente ocultas en la naturaleza humana, como la inteligencia y la moralidad, las únicas que hacen a los hombres verdaderamente superiores unos a los otros.

La noción de una jerarquía de las razas humanas, que es una de las creaciones teóricas de los tiempos modernos o más bien del presente siglo, será sin dudas algún día la mayor prueba de la imperfección de la mente humana, y sobre todo de la raza orgullosa que la erigió en teoría científica. Sin embargo, merece la pena ser estudiada, de modo que pedimos al lector que reanime sus agotadas fuerzas debido al largo examen de nociones tan variadas y contradictorias como las expuestas hasta ahora, para seguimos en la parte de esta obra que constituye más especialmente el objetivo de nuestras investigaciones y el punto principal de nuestra demostración.

CAPÍTULO VI

JERARQUIZACIÓN ARTIFICIAL
DE LAS RAZAS HUMANAS

Al mantener la unidad de la especie humana, rechazamos como consecuencia necesaria la distinción desoladora entre razas superiores e inferiores.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

TEORÍA DE LA DESIGUALDAD Y SUS CONSECUENCIAS LÓGICAS

Aunque Gobineau,¹ hombre de gran erudición, pero de poco entendimiento y carente de lógica, haya pretendido que «la idea de una desigualdad congénita, original, definida y permanente entre las razas es una de las opiniones más antiguamente extendidas y adoptadas en el mundo», ninguno de los que ha estudiado la historia podría admitir esta afirmación. Tal vez se observe una mente llena de egoísmo y orgullo que ha llevado siempre a los pueblos civilizados a creerse superiores a las naciones que los rodean, pero puede afirmarse que no ha habido nunca la menor relación entre este sentimiento, consecuencia de un patriotismo estrecho pero muy respetable y de una idea activa de jerarquía establecida entre las razas humanas.

Así, desde la más remota antigüedad, se ve a los egipcios designar a las naciones de raza blanca que les eran conocidas por expresión de «raza maldita de Schet» o «plaga de Schet».²

¹Gobineau: *De l'inégalité des races humaines*, p. 35.
²Beauregard: *Des divinités égyptiennes*.

¿Pero trataban de forma diferente a los etíopes, vencedores o vencidos en las frecuentes guerras que se hacían a lo largo del curso del Nilo? Los griegos consideraban bárbaros a los persas, y tenían igual desdén hacia los macedonios. Los romanos, cuando luchaban contra los pueblos extranjeros, no hacían distinción entre los bronceados numidos y los rubios galos.

La división de la humanidad en distintas razas, clasificadas según los principios de las ciencias naturales, solo comenzó como noción positiva en la mente humana con el nacimiento de la ciencia etnográfica. Esta, que fue apareciendo aquí o allá en las obras históricas de importancia, solo se constituyó de manera definitiva con los trabajos sistemáticos de los naturalistas de finales del ^{siglo} XVIII como se ha mencionado. ¿No es absolutamente inexacto afirmar que la idea de la desigualdad original entre las razas fue una de las opiniones más antiguamente extendidas, sobre todo cuando se habla de las razas humanas, en el sentido que le atribuye la ciencia moderna?

La doctrina antropológica y pseudocientífica de la desigualdad de las razas se basa solo en la idea de la explotación del hombre por el hombre. La escuela norteamericana ha sido la única consecuente consigo misma al sostener esta doctrina, pues sus adeptos no ocultaban su interés capital en preconizarla. De esta forma les rindo homenaje, pues mientras los europeos han sido tímidos y han emitido sus opiniones con pobres sobrentendidos, más radicales y lógicos han sido los otros, incluso en sus errores. El europeo, que admite la pluralidad de las especies y su desigualdad comparativa, protesta contra la esclavitud en magníficos discursos. Para él no es más que una gran ocasión de recoger una nueva palma en el florido jardín de la retórica y probar, con su humanitarismo convencional, que tienen bien puestos los pies en el terreno de las humanidades. ¿Pero quién no siente la contradicción de esta táctica?

Cada vez que leo estos pasajes de estilo grave y pomposo, que denigran mi raza al imprimirles la marca de la estupidez, al tiempo que se protesta de forma elocuente contra la inmoralidad de la esclavitud, no puedo menos que gritar contra tanto fariseísmo.

Broca, por ejemplo, que no duda en decir lo que piensa acerca del negro etíope, se expresa con curiosa indignación contra el régimen de la esclavitud. Pero, ¿será inspirado por ideas de justicia y solidaridad que alza su voz? No. Es porque la cuestión de la esclavitud era, a su juicio, el principal obstáculo para la propagación de la teoría poligenista.

«Cuando los generosos filántropos —dice— reclamaron con infatigable constancia la libertad para los negros, los partidarios del antiguo orden, amenazados en sus intereses más apreciados, dijeron que los negros no eran hombres, sino animales domésticos más inteligentes y productivos que los demás. En esta época, la cuestión científica dio paso a una cuestión sentimental y cualquiera que hiciera votos por la abolición de la esclavitud se creía obligado a admitir que los negros eran caucásianos ennegrecidos y con cabellos rizados por el sol.

»Ahora que las dos más grandes naciones civilizadas, Francia e Inglaterra, han emancipado de forma definitiva a los esclavos, la ciencia puede reclamar sus derechos sin inquietarse por los sofismas de los esclavistas». Estas palabras de Broca no tienen nada de exagerado. Como todo su amor propio estaba en juego en la controversia del poligenismo y del monogenismo, solo se ocupaba del triunfo de su causa. Bien podía olvidar que el mayor número de esclavos negros estaba en los Estados Unidos, víctimas aún del efecto de la triste doctrina que tan ardientemente defendía.

Sin embargo, entre los monogenistas también hubo esclavistas, aunque pocos. Los primeros no imaginaron nada mejor que hacer de la esclavitud una institución divina. Fue una bella ocasión para su terrible adversario. Con su perspicacia y sentido dialéctico hábil, Broca no la desaprovechó.

«Si todos los hombres descienden de una sola pareja —expresó—, si la desigualdad de las razas es el resultado de una maldición más o menos merecida, o más bien si algunas se degradaron y dejaron apagarse la llama de su primitiva inteligencia, mientras otros mantenían intactos los dones preciosos del Creador; en otros términos, si hay razas bendecidas y razas malditas, razas que han respondido al voto de la naturaleza y otras que lo han

EUA
+ Europa

violado, entonces el reverendo John Blackmann tiene razón al decir que la esclavitud es un derecho divino; es un castigo providencial y es justo, hasta cierto punto, que las razas degradadas sean situadas bajo la protección de las demás; este es ingenioso eufemismo del lenguaje esclavista. Pero si el etiope es rey de Sudán como el caucasio lo es de Europa, ¿con qué derecho impondría estas leyes a aquel, si no es con el de la fuerza?

Toda esta argumentación es irrefutable a primera vista, ¿pero cuál es el valor real con la doctrina de la desigualdad de las razas? Solo parece lógica partiendo de que el etiope, rey de Sudán, es igual al caucasio, rey de Europa. Basta suponer que el primero es inferior al segundo para que sea el más erróneo de los razonamientos. El hombre solo justifica su dominio sobre los demás seres de la creación por el sentimiento que tiene de su superioridad, en particular la intelectual y moral, sobre todo lo que vive y se agita en la superficie del globo.

Fuera de este sentimiento que ha tomado en nuestras ciencias la importancia de un hecho indiscutible, habría que considerar como actos de pura violencia el uso arbitrario que hacemos de todos los animales en dependencia de nuestras necesidades. El orgulloso león que tratamos de destruir ante la imposibilidad de someterlo, el gigantesco elefante que domamos para nuestros propósitos, ¿no son también los reyes del desierto o de los bosques tropicales? ¿No es el pez con que nos alimentamos el rey de los océanos? Solo porque estos seres reinan en sus propios dominios hubiera que respetarlos y no disponer de ellos según nuestras necesidades, reconociendo que no tenemos derechos sobre ellos, todo progreso sería irrealizable. La humanidad, en vez de dominar al resto de la naturaleza, se condena, por un estrecho escrúpulo, a perder toda su personalidad y energía.

Usamos y abusamos de todos los seres de la creación por la convicción íntima y profunda que tenemos de nuestra superioridad y de que nuestro destino es de una excelencia innegable, comparado con la precaria existencia de los mismos. Esta filosofía es de una verdad irrefutable y para dar prueba de esto, basta una reminiscencia histórica.

En los primeros tiempos del proselitismo cristiano, los nuevos convertidos tenían tal delirio de humildad que, con frecuencia, su ideal más elevado era aniquilarse individualmente para confundirse mejor en la inefable unidad de la naciente iglesia. Esta interpretación de los Evangelios, en la que se descubre la exageración de las ideas mórbidas surgidas de las doctrinas neoplatónicas, había surgido en lo fundamental de la secta de los gnósticos. Entre estos, los carpoocráticos exageraban hasta tal punto el principio, que a veces bajaban al nivel más salvaje. En los escandalosos ágapes, que solo llegaron a su fin al ser prohibidos en el concilio de Cartago en el siglo IV, se entregaban de forma religiosa a una promiscuidad irritante, malsana, y veían un hermano y un igual en cada animal.

¿Cada vez que comían carne pedían perdón al animal de la cual provenía? Era una verdadera locura. Y si toda la iglesia hubiera caído en esto, no se podía imaginar mayor obstáculo al progreso de la especie humana.

Era puede hacer la misma reflexión acerca de las prescripciones del budismo, que recomendaba respetar toda criatura viva al igual que el hombre. Estas sirvieron para paralizar toda energía humana y que la humanidad perdiera el estímulo necesario para progresar y realizar sus altos designios.

Era evidente que la superioridad del hombre sobre las demás criaturas le daba un derecho indiscutible para apropiárselas y servirse de ellas como elementos indispensables en su propio desarrollo. Si entre las razas humanas una fuera reconocida como superior a las demás, esto implicaría su derecho a esclavizarlas, en virtud de una ley según la cual los más aptos dominarían sobre la Tierra. Desde este punto de vista, el gran Estagirita, a quien tanto se ha calumniado por una falsa e insuficiente interpretación, demuestra ser un lógico incomparable. Si hay algo que criticar en sus deducciones, no son sus conclusiones, sino las premisas de las que surgen. La esclavitud no es una injusticia solo porque reconocemos la igualdad de todos los hombres y de todas las razas. Aceptar la premisa de su desigualdad es, por lo tanto, legitimar la servidumbre de aquellos que se consideran inferiores. Insisto especialmente en esto, pues si en la política



ca interna e internacional se reconoce la igualdad de todos los hombres y de todas las razas, con iguales responsabilidades y dignidad, no es concebible que se erija, junto a estos hechos legales, una teoría científica que sería la antítesis de la teoría jurídica.

La desigualdad de las razas humanas, si fuera real, legitimaría tan bien la esclavitud que, de forma manifiesta, el propietario del esclavo no podría considerarlo ni por un instante como su igual, sin que fuera al mismo tiempo agujoneado por su propia conciencia.

Es un hecho curioso que los romanos, que no se preocupaban por las clasificaciones naturales, sino que veían la cuestión más bien desde el punto de vista jurídico y filosófico, sintieron la necesidad de regular, mediante una ficción engañosa, el derecho de posesión del hombre por el hombre. Estos conquistadores infatigables ofrecen el rasgo distintivo de que, durante toda su larga historia, han aspirado continuamente a establecer por doquier un orden legal y regular; garantía de una paz estable que se creían destinados a imponer al mundo por la fuerza de las armas.

Hoec tibi erunt artes, pacique imponere morem...

A fin de legitimar la esclavitud, que es una obvia violación del derecho de la gente, no imaginaron otro medio que declarar al esclavo un ser inferior en relación con el resto de la humanidad.

Así, el derecho romano definía al esclavo con estos términos: *diminutio capitis*. Los esclavos, los *diminuti capitis*, eran inferiores e incompletos ante los ojos de los ciudadanos. El hombre así disminuido podía ser considerado un objeto de comercio cuya posesión parecía tan natural como la de cualquier otra cosa. Los romanos creían que el esclavo carecía de las cualidades morales e intelectuales, las cuales nos definen como humanos.

A pesar del profundo envilecimiento en que cayó el esclavo, su amo lo consideraba más nulo que vil. *Non tam vilis quam nullus*, se decía de él.

Esto lo explica todo. En realidad no hay nada menos aceptable que esta ficción que rebaja a un hombre hasta el punto de

hacerlo una cosa; pero desde el punto de vista de la lógica pura, dado que la esclavitud existía, había que encontrar una razón para legitimar la institución, y nunca hubo una razón más plausible que la inferioridad intelectual y moral (*diminutio capitis*) que la ley suponía natural en el esclavo.

Los romanos fueron más lejos en las consecuencias del principio establecido. No sólo consideraban a los esclavos como seres inferiores a los demás hombres, sino que los veían —al igual que los esclavistas norteamericanos— como una especie diferente. Florus lo dice de manera explícita. Según este historiador, los esclavos son vistos como una segunda especie humana, que *quasi secundum hominum genus sunt*. Curiosa coincidencia. ¿No es asombroso ver la desigualdad étnica y de pluralidad de las especies humanas en la vieja civilización romana, tanto tiempo antes que se estableciera la ciencia antropológica? Hay que recordar que los esclavos de la antigüedad eran casi todos de la misma raza de sus amos y en la mayoría de los casos de la misma nación. No sólo el blanco era esclavo del blanco, sino que ciudadanos hoy iguales en derechos podían convertirse mañana en esclavos de otra persona. Por lo tanto, los antiguos tienen que haber encontrado una justificación muy poderosa en la idea de la dominación natural e ilimitada de los seres superiores sobre los inferiores para que hayan tenido el coraje de llevar tan lejos la ficción legal y adaptar los hechos a los principios que se desprenden de esta idea.

Tal coincidencia prueba que los esclavistas son los únicos consecuentes con ellos mismos, al sostener la teoría de la desigualdad de las razas humanas basada en la de la pluralidad de las especies.

Así, parece imposible aceptar la existencia de razas superiores e inferiores, sin reconocer en las primeras el derecho de reducir a las otras al servilismo, con tal y que esto les resulte útil. Lógicamente, la ley que pretende que los mejores se desarrollen por todos los medios a su alcance solo se ajusta, en las relaciones humanas y sociales, por la igualdad de las facultades que implica la igualdad de las necesidades.

2. BASES GENERALES DE LA JERARQUIZACIÓN

Veamos cómo y con qué argumentos los esclavistas interesados, los filósofos inconscientes o los investigadores cegados tratan de establecer y explicar la teoría de la desigualdad de las razas humanas. Tal vez habría que nombrar solo a los antropólogos, pues aunque la mayor parte de los autores que escriben de esto pretenden hacerlo en nombre de la ciencia, los antropólogos reclaman el derecho exclusivo de pronunciarse sobre todo lo que se relaciona con el estudio del hombre. Es innegable que si se armaran de todos los datos que hay que reunir para hacer una buena antropología, nadie estaría mejor preparado que ellos para ocuparse de cuestiones de este tipo. Es lamentable que la ciencia, a pesar de la relativa independencia que ha conquistado en nuestro siglo de libertad, es alterada con frecuencia por la influencia de las ideas reinantes. Basta con que un especialista de talento, capaz de tomar la dirección de una corriente científica, haya adoptado una de estas ideas tan poderosas como efímeras y las haya equipado de forma conveniente, con fórmulas y procedimientos metódicos particulares, para que la mentalidad de escuela inicie el progreso en esta rama de la ciencia, hasta que se reconozca que el gran hombre se ha equivocado. Durante ese tiempo se investiga, se discute, se percibe de manera vaga la verdad. Se razona a veces tan bien que se quisiera su proclamación. Pero venga la conclusión. Si esta verdad es contraria a la opinión de la escuela, a la palabra del maestro, se prefiere dar muestras de incapacidad discursiva, y no ir contra la teoría adoptada.

Mientras tanto, los antropólogos, después de dividir los tipos humanos en tres grupos, que unos llamaban razas y otros especies (la distinción importa poco), han admitido unánimemente la doctrina de la desigualdad intelectual y moral de estos diversos grupos. En vano se busca en la mayor parte de sus obras una disertación adecuada sobre una cuestión tan grave. Sin embargo, por lo general razonan como si se tratara de un hecho tan bien demostrado que no hubiera necesidad de encontrarle un fundamento científico. ¿Dónde entonces se encontrará la

exposición categórica de esta doctrina misteriosa implantada como un dogma en la mente de nuestros investigadores? ¿Quién nos iniciará en los arcanos de la ciencia del hombre?

Carus, en Alemania, y Gobineau en Francia, escribieron una obra en la que la tesis de la desigualdad de las razas fue sostenida de forma ostensible y positiva. El primero, aunque fuera un especialista destacado, a la vez filólogo, naturalista y médico, trató el tema más como filósofo que como antropólogo. En cuanto al segundo, pensador más radical, era un erudito, pero carecía de la educación científica requerida para tal obra. La concibió y escribió sin que pareciera haber tenido la menor sospecha de la existencia de los métodos antropológicos ni de las ciencias secundarias que conducen a los mismos. Cuando apareció su obra, la antropología, que tomaría impulso rápidamente en Francia y el extranjero, gracias al proselitismo y celo de Broca, era aún bastante desconocida. El tratado sobre la desigualdad de las razas humanas apareció en 1853, pero no fue hasta 1859, cuando fuera fundada la Sociedad de Antropología de París, que se le dio un nuevo impulso a la ciencia. Sin embargo, ¿habrían encontrado los antropólogos, en las concepciones fantásticas y en las equívocas paradojas de Gobineau, una fuente de luz tan viva que habrían aceptado las conclusiones como palabra santa? Sin haberlo manifestado nunca, dan pruebas de ello a diario.

A fin de revestir esta doctrina de un carácter científico, experimentaron en los campos de la anatomía y la fisiología, utilizaron y confirmaron en su opinión la inferioridad de los negros y amarillos comparados con los blancos, según una escala jerárquica que desciende del caucásico al etíope y sus congéneres hasta el nivel más bajo. Todo esto se expresa de manera confusa, aquí o allá, sin mayores aclaraciones. Es imposible encontrar, en un tratado de antropología, un capítulo en el que el orden jerárquico de las razas humanas se reconozca de manera explícita, pero cada línea implica esta idea. Ya lo he dicho antes, se habla como de un hecho que no tiene necesidad de demostración a los ojos de los hombres de ciencia.

Sin embargo, me propongo estudiar los procedimientos de investigación utilizados en un estudio tan delicado. Se verá si los resultados son suficientemente precisos y concordantes, y sobre todo si su manifestación tiene ese carácter invariable que revela relaciones de causa y efecto. En ausencia de tal carácter, no se podría sacar de estas investigaciones ninguna consecuencia lógica y los resultados contradictorios se anularían de manera recíproca.

Volveremos sobre la mayor parte de las interesantes cuestiones que ya he abordado, pero en lugar de considerarlas desde el punto de vista descriptivo, serán presentadas con otro enfoque, mucho más atractivo e instructivo, y con un alcance más serio.

Los mismos principios que han llevado a los científicos a declarar que el hombre negro es un intermediario entre el hombre blanco y el mono, los han conducido a considerar al primero inferior al segundo, situando a la raza mongólica en el justo medio. Bajo el imperio de las antiguas ideas filosóficas que hacían de la inteligencia un don del cielo, independiente de los accidentes físicos del cuerpo, sería imposible intentar una clasificación cuya base fueran las facultades morales e intelectuales. Hoy, sin embargo, la psicología se apoya en la experimentación para descubrir los probables nexos entre las facultades intelectivas y el cerebro, y no se puede negar el derecho de la ciencia a recurrir a tales investigaciones. Ya sea que se censure o se abrace el materialismo, es un logro de la inteligencia humana y solo de ella. «Afirmar que el crecimiento del cuerpo es mecánico y que el pensamiento, tal y como lo ejercemos, tiene su correlación con la constitución física del cerebro, es irrefutable». Así se expresaba en 1868 una de las mejores mentes del siglo, el estudioso Tindall.³

Vemos todos los días la confirmación de esta opinión de manera brillante. De esta forma, deberían aceptarse todas las conclusiones de los antropólogos sin ver en esto una invasión, si la ciencia de la que invocan la autoridad nos respondiera de for-

³ British Association for the Advancement of Science, 1868.

ma clara y positiva. Lamentablemente para ellos, nada es menos cierto que esta respuesta.

¿No nos engaña esta ciencia cuando proclama la existencia de una correlación evidente entre las aptitudes del cerebro y la raza? Más aún: ¿se ha llegado a descubrir el mecanismo mediante el cual las operaciones intelectuales corresponden a las funciones del cerebro y cómo se relacionan? Con posterioridad veremos la respuesta de los grandes especialistas. Pero para llegar al hecho, es mejor abordar las diferentes bases de comparación imaginadas con el objetivo de establecer o consolidar la doctrina de la desigualdad de las razas.

La superioridad de un hombre sobre su semejante puede provenir de causas diversas. En primer lugar, hay que situar la inteligencia que es el rasgo de superioridad más evidente y menos cuestionable. Vienen a continuación las ventajas corporales, como el tamaño, la proporción de los miembros, la fuerza muscular, etc. Junto a la inteligencia podríamos situar la moral, así como la belleza junto a las ventajas corporales. Ahora bien, desde el punto de vista práctico, es inútil. En un combate en que uno de los adversarios tuviera que someter al otro a su voluntad, la moral sería una cualidad negativa. El sentido común, que es la forma elemental y práctica de la inteligencia, tendría mucho más peso en esto.

Debemos convenir que un elevado desarrollo moral es una fuerza respetable porque contribuye a fortalecer la voluntad y da al hombre esa facultad de resistencia que es la manifestación más elocuente y elevada de la virtud. Es la que brinda el secreto de dominar a los hombres y las cosas, de enfrentar el dolor y la muerte en la práctica de un estoicismo trascendente. Pero en todas las razas, como en todas las épocas, quienes puedan elevarse a ese grado de moralidad serán siempre nobles y raras excepciones. No se podría tomar como ejemplo a estas criaturas de élite que, a fuerza de contemplar el ideal de lo verdadero y del bien, se han apartado insensiblemente de las expectativas comunes.

Las mismas reflexiones se aplican a la belleza. Debemos convenir en que brinda una ventaja positiva a quien la posee

en la lucha por la existencia y ha sido así desde que la civilización posibilitó el surgimiento de una cultura superior, en la cual el hombre, con el alma refinada, encuentra el éxtasis en contemplar las formas delicadas y armoniosas, y en venerar de manera silenciosa a la perturbadora diosa. Pero esta misteriosa atracción de la belleza no ejerce sobre el hombre tal dominio que pueda contarse como un factor serio en las causas que suponen la superioridad o inferioridad de las razas. Por lo tanto, si considerara las comparaciones que se han tratado de establecer, o que sería posible establecer entre las diferentes razas humanas, ya sea desde el punto de vista de la moral o de la belleza, no será para obtener un argumento para la tesis de la igualdad de las razas. Será más bien con el objetivo de comprobar hechos que prueban semejante aptitud de todos los grupos humanos para manifestar sus cualidades, unido a todas las imperfecciones.

3. MEDIDAS CRANEANAS

Para hacerse una idea de las actitudes intelectuales de un individuo que encontramos por primera vez, no se examinan todos los detalles de su rostro, cuyo conjunto compone la fisonomía y deben indicar, según algunos, sus inclinaciones generales. Nos ocupamos más especialmente del desarrollo de su frente y de la forma general de su bóveda craneana. Esto se hace de forma instintiva como si se pudieran leer los rasgos indelebles de las manifestaciones del cerebro en sus protuberancias, depresiones y curvas, tanto anchas como estrechas, presentes en la caja craneana. Y cosa curiosa: personas que no tienen idea de lo que es la antropología han creído encontrar en las formas de la cabeza el más seguro índice de la inteligencia. La ciencia ha seguido este acuerdo universal y admite, después de razonamientos más o menos probatorios, la opinión apriorística del vulgo.

Los antropólogos, al adaptarse a la idea común, han creado varios métodos para medir la capacidad craneana. Quizás el

primero de estas fue la medición del volumen, de la que ya he hablado. Es inútil volver acerca de las reflexiones que he hecho y me parece mejor remitir al lector a la página 130 del Capítulo V de esta obra donde se verá cuán vagas y poco concordantes son los resultados obtenidos por los antropólogos al actualizarlos.

Sin embargo, junto a estas incertidumbres, es bueno señalar la opinión del naturalista Tiedemann. En vez de actuar como Broca, es decir, con una doble operación de medición de capacidad y volumen, el eminente profesor Heideberg se limitaba a la medición de capacidad, y se servía de granos de mijo que acumulaba en el cráneo mediante procedimientos diferentes.⁴ «Según las investigaciones de Tiedemann —dice César Cantu—, el cerebro común de un europeo adulto pesa de 3 libras y 3 onzas a 4 libras y 11 onzas (de 1 212,50 gramos a 1 834,55 gramos), y el de una mujer de 4 onzas a 8 onzas de menos. El cerebro de un hombre blanco o negro al nacer pesa la sexta parte de su cuerpo; a los 2 años la quinta parte, a los 3 la décimotava parte, a los 20 la vigésimocuarta y por último, entre los 20 y los 70 años, de una trigésimoquinta a una cuadragésimoquinta. El ilustre científico deduce de esto que la superioridad actual del blanco sobre el negro no es algo congénito en cuanto a la inteligencia, sino a la educación.⁵

Al citar las palabras del gran historiador, nos basamos en dos autoridades en lugar de una, pues comparte sin reservas las ideas de Tiedemann. Siempre que se encuentran estos hombres verdaderamente superiores, que no temen disminuir su mérito al proclamar verdades que un tonto orgullo falsifica en boca de tantos otros, se siente la necesidad de saludar en ellos a los verdaderos representantes de la ciencia y la filosofía. Incluso si suponemos que los medios de investigación de Tiedemann no estuvieran exentos de crítica, como lo ha afirmado Broca, a cuyas teorías antropológicas se opone por completo la opinión del sabio alemán, el futuro probará que la razón estaba de parte de este.

⁴ *Das Hirn des Negers mit dem des Europläers und Orang-Outangs verglichen.*

⁵ César Cantu: *Histoire universelle.*

Antropología
Evolución 1902

Paolo Mantegazza,⁶ tal vez detrás de las huellas de Broca, creyó encontrar en la cavidad orbital un rasgo mediante el cual podía ordenar de manera jerárquica las razas humanas. Después de diferentes mediciones y comparaciones entre cráneos humanos y monos antropomorfos, que se basaban además en datos tan arbitrarios como todos los que con tanta frecuencia nos brindan los antropólogos, el profesor de Florencia formuló una propuesta bastante extraña. En su opinión, «mientras menor sea el nivel jerárquico en la serie orgánica, menor es la capacidad orbital en proporción con la capacidad cerebral». No niego la sagacidad de Mantegazza, cuyas cualidades de eminente observador son bien conocidas en el mundo científico, ¿pero no podríamos preguntarnos, si consideramos la topografía osteológica del cráneo, qué relación puede haber entre la capacidad de la cavidad orbital y el funcionamiento del cerebro? A pesar de toda la buena voluntad de que se puede disponer para aceptar estos métodos de generalización precipitada, con ayuda de los cuales se pretende obtener de las ciencias naturales mucho más de lo que pueden dar, no se puede encontrar nada aquí que justifique esta hipótesis. Tal vez el antropólogo florentino viera en ello un caso de «subordinación de los caracteres», principio algo vago pero bastante cómodo como para establecer teorías más o menos racionales. Si este fue el caso debió haber llegado a semejante deducción mediante el estudio de numerosos y consistentes hechos que contribuyen armónicamente a la consagración de su hipótesis.

Ahora bien, todos los hechos prueban la inconsistencia de la misma con una profusión desesperante. Al estudiar la capacidad orbital de las diversas razas humanas no encontramos resultado alguno que confirme la jerarquía supuesta por Mantegazza. Para convencerse, basta con revisar los grupos que figuran en la tabla transcrita por Topinard y que hemos visto antes.⁷

⁶ Paolo Mantegazza: *Dei caratteri [della] gerarchia del cranio, umano in Arch. Dell' antrop. e la etnol.* Florencia, 1875.

⁷ Ver página 126 del capítulo V de este libro.

Pasemos entonces a otros procedimientos.

Existe un método de medición externa del cráneo, muy simple, utilizado para obtener la circunferencia horizontal. Se realiza con ayuda de una cinta que se gradúa antes. La mayor parte de los antropólogos toman esta medida a partir del punto suboccipital y rodean la cabeza hasta el mayor saliente occipital, desde donde vuelven al punto de partida y continúan por el lado opuesto.⁸ Pero Welcker ha pensado que es mejor pasar la cinta por las protuberancias frontales, bien encima del arco superciliar, recorriendo la circunferencia. Creo que el modo de medir del antropólogo alemán es mucho mejor, pues en todos los cráneos bien desarrollados hay siempre un aumento bastante sensible del diámetro antero-posterior hacia la región de las protuberancias, llamadas vulgarmente protuberancias frontales.

«Medida de esta forma —dice Topinard— y por el procedimiento ordinario, la diferencia era de 3 milímetros menos con el procedimiento de Welcker en 25 auvernios, y de 18 más en 25 negros. Esto es debido a que la región de las protuberancias frontales estaba poco desarrollada en los primeros y, por el contrario, muy saliente, muy elevada en los negros que nos entregó el azar».

Este hecho es tanto más notable pues la fisiología del cerebro ha demostrado, por lo general, que la porción anterior y elevada del encéfalo, que comprende los lóbulos cerebrales, es donde se encuentran todas las facultades intelectivas. Tal vez no hay siempre una coincidencia positiva entre estas protuberancias frontales, cuyo aspecto tanto nos impresiona y los hechos de los que parecen ser sus signos, pero es aquí donde podemos invocar la ley de la «correlación de los caracteres». Es muy raro que estas protuberancias del cráneo no sean indicador de grandes disposiciones intelectuales, hayan sido bien ejercidas o no las funciones del cerebro.

Siempre que se encuentre un individuo con ese signo sobre la frente, se puede afirmar que si no ha alcanzado el poder,

⁸ Ver Topinard: *L'Anthropologie*, p. 251.

tiene todas las condiciones para hacerlo: inteligencia y voluntad. Tal poder, esencialmente libre e independiente, capaz tanto del bien o del mal, es lo único que concede al hombre el privilegio de dominar aquí abajo. Con frecuencia está latente y muere con el individuo, que vive ignorante de su propia fuerza y su alto potencial, como esas materias inflamables que se evaporan de manera lenta podrían incendiar el mundo si solo hubieran sido tocadas por una chispa. En este caso la chispa es la instrucción. El día que los negros sean instruidos, que la idea contenida en sus amplias frentes de soberbias protuberancias sea fermentada por la levadura de los signos misteriosos del alfabeto, habrá llegado el momento de comparar las razas humanas con sus respectivas habilidades.

Actuar desde ahora en la búsqueda de un resultado serio, pero juzgando los árboles por los frutos que han tenido, es ilógico y prematuro. Sin embargo, se siente que la obra se realiza lenta y de manera imperceptible. Es como la flor aún encerrada en su cáliz, con la corola enrollada, los pétalos llenos de savia y los pistilos y estambres estremeciéndose en su amor oculto, flor rica que espera los rayos del sol para que broten primero el perfume y la belleza, y extender después en plena luz el germen de creaciones futuras.

¡Cuántas semillas hundidas en la tierra generosa para convertirse en grandes árboles! No se necesitan ni la antigua sibila ni la pitonisa bíblica para presentir esta eclosión del futuro y saludarla con el corazón. Ya se manifiesta. *iDeus, ecce Deus!*...

Pero hay que abandonar ese tono. Con esta obra nos hemos prometido no caer en entusiasmos ni cóleras. Lo que hace falta para esclarecer la importancia de lo que nos ocupa es el lenguaje simple y austero de la ciencia. Minerva no tenía maquillaje. Pasemos a otras de sus características antropológicas, en las que creo encontrar una marca de jerarquía en los abigarrados grupos de la especie humana.

Se trata del «transverso frontal mínimo». «Se mide —dice Topinard— desde los dos puntos más próximos de la cresta temporal, encima de las apófisis orbitales externas». Para encontrar estos dos puntos, basta con —mantener el índice y el pulgar en

forma de escuadra sobre cada lado de la parte superior de la frente— deslizarlos juntos y de arriba a abajo: el diámetro se estrecha bastante hasta el punto en que lo detiene el arco de las cejas. Puede considerarse esta medida como uno de los indicadores del volumen del cerebro, pues su base anterior da la amplitud. En la Tabla 1 se observan los resultados del profesor Topinard.

TABLA 1

EN MILÍMETROS

384	parisinos	95,7
88	auvernios	97,7
60	vascos españoles	96,1
58	vascos franceses	96,2
69	bretones-gallots	98,0
63	bajos bretones	97,3
18	Caverna	
	del Hombre Muerto	92,0
8	laponés	100,0
28	chinos	92,5
15	esquimales	94,1
82	negros de África	94,2
22	nubios	93,2
54	neocaledonios	93,5
8	tasmanos	94,0
12	australianos	92,7

Para evitar disertaciones estériles, basta con observar en la Tabla 1 que los grupos cuyos promedios se aproximan más son los vascos franceses, los vascos españoles, los parisinos, los negros de África y los esquimales. Para obtener esta aproximación tomé a los parisinos como término medio de comparación; elección que es tanto más racional dado que —cosa curiosa— la cifra de 95,7 milímetros que representa el promedio de los parisinos es también la que más se aproxima al promedio de todas las cifras de la tabla, que es de 95,2.

¿Qué puede concluirse de estas observaciones? ¿Puede verse en las mismas un carácter jerárquico? No solo las cifras intermedias están distribuidas entre razas diferentes entre sí, sino que los lapones tienen un promedio muy superior al de los demás grupos, y el chino está por debajo de los australianos. Por lo tanto, existe el mismo desorden por doquier. La naturaleza se burla de los antropólogos y los confunde en el momento en que realizan inteligentes mediciones que no son más que juegos pueriles, un elemento de distracción, más que el objeto de una investigación seria.

Sin embargo, no es posible que la ciencia admita categorías diferenciadas, jerárquicas, entre las razas humanas, antes de haber expuesto y discutido las pruebas experimentales en que se basa para afirmar un hecho de tal importancia. Por lo tanto, hay que recurrir eternamente a nuevos procedimientos.

Hablaremos una vez más del «ángulo facial» de Camper, aunque en nuestra opinión no tenga significación alguna en el orden de las investigaciones que hacemos en la actualidad. Topinard, que hizo un estudio de este tipo de investigación antropológica, cuenta cuatro variantes del ángulo facial y concluye a favor de la de Cloquet. Resulta lamentable que, cuando se publicó la última edición de *Anthropologie*, las mediciones realizadas en las condiciones indicadas no se hicieron, y en realidad no sabemos dónde encontrarlas en caso de que se hayan hecho con posterioridad. Así, la Tabla 2 que el lector verá es un resultado obtenido por el procedimiento de Jacquart. Para no agobiar la mente del lector con un gran número de cifras, solo utilizaré el ángulo tomado en el punto suborbital o ángulo *ophrio-spinal* de Broca.

Es inútil señalar las diferencias que existen entre este ángulo y el medido comúnmente desde la glabella hasta la espina nasal.

En estas condiciones, tenemos la siguiente tabla obtenida de la que insertara Topinard en la página 294 de su *Anthropologie*, obra de la que tomo la mayor parte de mis cifras, aunque omití las cifras presentadas en las mujeres de diversas razas por consideraras inútiles aquí (ver Tabla 2).

TABLA 2

3	auvernios	75,1
28	bajos bretones	76,81
36	bretones gallots	74,42
29	vascos franceses	75,41
42	vascos españoles	75,18
13	esquimales	74,43
28	chinos	72,37
35	malayos	74,12
136	negros de África	74,81
69	neocaledonios	72,39

Al estudiar la Tabla 2 se observa que el ángulo facial más abierto, que se encuentra en la raza blanca, es el de los vascos bretones que mide 76,81, y el más agudo el de los chinos, raza amarilla, que mide 72,37. Los negros vienen antes de los bretones gallots y la diferencia entre estos y los bajos bretones es solo de dos grados (76,81-74,81). Aunque las cifras de Broca no sean las mismas de Topinard, el autor de *Mémoires d'Anthropologie* había observado esta misma diferencia de dos grados, «cifra inferior —dice— a la magnitud de los errores resultantes de las variedades de dirección y volumen de la espina nasal».⁹

Hay que recordar que se trata de promedios que solo tendrán, en antropología, el valor de la aproximación a un tipo ideal que caracteriza a cada grupo étnico, tipo que no existe en la naturaleza y que varía según el capricho del investigador. En las oscilaciones de las máximas y las mínimas, confundidas en cada serie a fin de obtener los promedios que acabamos de leer, debe haber un desorden, un entrecruzamiento aún más evidente y significativo que denuncia la inutilidad de las teorías arbitrarias, mediante las cuales se persiste en dividir las razas humanas en superiores e inferiores. «Si solo se estudiaran las características que establecen el grado de superioridad o de inferioridad de las diversas razas humanas se estudiaría solo un número redu-

⁹ Broca: ob. cit., t. IV, p. 676.

cido¹⁰ —dice Broca hablando de este ángulo de Jacquart. Pero, ¿cuál es esa pequeña cantidad de características? ¿Nos lo indicó el maestro? Por más que lo busquemos no lo encontramos. Como la piedra filosofal de los alquimistas de la Edad Media, esta reducida cantidad de características parece siempre dejarse descubrir, pero cuando los antropólogos creen tenerla, un genio maléfico se burla de ellos y los abandona ante los cráneos que les hacen muecas, e instrumentos que brillan entre sus dedos, sin ofrecerles nunca esa luz que buscan. Esa cantidad tiene que ser entonces muy reducida y, hasta que se pruebe lo contrario, estamos autorizados a considerarla igual a cero.

¿Pero se comprenden entonces afirmaciones tan categóricas como las de De Quatrefages que no escribe como filósofo que filosofea, sino como antropólogo auténtico, *ex profeso*? No se creería, al leer las orgullosas y pretenciosas expresiones del eminente naturalista, que habla según datos científicos no solo establecidos, sino además indiscutibles. Pero volvamos a una página de *L'espèce humaine*.

«El conjunto de las condiciones que hizo las razas —dice el autor— tuvo como resultado establecer una desigualdad actual que es imposible negar. Esta es, sin embargo, la exageración de los negrófilos de profesión cuando han sostenido que el negro en el pasado, y tal como es, era igual al blanco. Un solo hecho basta para responderles.

»Los descubrimientos de Barth dejaron sin lugar lo que podemos dudar hasta entonces: la existencia de una *historia política* entre los negros. Pero eso no hace otra cosa que poner más de relieve la ausencia de esta historia intelectual que se traduce por un movimiento general progresivo mediante los logros literarios, artísticos y arquitectónicos. Entregada a sí misma, la raza negra no ha producido nada en estos géneros. Cuando se ha querido vincular los mismos a los pueblos de color, para enmascarar esta inferioridad demasiado manifiesta, solo se logra, en todo caso, mediante cruces en los que predomina la sangre superior».

¹⁰ Ibidem, p. 680.

En realidad son palabras bien tajantes. La opinión del profesor del Museo de París es clara, precisa y concisa sobre esta cuestión de la jerarquía de las razas humanas. ¿Pero basta? Yo aceptaría que Renan —o Gobineau, que no dudaba nada— hubiera así, *ore rotundo*, creyendo que el artificio de un período pasado bastaba para consagrar sugerencias arbitrarias y cambiar un pensamiento orgulloso en verdad indiscutible. Pero no aceptaría tal discurso de un naturalista que ha obtenido tan grande prestigio en logros académicos y en el ejercicio de su incansable talento.

De Quatrefages ha conocido todos los éxitos, desde la cátedra profesoral y la gloria del escritor por la unión de las formas elegantes y la profundidad del saber. Sin embargo, lo que se debe buscar en él es el sabio, y no un científico cualquiera, sino el científico naturalista, el científico antropólogo. Ahora bien, el hecho de que refute a los que creen que el negro es igual al blanco no es una respuesta científica, sino puro juego de retórica que podríamos reducir a su justo valor, haciéndole una simple pregunta: ¿desde hace cuánto tiempo los blancos europeos poseen esta *historia intelectual* de la que habla De Quatrefages, mientras pretende ignorar la historia general de las naciones y de las razas que representan? Pero no es el momento de dar una respuesta al ilustre sabio.

Busquemos en el arsenal de los métodos antropológicos y veamos si encontramos alguno que, basado en la medición de un rasgo que muestre de forma categórica que la inferioridad del negro es un hecho evidente e irrefutable.

Tenemos ante nuestros ojos un procedimiento comparativo imaginado por el propio profesor De Quatrefages: es la medida del ángulo parietal. Para establecerlo, se trazan desde cada lado del rostro —hasta las extremidades exteriores de los arcos zigomáticos, abajo, y hasta las del diámetro frontal máximo, arriba—, dos líneas que se encuentran arriba cuando el ángulo es positivo, paralelas cuando es nulo y abajo cuando es negativo.

Topinard ha dado la lista de los promedios agrupados, según esta medida, con sus variaciones de mínima y máxima. No inserto aquí esta tabla porque, por una parte, esta obra ya contiene

bastantes cifras y, por otra, el resumen que da el autor de *Anthropologie* explica claramente el resultado.

«De estos datos —dice— resulta: 1) que los límites individuales del ángulo parietal varían de -5 a +30 y los promedios de las razas más divergentes de +2,5 a +20,30; 2) que los ángulos de 35° a 39° representados en cifras que acompañan la descripción de Prichard y que lo llevan a calificar el cráneo mongol de piramidal no se observa nunca; 3) que el cráneo más ojival, para usar su expresión, cuyos arcos zigomáticos son más visibles por el método de Blumenbach, se encuentra entre los negros de Oceanía y no entre los mongoles; 4) que en el orden inverso, el ángulo negativo, cuyos ángulos zigomáticos son menos salientes, se observa entre los auvernios, los lapones y los negros africanos».¹¹

El señalamiento final es característico en cuanto a que los auvernios, los lapones y los negros africanos, todos entre las razas con arcos zigomáticos *cryptozigos*, son los representantes de las tres razas principales, la blanca, la amarilla y la negra.

La conclusión del profesor Topinard es clara. «El ángulo parietal de De Quatrefages, en resumen, brinda una excelente característica craneológica, pero no tiene nada de serial y contraría opiniones de Blumenbach y Prichard».

Por lo tanto, resulta vano que nos esforcemos por encontrar un procedimiento craneométrico que permita descubrir la característica misteriosa que ayuda a los antropólogos a reconocer las diferencias que indican una jerarquía natural entre los diversos grupos de la especie humana. El cráneo es mudo y tiene un aspecto sepulcral por cualquier lado que lo tomemos. Como esfinge sombría, parece más bien decirnos que al recorrer todo el ciclo de la vida, desde el primer movimiento del protoplasma, en el útero, hasta el momento en que, con la frente curvada hacia la tumba, el anciano se apaga y cierra los ojos a la luz, el hombre vive, se mueve y progresa para al final regresar al reservorio común que todo lo iguala, de donde surgen todos los seres. No es esta igualdad ante la muerte el objeto

¹¹ Topinard: ob. cit., p. 296.

de nuestras investigaciones actuales. Pero las cabezas de los muertos no dirán nunca otra cosa: el pensamiento, la inteligencia, la voluntad, en una palabra, todo lo que constituye una superioridad real reside en ellas. Así como la cabaña de un hombre pobre no guarda huella visible de la visita de un príncipe, un cráneo tampoco mantiene la huella de los pensamientos que pudo haber albergado.

De esta forma abandonaremos el cráneo exterior, que parece incapaz de ilustrarnos, y seguiremos a los antropólogos en el estudio especial del cerebro. Es ahí donde encontraremos el secreto, la *recóndita dottrina* que buscamos con tanta pasión. Secreto mágico con cuya ayuda podemos distinguir finalmente el sello de superioridad con que la naturaleza marcó a unos, y las señales de inferioridad que hacen de los demás los más ínfimos representantes de la especie humana.

Si la ciencia, ante la cual me inclino, me revela al fin la palabra cabalística o el hilo oculto que fuerza a la naturaleza a hablar, aunque mi convicción tuviera que ceder lugar a las más penosas desilusiones, escucharía desconcertado, pero con resignación. Pero si, a pesar de la mejor voluntad, es imposible penetrar en estos arcanos de la antropología; si, como cortésna caprichosa, ha retirado todos sus favores para ofrecérselos a hombres tan ilustres como Morton, Renan, Broca, Carus, De Quatrefages, Büchner, Gobineau y todos los que de manera orgullosa proclaman que el hombre negro está destinado a servir de estribo a la potencia del hombre blanco, me siento en el derecho de decir, a esta antropología mentirosa: «¡No, tú no eres una ciencia!»

La ciencia no está hecha para el uso de un cenáculo cerrado, aunque fuera del tamaño de Europa y una parte de América. El misterio, que conviene al dogma, la ahoga envileciéndola.

4. EL CEREBRO Y EL INTELLECTO

De todos los estudios biológicos, el más interesante es, sin dudas, la fisiología del sistema nervioso. Se trata de un campo lleno de

sorpresas y encantos para la mente. El estudio del cerebro es el que más me motiva. Nadie lo aborda sin estremecimiento, sin confusa e indefinible emoción. Es que al tratar con estos hechos y conceptos, que la ciencia expone cada vez con más claridad y precisión, desde Haller hasta Claude Bernard, la inteligencia humana siente que opera de manera misteriosa sobre sí misma y ocurre una real introspección.

«¿Quién no se emocionaría profundamente —dice el profesor Huschke— ante la idea de ese cerco del alma y del pensamiento? Nos quedamos estupefactos ante el santuario en el que se agitan y mueven las fuerzas de la mente, ante formas enigmáticas que, en todas las formas de la vida y del movimiento, en todos los actos y en todas las aspiraciones del género humano, han desempeñado de forma misteriosa su papel desde los orígenes hasta el momento en que nos encontramos».

Este estudio íntimo del ser que trata de conocer y razonar su propia naturaleza, tiene una atracción exquisita y perturbadora en la psicología, la antigua psicología espiritualista en la que el hombre comienza por mirarse como un ángel y solo se ocupa de sus facultades considerándolas como haz que emergen de una fuente divina, por ser sus facultades irreductibles e inmortales, así como el alma de las que son la manifestación trascendental. Pero aquí las cosas tienen otro aspecto serio, otro significado. La mente ya no está frente a la mente contemplándose en las abstracciones metafísicas en que Berkeley toca lo inaprensible; Kant lo sublime; Hegel lo incomprensible, dando a Victor Cousin la ventaja de disertar acerca de su vida en un lenguaje divino, por no decir que no venga de otro; ahora contempla la materia, es decir la realidad tangible. En lugar de limitarse a generalidades, hay que llevar la investigación científica hasta el punto en que esta nos ayude a revelar la verdad. En lugar de especular sobre la *noumena* hay que estudiar los fenómenos y adivinar la ley que los gobierna.

Mens agitat molem... se decía ayer con Virgilio; *Ohne Phosphorus, kein Gedanke!* se responde hoy con Moleschott. Tal vez no hay en el fondo contradicción entre ambas afirmaciones. Quién sabe cuánto se armonizan bajo el imperio de leyes misteriosas de la vida hechos que nos parecen totalmente discordantes. ¡Estas

cuestiones tan inquietantes nos mantienen en una fascinación inexplicable! Se comprende el júbilo de un Maine de Biran cuando observa, en el recogimiento más íntimo, los diferentes estados de actividad del alma humana traducido en hábitos activos y pasivos, y elaboraba los principios del conocimiento mediante la unión de la voluntad y la inteligencia. Todas estas trayectorias en el mundo ideal, en las regiones del pensamiento puro, tienen un encanto al que es difícil resistirse. Pero no es la mejor preparación para quien entra en un laboratorio o sala de disección. Sin embargo, son los únicos lugares donde la conciencia realmente habla. Allí, una observación del ojo a través del microscopio tiene cien veces más valor que el más bello pensamiento surgido en los campos mágicos de la metafísica.

Para estudiar el cerebro desde el punto de vista antropológico, hay que despojarse de toda idea preconcebida, hay que considerarla fríamente las partes del cerebro. Es lo mejor para decidir con libertad cuando nos encontremos uno de esos caracteres que responden a algún modo de inteligencia. Los fisiólogos que han llegado a descubrimientos notables, no han procedido de otra forma. La antropología fisiológica no podría abandonar este método sin caer, de forma involuntaria o no, en el camino de las hipótesis, en las que Gall y Spurzheim superan a Flourens y Gratiolet. Incluso Claude Bernard, a pesar de su sagacidad en las investigaciones experimentales, que daban muestras de una seguridad de puntos de vista y de una actividad mental raros en el mundo científico, perdería su prestigio si, en lugar de estudiar la naturaleza como una gran desconocida, que trata de revelar con respeto y delicadeza, abordara los órganos de los que quería estudiar las funciones, con la idea preconcebida de encontrar en ellos la confirmación de una doctrina o de un sistema cualquiera.

«La idea sistemática —dice el gran fisiólogo— da a la mente una especie de seguridad engañosa y una inflexibilidad que se acomoda mal a la libertad de dudar que debe mantenerse siempre en las investigaciones. Los sistemas son necesariamente incompletos. No podrían nunca representar todo lo que está en la

naturaleza, sino solo lo que está en la mente de los hombres». ¹² Profundas palabras. Podrían aplicarse a las deducciones apresuradas y temerarias que sacan los antropólogos de sus experiencias, y también a todos los pesajes, mediciones de capacidad y otras operaciones antropométricas, mediante las cuales tratan de establecer diferencias orgánicas o jerárquicas entre los diversos grupos de la humanidad. Las reglas para ello se han formulado fuera de la naturaleza y se contradicen mutuamente, pero hay un objetivo definitivo, sistemático, alrededor del cual gravita de forma evidente.

Advierto al lector contra los prematuros entusiasmos de quienes han creído encontrar, al estudiar el cerebro, señales evidentes de sus diferentes formas de actividad, es decir, la fuente positiva de nuestras facultades mentales; no pretendo desconocer la importancia científica de este estudio. Los progresos de la ciencia desde hace 50 años me confundirían rápidamente, pero a pesar de estos progresos, todos los que miran de manera atenta el cerebro no pueden dejar de ver el escenario de una acción hasta ahora indescifrable. Al estudiar todas esas delicadas formas, de gráciles contornos y finas líneas que se entremezclan en mil caprichosas combinaciones, se perciben en ese magnífico instrumento que es el encéfalo, secretos que nuestra ciencia, aún en la infancia, no podría adivinar por completo.

Es innegable que el simple estímulo de la vida es suficiente para que el cerebro realice las cosas más maravillosas. De ahí la necesidad natural de la mente de vincular a cada forma visible de este instrumento —depresión o relieve, círculos concéntricos o sabias curvas— un destino especial en la producción de las respuestas observadas. Esta necesidad de explicarlo todo se traduce a veces en audaces afirmaciones, sobre todo por parte de los escritores que hablan del cerebro sin haberlo estudiado.

«Con una inventiva rica que envidiaría un dibujante —dice Carus Sterne—, las energías intrínsecas de la más simple e indi-

ferente combinación conocida se unen a las influencias morfológicas exteriores». ¹³

A pesar del tono afirmativo de esta frase, expresa una idea vaga, que tiende, es cierto, a enraizarse en nuestros hábitos intelectuales, pero que se basa en probabilidades y, por consiguiente, solo posee el valor de una opinión más o menos plausible. Otros, por haber buscado más, son mucho más circunspectos. Al considerar estos mismos dibujos, cuya riqueza es legítimamente admitida por el autor que acabo de citar, otro científico alemán, después de haber estudiado por largo tiempo el cerebro con sus extrañas formas, ratificó nuestra incapacidad actual para la comprensión categórica. Su opinión no debe atribuirse al efecto de una timidez paralizante, que nunca se arraiga en la mente de un verdadero científico, sino a una convicción real del observador consciente.

«Encontramos en el cerebro —dice Huschke— montañas y valles, puentes y acueductos, columnas y bóvedas, palancas y ganchos, garras y moluscos, árboles y gérmenes, liras y cuerdas, etc. Nadie ha sido capaz de encontrar el significado de estas formas singulares». ¹⁴

Treinta años después de impresas estas palabras, la ciencia ha continuado avanzando. El gran problema de la correlación entre el cerebro y el pensamiento no ha dejado de agitar la mente humana, cada día más curiosa, más ansiosa por conocer su propia fuente. Los científicos han desarrollado un número de teorías al respecto, e importantes descubrimientos han verificado algunas de ellas. Así, según Broca, Longet y el profesor Vulpian, las fibras nerviosas que forman la sustancia blanca del cerebro desempeñan el simple papel de conductor en los procesos cerebrales. Unen las diversas partes del cerebro y sus funciones parecen variar según los puntos que relacionen. La sustancia gris, por el contrario, tendría el papel principal y su actividad especial coincidiría con todas las manifestaciones intelectivas y volitivas que ocurren en los dos hemisferios cerebrales. Aquí se

¹³ Carus Sterne: *Sein und Werden*.

¹⁴ Huschke: *Schädel, hirn, Seele des Menschen und der Tiere*, Lena, 1854.

¹² Claude Bernard: *La Science expérimentale*.

reunirían también las localizaciones más importantes, como las que están relacionadas con la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad y la fuerza motriz. Así, la complicación de las circunvalaciones cerebrales, formada por los pliegues de la corteza cortical, que por lo general hacen su superficie mucho más extendida, estaría en relación directa con facultades muy desarrolladas.

Son afirmaciones discutidas entre fisiólogos, apoyadas o combatidas por los filósofos. Sobre todo los últimos hacen mucho ruido sobre el tema y las escuelas se levantan unas contra otras. Por encima de las teorías, de tiempo en tiempo se oyen reproches altisonantes en nombre de todo lo que hay de más elevado, de más sagrado entre las cosas humanas. Mientras unos quieren medirlo todo para llevar las nociones más abstractas a las proporciones de verdades de tipo experimental, otros protestan en nombre del ideal, cuya flor dulce y perfumada se marchita lánguidamente al calor de los sopletes o los ácidos. Pero los laboratorios funcionan, mientras el más allá está aún fuera de alcance. Los científicos de pálida frente no se ocupan de los filósofos de frente resplandeciente. Buscan siempre en silencio, sin decir palabra. Sin embargo, podemos repetirlo, nos encontramos frente al cerebro como frente a la esfinge.

Hay que proclamar el mérito transcendental de algunos descubrimientos de este siglo relacionados con el cerebro. Al respecto, Broca y Claude Bernard merecen grandes alabanzas por sus trabajos, que han verificado la teoría de localizaciones cerebrales, muy rebatida por Flourens. Pero aún su confirmación de la teoría no ha sido abrazada por todas las autoridades científicas como una verdad indisputable. ¿Y quiénes son los que aún dudan? Es, entre otros, uno de los fisiólogos más competentes, un veterano de la ciencia francesa.

Veamos cómo se expresaba hace poco el profesor Vulpian en la Facultad de Medicina de París: «Para mí, hasta ahora, la verdad de esta doctrina no está rigurosamente demostrada».¹⁵

¹⁵ Vulpian: *Les localisations cérébrales* in *Revue scientifique*, no. 15, 11 de abril de 1885.

En realidad, lo que se sabe tiene tan poco peso en comparación con lo que se ignora, que seríamos muy modestos si quisiéramos relexionar por un instante sobre esto. De todas las zonas del cerebro, solo hemos llegado al umbral. Se ve, o más bien se presiente de forma confusa, cuán vastos y ornamentados son los compartimentos, mientras parecen oscuros y lejanos.

Apparet domus intus et atria longa patebant.

Más de 30 años después de Huschke, la ciencia no se atreve a garantizar el resultado final de las investigaciones que se realizan con el objetivo de explicar el modo de actividad desplegado por el cerebro en la producción de la voluntad y la inteligencia, así como de todas las altas facultades que hacen del hombre un ser incomparable, cualquiera que sea la envoltura que lo cubre. Sobre esto dice el doctor Ferrier: «Estamos en el umbral de estas investigaciones y podemos preguntarnos si ha llegado el momento de tratar de explicar el mecanismo del cerebro y sus funciones. Para las mentes serias, ese momento puede parecer más lejos que nunca».¹⁶

Tal vez se pueda mitigar un poco la conclusión del fisiólogo y desprendernos un poco de ese profundo desaliento, en el que parece caer un hombre que ha estudiado por mucho tiempo, religiosamente, sin que sus investigaciones hayan llegado a nada concluyente. Nada hay más contrario a la mente científica que la rigidez absoluta de la palabra «nunca». Hay que apartarla siempre de todas las predicciones en los problemas cuyas soluciones están reservadas al futuro, a menos que se traten de verdades eternas, como las de las matemáticas, verificadas y controladas por el método discursivo. Pero, sin aceptar el exceso de dudas, se puede decir que el estado actual de la ciencia no permite predecir, por la simple inspección del cerebro, que un hombre ha sido más inteligente que otro. Todo lo que se ha dicho o hecho en este sentido debe ser aceptado con la mayor reserva. Menos aún puede inferirse por su conformación externa o peso de un individuo, que una raza es superior a otra.

¹⁶ David Ferrier: *The junctions of the brain*, Londres, 1887 (Prefacio in fine).

De este modo, la fisiología psíquica, aunque casi sin abordar el período positivista, tiende cada vez más a no considerar el volumen y el peso del cerebro como características de una actividad superior. Al estudiar el encéfalo, se vio cuán poco la dimensión respondía de manera regular a la energía del órgano. Por una inducción lógica se pudo descubrir que la riqueza y la complicación de las circunvalaciones presentaba una mejor disposición para el diagnóstico, en la investigación de las relaciones que existen entre la inteligencia y el cerebro.

En esta primera etapa en que la investigación científica no iba más allá de la observación de sus formas, se creía por lo general que estas circunvalaciones expresaban, solo por su configuración, el grado e incluso la especialidad de las aptitudes propias del cerebro en que se encontraban. Pero con posterioridad se vio que la presencia de las circunvalaciones solo coincidía con una inteligencia bien desarrollada, porque los pliegues que las forman están tapizados de una capa gris o «sustancia cortical». Los fenómenos de la distribución de los nervios adquieran en este tejido una actividad más elevada, que se traduce en la sensibilidad, la coordinación de los movimientos, la inteligencia y la voluntad. Un cerebro de un diámetro relativamente reducido puede, por su riqueza en múltiples circunvalaciones, estar recubierto de una considerable corteza cortical. Así, se explica el hecho, observado con tanta frecuencia, de una gran inteligencia que acompaña a una cabeza pequeña o a un cerebro muy por debajo de la media.

La complejidad del problema se manifiesta más a medida que mejor se le estudia. En la sustancia cortical se han descubierto células y fibras nerviosas entremezcladas con incompatible arte. Las células pertenecen más en especial a la sustancia gris o cortical, mientras que las fibras, que parecen destinadas a transmitir al cerebro las impresiones exteriores, son comunes entre estas y la sustancia blanca en la que, como ya hemos visto, desempeñan el papel de hilo conductor. Todas las energías intelectivas o volitivas se manifiestan de manera exclusiva en las células nerviosas. Así, el nervio sensitivo que ha recibido una

excitación proveniente del mundo exterior o del organismo, la transmite al cerebro en forma de sensación, la cual se transforma en percepción en la célula nerviosa y, al acumular las percepciones, el cerebro las coordina para transformarlas en pensamientos o actos de voluntad.

La sustancia gris difiere histológicamente de la sustancia blanca por la disposición de sus elementos nerviosos, como ya hemos explicado, pero lo que la distingue a la primera mirada es sobre todo el tono gris-rojizo que presenta, no de manera brusca o tajante, sino aumentando de matiz del interior al exterior. Este tinte proviene a su vez de una riqueza vascular mucho mayor que en la sustancia blanca, de manera que la sangre, agente vital por excelencia, es ahora reconocida como la fuente de la energía no solo física, sino también intelectual y moral.

Todos estos son hechos observados por la ciencia, deducidos y controlados por las más hábiles experiencias, repetidas tanto en Alemania como en Francia. Pero, ¿caso encontramos en estos un medio para estudiar en el cerebro las características que acompañan infaliblemente a una gran inteligencia? Los más grandes fisiólogos, aquellos cuyos trabajos son un honor de este siglo, retroceden y declaran su impotencia cuando hay que formular una conclusión tan importante.

Hubo un momento en que se creyó poder proceder por simple deducción. Dado que la sustancia cortical del cerebro es la fuente de todas las actividades de la mente, se decía que mientras más espesa fuera la capa gris que la conforma, mayor debería ser la potencia intelectual. Pero los experimentos de Longet y otros eminentes fisiólogos no tardaron en demostrar, una vez más, cuán discreto y sobrio de generalizaciones orgullosas se debe ser cuando se trata de las ciencias naturales y sobre todo biológicas; ciencias en las que el principal factor, que es la vida, no ha podido encontrar hasta ahora una definición práctica.

De esta forma, la fisiología no ha tenido el honor de descubrir el grado de inteligencia mediante el estudio del cerebro, ya sea en su totalidad o en parte. Según un investigador: «No es solo la cantidad, sino también la calidad del tejido y la actividad

recíproca de cada elemento las que determinan el nivel de las facultades intelectuales». ¹⁷ Son palabras muy claras que no presentan dificultad de interpretación, pero en el estado actual de la ciencia, ¿podrán distinguirse las cualidades del tejido cerebral? Ciertamente que no. Habrá que esperar quizás mucho tiempo por los desarrollos científicos que verifiquen todas esas proposiciones que ahora tenemos como verdades demostradas.

Este enfoque sobre lo que se plantea en el estudio del sistema nervioso, y en el grado de desarrollo de esta rama del conocimiento humano, será sin dudas suficiente para preparar la mente del lector, que así podrá examinar de forma consciente el valor de las deducciones de los antropólogos, a partir de procedimientos arbitrariamente empleados en el estudio comparativo de las razas humanas.

Esta parte de los estudios antropológicos, en la que deberíamos encontrar todas las investigaciones destinadas a establecer la diferencia entre las aptitudes intelectuales de las diversas razas humanas ha sido la más descuidada. Pero, y no debemos cansarnos de preguntarlo, ¿en virtud de qué carácter científico se considera entonces a algunas razas inferiores a otras? Mientras más se busca la causa de tal inconsecuencia, más nos inclinamos a encontrarla en razones ajenas a la ciencia que estudiaremos después. Por el momento, analizaremos los resultados de la única experiencia que los antropólogos han imaginado para comparar las aptitudes de las razas humanas: el peso del cerebro.

5. PESO DEL ENCÉFALO EN LAS DIVERSAS RAZAS

Tomaremos de la tan completa obra de Topinard la siguiente lista del peso del cerebro. Agrupa a diferentes variedades de la especie humana y podremos estudiar en la misma las oscilaciones de una raza a otra. El profesor la presenta con reservas expresa: «Lo que resta seguridad a la comparación del peso del

¹⁷ Valentin: *Traité de physiologie*.

cerebro en las razas son las variaciones individuales, tan caprichosas y subordinadas a tantas circunstancias exteriores, de la inteligencia primitiva y secundaria, o mejor aún de la actividad cerebral, cualquiera que sean la dirección y las manifestaciones fisiológicas». ¹⁸

En la Tabla 3, los nombres entre paréntesis indican los antropólogos que hicieron el pesaje.

TABLA 3

	EN GRAMOS
105 ingleses y escoceses (Peacock)	1 327
28 franceses (Parchappe)	1 334
40 alemanes (Huschke)	1 382
18 alemanes (Wagner)	1 392
50 austriacos (Weisbach)	1 342
1 anamita (Broca)	1 233
7 negros africanos (varios científicos)	1 238
8 negros africanos (Broca)	1 289
1 negro de Pondichery (Broca)	1 330
1 hotentote (Wyman)	1 417
1 negro del Cabo (Broca)	974

Omíto, por inútiles, los pesajes de cerebros de mujeres, señalando que el peso del cerebro de las negras de África de Peacock (1 232 gramos) es superior al del cerebro de las francesas de Parchappe (1 210 gramos).

Lo que más claro se observa en estas cifras es que el peso del cerebro no está en correlación con las diferencias étnicas. El peso del cerebro del hotentote de Wyman se nota desde la primera mirada. Topinard comenta: «Este peso, excepcional en un negro, es superado por uno de los cerebros de negros de

¹⁸ Topinard: ob. cit., p. 319.

Broca, de 1 500 gramos. *¿No cabe preguntarse si el negro libre, que vive en un medio europeo, no tiene un cerebro más pesado que si se hubiera quedado en las selvas, lejos de excitaciones intelectuales más fuertes?* Son palabras notables en boca del discípulo bien amado del ilustre Broca. Reflexionando acerca de su alcance lógico, el autor de *Anthropologie* debía ver en estas la condena categórica al sistema que divide a los grupos humanos en razas superiores e inferiores. Pero para los hombres de escuela, está escrito que en antropología no se hará caso de la lógica.

Hay que añadir que Wagner, en Alemania, y Sandifort B. Hunt, en los Estados Unidos, encontraron un máximo de 1 507 gramos entre los cerebros de los negros africanos, y Mascagny encontró uno de 1 587 gramos. Ahora bien, el mínimo del peso del cerebro entre los blancos europeos descende hasta 1 133 gramos, según Broca, y se encuentran con cifras muy inferiores.

Aunque el peso del cerebro no debe parecernos de gran valor, desde el punto de vista de la influencia que ejerce en la actividad cerebral, son hechos dignos de ser observados.

Otra Tabla, la 4, algo curiosa, es la de los pesajes de Sandifort B. Hunt,¹⁹ que divide los grupos en blancos puros, mestizos de diferentes grados y negros puros.

TABLA 4

	EN GRAMOS
24 blancos	1 424
23 tres cuartos de blanco	1 390
47 mitad blancos o mulatos	1 334
51 un cuarto de blanco	1 319
95 un octavo de blanco	1 308
22 un decimosexto de blanco	1 280
141 negros puros	1 331

Debe señalarse en este agrupamiento, que si hubiera que aceptar las cifras como expresión exacta de los hechos, el blanco estaría a la cabeza de la jerarquía; después vendría el tres cuarto de blanco, el mulato no sería más inteligente que el negro, pero los matices intermedios, como el *cafre*, el *griffe* y el *sacatra*, serían definitivamente inferiores al negro puro. Topinard reflexiona de la siguiente manera: «¿Acaso no parece resultar que la sangre blanca, cuando predomina en un mestizo, ejerce una acción preponderante a favor del desarrollo cerebral, mientras que la predominancia inversa de la sangre negra deja el cerebro en un estado de inferioridad con respecto incluso al negro puro? Esto haría creer que los mestizos toman el camino del mal con más facilidad que el del bien».

Sin el tono de suposición empleado en la última frase, podría creerse que es de Gobineau, pero Topinard raramente se deja atrapar en error desde el punto de vista de una sabia prudencia. Cuando se trata de mestizaje, veremos lo que piensan otros y lo que es en realidad.

No quiero terminar este estudio comparativo del cerebro en las diferentes razas humanas sin citar algunas palabras de Broca, que corroboran todo lo que se acaba de leer: «Nadie ha pretendido que haya una relación absoluta entre el desarrollo de la inteligencia y el volumen y peso del encéfalo. En lo que a mí respecta, he protestado con todas mis fuerzas y en varias ocasiones contra semejante absurdo. Incluso escribí antes esta parte de mi discurso a fin de que mi manera de pensar, expresada en términos categóricos, no diera lugar a equivoco alguno y terminé con la siguiente frase que les pido me dejen leer por segunda vez: "No puede ocurrírsele a un hombre ilustrado medir la inteligencia midiendo el encéfalo"».²⁰

La opinión del maestro ha sido expresada con mucha claridad. Unida a todo lo que ha sido antes expuesto, prueba que el peso del encéfalo no tiene mucho significado en la comparación de las actitudes intelectuales de cada grupo étnico. Pero

²⁰ Ver Topinard: *Le poids de l'encéphale* en *Mémoires de la Société d'anthropologie*, París, 2da. serie, t. III, p. 29.

¹⁹ Hunt: *Negro as a soldier*, citado por M. Topinard en: *L'Anthropologie*, p. 321.

incluso, si suponemos que tuviera toda la importancia que algunos antropólogos quieren concederle, el resultado de los pe-
sajes no prueba que el cerebro del caucásico sea superior al del etíope.

Una vez más, la conclusión es contraria a toda sistematización tendente a dividir las razas en inferiores y superiores.

6. DIFICULTADES EN LA CLASIFICACIÓN DE LAS APTITUDES

Sé que al perder su norte en el área de las ciencias biológicas, que constituyen el campo de la antropología, tal como se entiende según el método y la teoría de Broca, nos apresuraremos a pasar al terreno de las ciencias históricas y especulativas para probar que los hombres de raza negra nunca han podido alcanzar un alto desarrollo de la inteligencia como los de la raza blanca. Nos limitaremos a esta objeción para inducir la inferioridad del negro. Después veremos que la historia intelectual de las naciones prueba que la manifestación de estas actitudes no ha tenido su pleno y total desarrollo en una sola raza. Por el contrario, los diferentes grupos humanos no se pasan de mano en mano la llama de la ciencia a lo largo de los siglos. Es una luz que va aumentando con oscilaciones seculares en la que su intensidad solo parece disminuir para resurgir de forma más luminosa, como las estrellas cuyos rayos interferentes simulan la oscuridad, justamente en el instante en que su destello encandila nuestros ojos encantados y llenos de regocijo.

Sin embargo, desde ahora podemos preguntarnos si la ciencia de la mente (*noologías*) ha sido suficientemente estudiada como para que se puedan clasificar de forma metódica las manifestaciones de la inteligencia y fijar con certeza su valor jerárquico. ¿Dónde encontraremos las reglas para esa clasificación? Al inicio de esta obra mencioné a varios científicos o filósofos que han tratado de elaborar una clasificación científica de los conocimientos humanos, que establecieron una jerarquía que va más o menos de manera regular, de las ciencias de la genera-

lización deductiva a las más complejas de especialización inductiva, en la cual la experimentación, ayudada por el método, debe anteceder a todas las conclusiones. Hemos pasado muy rápido sobre esta cuestión. En el fondo, entendemos poco en la construcción de esta escala jerárquica. Una ciencia que un científico considera superior será considerada subalterna por un filósofo u otro sabio. En este punto, la conciencia más libre se deja de nuevo en el campo de lo arbitrario.

Esta contradicción, de la que no se ocupan los antropólogos, pues creen haber resuelto todas las dificultades cuando midieron la capacidad de un cráneo o un ángulo facial, hace imposible cualquier jerarquía sistemática de los conocimientos humanos. En ausencia de esta sistematización, ¿podría decretarse que una actividad mental es inferior a otra? No lo creo. Mientras no se aclare este aspecto, cualquier ejercicio de la inteligencia, siempre que tenga un sello personal y superior, podrá ser comparado a cualquier otro. Una canción bien interpretada y escrita, por ejemplo, valdrá tanto como el descubrimiento de la más bella ley del equilibrio de las fuerzas naturales o sociales. Pero entonces, ¿cómo establecer las comparaciones?

Ya que hay que escoger entre las diferentes opiniones, tomaré como regla de comparación jerárquica, entre las diferentes categorías científicas, la clasificación de Augusto Comte, fundador de la filosofía positivista que suscribo por completo. Según el gran positivista, el árbol de la ciencia crece de manera gradual, y evoluciona en el orden siguiente: la primera base o etapa inferior, está formada por las matemáticas puras, instrumentos de la mente en la búsqueda de la verdad; a continuación, la mecánica y la astronomía, la física, la química, las ciencias biológicas y la sociología. Después de explorar estas disciplinas a profundidad, se dominan al fin todos los campos del conocimiento; se obtiene un conocimiento perfecto de la naturaleza, con la habilidad de distinguir los principios de armonía o de asociación de las causas de discordancia o de disociación. La filosofía, reducida así a una síntesis de todas las nociones y concepciones, consiste entonces en seguir las leyes de la naturaleza, mientras se contribuye con inteligencia a la armonización

de todos los elementos, hombres y cosas, extendidos en nuestro planeta. A esta necesidad de armonía responden los sentimientos altruistas que hacen de la humanidad un ser concreto, cuyas partes interdependientes actúan, trabajan y progresan hacia un destino común.

Como filosofía moral, se han discutido mucho las concepciones del ilustre Augusto Comte, sin que se haya frenado su rápido avance en las inteligencias, pero como clasificación de las ciencias, punto de vista desde el cual las consideramos aquí, nunca han tenido serios oponentes. Herbert Spencer, la mente mejor preparada para retomarlas desde otro punto de vista, no lo ha logrado por completo en el ensayo de clasificación que escribió y, con posterioridad, en una de sus más notables obras, se vio obligado a rendir un homenaje sin restricción a la alta sagacidad del gran positivista.

Por lo tanto, podemos basarnos en el sistema de clasificación de Comte para comparar los diversos tipos de conocimiento y su valor relativo. En este caso, rebatiré criterios que se han creído siempre legítimos al declarar que la superioridad intelectual del blanco sobre el negro se prueba por la gran aptitud del primero para la matemáticas transcendentales, aptitud que se suponen nula en el segundo. Si el europeo solo se destacara en las matemáticas, su mérito no sería extraordinario. Esta rama de la ciencia, que toma de los estudios de astronomía un gran prestigio ante los ojos del vulgo, no tiene nada de la excelencia que le conceden los profanos. La astronomía, que se sirve de la otra en sus más altas aplicaciones, es una ciencia admirable. Sin embargo, debe su relevancia a la asociación de otras ciencias más complejas, como la física y la mecánica, sin las cuales la simple teoría de los números no habría nunca salido del dominio de la vaga abstracción.

Lo que permite dar una aplicación seria a la mente y lo que prueba sobre todo el vigor de la inteligencia, son las ciencias experimentales y de observación, en las que el hombre examina los fenómenos naturales y trata de descubrir las leyes que los rigen. Es ahí donde debería buscarse la comprensión que en realidad demuestra el grado de aptitud de cada cual.

¿Qué dificultad presentan las matemáticas cuando han sido inculcadas de manera gradual? ¿Cuál es la complejidad de su metodología? No son grandes facultades intelectuales lo que las hace abordables, sino cierta disciplina mental que nos capacite para aprender y aplicar las fórmulas y teoremas en todos los cálculos. Monge, Laplace, Arago, Leverrier, son hombres de alto vuelo, pero a pesar de que conjuguen con las matemáticas otras aptitudes que aumentan su mérito, hay que concordar en que muchos científicos, sin ser matemáticos, ocupan un lugar más elevado en las carreras intelectuales donde han tenido éxitos de otra magnitud. Es cierto que los descubrimientos de Cuvier, Lavoisier, Berzelius o Claude Bernard tienen una importancia infinitamente mayor para el progreso general de la especie humana que todo lo que se pueda obtener de las matemáticas. Soy el primero en reconocer que para ser un buen matemático hay que tener hábitos intelectuales que no cultivan y quizás no pueden cultivar todos los hombres, pero, ¿es diferente para las otras ciencias de superior complejidad? No. ¿Por qué debe verse entonces en la aptitud para el cálculo una señal natural de la superioridad orgánica del cerebro?

Por otra parte, la raza blanca no tiene el honor de haber inventado la ciencia de los números ni la medida de la superficie. El origen de las matemáticas se remonta al negro Egipto, la patria de los faraones. Todos los científicos que se han ocupado de la historia de las ciencias exactas reconocen por unanimidad que los egipcios fueron los creadores de la geometría.²¹ Más de 3 000 años antes de la era cristiana, mientras las naciones europeas se encontraban aún en la barbarie, los camitas que habitaban a orillas del Nilo hacían ya cálculos geométricos del área de diversas superficies. En el papiro de Khind, en el British Museum de Londres, se han descifrado problemas de geometría práctica sobre el triángulo, el círculo y el trapecio, entre otras figuras. Según estimados del doctor Samuel Birch, uno de los grandes egiptólogos conocidos, el original de ese papiro se remontaría a 3 300 años antes de Cristo.

²¹ Ver sobre todo Bretschneider: *Die Geometrie und die Geometer von Euclides*, Leipzig, 1870.

También Platón y Diógenes Laercio reconocen en Egipto el origen de las matemáticas, lo que es lógico pues los cálculos aritméticos son indispensables para la solución de los problemas geométricos.

Al igual que en muchas otras cosas, Grecia, primera nación de la raza blanca occidental en alcanzar un desarrollo serio de civilización, debe a Egipto las primeras nociones de matemáticas que perfeccionó al continuar la evolución científica, la cual llegaría mucho tiempo después a su período positivista.

El primer científico griego que se ocupó de las matemáticas con cierto brillo fue Tales de Mileto, pero fue en Egipto donde adquirió la mayor parte de sus conocimientos.

En el siglo VI, antes del ocaso de su cultura, Grecia produjo a un Pitágoras, quien dio muestras de grandes aptitudes para las ciencias. En matemáticas, se le debe el descubrimiento de diversas propiedades de los números, la demostración del valor del cuadrado de la hipotenusa y otros teoremas. ¿No podríamos preguntarnos si llegó por sí solo a estos resultados o si nos transmitió nociones recibidas de los sacerdotes egipcios —en cuyo país vivió durante 25 años— en el colegio donde incluso fue catadrático de Tebas?

Platón, que se ocupó con éxito de las matemáticas y que es el principal responsable de su actual prestigio, no se limitó a estudiarlas con los seguidores de Pitágoras, sino que fue a Egipto a beber en la propia fuente.

Dos causas han impedido a los antiguos egipcios disfrutar de toda la gloria que les corresponde en esta esfera, como las que han tenido en tantas otras. La primera es que usaban una lengua cuya gramática estaba bastante desarrollada, pero su escritura era tan complicada y difícil que todos los documentos científicos y literarios que produjeron, permanecieron durante siglos sin interpretar. Puede afirmarse que durante el tiempo en que fue imposible comprender los jeroglíficos, tan misteriosos como la esfinge en el antiguo Egipto, la mayor parte de estos documentos desaparecieron, y se llevaron sus secretos para siempre. Otros, hundidos en la tierra negra de Kémie, serán encon-

trados en un futuro. ¡Y no nos asombraría que vinieran a confundir numerosas teorías!

La segunda causa que, de cierta forma ha empeorado las dificultades de la primera, es la actitud exclusivista de los sacerdotes, principales depositarios de la ciencia. Hacían un misterio de todos sus logros científicos y solo los enseñaban, en un medio restringido, a un reducido número de elegidos que formaban una escuela cerrada con la idea de poseer ella sola la doctrina esotérica.

A pesar de todo, la tierra de Egipto estaba apreciada como patria de la ciencia, pues fue en Alejandría donde los griegos desarrollaron su aptitud para las matemáticas, y produjo figuras como Euclides, Arquímedes, Apolonio de Perga y tantas otras estrellas que brillaban en la pléyade alejandrina. Ahora que la inteligencia humana entra en un período de madurez, caracterizado por una crítica consciente, ¿no podríamos preguntarnos si científicos ignorados de la antigua raza egipcia no contribuyeron a los primeros destellos de la ciencia en la inmortal ciudad fundada por Alejandro el Grande? Ya sea afirmativa o no la respuesta, no es menos cierto que la raza negra fue la primera en cultivar las nociones abstractas de la aritmética y formular los primeros cálculos, cuyo sucesivo perfeccionamiento condujo a las grandes teorías de los tiempos modernos, en los que brillan los nombres de Descartes, Newton, Pascal, Leibniz, d'Euler, Bernoulli, Gauss, entre otros tantos.

Hemos dicho que Platón contribuyó de manera muy destacada en hacer de las matemáticas una ciencia incomparable. El patriarca de la Academia ponía en un lugar tal la ciencia de los números y la superficie, que la veía como la señal más evidente y la mejor prueba de una mente cultivada y distinguida. Se asegura que en una ola de entusiasmo inscribió en la puerta de su escuela: «Nadie entre en mi casa si no es geómetra». Llevó la idea pitagórica a la altura de un dogma, y afirmaba que la música, la geometría y la astronomía eran «las asas de la filosofía» (original en griego) y no creía poder definir a Dios sin llamarlo «el eterno geómetra».

Cuando se conoce la influencia ejercida por las ideas de Platón en la historia intelectual de occidente, nos explicamos la especie de culto que se profesaba hacia las matemáticas. Pero nuestro siglo ha esclarecido suficientes problemas como para que persistamos en marchar como ciegos en los errores del pasado.

Cuando hablamos de Platón no podemos olvidar a Aristóteles. Las matemáticas no han tenido con respecto a la jerarquía de los conocimientos humanos toda la importancia que se les ha dado. Lo que demuestra que no son el signo exclusivo de grandes facultades intelectuales, es que el gran estagirita, la más viva y mejor organizada inteligencia que se ha encontrado, nunca pudo ser un buen matemático. En cuanto a mí, comprendo que un cerebro de una actividad tan fecunda como la de Aristóteles se haya aburrido de las fórmulas que aprisionan y estrechan la mente, debido a una disciplina intelectual tan necesaria para un buen matemático. Este ejemplo basta para reducir a su justo valor una propuesta que se repite desde hace tanto tiempo, sin que se haya pensado nunca en controlarla mediante un análisis serio.

¿Quiere esto decir que los matemáticos no tienen mérito ni valor en la esfera científica? Loca y absurda sería tal afirmación. Creo lo contrario y, según las ideas del ilustre Comte, considero estos estudios como indispensables para la preparación de la inteligencia destinada a ejercicios más difíciles, más complejos. Lo que afirmo es que no puede seguir haciéndose de las matemáticas el *summum* de los conocimientos humanos, sin condenarse a no liberarse nunca de la influencia de las doctrinas metafísicas que, por tanto tiempo, han subyugado la mente humana desde Platón hasta Hegel.

CAPÍTULO VII

COMPARACIÓN DE LAS RAZAS HUMANAS
DESDE EL PUNTO DE VISTA FÍSICO

*Et pecudes et agros dividere atque dedere
Pro facie cuiusque et viribus ingenioque.
Nam facies multum valuit, viresque vigebant.*

LUCRECIO

1. ESTATURA, FUERZA MUSCULAR Y LONGEVIDAD EN LAS RAZAS HUMANAS

Tomaré en cuenta las medidas antropológicas de los diversos grupos étnicos registrados por los investigadores, y los compararé desde el punto de vista de la estatura física.

En la lucha por la existencia, el hombre, aun en estado primitivo, tuvo que encontrar en una mayor estatura una ventaja física sobre los menos dotados. Además de este aspecto, hay cierto efecto psicológico irresistible e inexplicable, ejercido por un hombre alto y bien conformado: es imponente, domina todo lo que le rodea. Sin saber por qué, de manera instintiva, para el cirlo de algún modo, en él se siente el atributo de la fuerza y el poder. Los nemrod serán siempre grandes cazadores ante el Eterno, hasta que la civilización posibilite la invención de las armas con las cuales los hombres se puedan medir a distancia. Después de las aptitudes intelectuales, el tamaño puede ser considerado como signo de distinción natural entre los hombres, y siempre los más pequeños, *exceptis excipiendis*, son inferiores en relación con los más grandes en todos los tipos de combate.

Sin embargo, las demás medidas antropológicas, y la estatura no pueden utilizarse como una base confiable para distinguir

de origen africano, con el menor grado de civilización y bienestar, libre y orgullosa de esa bella piel negruzca que en nada la deslucen, saben que, lejos de marchitarse, muestra por el contrario una asombrosa aptitud para soportar las repetidas crisis de la maternidad. Con frecuencia se ven en Haití mujeres que, después de haber amamantado entre 6 y 10 veces y más, mantienen aún todos los atributos de una juventud madura. Es un caso tan frecuente en la raza negra que ningún conocedor se asombra.

Cuando se piensa en todos los cuidados que la europea coqueta y civilizada tiene en su aseo, en un clima nada riguroso, que parece prometer a la mujer los atributos de una eterna juventud, y por otra parte, se piensa en el elemental aseo consistente en simples lavados a que se limita la montañesa de piel de ébano, aunque la repita con frecuencia,¹⁴ ¿no nos asombramos con razón al ver que esta, a pesar del efecto de un clima caluroso, conserva tan bien su tinte aterciopelado y esa flor de frescura que la hacen una mujer especial?

«Los turcos —dice Moreau de Saint-Méry—, que merecen ser les veda como buenos jueces en ese sentido, prefieren en la estación ardiente (según Bruce), a la etíope de piel de azabache y no a la brillante circasiana».

2. LA BELLEZA EN LAS RAZAS HUMANAS

Aunque ya vimos, en un estudio destinado a conocer si las razas humanas son iguales o desiguales, que la belleza corporal es un elemento que puede ser obviado; no es inútil lanzar una mirada a ese capítulo, para saber hasta qué punto se puede, de manera racional, expresar que una raza es más bella que otra. En la apreciación de las cualidades puramente estéticas de un

¹⁴ La limpieza es una de las características de los negros y en especial de las mujeres, que buscan sin cesar el agua y aunque su ropa no esté bien limpia, su cuerpo es con frecuencia introducido en el baño de un agua viva y corriente, a menos que se vean forzadas a limitarse al agua de lluvia recogida o al caer (Moreau de Saint-Méry: *Description...*)

objeto o ser, hay siempre una parte arbitraria que oscurece el juicio y la mente da una idea establecida tan obstinada y temeraria que apenas nos damos cuenta. Es un hecho tan discutido que existe un adagio muy conocido que finaliza toda discusión acerca de la belleza y la fealdad: *de gustibus et coloribus, non disputandum*.

A pesar de la libertad que tiene cada individuo para apreciar las cualidades constitutivas de lo bello, los rostros poseen ciertos efectos de armonía o discordancia que llaman nuestra atención desde el primer momento. Estos efectos determinan en nosotros un movimiento de simpatía o repulsión y provocan de manera espontánea el sentimiento estético sin que nuestra mente tenga tiempo de reflexionar. Este movimiento involuntario es inherente a la naturaleza humana y aparece incluso en los animales inteligentes, cuya larga domesticidad ha perfeccionado el sentido de la intimidad, ¿no parece poner cierto límite a la libertad de juicio individual, o más bien no tiende a hacer converger todas las impresiones personales hacia un ideal común por el determinismo propio de nuestro sistema nervioso? Yo lo creería así. La educación racional, que implica una mayor inteligencia para el dibujo y el color, así como para ordenar las partes en su distribución, afina el sentido de lo bello, cuya primera manifestación es instintiva por completo, pero no cambia nada en la economía general de nuestra organización.

«Pregúntele a un sapo qué es la belleza, ¿el *tokalon*? (en griego en el original). Y les responderá —dice Voltaire— que es la rana con dos grandes ojos redondos que salen de su pequeña cabeza, una boca ancha y plana, un vientre amarillo y un dorso carmelita. Interrogue a un negro de Guinea y le responderá que para él lo bello es una piel negra y aceitosa con ojos hundidos y nariz ñata. Pregúntele al diablo y le dirá que lo bello es un par de cuernos, cuatro garras y una cola. Consulte por último a los filósofos y le responderán con un discurso confuso y enredado». El gran Voltaire era adorable cuando utilizaba ese tono burlón con que lo demolía todo, sin preocuparse por el razonamiento. El patriarca de Ferney mezclaba a negros y sapos, diablos y filósofos, y se burla de sus lectores. Pero a pesar de su sarcas-

mo, los hombres siempre han rendido tributo a todo lo que es realmente bello.

De lo que se trata es de buscar los elementos cuya presencia, en un ser o en un objeto cualquiera, provoca en nosotros esa impresión inefable que por lo general asociamos a la idea de lo bello. Desde Platón hasta Baumgarten, Hegel, Taine, Saisset, Ravaisson, Herbert Spencer y otros muchos pensadores modernos, han buscado constantemente estos elementos para tratar de formular una definición que sea una traducción fiel de la concepción que tenemos de la belleza. Entre los antiguos, los platonianos encontraban el elemento de lo bello en la idea del bien y lo verdadero; los aristotélicos lo veían en la idea del orden y la grandeza; los estoicos, en la simetría y en la armonía de las partes. Para los platonianos era también la unidad del plan y San Agustín lo repitió después de Plotino: *Forma omnis pulchritudinis unitas est*.

En los tiempos modernos, la escuela alemana ha creído descubrir este elemento característico de lo bello en la armonía de lo real y lo ideal, aplicando el procedimiento de las antinomias o las fórmulas hegelianas. La escuela francesa, hasta Taine, permaneció en las abstracciones metafísicas o en las sutilezas analíticas. Este, en sus sabias lecciones sobre arte, desarrolló una teoría muy ingeniosa, mediante la cual lo bello se establece por la imitación, pero idealizando el objeto imitado. El artista pone de relieve una de las características esenciales del modelo, a las cuales subordina de manera sistemática todas las demás. Esta característica ideal varía además según el tiempo y lugar, y según el estado moral de la sociedad. Esta teoría, que tiene tal vez su valor en la crítica del arte, se aplica maravillosamente al estudio de lo bello desde el punto de vista histórico y filosófico, pero no nos aclara nada en la búsqueda del elemento que nos inspira el sentimiento de la belleza. Hasta Herbert Spencer, la escuela inglesa permaneció en el círculo del empirismo ingrato, pero el evolucionista identifica en su *Essais sur le progrès* el elemento constitutivo de lo bello con la mayor diferenciación de las partes, unida a la simplicidad y a la unidad del plan.

Así, por ejemplo, el rostro humano sería la más bella de todas las figuras cuando se contempla y se examina se ve, en el conjunto que forma la fisonomía, una diferenciación tal de las partes que, en los tipos de una verdadera belleza, pueden encontrarse todas las combinaciones imaginables de líneas geométricas que se completan de manera armoniosa, aunque distintas entre sí. Esta concepción, que es una de las más bellas nunca vistas, se adapta muy bien a la teoría general de la evolución, tan bien desarrollada por el filósofo inglés. Tiene también la ventaja de adaptarse tanto a la belleza física como a la moral e intelectual. Pero, ¿es todo? ¿No podríamos señalar que, si la figura humana, con esa gran perfección de las formas, responde bien al concepto puro de lo bello, estas cualidades no bastan para hacer nacer el amor, el entusiasmo, la simpatía, la inspiración poética y todo sentimiento que evoque de forma espontánea la contemplación de la belleza?

Un rostro humano puede ofrecer la mayor regularidad de los rasgos, unida a la mejor proporción de las partes sin que, al verlo, se sienta ese encanto indescriptible provocado por la contemplación de la verdadera belleza. ¿Qué le falta entonces? Lo que le falta es el soplo que anima la estatua de Pigmalión y la transforma en estremecedora Galatea: la vida.

Para comprender la causa del efecto que produce en nosotros lo bello, hay que añadir a la teoría de Herbert Spencer las finas observaciones de Leveque. Es también en el hombre que este recomienda estudiar lo bello, pues el más completo desarrollo de la vida se manifiesta sobre todo en el ser humano. Y dice: «Cuando observamos en este ser superior todos los elementos de la belleza física, intelectual y moral, la forma y la actitud del cuerpo, la energía, la habilidad y la gracia de los movimientos, la potencia del gesto, de la mirada y la voz, en fin la palabra, fiel intérprete de su pensamiento, reconocemos que todo esto solo nos conmueven porque son la manifestación de la vida, porque nos ofrecen la imagen visible de un alma invisible, porque nos revelan las excelentes o amables cualidades de la mente y el corazón. Los demás seres solo nos parecen bellos si encontramos en ellos, en algún grado, una de estas características de su ser».

Estas palabras, que son de un maestro en materia de estética, cierran de manera admirable esta pequeña digresión que debíamos hacer, en el campo especulativo, a fin de prepararnos para juzgar correctamente las diferentes afirmaciones en las comparaciones de las razas humanas, desde el punto de vista de la belleza.

Al corroborar, una por la otra, la teoría de la diferenciación de Herbert Spencer y el profundo y delicado análisis del esteta francés que acabo de citar, me parece que podemos llegar a la siguiente conclusión: la belleza del rostro humano reside en la regularidad de los rasgos convertidos en distintivos por la pureza y variedad de las líneas, pero proviene sobre todo de su animación y vivacidad.

Hay que confesar que la belleza así definida se encuentra con mucha frecuencia en la raza blanca que en la raza negra africana, más que en la raza amarilla mongólica. Pero, ¿es cierto que esta no se ve nunca en los descendientes del etiope? Por otra parte, ¿no se ven en los caucásicos las mejores características de los tipos horriblemente feos? Si es posible distinguir tipos de una belleza innegable entre los negros, al igual que pueden encontrarse tipos de una perfecta fealdad entre los blancos, ¿estamos en condiciones de establecer en las razas humanas una jerarquía cuya base de clasificación sería la forma más o menos bella de estas razas? Es cierto que nada sería menos lógico. Si la mayor parte de los autores que hablan de las razas humanas, desde el punto de vista estético, exageran en la superioridad del tipo blanco sobre el negro es que, por una inmundicia indignante, los que han tenido un interés positivo en la esclavitud de toda una parte de la humanidad, han desfigurado siempre al negro en sus descripciones fantasiosas. Por esta pretendida ausencia de toda semejanza física entre los dos tipos, han querido justificar la no existencia de obligación moral y vinculante entre los sometidos y sus dominadores.

Todos los etnólogos lo saben: en la raza negra no se encuentran con tanta frecuencia esos rostros de horrible fealdad que sirven para describir los rasgos repulsivos con tanta complaciente

fantasía, como tampoco la raza blanca siempre ofrece modelos que se acerquen mucho al Apolo del Belvedere o a la Venus de Milo. Pero por una consigna no se abrirá una obra de etnografía o un diccionario sin que aparezcan descripciones parecidas a las que he citado de Broca. En el Museo de París es lo mismo: en la sección antropológica, la exhibición de África muestra tipos de modelos etíopes que solo pueden ser descritos como caricaturas del rostro humano.

Nada más irritante que esa idea preestablecida decorada con el pomposo nombre de ciencia. No niego que esos rostros de formas bestiales no puedan encontrarse con frecuencia en la raza negra, aún inculta, pero, ¿por qué los rostros repulsivos que tan a menudo se encuentran en las poblaciones caucásicas no se incluyen en la lista? Sin lugar a dudas, constituyen excepciones 100 veces más raras que en el grupo africano, ¿pero acaso no existen? Por lo tanto, escoger las fealdades exageradas de unos y la belleza excepcional de otros para caracterizar las razas humanas, es hacer a la ciencia cómplice de la mentira. Pero la verdad es como la luz. Aunque se le oculte por todo el tiempo posible, brilla y basta un día para que sus destellos aparezcan ante los ojos de todos, y obligue a los más rebeldes a plegarse ante sus leyes. A este poder, a esta intransigencia de la verdad debe la ciencia todo su prestigio. Los científicos pueden luchar durante un tiempo y resistir su influencia, pero siempre en detrimento de su gloria que cae carcomida cuando, bajo el aguijón del progreso, la mente humana se agita y desgarrar el velo con el cual se ha tratado de esconderle la verdad.

Llega así de manera infalible una época en la que recae la mayor acusación contra ciertos científicos, en el espíritu sistemático de la misma ciencia que han cultivado, siempre que se hayan inspirado en las sugerencias arbitrarias que solo sirven para oscurecer la verdad. Para la antropología, entramos en la actualidad en este período crítico. Todas las temerarias afirmaciones que los antropólogos han creído erigir en leyes científicas son desmentidas a diario por la evidencia de los hechos. De esto da fe el caso que nos interesa. Para responder a las descrip-

ciones fantasiosas de Broca, Gobineau y Hovelacque, no puedo menos que citar las palabras del ilustre geógrafo Elisée Reclus, quien dice:

«La mayoría de los negros está lejos de tener esa piel negra y lustrosa, esas bocas de gruesos labios, esas mandíbulas salientes, esos rostros aplanados, esas narices chatas de amplias fosas, esa lana rizada que se imagina tienen todos los africanos... Los negros que más se parecen al tipo tradicional popularizado por el teatro son los de la orilla atlántica. En ningún otro lado causó la trata más estragos que entre sus tribus, y el odio del amo, es decir del blanco por su esclavo, popularizó el tipo de fealdad, en gran parte imaginario, que se atribuye a todos los esclavizados».¹⁵

El conocimiento de Elisée Reclus está fuera de toda discusión; es reconocido entre quienes se ocupan de estudios geográficos, por lo que podemos basarnos en su opinión, con la seguridad de encontrar en esta la última palabra de la ciencia contemporánea. Esta opinión está corroborada además por uno de los viajeros más lúcidos que ha visitado África: el profesor Hartmann, quien afirma: «Del norte al este, los funjes, los fedas, los ormas, los mandingas y los yolofes sirven de vínculo entre los negros. Estos presentan tantas diferencias de tribu a tribu que tenemos que abstraernos de la idea del negro de caballos crespos, nariz chata, labios gruesos y piel negra como el ala del cuervo o la pez. Tales imágenes quedarán mejor en los estancos de tabaco que en los gabinetes de antropología».¹⁶ Resulta raro que se encuentre entre los negros la verdadera belleza que tampoco está por completo ausente», dice más adelante el profesor.

Estas afirmaciones, contenidas en las dos más sabias obras publicadas sobre África, bastarían para demostrar que la belleza, como el resto, no es atributo exclusivo de una raza, cualquiera que esta sea. Pero, ¿es en el estado salvaje y en las tierras de África donde hay que estudiar la raza negra desde este nuevo

¹⁵ Elisée Reclus: *Nouvelle géog. universelle*, 54ta. serie, p. 28.

¹⁶ Hartmann: *Les peuples de l'Afrique*, p. 40.

punto de vista? Creo que sería mucho más razonable buscar sus comparaciones entre los negros que viven en medios menos agresivos que las zonas tórridas de Sudán y Guinea, con un grado de desarrollo superior.

Que se vaya a Haití, donde la raza africana, en un clima más benigno comenzó una lenta evolución por la única influencia del cambio de hábitat, ha recibido la marca de la vida intelectual y moral. Es un hecho común encontrar, entre los descendientes de la raza negra, fisonomías bellas que recuerdan «las formas ideales del período escultural clásico», para utilizar la expresión de Hartmann, que por haber vivido en el país por un tiempo no se sorprende de encontrar haitianos muy negros, pero muy hermosos.

Con mucha frecuencia he visto en las calles de Puerto Príncipe, Cabo Haitiano u otras ciudades de la república haitiana, e incluso en los montañeses, cabezas cuyo perfil tenían todas las características del tipo griego braquicéfalo. Claro que no hablo de ese esplendor estético que revela la estatuaría griega en cabezas de una belleza ideal, como las del Júpiter Olímpico o la Venus de Gnido. Fideas y Praxíteles al copiar a sus modelos, añadían, con una sabia combinación de líneas, un reflejo fascinante que no ofrece la naturaleza ni en Friné ni en Alcibiades.

En Les Cayes, al sur de la isla, se encuentran soberbios tipos negros. Este mejoramiento rápido de las formas físicas, que se da de manera gradual con nuestra evolución social, prueba algo que muchos estudiosos han señalado. La belleza de una raza, en la mayor parte de los casos, se desarrolla de acuerdo a su grado de civilización, en lo fundamental bajo la influencia de condiciones climatológicas favorables, o que la inteligencia humana ha desarrollado según las necesidades de la existencia.

Por no haber tenido nunca en cuenta todos estos factores, los antropólogos y otros científicos han declarado de forma categórica que cada raza humana tiene aptitudes psicológicas o físicas irrepetibles por otras razas, como si existiera una barrera infranqueable entre cada grupo humano y los demás grupos de la especie. Ahora que la antropología, bien o mal, aborda el período positivista en el cual todo debe ser comparado y criti-

cado según los métodos de investigación que han conducido a los mayores descubrimientos en las ciencias naturales y biológicas, habrá que buscar en la síntesis de varios datos antes de afirmar un hecho cualquiera y sobre todo concederle la categoría de ley. Ahora bien, solo se afirma científicamente un hecho cuando se le asigna un carácter distintivo en la descripción de un grupo natural, si se está seguro de que el fenómeno es constante y que sus aspectos se identifican solo como pertenecientes a este.

¿Radicalará en eso lo que sabemos de la belleza del tipo caucásico? La verdad es que la raza blanca de Europa, que nos ofrece en la actualidad la mayor belleza de que es capaz el rostro humano, no ha sido siempre como la vemos hoy. Por el contrario, todo muestra que la misma evolución que observamos en la raza negra en Haití ha ocurrido en las poblaciones europeas y continúa aún su lenta y continua acción, que está lejos de alcanzar su total efecto en todas las capas de las naciones caucásicas.

Para convencernos de esto solo hay que estudiar las dimensiones y la configuración de los cráneos, así como las partes de los esqueletos sacados de los cementerios de toda Europa. No exijo que se les seleccione en un período prehistórico demasiado alejado y del que hemos borrado el recuerdo, sino remontarnos a la época de las invasiones bárbaras de oriente y occidente, de ostrogodos y visigodos. Tomemos como ejemplo las observaciones realizadas en el Congreso de Antropólogos alemanes del mes de agosto de 1876:

«Los cráneos de Camburg dieron a Virchow dos ejemplos de una conformación especial "teromorfa" —como él dice—, y que impacta desde la primera mirada a quien se ha ocupado de la anatomía de los monos. Se sabe que en el hombre, en general, el ángulo parietal, es decir, el punto en que el parietal se encuentra con el ala del esfenoide se une a esta y que la concha temporal no se une al punto frontal. Por el contrario, los monos superiores, "nuestros primos", poseen todos en este lugar un prolongamiento de la concha temporal que se extiende tan atrás que separa el ala esfenoide del ángulo parietal y establece una adherencia más o menos grande de la concha temporal al fron-

tal, de manera tal que los parietales no pueden unirse a los huesos basilares. Ahora bien, los guerreros francos, ancestros de los actuales alemanes, enterrados en Camburg, nos presentan una forma tan extraordinaria (2 de 8) de los casos de esta particularidad simia que ningún museo puede mostrar más que el de Iéna».¹⁷

Los alemanes enterrados en Camburg, en Saale, pertenecen a la última Edad del Hierro, época que precede a las grandes invasiones y a la constitución embrionaria del estado alemán. Es un hecho digno de señalar: esos mismos alemanes representan hoy la raza germánica que los antropólogos declaran la más elevada en dignidad en la escala jerárquica. ¿Quién diría que en su pasado, apenas de 1 000 a 1 200 años, tenían una conformación tan inferior que el cuarto de las poblaciones presentaban caracteres patentes de animalidad? Tal vez pudiera creerse que el profesor Virchow consideró esto desde un punto de vista personal y arbitrario, pero en el mismo congreso, Schaafhausen, uno de los más eminentes antropólogos de Alemania, reconoce que el prognatismo de los cráneos de Camburg se repite con tanta frecuencia que, muchas veces, cráneos prehistóricos alemanes pudieran ser tomados por cráneos africanos.

Un cráneo de Engisheim, descubierto por Schönerling, estaba tan aplanado y presentaba tal exageración de la dolicocefalia (70,52°) que estuvo tentado de acercarlo al tipo etíope más que al europeo, aunque ninguna probabilidad permitía tal hipótesis. El efecto era tan asombroso que surgió una teoría según la cual el punto de partida de la especie humana se encuentra en la raza africana. Otras, más fantásticas, suponían que los africanos emigraron en masa a Europa antes de las primeras luces de la historia.

La mandíbula de la Naulette y la bóveda craneana del Neanderthal son hechos que hablan a favor de mi tesis. En general, la raza de Canstadt de De Quatrefages prueba con evidencias que las poblaciones prehistóricas de Europa eran en lo esencial

¹⁷ *Revue scientifique*, no. 37, 10 de marzo de 1877.

feas. «Si a estas características (sensible prognatismo, índice cefálico solo de 68°, 83°, etc.) se unen las que brinda la mandíbula de la Naulette, debe añadirse —dice el autor de *L'Espece humaine*—, que el hombre de Canstadt tenía el mentón muy poco definido y la parte de abajo del rostro superaba algunas veces lo que presentan, desde este punto de vista, la mayor parte de los cráneos de negros guineanos». Ahora bien, «el hábitat del Canstadt, desde la época cuaternaria, hasta nuestros días ha sido toda Europa».

¿No nos libera de toda argumentación semejante observación?

Incluso la inusual característica de la mujer bosquimana ha sido observada en la raza blanca de la antigua Europa. «La estatuilla de marfil encontrada en Laugerie-Basse por Vibraye, dice De Quatrefages, representa una mujer cuyo sexo es reconocible por un detalle exagerado: en el área baja de su cintura presenta protuberancias bastante extrañas». Se adivina con rapidez que se trata de un caso de esteatopigia, particularidad física que ha dado lugar a tantas disertaciones cuando fue visto por primera vez en la raza bosquimana.

El mismo antropólogo, al querer probar la superioridad de la raza blanca, mediante la precocidad del desarrollo de sus facultades artísticas, nos ha dado numerosos ejemplos de la conformación sin gracia ni elegancia de las antiguas europeas: «La mujer con el reno de Landesque es grotesca —dice más adelante—; las patas posteriores del animal son perfectas y, por el otro lado, la cabeza del caballo es soberbia. En el caso del hombre con el bisonte, de Massenat, el animal es bello de forma y movimiento, mientras el hombre es rígido y mal hecho».

Estos ejemplos muestran que el tipo caucásico ha pasado por formas toscas y feas, que a veces se encuentran en el tipo africano, antes de llegar a esta belleza real que es hoy su legítimo orgullo. Pero en lugar de constatar estos hechos que nos revelan los primeros esbozos del arte prehistórico, tratan de explicar su desaparición por la influencia de una evolución progresiva de la raza blanca.

De Quatrefages prefiere vincularlos a ideas supersticiosas. Se limita a mencionar el relato con el cual Catlin afirma que los pieles rojas lo veían como a un brujo peligroso por haber esbozado el retrato de uno de ellos. ¿Entonces, qué caso se hace de las virtudes psicológicas distintivas y originales del blanco si se va a buscar entre los pieles rojas la explicación fantasiosa de un hecho acontecido entre los europeos? Por otra parte, nada prueba que todos los salvajes se comporten como los pieles rojas de Catlin. Sir Samuel White Baker encontró un comportamiento contrario entre los nuers, pueblo salvaje de la orilla derecha del alto Nilo. Al detenerse el viajero inglés cerca de uno de sus poblados, estos no tardaron en dirigirse a su barco. «El jefe de este poblado se llamaba Ioctian —dice—; vino a visitarnos con su mujer e hija y, mientras estuvo sentado en un diván de nuestra cabina, dibujó su retrato con el que quedó encantado».¹⁸

¿Por qué exponerse a errores de interpretación, y no aceptar una explicación racional cuando todos los hechos son evidentes? La ciencia antropológica, tal y como la hace la escuela francesa, se encierra en el marco estrecho de un sistema arbitrario. Se sentirá destrozada el día en que se pueda probar que las razas humanas, además del color, que es un resultado complejo del clima, la alimentación y la herencia, no tienen nada que las caractericen. Sin embargo, es innegable que todas las razas sufren una evolución que va de la fealdad a la belleza, bajo el impulso del desarrollo intelectual cuya influencia, en el órgano encefálico y en el mantenimiento general del cuerpo, está cada día mejor demostrada. Resulta vano resistirse ante la evidencia.

Las afirmaciones dogmáticas no ejercen la menor acción sobre la naturaleza de las cosas y nunca las harán cambiar sin ayuda de otros agentes de mayor eficacia. «Un hombre, una tribu, una población entera pueden —dice De Quatrefages— cambiar en algunos años de estatus social, lengua, religión, etc. Sin em-

¹⁸ Ferdinand de Lanoye: *Le Nil, son bassin et ses sources*, París, 1869, p. 267.

bargo, no por eso modificarán sus características físicas externas o anatómicas». También era la opinión de Broca, en 1858, pero los hechos han hablado con tal elocuencia que en los últimos tiempos de su exitosa carrera tuvo que modificarla en gran medida, aunque no renunció a las generalizaciones *a priori* que constituyen el fondo de todas las teorías antropológicas.

El futuro demostrará que ambos científicos se equivocaron en su afirmación. Ya hemos visto adonde nos conduce el estudio morfológico de las antiguas razas de Europa; asistimos en la actualidad aún a esta transformación progresiva en la que se modifican de manera gradual sus características físicas y sus formas anatómicas.

No hay que hacerse ilusiones sobre la belleza general de la raza blanca que vemos en los bulevares de París, Berlín, Londres o Viena, por donde pasean tan bellos tipos de la especie humana. Por un juego natural que debe atribuirse a la coquetería de cada civilización, son siempre las más bonitas y atractivas entre las mujeres, así como los mejor formados entre los hombres quienes se exhiben en estas grandes arterias de las ciudades europeas, tratando siempre de ver y sobre todo de ser vistos mientras pasean su ocio.

A medida que nos alejamos de estos lugares tan frecuentados, donde se observa cierta selección en la circulación pública, vamos encontrando tipos cada vez más feos. He hecho la observación personalmente, y ha visitado el centro poblacional de cada barrio durante las ferias que tienen lugar en París en los sitios más variados, desde los primeros días del otoño hasta que los rigores de la estación obstaculizan las reuniones al aire libre.

En la fiesta de la Avenue de Gobelins, por ejemplo, en los días laborales de la semana, era posible pasear, en medio de una población de más de 5 000 almas, sin encontrar una belleza especial. Por doquier había rostros sin armonía, gente torpe y poco agraciada. Sin los mismos kioscos y tiendas que observé en la fiesta del Lion de Belfort o en otras, paseando en la Place d'Italie con sus grandes avenidas, no podría creerse que estaba en medio de la población parisina.

No se piense que he observado esto como hombre negro, que solo reconoce la belleza envuelta en sobre negro. Rindo homenaje a las Venus de la gran capital, adorables y turbadoras en su belleza exquisita. Ninguna mujer en el planeta tiene como ellas ese toque inimitable y ese arte delicado que pone todo su ser de relieve, pero no todas las mujeres de París son Venus. Charles Rochet, escultor de talento cuyas habilidades son indiscutibles e imparcialidad está fuera de toda duda, ha encontrado también estos tipos, cuya existencia demuestra que la belleza no es una característica de la raza blanca: «Tomemos el ejemplo de una mujer bien fea como las que he encontrado en París. Estudiamos historia natural y cuando nos enfocamos en el hombre, es difícil ser metódico, las observaciones son bastante difíciles. Solo pueden obtenerse las que se hacen por casualidad».¹⁹

Podría añadirse que estos encuentros con mujeres feas en París son tan frecuentes que nada es más fácil que hacer la observación de la que habla el artista. ¡Pero que se salga de las capitales y se entre en los pequeños centros interiores! La decoración cambia a ojos vistas y la belleza de los tipos desaparece cada vez más. Se les encuentra aún aquí o allá, con una rara perfección, verdaderas joyas destinadas a ser el orgullo y la pasión de esos mismos bulevares, que las atraen como un imán para hacer con ellas un ramo de seductoras flores, pero estos pájaros emigran rápido de los campos y van a buscar otros ambientes más adecuados para brillar en ellos.

Sé que para probar que la belleza del tipo blanco es independiente de su estado de desarrollo elevado, se mencionará la belleza de las razas no refinadas, como las poblaciones de los principados del Danubio y de los confines del sudeste de Europa, de las que durante tanto tiempo se ha hablado con entusiasmo. La existencia de tipos de belleza en estos medios, en los que el desarrollo intelectual apenas se ha logrado, estaría,

¹⁹ *Congrès inter, des sciences ethnogr...*, p. 207.

sin lugar a dudas, en contradicción con la teoría que sostengo aquí, pero a medida que se conocen más estas poblaciones se tiende a reconsiderar mejor esta exagerada reputación, creada por la fantasía de los etnólogos. En gran parte, el error proviene de la ilusión provocada por las bellezas que pueblan los harenes, donde se encuentran georgianas, circasianas, albanesas o rumalotas, de formas graciosas y perfil agradable.

Sin embargo, una vez más estamos ante el mismo fenómeno que se observa en los bulevares y que es el resultado de una selección artificial. No todas las esclavas georgianas, albanesas o circasianas son igualmente bellas. Son flores escogidas para el placer de sultanes y pachás, mientras el resto se embrutece en rudos trabajos, sin que con posterioridad pueda identificarse la raza a la cual pertenecen. Ahora que esos pequeños pueblos tienen comunicación más frecuente con Europa se observa que en su caso, la belleza clásica escultural es más la excepción que la regla. El mismo señalamiento puede hacerse para la nación griega, con tanta reputación en la belleza de sus formas étnicas.

Hoy que la historia ha entrado en su periodo de madurez, impulsada por una crítica esclarecida e imparcial, ya no se duda que los griegos estaban lejos de ese desarrollo intelectual que brilla en Platón, Pericles y toda la pléyade de hombres inmortales que han ilustrado el archipiélago helénico desde finales del siglo VI hasta inicios del III antes de la era cristiana. Los estudios antropológicos han mostrado un hecho curioso que corrobora mi teoría. La mayoría de los griegos más antiguos tenían el aspecto de una raza dolicocefala. Homero nos lo probaría con la descripción deforme y fea que hace de Tersite, pero sin ir tan lejos, Esopo y Sócrates nos dan una prueba evidente de la fealdad de la raza griega primitiva de la que con seguridad eran la reproducción atávica.

La fealdad de Esopo es proverbial. En cuanto a Sócrates, Xenofon, su bien amado discípulo, dio a conocer a la posteri-

dad una inolvidable descripción de su rostro con fosas nasales abiertas y nariz respingona.²⁰

La coincidencia paradójica del más alto desarrollo intelectual y moral imaginable se relaciona con la diferencia de épocas y esta irregularidad de los rasgos del rostro, tan acusada en Esopo y Sócrates, no tiene nada de asombroso cuando se conoce la rareza con que se producen estos hechos de atavismo estudiados por la ciencia desde hace muy poco. ¡Y cosa curiosa! El hombre de los tiempos modernos que Pasteur caracterizó tan bien llamándolo «un santo laico» —como podría llamarse a Sócrates «un santo pagano»— el eminente Littré, presentaba el mismo fenómeno: rasgos poco graciosos unidos al más bello desarrollo intelectual y moral.

¿Pueden engañarnos estas señales? Debemos cerrar los ojos a la verdad para seguir ciegamente los sistemas que la contradicen? ¡Nunca! A pesar de todo, habrá que proclamar la verdad. «La inteligencia de que está dotado el hombre —diremos con César Cantu— parece capaz de modificar el encéfalo y, mediante este órgano, las formas exteriores. Ejercida dentro de la legitimidad conduce a la belleza de la raza blanca, pero si se abusa o se le deja aletargar, el hombre puede descender hasta el hotentote. Sin embargo, aunque rebajada hasta ese punto, la especie no pierde ni su naturaleza ni la posibilidad de levantar-se de nuevo. Se ha repetido que los negros son el último nivel de la escala, pues bien, ahí están conquistando la libertad de Haití y no la practican de peor forma que en Europa. La raza abisinia también es negra, pero tiene formas tan bellas como de esclarecida».²¹

Cuando se tropieza con tales ideas y se recuerda la época en que fueron expresadas por primera vez, no podemos menos que admirar la espontaneidad de la mente humana, tan viva y penetrante, siempre que no la ciega la pasión. Esta correlación del desarrollo intelectual y moral, con la expansión de la belleza física de las razas humanas será, antes de no mucho tiempo,

²⁰ Xenofon: *Le Banquet*, cap. V, § 6.

²¹ César Cantu: *Histoire universelle*.

una de las más bellas leyes de la biología antropológica. Se explica científicamente por las teorías de la evolución y de la selección natural, formuladas por Herbert Spencer y Darwin. Sin embargo, como por adivinación instintiva, la inteligencia de los hombres penetró en esto mucho antes de que se supieran las razones científicas. Hace mucho que la idea se produjo en forma de adagio y todos los fisiólogos debieron encontrarla barroco: *Corpus cordi opus*.

El secreto no existe entonces. Siempre que se quiera transformar el físico de una raza humana, cuyo aspecto repulsivo y feo es un signo de salvajismo o depravación moral, solo hay que cultivar su intelecto, su corazón, haciendo germinar lenta pero de manera constante los nobles sentimientos de generosidad, entusiasmo y devoción heroica, amor al trabajo, ambición por la ciencia y, sobre todo, por encima de todo, el amor a la libertad que es en nosotros el más vivo hogar de la vida, que alumbra la dignidad, la necesidad de iniciativa individual, elementos sin los que no podría existir evolución, progreso ni mejoramiento.

3 EVOLUCIÓN ESTÉTICA DE LOS NEGROS HAITIANOS

Regresemos a Haití. La raza negra que crece en este país y que solo tendrá su pleno y total desarrollo con la instrucción y la libertad política —únicos rayos capaces de iluminar su frente y embellecerla, mediante una transformación interna—, ya ha producido numerosos tipos que podrían figurar como modelos, y producirá aún más en el futuro. ¡Por lo tanto, que marche y prospere! Quiere sincera y perseverantemente ser bella y lo será. Ejemplos no faltan.

En Puerto Príncipe conozco a una muchacha de 17 años, negra, de un matiz aterciopelado y tierno, tan bella como es posible. Es la señorita Marie S..., modesta y simple, dulce y graciosa, encantadora; su fisonomía llena de vida tiene un encanto indefinible, una atracción cándida que no tendría una parisina de su

edad, con las preocupaciones personales que germinan tan precozmente en Europa y esa sed de originalidad que estropea toda actitud natural.

Sin presentar esta perfección de formas es sorprendente en la raza etíope, muchas mujeres negras son de una belleza irresistible. ¿Quién logra que el orgulloso caucásiano olvide sus prejuicios cuando se encuentra frente a estas mujeres, cuyo color es tan contrastante con el de la europea? Son la gracia y la vida unidas a rasgos armoniosos; un paso elegante que solo se ve en la hija de los trópicos, con un movimiento rítmico imposible de describir, tanto más bello por lo involuntario... *¡Et incessu patuit dea!*

Comprendo que al observar estos rostros de miradas turbadoras, cuya belleza cada vez más perfecta es la más bella conquista de la raza africana llevada a Haití, Edmond Paul escribió: «¡Cuántas bellezas negras en el pueblo!»²² Nuestro honorable compatriota no es el único que manifestó este entusiasmo. Un escritor francés, cuya simpatía es muy apreciada para la raza negra, el ilustre Michelet, le dedicó palabras de oro que van al corazón y se graban en la mente de los hombres: «Fue una felicidad para mí conocer que en Haití, por la libertad y el bienestar, por la cultura y la educación, la negra desaparece sin mezclarse. Se convierte en la mujer negra de nariz fina y labios delgados, e incluso el cabello se modifica. Allí donde aún sigue siendo la negra y no puede refinar sus rasgos, la mujer negra es bella de cuerpo. Tiene un encanto juvenil que no tuvo la bella griega creada por la gimnástica, siempre un poco masculinizada. Podría despreciar no solo a la odiosa Hermafrodita, sino la belleza musculosa de la Venus en cucillas del Jardín de las Tullerías. La negra es una mujer diferente en relación con las orgullosas ciudadanas griegas. Es en esencia joven, de sangre, de corazón y de cuerpo y humilde, infantil, nunca se siente segura de agradar; siempre está dispuesta a hacerlo todo para

²² Edmond Paul: *Questions politico-économiques*.

gustar un poco más. Ninguna pesada exigencia cansa su obediencia. Preocupada por su rostro no se tranquiliza por sus formas delicadas y fresca elástica...»²³

En estas observaciones, el gran historiador muestra la fuerza de su corazón al trazar estas líneas generosas, tan llenas de vida que se creería ver en ellas el soplo ligero y tibio de la brisa tropical. Haití, en nombre de toda la raza negra, no lo ha olvidado. Cuando Francia quiso rendir al eminente escritor, al filósofo, el mayor homenaje de una nación a sus grandes hombres le erigió una estatua, y un negro haitiano, el doctor Louis-Joseph Janvier, digno de su raza y del pensamiento inmortal de Michelet, saludó este nombre que todos los descendientes de África deben amar y conservar en su memoria. Quién sabe cuántos milagros puede producir una buena palabra cuando sale de una boca así.

Si la mujer negra de Haití es bella y graciosa de formas, el hombre negro llevado a esta tierra de libertad no se distingue menos por la belleza del tipo que representa. Es de destacar que, contrario a lo que se ve en los países de Europa, en la raza negra de Haití hay muchos más hombres bellos que mujeres bellas. No tengo explicación para esto, y no puedo sugerir que tal vez se deba al mayor desarrollo intelectual del hombre haitiano en relación con la mujer joven.

Podría objetarse que la desigualdad intelectual entre los sexos existe también en Europa sin que se verifique esto, pero, ¿no sería lógico preguntarse si esto ha sido siempre como las vemos hoy? ¿No es constante que la civilización tienda a igualar de cierto modo las cualidades del hombre y de las mujeres? Las condiciones no son iguales. La mujer europea, aunque menos instruida que el hombre de la misma raza, ha recibido, por su futuro amor o protector, una cultura que puede no ser muy desarrollada, pero basta para comprender y compartir las aspiraciones del hombre. Su mente está abierta a todas las concepciones del arte y la poesía. Si la naturaleza pone en ella

²³ Michelet: *La femme*.

una de esas chispas sagradas que hacen brillar ciertas inteligencias más que otras, encontrará en su instrucción, por limitada que sea, todo lo necesario para convertirse en una Madame de Genlis, una Madame de Stael, una George Sand o una Delphine Gray, tan bien preparada para llevar el nombre de Saint-Marc de Girardin. Esta luz que despierta todas las facultades del cerebro es la que necesita cualquier criatura humana para realizar su destino, pero hace muy poco que la mujer haitiana disfruta de ello.

Otro de los aspectos que carece la mujer de los países nuevos es el medio artístico, en el que el bello sexo encuentra tanto apoyo para su desarrollo armónico. Cuando paseo por los vastos salones del Louvre, o del museo de Luxemburgo, y contemplo con felicidad todas las riquezas de la pintura y la escultura, con profusión de formas y colores armoniosos, no puedo dejar de pensar en que de estos santuarios se sale mucho más bello que cuando se entró. Todos los elevados sentimientos que dan lugar a estas obras maestras no pueden borrarse por completo después de una hora de contemplación, sin que aporten su huella.

El hombre las disfruta tanto como la mujer, pero es esta, por su exquisita sensibilidad, por su sentido estético y asimilador, que es penetrada por todos los poros con ese suave perfume de ideal al que no escapan las cosas realmente bellas. Es ella la que, por su temperamento, capta con sus ojos cada rayo de luz cada contorno del dibujo, y siente ese regocijo capaz de transformar todo lo que hay de más íntimo en su ser. Tiene además un don de espontaneidad que la exonera de las largas y minuciosas búsquedas de perspectiva y proporción, sin las cuales la mente crítica del hombre es incapaz de sentir una verdadera satisfacción. De esta forma, mientras saborea el placer que dan a nuestro espíritu las obras maestras del arte, estudia las sabias y graciosas formas que la ayudan, en su coquetería, a corregirse. A fuerza de mucha atención, descubrirá en la obra una prestancia tan bien adaptada al conjunto de su persona, que podrá realzar su propia belleza.

Esta influencia que reconocemos en las bellas artes en el embellecimiento de un tipo étnico no actúa solo en las poblaciones,

sino también y muy en especial, en los futuros representantes de este tipo. Darwin²⁴ opina que una evolución estética puede ocurrir en una raza, bajo el imperio de la imaginación desarrollada en un sentido determinado, y comparto esta opinión. Es cierto que niños concebidos en un medio en el cual la imaginación es excitada por la contemplación de las más bellas formas del arte tendrán diez posibilidades contra una de ser más bellos que otros concebidos donde las condiciones son opuestas. Allí donde no existe excitación estética, sino continua degradación moral, como el odio, la envidia, el espíritu de competencia y de venganza, sentimientos todos que se intensifican mientras más próximo se está del estado bárbaro, las poblaciones deben ser muy desgraciadas y feas.

El profesor Müller ha negado²⁵ la influencia de la imaginación de la madre en los rasgos del niño que lleva en su vientre, y para esto se basa en un experimento que no demostró ningún resultado probatorio. Pero, ¿en qué condiciones se realizó? Después de la concepción, 60 mujeres fueron encerradas en un lugar donde les expusieron imágenes escogidas que les pasaban de manera constante ante los ojos. Los niños no presentaron rasgo alguno característico que pudiera atribuirse a la excitación nerviosa provocada por la vista de dichas imágenes. Esta observación quebrantó un poco la fe del autor de *L'Origine des espèces*, pero no vemos nada contra nuestra primera convicción. Es evidente que el experimento fue mal hecho. Siempre que se quieran estudiar los fenómenos vitales en un animal elevado, no podrá resultar este válido si el experimento no se realiza en plena libertad del agente. Cuando se trata del hombre, cuya libertad es la condición vital por excelencia, el hecho adquire tal importancia que su ausencia basta para alterar todos los resultados de la investigación y todas las conclusiones.

Citaré varios hechos que demuestran que la imaginación de la madre puede producir un efecto real en los rasgos del feto.

²⁴ Darwin: *De la variation des animaux et des plantes*.

²⁵ Johannes Müller: *Physiologie des Menschen*, Coblentz, 1841-1844.

En Cabo Haitiano conocí a una hija del señor Marmont Daguideau, llamada Leticia. Durante su embarazo, la madre contemplaba siempre un cuadro que la llenaba de admiración. La niña nació muy bella y se parecía tanto a la imagen que, cuando tuvo 6 años y sus rasgos estuvieron bien definidos, se podía engañar con facilidad a los no conocedores pues se les hacía creer que era su propio retrato. Una dama de París, con quien tuve la ocasión de conversar del fenómeno, me dijo que lo mismo le había sucedido con una niña que perdió a la edad de 2 años. Por el contrario, conozco a un muchacho del señor Llenas, un médico haitiano que estudió en la Facultad de París. El niño nació con labio leporino, condición atribuible al hecho de que su madre durante el embarazo había visto con frecuencia a un hombre del pueblo que tenía la misma deformidad.

Cabe mencionar también un interesante hecho observado en todas las antiguas familias de la alta nobleza. Cada casa tenía un rasgo que la distinguía, al punto de que en las regiones aristocráticas, donde se estudiaba la fineza y la elegancia de las formas con tanto esmero como la ciencia heráldica, antes de ver los escudos, podía reconocerse el origen de un marqués o vizconde solo de observarlo atentamente. Me parece que, además de la influencia hereditaria que a veces se anulaba por las uniones exogámicas, puede explicarse el parecido, así perpetuado en los rasgos de familia, por la costumbre de los antiguos nobles de reunir en la misma sala de honor los retratos de todos sus antepasados, como una especie de árbol genealógico que hablaba a los ojos de sus descendientes con mucha más elocuencia que las mejores páginas de la historia. Eran experimentos que se realizaban de forma involuntaria pero libremente.

Podría citar otros hechos, basado en la misma tesis, pero volvamos al hombre negro de Haití que abandonamos con una digresión que es tiempo de cerrar.

No son hombres bellos lo que falta en Haití. Entre los soldados del ejército, los campesinos y los ciudadanos, con frecuencia se encuentran tipos que podrían confundirse con los de la raza caucásica, si no fuera por el color de la piel y la diferencia del

cabello. En los departamentos del sur y del norte de la república se les ve en una proporción respetable. Bien conformados, con un tamaño por lo general por encima de la media, los negros de Haití muestran, en grados diferentes, todas las cualidades de la belleza masculina. Tienen flexibilidad y fuerza, musculatura vigorosa y gran agilidad. A todo esto se une un rostro feliz, de rasgos pronunciados pero de perfecta armonía, que se añade a esta expresión, algo orgullosa, que es una especie de reflejo del orgullo juvenil que siente el hijo del etíope al sentirse libre, independiente e igual a cualquiera; con esto se tendrá una clara idea de los hombres cuyos padres dieron prueba de un heroísmo que la historia no olvidará jamás.

En 1883 vi en Puerto Príncipe, entre los ayudantes del general Salomon, a un joven negro tan bello que no pude evitar seguirlo con una mirada de admiración. Nunca lo he vuelto a ver e ignoro su nombre.

La familia Rameau, de Cayes, por lo general instruida y de una educación esmerada, dio bellos negros entre los que se destacaba Timagene Rameau.

Un bello espécimen de la raza negra era también Romain G. Augustin, cuyas formas bien proporcionadas, tanto en el rostro como en el cuerpo, no exagero al afirmar que pocos tipos europeos lo superaban desde el punto de vista estético. Trabajé algún tiempo en la aduana de Cabo Haitiano, donde él era jefe de oficina. Muchas veces observé cómo los extranjeros que desembarcaban en el puerto descuidaban sus asuntos para admirar a este hombre cuya piel negra se correspondía con los rasgos de una real belleza. Además de estas ventajas físicas, tenía maneras muy elegantes, que su estatura acentuaba.

Era bastante instruido y a la edad de 18 años ya era profesor de historia en el liceo de Cabo Haitiano. Fui uno de sus jóvenes alumnos y con posterioridad uno de sus mejores amigos en ese vínculo afectuoso que nace con frecuencia entre el maestro y sus discípulos, cuando de una parte y de otra se encuentra igual satisfacción.

Toda la familia Edmon, originaria de Trou, dio individuos muy bellos. Uno de ellos y a quien conocí bien, Augustin Edmond,

tenía tan bella figura y formas tan delicadas y finas que no te cansabas de mirarlo, aunque estuvieras habituado a esta belleza del hombre negro que, con tanta frecuencia, desmiente las fantasiosas descripciones de los etnógrafos.

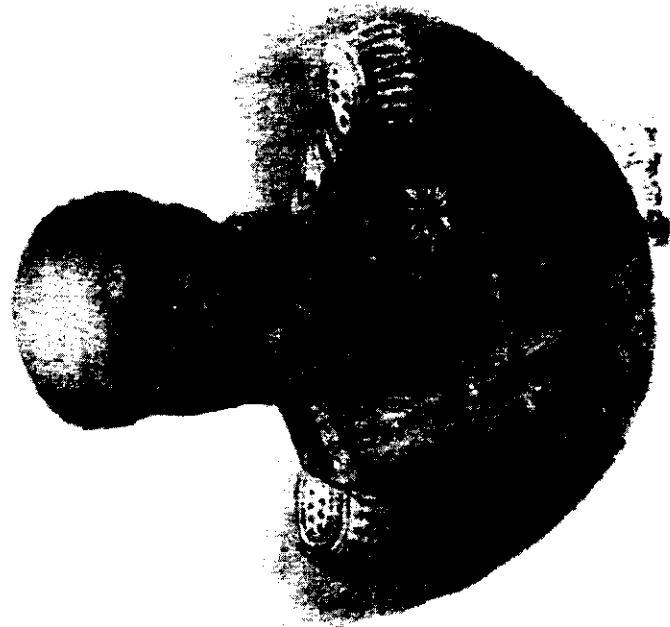
En 1882, el general Henry Piquant, negro muy bello de rostro y elevada estatura, se encontraba por primera vez en París. Por dondequiera que pasaba llamaba la atención. Inteligente, con maneras distinguidas, paso orgulloso y porte caballeresco, podía pararse junto a los europeos que se exhibían en los bulevares sin que su piel negra hiciera sombra a las formas flexibles y bellas que poseía. El general Piquant, que prestó muchos servicios a su país, falleció joven. Otros murieron a su lado y frente a él, desafortunadamente, y merecen también nuestro lamento *Infandum*... Triste resultado de la guerra civil en la que unos empujan y otros van con la mayor ceguera.

No terminaríamos nunca si continuamos con estas citas que no son excepciones. Para probar que en todas las capas de la población hay hombres negros cuyo aspecto externo no es repulsivo, daré al lector el retrato de un antiguo soldado inculto y sin educación, que llegó a ser emperador de Haití por el extraño juego de una lamentable política. Se trata del general Soulouque. Los no prejudiciados y ridículamente apasionados, como Gustavo d'Alaux, estarán de acuerdo en que la fisonomía de este monarca no tiene nada que envidiar a la de la mayoría de las cabezas coronadas que se han visto en Europa o en otros lugares.

¿No parece ahora demostrado que la belleza, como la inteligencia, se encuentran en todas las razas humanas? ¿No se observa que en cualquier parte existen gradaciones, cuya existencia se explica no por una jerarquía natural y orgánica, sino por la acción evolutiva más o menos organizada en cada raza? No pueden negarse estas verdades, y recordemos sobre todo que no se trata aquí de una belleza convencional, sino de la verdadera, que reside en parte en la regularidad de los rasgos exteriores, pero aún más en la expresión del rostro. Con mucha frecuencia, la causa que contribuye a nublar el juicio de los que no pueden imaginar un rostro bello y negro a la vez, proviene de la

confusión entre belleza escultural, consistente en la pureza de las líneas, y el brillo que recibe por la coloración pictórica. Solo la primera es la fuente estética que remueve en nosotros los sentimientos de lo ideal, mientras la segunda es un precioso valor añadido, pero secundario por completo.

Sin embargo, no puede negarse que el color del europeo sea mucho más proclive que el del etíope para hacer brillar los rasgos de una gran belleza. Bernardin de Saint-Pierre, en su *Harmonies de la nature*, observó que el contraste entre los diferentes colores y formas reunidos en el rostro caucásico es el principal



LE GÉNÉRAL SOULOUCQUE

General Soulouque, emperador de Haití.

elemento de su desmesurada y estridente belleza, cuando se le compara con la del hombre negro. Esta teoría se acerca además al principio de diferenciación enunciado mucho después por Herbert Spencer.

Hay que aceptar los hechos pues no existe demostración contra la evidencia. Pero, en el caso de lo que podemos llamar la belleza pictórica, ¿el color blanco del caucásico es el más bello que pueda concebirse? No lo creo. Ese color bello entre todos lo encontraría más bien en el del mestizo de negro y blanco, o sea, en el mulato, y digo mulato, pero debería decir mulata.

El mulato, cuando es bello, con frecuencia tiene defectos que neutralizan el efecto que su persona pudiera producir. Con maneras afectadas o afeminadas, con frecuencia estudiadas o presuntuosas, raramente tiene unidos ese abandono, esa libertad y ese vigor de movimientos que son el ideal de la belleza del macho. Es un señalamiento válido para Haití, Dominicana y las colonias europeas, sin que por eso dejemos de tener en cuenta los numerosos ejemplos que son las excepciones de la observación general.

La perla de la raza amarilla surgida del tipo blanco y del tipo africano es la mulata. Al conservarle en toda su integridad la sangre juvenil, la gracia de las formas y lo aterciopelado de la piel que hacen de la mujer negra esa criatura de la que Michelet habla con acento nervioso, la naturaleza embellece estas cualidades presentes en la mulata, añadiendo ese color llamado amarillo, pero que difícilmente se encontraría en la paleta de un pintor, aunque fuera Tiziano. Quien contempla la salida del sol en las regiones tropicales puede captar ese juego de luz que escapa de los dedos rosados de la aurora, como se diría en la lengua de Homero, y con el que la naturaleza ha adornado el rostro de la mulata, pero sería incapaz de reproducir la imagen cromática. Al igual que en este caso, la velocidad con que llegan a nuestra mirada las vibraciones de las ondas luminosas nos da tiempo a fijar en nuestra mente los rasgos de la sensación que nos ciega, como nos fascina por la expresión de una vida fecunda, esta riqueza de la sangre, cuya exuberante circu-

lación coloreada el cachete de la bella mestiza, sin que podamos darnos cuenta de estos matices fugaces que parecen escapar a nuestra atención.

El conde Gobineau, tan prejuiciado con el cruzamiento de las razas, no ha podido dejar de reconocer esta belleza: «Es de destacar que las mezclas más felices, desde el punto de vista de la belleza, son las de blancos y negros. Uno solo tiene que hacer una comparación entre las a menudo irresistibles mulatas, *capresses* [mestiza de negro y mulata], y cuarteronas, y las descendientes de blancos y mongoles como las húngaras y rusas. La comparación va en detrimento de estas últimas».²⁶

Esto es válido para las mulatas capresse más que para las cuarteronas, a veces bellas también, pero siempre de una belleza insípida, de un temperamento amorfo, triste flor cuya savia lenta y perezosa asciende con pena hacia su pálida corola.

El encanto de la mulata le viene de todos los elementos que constituyen las bases estéticas de la belleza. Tan llena de vida como la negra, tiene además ese contraste de colores cuya ausencia ensombrece el brillo pictórico de la belleza etíope. De mayor vivacidad que la blanca, tiene como esta la ventaja de los tintes francamente diferenciados, los cuales ponen de relieve todas las formas del rostro aunque se mire de lejos.

Lo que la hace bella entre otras es que tiene todas las cualidades oscuras de su madre. Es inteligente y orgullosa, pero tierna y dulce, atenta y sumisa, y se da por entero cuando entrega su corazón. Todo esto hace nacer en ella sentimientos de entusiasmo, amor e incluso heroísmo que relucen en sus amantes ojos y se reflejan en su pura frente, con la luminosidad característica de lo realmente bello.

²⁶ Gobineau: ob. cit., p. 155 en nota.

CAPÍTULO VIII

EL MESTIZAJE Y LA IGUALDAD DE LAS RAZAS

Videntes filii Dei filias, hominum quod essent pulchrae, acceptarunt sibi uxores ex omnibus quas elegerant...

GÉNESIS VI, 2, 4

If she be black, and thereto have e wit, She'll find a white that shall her blackness fit.

SHAKESPEARE

1. ESTUDIO DEL MESTIZAJE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA IGUALDAD DE LAS RAZAS

Las consideraciones que acabamos de hacer acerca de la belleza del tipo mulato nos llevan al problema del mestizaje y de la igualdad de las razas. Es tal vez la fase más seria de nuestro estudio, donde la verdad se mostrará de manera evidente que al reflexionar acerca de esto, quienes distinguen a la humanidad en razas superiores e inferiores, se verán obligados a abandonar esta falsa concepción cuya influencia ha sido negativa para el destino de muchos hombres.

Hemos analizado que los poligenistas, al querer establecer un abismo entre las razas humanas, se esforzaban por transformar en especies distintas, y llegaron hasta negar la eugenesia, es decir, la fecundidad perfecta y continuada a partir del cruzamiento del negro y el blanco. Cuando fueron impotentes para resistirse a las evidencias en los efectos provocados por el cruzamiento, incluyeron en la discusión un elemento superior, pero difícil de apreciar, y afirmar que el mestizo es inferior en fuerza, moralidad e inteligencia a las dos razas madres. Era admitir de

forma implícita que el mestizo constituye, en cierta forma, un caso de teratología, pues desde el punto de vista teórico, la inferioridad intelectual o moral no puede explicarse de otra manera, a no ser por cierta paralización del desarrollo del cerebro que lo hacen incapaz de ejercer las funciones que acompañan las facultades elevadas de la mente, o de coordinar los impulsos del corazón.

Una vez hecha esta afirmación por los científicos, las personas con menos estudios la hacen suya con rapidez. De ahí surge la opinión de que las razas humanas se degeneran con algunos cruzamientos, opinión que de forma tan complaciente se observa en Gobineau en su famosa obra *Inégalité des races humaines*. Pero veamos los meandros por donde se abre camino la verdad. Los monogenistas, tanto como los poligenistas, adoptaron la teoría de la desigualdad de las razas, pero no tardaron en comprender que al admitir que el mestizo era siempre un ser inferior y degenerado, daban un argumento serio contra la unidad de la especie humana y la necesidad de defender su doctrina los puso en el camino de Damasco. No dudaron en afirmar a su vez que el mulato, producto del blanco y del negro, era tan inteligente como uno, y tan vigoroso como el otro. De Quatrefages, el más connotado de los monogenistas, sostuvo esta última tesis con una constancia que solo es igualada por su gran talento. Se realizaron todo tipo de pruebas e investigaciones para dejar a los adversarios sin el último argumento que tenían. Expresó: «Torres Caicedo me citaba, entre los mulatos de su patria, a oradores, poetas, escritores y a un vicepresidente de Nueva Granada que es también escritor distinguido. Creo que esto basta para probar que, en condiciones normales, el mestizo del negro y el europeo justificarían estas palabras de nuestro viajero Thevenot: "El mulato puede todo lo que puede el blanco, su inteligencia es igual a la nuestra".»

Admitir la igualdad intelectual del mulato y del blanco es aceptar de manera inevitable la igualdad del negro y el blanco. Si las dos razas tuvieran una diferencia congénita en sus aptitudes intelectuales, no se comprendería que el mulato en vez de repre-

sentar una inteligencia promedio, diera pruebas de un valor intelectual igual al de sus dos progenitores. De esta forma, la mayoría de los antropólogos se niegan a reconocer, entre el mulato y el blanco, esta igualdad de inteligencia tan proclamada por el autor de *L'Espèce humaine*.

Topinard considera que el producto del cruzamiento de las dos razas sería superior si las dos razas madres lo son en sí mismas; fuera mediocre si una de las razas es superior y la otra inferior; inferior si las dos razas son igualmente inferiores. Para quienes admiten la teoría de la desigualdad de las razas, no podrá haber nada más lógico que esta opinión. Tiene toda la recitud de una verdad matemática, pero, ¿podrán limitarse a leyes tan simples las ciencias biológicas y sociales? No lo creo. Sin embargo, la señora Clémence Royer parece adoptar la misma opinión: «En casos de mestizaje entre individuos excepcionales, ya mestizos de razas inferiores, como por ejemplo Alejandro Dumas, con individuos de razas superiores, es probable que los resultados sean favorables, al menos en cierto grado, y confieso que Alejandro Dumas es un producto muy notable de mestizaje. Sin embargo, todos reconocemos que él era un individuo con un desarrollo mental pobre, al menos de un desarrollo anormal. Era un ser excepcional, muy extraño, de una imaginación fecunda y una inteligencia superior en muchos sentidos, pero inferior en muchos otros. Siempre se mantuvo como niño, lleno de inspiración juvenil, pero incapaz de aceptar otra regla a no ser la de sus grandes caprichos. Era un negro blanco muy bien dotado, pero un negro desde el punto de vista moral. Era un producto extraordinario, que tenía más bien el carácter de un híbrido más que el del mestizo. Un hecho tan excepcional no podría erigirse en regla general y cabe preguntarse qué sería una nación compuesta por Alejandro Dumas y Alejandro Dumas hijo».¹

¿Hasta dónde la mente sistémica no empuja a quienes inspiran? Es extraño que esta instruida mujer atribuya a la degenera-

¹ *Connaissances intern. des sciences ethnogr.*, celebrado en París, 1878, p. 196.

ción de la sangre blanca en el inmortal novelista y poeta sus grandes caprichos que, sin embargo, son atributo de todas las personalidades fuera de lo común. Antes y después de Séneca, se ha repetido con frecuencia: «No hay un gran espíritu sin una pizca de locura» (*Nihil est ingenium magnum sine aliqua mixtura dementiæ*). Clémence Royer, tan desmesurada de espíritu, ¿sería la única que olvidara tan viejo y popular refrán? ¿Byron y Musset no llevaban su nerviosismo aún más lejos que Alejandro Dumas? Para ser consecuente, ¿la ciencia antropológica no debería considerarlos negros también desde el punto de vista moral? En este sentido, todas las celebridades, solo basadas en sus perfiles psicológicos y morales, serán clasificadas como negros. De hecho, parece que sin ser negro no se podrá realizar nada grande, bello y sublime. Pero esto sería ir más allá de mi tesis.

Sin embargo, por insostenible que sea la opinión de la escuela la poligenista, me parece más lógica en sus deducciones que De Quatrefages. Al menos su error es total. Si las consecuencias son falsas no es debido al razonamiento, sino a las premisas adoptadas por lo general como verdad doctrinal y primordial, que proclamaba una desigualdad natural y radical entre las diferentes razas humanas. ¿De Quatrefages opina contra esta desigualdad? Seguramente no. El ilustre profesor admite la igualdad del mulato y del blanco, mientras afirma la desigualdad irremediable del negro y del caucásico. ¿Cómo no ha sentido la debilidad de su teoría una vez que ha sido examinada?

La lógica es implacable y no tiene consideración por quienes se le apartan. El promedio de 4 y 2 no será nunca 4, sino 3. A cualquier potencia que se eleve el valor virtual del factor mayor, nunca se establecerá una ecuación integral entre el promedio obtenido y dicho factor sin que las matemáticas dejen de ser matemáticas. Solo circulemos de x a y . Y , cosa asombrosa, mientras el número mayor aumenta, más se aleja el promedio, y se aleja también del número menor. Son deducciones que no pueden haber escapado a la mente perspicaz de De Quatrefages. En medio de esta situación embarazosa, pero deseoso de poner sus afirmaciones sobre bases racionales inventó una teo-

ría para enmascarar la incoherencia de sus opiniones. Veamos cómo trata de explicar la visible contradicción que nos presenta su doctrina antropológica, en relación con la tesis insostenible de la desigualdad de las razas.

«Cada padre —dice— influye de manera directa en el niño según sus características étnicas. Esta sencilla consideración basada en numerosos detalles, hace comprender con facilidad los resultados de los cuales se asombran fisiólogos y antropólogos. Después de atribuir a la madre un papel preponderante, Nott declara con sorpresa que, desde el punto de vista de la inteligencia, el mulato se acerca más al padre blanco. Pero, ¿la energía intelectual de este último no es superior a la de la madre? ¿Y no es natural que esta tenga ventaja sobre los dos componentes hereditarios? [...]

»Lislet Geoffroy, negro por completo en el físico y blanco por el carácter, la inteligencia y las aptitudes, es un ejemplo impresionante de esto».

Por muy simple que pueda parecer la explicación a los ojos del antropólogo, debemos aceptar que sale del campo de la ciencia para entrar en el de la fantasía. ¿Cuál sería el valor de esta regla por la cual se infiere que cada padre influye en el niño directamente a partir de sus características étnicas? ¿No sería la afirmación de un principio aún por demostrar? La forma sensiblosa en que se expresa, propia para imponerse a las inteligencias ordinarias, ¿no tendrá otro interés que ocultar la necesidad científica?

Si por características étnicas de los padres se entiende el color, los cabellos y hasta cierto punto las formas del rostro, deben tenerse en cuenta; pero, ¿se trata de cualidades morales e intelectuales? Nada carece más de sentido desde el punto de vista antropológico si consideramos su inestabilidad en las razas humanas. En todos los casos, estas últimas cualidades no son tan independientes del organismo como para que se le atribuya una acción hereditaria, aparte de la influencia fisiológica general que ejerce la herencia del padre en el hijo. Por otra parte si la teoría de De Quatrefages fuera verdad, no hubiera

mulatos de piel amarilla y pelo ensortijado, como son por lo general los mestizos de negro y blanco. Los mulatos serían siempre negros de cabello rizado como su madre y tendrían todos la inteligencia supereminente que se pretende sea atributo exclusivo del padre. Ahora bien, es por completo diferente; la realidad es todo lo opuesto. El mestizaje es un fenómeno físico y nada más. Cuando el mulato es inteligente, no es solo una virtud especial que hereda de las características étnicas de su padre o su madre, sino más bien una herencia individual, tanto de uno como del otro.

En el caso de Lislet Geoffroy, negro en lo físico, pero moral e intelectualmente blanco, confieso con humildad que nunca he podido darme cuenta de ese curioso fenómeno. La convicción de De Quatrefages tuvo que ser muy profunda en sus teorías antropológicas para que expresara este hecho como un argumento serio. El primer pensamiento que vendría a la mente de un hombre con menos prejuicios contra las aptitudes naturales del negro sería preguntarse si el pretendido padre blanco de Lislet Geoffroy contribuyó a merecer tal paternidad, a no ser por su nombre. Pero para el honorable científico, encontrar un negro con elevada inteligencia sería una anomalía mucho mayor que la de ver un mulato, hijo de blanco, negro por completo y con cabello rizado.

Sin llevar la temeridad hasta declarar la imposibilidad del hecho, puede afirmarse que hay mil posibilidades contra una para que no se reproduzcan casos idénticos. Un mulato surgido (de 3/4 e incluso 4/5 de negro) de las razas blanca y negra puede, en lugar de ese color amarillo matizado de rojo que le es común, tener un tinte bastante oscuro como para parecer un *griffe* [termino creole para designar a las personas mestizas de negro y capresse] pero existe siempre un equilibrio en la fineza de los rasgos o en el cabello, que un conocedor distinguirá de inmediato en los grados fisiológicos que separan a este individuo de una u otra raza. Las rarezas asombrosas en el color, el cabello y la particularidad de los rasgos solo comienzan a manifestarse en el cruzamiento entre mestizos de diversos grados.

En el primer cruzamiento, el bagaje físico hereditario de uno y otro de los padres, que actúa en sentido opuesto y con la misma fuerza, deben modificarse de manera mutua y generar un producto de un promedio determinado. En el segundo, los elementos hereditarios ya difusos y mezclados de una parte y la otra, se relacionan y combinan de forma impredecible. Es así como del negro puro y del blanco puro saldrá un niño bien equilibrado, que tendrá tanto de su madre como de su padre; pero entre mestizos más o menos alejados de razas madres habrá un niño en quien las influencias hereditarias estén tan entremezcladas que producirá un gran desorden en la reproducción de los colores y formas parentales.

Para abordar el fenómeno citado por De Quatrefages, no es seguro que Lislet Geoffroy fuera más mulato por su sangre de lo que era por su piel y cabellos. Bory de Saint-Vincent, naturalista que bien puede distinguir al negro del mulato y que debió conocer personalmente al matemático negro, habla de él como de un verdadero negro. Y dice: «Publicaremos como ejemplo del grado de instrucción al que pueden llegar los etíopes que el hombre más sabio y espiritual de Isle de France era, cuando visitamos esta colonia, no un blanco, sino el negro Lislet Geoffroy, miembro correspondiente de la antigua Academia de Ciencias y aún hoy nuestro colega en el instituto, hábil matemático, y desde antes de la Revolución, por su talento y a pesar de su color, capitán de ingeniería».²

Si Bory de Saint-Vincent era un autor que escribía como profano y mencionaba de forma incidental el hecho en cuestión, podría creerse que se servía de la palabra *negro* sin hacer distinción entre el negro y el mulato; pero él era un especialista, su obra es puramente científica y las palabras que acabamos de citar las expresó con el objetivo de refutar la desigualdad de las razas. Por lo tanto, todo hace pensar que fue De Quatrefages quien se dejó inducir a error.

² Bory de Saint-Vincent: ob. cit., t. II, p. 64.

De esta forma podemos concluir que el mulato es realmente igual al blanco en inteligencia, pero no es solo de este que hereda las aptitudes intelectuales, pues la inteligencia es patrimonio común de la especie humana.

Para cerrar esta controversia provocada por la teoría de De Quatrefages cito las palabras de uno de los hombres de color más notable y destacado de su raza en los Estados Unidos, Frederick Douglass, una de las pruebas más contundentes de la igualdad de las razas humanas, que no pasó inadvertido para quienes predicaban la teoría de la desigualdad. Parece que, para explicar estas grandes aptitudes, invocaron la teoría del autor de *L'Espèce humaine*. He aquí cómo respondió el honorable oficial de Colombia: «A ella, a mi noble madre, a mi madre esclava, a mi madre con tinte de ébano, y no a mi presunto origen anglosajón, debo mis aspiraciones y estas facultades naturales, posesión inalienable de la raza perseguida y despreciada».³

Con ese lenguaje deberían enfrentar los mulatos inteligentes a todos aquellos que, para despreciarlos, los llevan a despreciar a sus madres. Estas palabras borran de mi corazón un recuerdo que por mucho tiempo me ha entristecido. En la destacada obra de Tocqueville *De la Démocratie en Amérique*, el lector podrá encontrar las siguientes frases:

«En el sur de la Unión hay más mulatos que en el norte, pero infinitamente menos que en ninguna otra colonia europea. Los mulatos son muy poco numerosos en los Estados Unidos. No tienen fuerza por sí mismos y, en las querellas raciales, por lo general hacen causa común con los blancos. Es así como en Europa se ve a los *laccays* de los grandes señores ponerse contra el pueblo». Más adelante, el gran escritor definió él mismo el sentido de la palabra lacayo: «la palabra lacayo servía de término extremo cuando faltaban todos los demás para representar la bajeza humana; en la antigua monarquía, cuando se quería pintar con una palabra a un ser vil y degradado, se decía que tenía el alma de un lacayo».

Gracias a la tremenda protesta de Douglass, ya no podrán verse lacayos en todos los mulatos de los Estados Unidos...

2. MESTIZO DEL NEGRO Y DEL MULATO

El mejor grado de mestizaje, para esclarecernos con el tema de que es objeto esta obra, lo da el cruzamiento del mulato y del negro. Si fuera verdad que la inteligencia es producto de la sangre blanca, ¿la parte destinada al mulato, para sacarlo de la ignorancia eterna, sería lo suficientemente fuerte como para hacer germinar en el seno de la mujer negra las cualidades intelectuales que el mestizo solo ha recibido de forma parsimoniosa? Seguro que no. A medida que el resultado de los cruzamientos se aleja del tipo blanco, deberían producir resultados cada vez menos satisfactorios. Es la opinión de quienes sostienen la teoría de la desigualdad de las razas, pero no se limitan a declarar que el regreso a la raza negra es una degeneración positiva del tipo mulato, cuya sangre blanca inició la redención fisiológica. Han insinuado además que el producto del mulato y del negro no solo debe degradarse en comparación con el mulato, sino que debe caer por debajo del propio negro, aunque este sea considerado el más ífino modelo de las criaturas humanas.

Ya he citado las cifras reunidas por Sandifort B. Hunt, según los pesajes realizados en cerebros de blancos, negros y diversos tipos de mestizos. Solo repetiré las palabras de Topinard: «¿No parece resultar de esto que la sangre blanca, cuando predomina en un mestizo, ejerce un efecto preponderante a favor del desarrollo cerebral, mientras que la preponderancia inversa de la sangre negra coloca al cerebro en un estado de inferioridad con respecto al negro puro?»

Esta idea, expresada aquí de forma dubitativa, es adoptada y preconizada por la mayor parte de los antropólogos. La repiten cada vez que se presenta la ocasión, como si se tratara de una verdad irrefutable.

Veamos el aspecto sociológico de esta idea. El mulato, que conocerá estas terribles revelaciones de la antropología, sentirá un legítimo temor de aliarse al negro. La muchacha o el muchacho no aceptará con alegría una alianza cuyos frutos resul-

³ Frederick Douglass: *Mes années d'esclavage et de liberté*.

tarán inferiores. En la brutalidad de esta doctrina, no es solo al mulato a quien se pone en guardia contra una alianza con el negro, sino también a este se le prohíbe desear una mano amarilla en su mano negra so pena de procrear seres inferiores a él, que todos proclaman el último de los hombres.

¿Se comprende esta maldición? ¿Si el negro ha sido siempre mal visto por la raza blanca, si el mulato siempre ha sido para la misma un ser monstruoso, no es el griffe a fin de cuentas, el chivo expiatorio de todas estas teorías creadas por el prejuicio y que, a falta de luz y contradicción, se han introducido en la corriente de la ciencia? Mientras un movimiento involuntario hace olvidar el desprecio sistemático que se profesa hacia el africano puro, el griffe, menos feliz, está aún marcado por el sello de la reprobación de los blancos.

Un ejemplo impresionante se puede ver en la primera producción literaria del más grande pensador de este siglo, Víctor Hugo. El poeta, cualquiera que sea su genio y en virtud de este, es siempre fiel reflejo del pensamiento de su siglo. Solo es superior cuando sabe interpretar este pensamiento, idealizándolo. En *Bug-Jargal*, Víctor Hugo quiso evidenciar el carácter, psicológico de cada una de las variedades humanas representadas por sus personajes. Muestra al blanco generoso, al negro poéticamente noble, pero el griffe hace el ser más abominable. El griffe Habibrah es feo y deforme en lo físico, mientras en lo moral es gruñón, cobarde, envidioso y odioso. Es una obra de adolescencia y juventud y esto ofrece mayor relevancia a la influencia que las ideas debieron tener en el *enfant sublime*, futuro maestro de la poesía francesa.

Sin embargo, ni el griffe ni el mulato merecen esta reputación de cobardía e ignorancia envidiosa que les ha dado el prejuicio caucasiano. En Haití, donde la experiencia del mestizaje se da en todos los grados, espontánea y de manera natural, no existen menos hombres inteligentes y notablemente organizados entre los griffes que los que se encuentran en las demás variedades de la especie humana. Entre los griffes francos (un cuarto de blanco), los *capres* y los *sacatras*, diferentes combina-

ciones surgidas de los cruzamientos del blanco y el negro, pueden encontrarse personalidades de la más alta distinción intelectual y moral.

En la literatura hay que citar ante todo a Delorme, un griffe pardo que es uno de los hombres más notables de la joven república. Llama la atención no solo por sus cualidades de escritor que nadie puede impugnar, sino también por esa constancia rara en las letras, que denota una mente abierta a todas las concepciones de lo bello y que en ellas se complace. Delorme no hizo sus primeros estudios en Europa a donde llegó con posterioridad, ya formado; una particularidad digna de ser destacada. Demuestra que su desarrollo mental no tuvo necesidad del contacto directo con la civilización europea para que desarrollara todas sus aptitudes, congénitas en él, cuyo florecimiento es propio de cada raza humana en el curso de su evolución histórica.

Delorme escribió varias obras, más o menos importantes, según el gusto de los lectores y de sus inclinaciones intelectuales. Después de distinguirse en Haití como parlamentario independiente y liberal, como periodista ingenioso y sagaz, publicó durante su primer exilio en Bruselas, en 1867, un folleto cuyas ideas elevadas y pureza de estilo fueron muy apreciadas. En este analizaba el valor político y práctico de la doctrina Monroe y de la democracia norteamericana, con un estudio breve pero concienzudo. Puede afirmarse que nadie de los que ha abordado este tema ha aportado mayor claridad.

De regreso a Europa en 1869, Delorme se dedicó valientemente al trabajo una vez más. En 1870, en París, publicó *Les Théoriens au pouvoir*, que hubiera tenido un real éxito si lo fuera un autor ya conocido, o si proviniera de una personalidad relevante en la política europea. El contenido de la obra es una simple cuestión de historia, pero el plan para el desarrollo de su tesis, el hábil montaje de las partes, los matices, las alusiones, un estilo tan flexible como culto, la hacen una muestra de la mejor literatura. Nunca se reunió de mejor forma lo útil y lo agradable. Episodios contados con delicadeza y espiritualidad,

descripciones felices, encantadoras, coloreadas con sabiduría, completan las cualidades de esta obra, cuyo mérito es tanto más considerable por lo ingrato del tema escogido por el autor:

Con frecuencia el viajero recorre durante largo tiempo paisajes encantadores, con todas las exuberancias de una naturaleza sonriente, en la que el perfume acude en ayuda de los colores y parecen desplegarse para cautivar sus miradas y colmar su cuerpo y su mente. Disfruta de esto, pero con indiferencia, pues el mismo exceso de sus sensaciones le provoca un pronto hastío. Sin embargo, que viaje a tierras desiertas y áridas, donde solo hay desolación y tristeza, y cuán maravillado no estará cuando una mano sabía, por un milagro de arte y habilidad, esparza a lo largo de su trayecto adornos tan bien combinados que llegue hasta el extremo de vagar sin ni siquiera ocuparse de la piedra que le lastima el pie.

Después de *Les Théoriciens au pouvoir*, Delorme escribió *Franческа*, novela histórica difícil de categorizar. Algunos pueden ver en esta obra una frágil intriga, una gran dispersión del interés dramático, que no siempre está concentrado en la heroína, por lo demás, una bella napolitana hábilmente perfilada. El escritor es siempre escritor, pero se siente que el artista no está siempre en su campo.

Con posterioridad, nuestro destacado patriota publicó *Les Damnés*, novela de gran vuelo imposible de analizar aquí.

Tan variada producción sitúa a Delorme en el grupo de los escritores cuya vocación está bien establecida. Cualquiera que sean las apreciaciones acerca de sus obras, hay que reconocer en él a un letrado de fina raza con todos los pequeños defectos y grandes cualidades del hombre de letras, tal y como se encuentra en los centros más civilizados de Europa. De esta forma, no puedo menos que aplaudir siempre que veo a la juventud intelectual de mi país hacer un círculo de honor alrededor de Delorme, a quien proclama el decano de la literatura haitiana. Se asegura que nuestro fino literato, con suma laboriosidad, prepara en este momento una obra acerca del desarrollo artístico en Holanda. Desde ya saludo este esperado libro en la que

Delorme, buen sintetizador y sensible esteta, enriquecerá con una nueva flor nuestra joven y amena literatura.

Como poeta, hay que nombrar a Paul Lochard, también griffe. Es el cantor de nuestra isla y sus sitios pintorescos, de espigas doradas por el sol tropical. Al igual que Delorme, realizó todos sus estudios en Haití.

De mente amplia y serena, en la que la semilla religiosa ha dejado un legado profundo, Lochard ponía sus versos al servicio de todas las grandes ideas de mejoramiento y progreso de la especie humana. Esta poesía era el canto de una conciencia que abarcaba todas las nobles y grandes ideas y las hacía brillar como piedras preciosas. Trataba de adivinar los misterios del destino y de levantar el velo de lo desconocido como si quisiera ver, en un sueño espléndido, el resplandor divino del más allá. Es una aspiración de poeta modernista en nuestra época en la que se mezclaban las grandes curiosidades con las grandes emociones.

En *Chants du soir*, de Lochard, la versificación es correcta, fácil y firme, con ritmo variado y rimas sonoras. Todas sus creaciones estallaban de luz y modulaciones variadas, pero predominaba la nota grave. Encontramos en la misma un no sé qué de solemne que ofrecía una indiscutible originalidad. Era un alma impregnada desde temprano del perfume de las Sagradas Escrituras. Ha sido igualmente conmovido por Moisés y Lamartine, David y Milton, y las corrientes literarias actuales no le resultaban ajenas. Se le lee sin cansancio, aunque nos transmite emociones perturbadoras. Su obra nos inspira siempre un cierto deseo de perfección que no podemos alcanzar, pero cuya estimulación nos excita y nos hace descubrir mil rincones azules en las tristezas y alegrías que forman las armónicas de la existencia.

De la misma familia de pensadores era Alcibiade Fleury-Battier, griffe muy oscuro. Menos correcto que Paul Lochard, tenía un abanico mucho más variado e instrucción artística superior. Con seguridad no se le encontrará esa elevación de pensamiento, esa actitud solemne que hace del poeta una especie de profeta y transforma el parnaso de limpidas fuentes en fulgurante Sinaí. Más humano y más a nuestro alcance que su émulo, te-

nía cantos suaves y armoniosos, verdaderos cantos del corazón. Más de un alma transportada por el ideal encontrará acentos que responden a sus aspiraciones, notas que escapan de su pecho oprimido.

Lo que distingue sobre todo la poesía de Battier es su recurrente fascinación temática con nuestra bella naturaleza tropical. *Sous les Bambous* no podrá nunca ser citado como una obra clásica. Además de algunas poesías bien sentidas y escritas, tanto desde el punto de vista de la versificación como del encanto armónico de los pensamientos que se desarrollan en imágenes graciosas y llenas de inocente frescura, se descubre en la misma una composición apresurada. Pero es un volumen en que los jóvenes haitianos amantes de las musas se inspirarán, y en más de una ocasión experimentarán las sagradas emociones, conocidas por los poetas y patriotas.

Este inteligente escritor murió joven. Con su amor al trabajo, su ardiente deseo de elevar y perfeccionar cada vez más su mente, no es de dudar que llegara a reunir todas las cualidades de un gran poeta. Su único ejemplo bastaría para probar que la raza negra, dando un nuevo temple con su rica savia a los retoños mulatos surgidos de su mezcla con el blanco, no les transmite degeneración intelectual o moral. Más bien desarrolla en ellos la plenitud para la que tiene la fuerza y las aptitudes. Dicha plenitud se logra siempre que las influencias favorezcan las grandes cualidades en las otras razas humanas y la estimulen con su poderosa acción.

Otro joven poeta griffe es Thalès Manigat, de Cabo Haitiano, que desarrolló su talento trabajando duro en tranquila soledad. Su obra impresiona con el exquisito *savoir faire* característico de los grandes escritores. En él se encuentra la rica variación de las notas, las rimas armoniosas y sonoras, el verso moderno, en fin, el arte de la versificación llevado a un nivel superior. Tiene todas las habilidades del verdadero artista, que cambia las palabras de tantas maneras como sean necesarias para cincelar en ellas los arabescos que ponen de relieve la idea, haciéndola brillar como una joya.

Las poesías de Thalès Manigat están aún inéditas, salvo algunas piezas aisladas publicadas en los diarios del país. Tomo la libertad de ofrecerle una al lector, no la más bella ni la mejor de sus composiciones, pero no tengo otra a mano. Así como es, la creo digna de que figure en las mejores antologías.

LA HABANERA

A mi amigo Jules Auguste

La lune était sereine et jouait sur les flots (Víctor Hugo)

Sobre el mar azulado en que se mira la estrella

Serena de la noche

Ligera y confiada una brillante vela

Se balancea sin ruido:

Es la barca de Juana, la bella habanera

De tinte pardo aterciopelado;

En los brazos de su amante la señora muy a gusto

Despliega su belleza.

Brillan zafiros en su cuello, y los pliegues de su saya

De los más vivos colores

Contornan su cintura esbelta y fina;

Las flores de Bejucal

Adornan su cabello ondulante y sedoso

Y los ardientes besos

Que salen de su boca sonriente

Muestran sus blancos dientes.

En la naturaleza, todo los invita a la alegría

Al placer casto y puro

El cielo que en el impalpable éter despliega

Su abanico azul

Salpicado de flores de oro; la brisa que suspira.

Acariciando las olas

Y bajando lentamente a la murmurante playa

Como si de cascabeles se tratara.

Sobre el ingenuo seno de Juanita se inclina

La cabeza de Carlo;

La querida niña, sobre una mandolina
 Canta un romancero
 Llena de emoción, y su voz clara y vibrante
 Se eleva hacia los cielos
 Se estremece su ser y su alma trémula
 Brilla en sus grandes ojos.
 Escuchando esta tierna y dulce melodía
 Que se desgrana en la noche
 Como timbre de laúd, de arpa de Eolias
 Que Zéfiro en su huida
 Contando sus deseos a las flores, a los prados, a las arenas
 Hace vibrar con alegría
 Carlo, arropado con alegría, amor y sueño
 Eleva sus ojos al cielo.
 Pero la luna, coloreando el borde de una nube
 Se muestra en el horizonte
 Y expande su claridad sobre el salvaje océano
 Sobre el sedoso césped:
 De repente, de los dedos de la encantadora muchacha
 Se escapa el instrumento
 De mágicos acordes, y su mirada brilla
 Colmada de encanto.
 ¡Noche serena, oh naturaleza sublime! —dice
 Voz inmensa de Dios
 Cuyo aliento colma mi corazón frente al abismo
 De los mares y del cielo azul
 El pájaro del bosque te abandona sus trinos.
 La brisa su suspiro;
 La rosa sus perfumes, y yo, que solo tengo mi alma.
 ¿Qué puedo ofrecerte yo?
 Juana, le dice el hombre que entorna sus párpados
 Sobre la alegre niña.
 Abre tu cándido corazón y di tu plegaria
 Y el amor triunfante
 La ola debe murmurar, el fuego dar la llama.
 La rosa perfumar.

*La brisa respirar y la mujer sin cesar
 Rezar y amar.*

Diciembre de 1882.

No solo en la literatura muestra el griffe sus habilidades intelectuales. Entre los numerosos doctores en medicina de la Facultad de París que en la actualidad tiene la República de Haití, hay numerosos individuos de este matiz. Mencionemos sobre todo al doctor Louis Audain, hábil en la práctica y en la investigación, que ocupa en este momento una de las mejores posiciones en Beauvais y ve aumentar su clientela cada día. Es la mejor prueba que pueda darse de su ciencia y habilidad en la carrera médica. Beauvais se encuentra a menos de 20 leguas de París y no faltan allí médicos franceses. Todo lleva a creer que si el discípulo bronceado de Esculapio ha triunfado, es porque sus aptitudes no han estado por debajo de las de los demás. Puede afirmarse también que, como cabeza y corazón, Audain es capaz de enfrentar la comparación con los hombres de cualquier raza sin sentirse humillado.

Archimède Désert, doctor en medicina de la Facultad de París, mucho más joven y con menos práctica que el doctor Audain, es de una inteligencia también notable. En la actualidad dirige la Escuela de Medicina de Puerto Príncipe.

Al lado de estas dos muestras de valor superior, debemos citar al doctor Aubry, griffe como ellos, hábil médico que realizó todos sus estudios en Haití, y cuyo talento era apreciado por todos los que no buscaban en los brillantes accesorios las aptitudes de cada profesión. Ha viajado varias veces a Europa y visitado sobre todo París para ponerse al corriente de los últimos avances de la ciencia a la que se ha dedicado.

Aubry es Caballero de la Legión de Honor. Francia lo distinguió con esta medalla, la más prestigiosa y universal, después de una generosa y noble acción: toda una guarnición de la marina de guerra francesa fue víctima de la fiebre amarilla en Haití en 1867 o 1868. Sin temerle al cansancio ni al peligro, se dio a la tarea de cuidar a aquellos hombres cuya situación parecía desesperante,

sin la menor reserva y con una devoción multiplicada. Sus esfuerzos se coronaron por el éxito, pues todos los que le fueron confiados se salvaron de la terrible epidemia.

En el campo de la jurisprudencia, se encuentran en la magistratura de Haití numerosos griffes de gran mérito. La sagacidad e inteligencia sobre todos los temas del derecho son una garantía para la justicia y legitiman la consideración de que gozan nuestros tribunales.

Entre otros, podemos mencionar a Henri Durand, exjuez en el Tribunal Supremo. De naturaleza inteligente y orgullosa, de mente abierta y siempre en busca de la verdad, es un gran ejemplo de esta honorabilidad incorruptible, sin arrogancia, que es el más bello ornato del carácter.

Enoch Désert, griffe oscuro, casi negro, doctor en Derecho por la Facultad de París. Muy cultivado, ha escrito diversas obras sobre las finanzas y la economía política, dedicadas fundamentalmente a dar luz en cuestiones del estado financiero y económico de la República de Haití.⁴

Su país y su raza pueden esperar de él que continúe trabajando y prosperando para demostrar de lo que es capaz un hombre de su tinte cuando ha tenido el privilegio de frecuentar esos templos del estudio europeo, que son el mejor producto de la civilización y, al mismo tiempo, la mejor garantía de superioridad para las naciones que los poseen.

Dalbemar Jean-Joseph, exministro de Justicia, era uno de los abogados más destacados del Colegio de Abogados de Haití. Inteligencia fina y lúcida, mente admirablemente dotada, reunía las cualidades de un escritor correcto y el talento de un orador elocuente y penetrante.

Magny, exdiputado, exsenador de la República de Haití, era un hombre superior. Unido a su probidad tenía una instrucción sólida, multifacética, un ejemplo de modestia, dignidad y urbanidad en sus maneras, como no se encontraba en otra personalidad.

Podemos citar también a Eluspha Laporte, músico consumado y hábil instrumentista. Arrancado muy pronto del arte en que ya era un virtuoso, dejó magníficas composiciones que seguramente serán compiladas y publicadas cuando Haití comprenda la necesidad de reunir todo lo que sus hijos han producido en las artes, las ciencias, las letras y la industria para probar al mundo las aptitudes de que pueden dar prueba los descendientes del africano cuando gozan de libertad y beben, como los demás pueblos civilizados, en las fuentes vivificantes de la ciencia.

Otro haitiano de la mayor inteligencia, griffe oscuro como los anteriores, es Emmanuel Chancy, modesto e infatigable trabajador, que acaba de engrosar la lista de los escritores de nuestra joven república al publicar una obra muy seria acerca de la independencia de Haití. Es una obra de crítica histórica y pensamos que no se detendrá en este camino, pues este tipo de trabajo es una necesidad para perfeccionar el conocimiento de nuestra historia nacional.

Todos estos ejemplos no impiden que los negadores incorregibles continúen dudando de las aptitudes morales e intelectuales del resultado del cruzamiento del mulato y el negro. Hay otro griffe haitiano, con una gran personalidad, cuyo talento y carácter lo distinguirían en cualquier nación en que naciera. Quiero hablar de Edmond Paul.

Un hombre verdaderamente considerable que estudió en París, como la mayoría de los haitianos acomodados. Un rasgo particular y de gran notoriedad en él fue su preocupación constante por contribuir a la gloria y relevancia de la raza negra. En su apostolado precoz, en vez de apegarse como tantos otros a éxitos como estudiante, en que el amor por los diplomas se prioriza sobre la forma y la letra, y que descuidan con frecuencia el fondo de las cosas, Edmond Paul solo se ocupó de estudios serios, especiales, para hacer más lúcida y madura su mente. Luchó contra todas las dificultades con inflexible voluntad y logró desde temprano penetrar en los aspectos fundamentales para el desarrollo de una nación.

⁴ Enoch Désert: *Les réformes financières de la République d'Haiti. La Banque nationale d'Haiti*, entre otros.

Así, con apenas 24 años, publicó en París obras⁵ de elevado objetivo. Lamentablemente el análisis de sus estudios económicos y sociales, no caben en una obra como esta. Sin embargo, tendré la oportunidad de citarlos para que los lectores puedan tener una idea.

Sostuvo una posición desde su primera publicación. Es tal vez el primer haitiano de su «tinte» al que se aprecia sinceramente cuando no se cree en la inferioridad natural de la raza negra. Al menos, fue el primero que tuvo el coraje de declarar que buscaba ante todo, el medio de ayudar a los negros de Haití para que probaran al mundo sus elevadas cualidades, iguales a las que pueden tener las demás razas humanas. Desde este punto de vista, la personalidad de Paul tiene para nosotros un interés especial. En una discusión sobre un famoso artículo de la constitución haitiana que prohibía el derecho de propiedad territorial a los extranjeros, el notable crítico escribió estas palabras, que tomo de fragmentos de igual excelencia: «¿Quién se hubiere ocupado de las aptitudes del negro destronado y desplazado al segundo plano? ¿Hay en las Antillas negros que lleven más arraigados en su fisonomía el sentido de su humanidad que el hombre negro de Haití? ¿Olvidan que solo Haití está llamado a resolver el gran problema de la aptitud de los negros para la civilización?»⁶

Son planteamientos que se desarrollaban profundamente con posterioridad, en las que el escritor no trata con consideración a Granier Cassagnac ni a los demás autores (¿haitianos?) de la *Gérontocratie* que, después de haber leído el libro de Gobineau, como todo parece indicar, emitieron ideas destructivas sobre la solidaridad nacional de Haití.

Tal vez sea bueno citar un fragmento del célebre *Essai sur l'inégalité des races humaines*. El volumen, publicado hacia 1860 con el título de *Gérontocratie*, es solo una ampliación de las ideas

de este autor. No se les podría tomar en serio, pero, ¿caso no vemos de vez en cuando a un Léo Quesnel reeditar las mismas expresiones, como una inspiración personal sacada de los mejores estudios?

«La historia de Haití, del democrático Haití —dice Gobineau—, es una larga relación de masacres, masacres de mulatos por los negros cuando estos son los más fuertes; de negros por los mulatos cuando estos últimos tienen el poder. Las instituciones, por filantrópicas que sean, nada pueden. Duermen impotentes en el papel en que fueron escritas. Lo que reina sin freno es el verdadero espíritu de las poblaciones. Conforme a una ley natural señalada antes, *la variedad negra que pertenece a esas tribus humanas no aptas para civilizarse*, alberga el más profundo odio por todas las demás razas, por lo que se ve a los negros de Haití rechazar de forma enérgica a los blancos y prohibirles la entrada en su territorio. Quisieran también excluir a los mulatos y la tendencia es su exterminación...

»Me imagino el caso en que las poblaciones de ese desdichado país hubieran actuado conforme al espíritu de las razas de las que han surgido o al no encontrarse bajo el protectorado inevitable y el impulso de ideas extranjeras, hubieran formado su sociedad libremente, de acuerdo a sus propios instintos. Entonces, se hubiera producido más o menos espontáneamente, pero siempre con alguna violencia, una separación entre gente de ambos colores.

»Los mulatos habrían vivido a la orilla del mar para establecer con los europeos las relaciones que buscan. Bajo la dirección de estos, se vería a mercaderes, sobre todo intermediarios, abogados, médicos, *estrechar lazos que los halagan*, mezclarse cada vez más, mejorarse de forma gradual, perder el carácter en la misma proporción en que perdían la sangre africana.

»Los negros se habrían retirado hacia el interior y hubieran formado pequeñas sociedades, análogas a las que creaban en otros tiempos los cimarrones en Santo Domingo, Martinica, Jamaica y sobre todo en Cuba, cuyo extenso territorio y tupidos bosques ofrecen abrigo más seguro. Allí, en medio de la

⁵ Edmond Paul: *L'éducation industrielle du peuple. Questions politico-économiques*, París, Guillaumin, 1862-1863.

⁶ Edmond Paul: *Questions politico-économiques* 2da parte pp. 89 y 94.

variada y brillante vegetación antillana, el negro americano, abundantemente provisto de los medios de existencia que a tan poco costo prodiga una tierra opulenta, hubiera llegado en toda libertad a la organización despoéticamente patriarcal, tan natural a la de sus congéneres, que los vencedores musulmanes de África no han domado aún».⁷

Las expresiones del conde Gobineau son fuertes, calumniosas y exageradas, pero las he transcrito de manera fría pensando que en lo exagerado de la denigración hay una lección que se debe extraer... Muchas personas en Haití ignoran su existencia; otros que lo han leído parecen haberlas tomado demasiado al pie de la letra. De ahí *Gérontocratie*. He dicho positivamente que el análisis de las obras de Edmond Paul no cabría aquí. Me basta con citar la refutación que hizo en algunas líneas de todas las ideas de Gobineau o de sus adeptos, aunque el nombre de este autor no aparece.

«No es raro —dice Paul— encontrar quien desee que Haití no sea un simple punto de comercio: los haitianos estarían trabajando en las llanuras, en los cerros y el comercio se haría en las ciudades con nuestros intermediarios obligados. Ah... esos profesan gran veneración por la agricultura y olvidan que tenemos por misión formar una “ciudadela” amarilla y negra con su arte, su ciencia y sus virtudes donde reine la inteligencia».⁸

Con posterioridad, el valiente escritor publicó *Le Salut de la société*, con la misma elevación de ideas, donde predominan la misma lógica inflexible y el mismo ideal de justicia. Durante su exilio de 1874 a 1876, Edmond Paul escribió una nueva obra de economía política, *L'Impôt sur le café*, en la que trata la tan importante cuestión de la producción, exportación e importación del café en Haití. Con un orden admirable en sus ideas, consideró siempre los hechos desde el punto de vista del realce moral de las poblaciones negras de la llanura, y todas sus

⁷ De Gobineau: ob. cit., t. I, pp. 49-50.

⁸ Palabras escritas textualmente en nota a la página 12 de *L'Educat. industrielle du peuple*... Las cursivas son del autor.

conclusiones van en el sentido de pedir que el productor cafetalero, el productor de los cerros, no sea aplastado por el peso de los impuestos que le impiden mejorar su existencia material y efectuar la evolución moral que debe transformarlo.

Paul publicó, además, en Kingston, una obra titulada *La cause de nos malheurs*, una obra puramente política y por consiguiente teórica, en la que no es necesario detenerse.

Además de los títulos mencionados y tantas obras publicadas, con perspectiva y lógica, hay que añadir que nuestro ilustre compatriota es un periodista consumado y el parlamentario más correcto que tenemos en Haití. Solo hace uso de la palabra en las grandes circunstancias para resolver una situación. De una elocuencia grave y severa, demasiado solemne a veces, sabe imponerse y surte efecto, en una especie de *sursum corda*.

Aunque se señale a Edmond Paul la ausencia de un bello estilo, al tener sus escritos incorrecciones de forma, en detrimento de la elegancia de una buena fraseología, no puede negarse que sus pensamientos y concepciones son amplios, consecuentes, elevados, altamente adaptados a las necesidades de la evolución moral e intelectual de la raza negra en Haití.

Para mí, hago abstracción de la política práctica que no es el objeto de este libro, confieso que siempre he sentido cierta emoción al ver a este hombre, pues tengo plena conciencia de la influencia de sus escritos sobre mi cultura y que debo a los mismos una buena parte del desarrollo de mi mente.

Por lo tanto, en todas las carreras, contrariamente a lo que harían suponer las cifras de Sandifort B. Hunt y la teoría que se desprende de las mismas, el griffe está apto para asimilar todos los conocimientos y para ser inspirado por los sentimientos más elevados del humanismo.

Aparte de las aptitudes especulativas, su mente posee todas las cualidades prácticas. En las empresas de mayor constancia, energía y voluntad, se muestra a la altura de los demás. Ya ha escalado las más altas posiciones del comercio haitiano. Théa-gène Lahens en Puerto Príncipe, los Étienne en Cabo Haitiano, ocupan los primeros puestos en las especulaciones comerciales.

Sobre todo estos últimos se destacan por una especial habilidad en los negocios, cuando se piensa en las dificultades que han tenido que superar para llegar a su situación actual y mantenerse con tantas perspectivas. Lo que los distingue es la alianza de todas las habilidades comerciales unidas a un sentimiento patriótico, poco común entre quienes pretenden dedicarse en especial a los asuntos políticos. Sus aspiraciones consisten en ver al país emprender al mismo tiempo que ellos el gran ascenso hacia el progreso y la prosperidad, al que solo se llega mediante un esfuerzo supremo de voluntad e inteligencia. Al romper con los principios egoístas que han movido siempre a los comerciantes en Haití, proyectan abrir el país hacia nuevos horizontes, con su crédito, espíritu de orden e iniciativa y su sagacidad innegable al servicio del trabajo nacional, ya sea la agricultura o la industria. Para pasar del proyecto a la realización, solo piden seguridad general y duradera, sin la cual nunca se aventuran los capitales. Con estas ideas y esta mente amplia se realizan prodigios, incluso a pesar de que solo se actúe en el círculo estrecho de los intereses privados. Su casa es una de las más sólidas del país y está destinada a ser una de las más grandes y más ricas en unos 10 años.

Si la joven república contara con una veintena de comerciantes de su posición, aptitudes y espíritu de progreso, sería incalculable la influencia positiva que esto tendría en el futuro de nuestra patria, y en la regeneración de esta raza que representamos, en Haití, los especímenes sobre los que deben hacerse todas las observaciones científicas y racionales.

Son cualidades que se deben tener en cuenta desde el punto de vista étnico. Los hombres de la raza negra deben convencerse de que solo harán reconocer su igualdad de aptitudes junto a los demás hombres, el día en que realicen las conquistas materiales que dan las claves de la fortuna, y las intelectuales que dan las claves de la ciencia. Conquistar una alta posición económica mediante el trabajo, por el espíritu de orden y lucidez no es tan fácil como lo imaginan quienes no lo han intentado. A pesar de lo que se diga, la lenta acumulación del capital y su

aumento realizado por combinaciones inteligentes no requiere menos poder mental que las soluciones de trigonometría esférica o de una integral. Por extraña que pueda parecer esta propuesta, solo es la pura verdad. En el segundo caso, solo se trata de un ejercicio intelectual, ejercicio elevado en el que la educación de la mente constituye el principal resorte. En el primero, se hace necesaria una inteligencia sostenida y viva, basada en una moral probada, de manera que todas las facultades de la persona sean puestas en acción y en constante ejercicio.

Todos estos razonamientos rozan la economía política de la cual debe también ilustrarse la antropología, pero de la que se aleja bastante como para ocuparnos de ello en esta obra. Pasemos entonces a otro tipo de argumentos mucho más cercanos a nuestro tema.

Mientras más se estudie el pasado, más saldrá la verdad entre todos los falsos colores en que la ha sumergido una ciencia de prejuicios, y estaremos mejor dispuestos a aceptar el hecho de que la humanidad no está compuesta de razas superiores o inferiores, sino que todos los pueblos pueden, con el favor de las mismas circunstancias y en cierto momento de su evolución social, realizar actos heroicos u obras admirables que les aseguran la gloria en el presente y la inmortalidad en el futuro.

Claro esta no es la opinión de muchas personas que consideran a algunas razas humanas marcadas por una degradación irremediable. Con la mente demasiado estrecha y el cerebro incompleto, con el desarrollo solo de los órganos debido a la vida vegetativa, estas razas, cuyo rostro de mandíbulas monstruosas y labios hinchados, con una máscara repulsiva y horrible, están extendidas en diferentes lugares de la Tierra solo para probar el lazo que une a la bestia y al hombre caucásico. No hay absolución. Deformes y feos parecieron por primera vez al europeo y lleno de horror y deformes y feos permanecerán. Ignorantes y estúpidos se mostraron desde el primer día e ignorantes y estúpidos permanecerán hasta que la ley de Darwin los haga desaparecer de la Tierra. Terrible *ananké*, ¿perdonarás a los malditos? ¿No tendrás nunca para ellos una mano menos pesada y ruda?

Veremos hasta qué punto la ciencia actual autoriza una conclusión tan orgullosa y absoluta, hasta qué punto confirma esta voz fatídica que parece obstaculizar la vía del progreso a una parte de la humanidad y que, en imitación del dios de Israel al dirigirse al abismo de los mares, parece repetirle: «¡No irás a ningún lado!»

CAPÍTULO XI

PERFECTIBILIDAD DE LAS RAZAS HUMANAS

Sandhiles fecit omnes nationes terrae.

DE LA SAPIENTIA, CAP. I, V. 14

1. EL DARWINISMO Y LA IGUALDAD DE LAS RAZAS

Cincuenta años después de que Lamarck, en su *Philosophie zoologique*, formulara la primera duda acerca de la teoría de lo invariable de las especies y propusiera una nueva concepción del orden serial en su clasificación, uno de los naturalistas más destacados de este siglo, Darwin, distinguido tanto por la audacia de sus ideas como por su inteligencia y mente observadora publicó *El origen de las especies*, que abrió una nueva era en los estudios biológicos. Lo que hizo fue retomar la idea de Lamarck, algo olvidada, a pesar de la gloria que tuvo al contar con el ilustre Etienne Geoffroy-Saint-Hilaire. Pero ya fuera porque la mente europea llegara a una perfecta comprensión de las nuevas teorías solo en la segunda mitad de este siglo, o porque la exposición de Darwin, apoyada en una gran cantidad de hechos y por un método más científico fuera más atractiva, el evolucionismo fue considerado como una doctrina seria solo desde su segunda aparición en el terreno de la ciencia. Aún se refuta la mayor parte de las conclusiones, pero no se les descarta del todo. Y es que el evolucionismo se ha desarrollado hoy

con todo un cuerpo de principios, en el que estudiosos como Haeckel, Huxley, Carl Vogt, Lanessan, Jacoby, Herbert Spencer, la señora Clémence Royer y tantos otros, cuyos nombres están inscritos en la vanguardia del movimiento intelectual de nuestra época, han aportado a la teoría de Darwin y de Wallace un complemento importante, pues han adaptado su método demostrativo a todos los tipos. Una idea apoyada por tantos y tan meritorios campeones no quedará en el olvido, que la hayan aceptado, de forma condicional y absoluta, equivale al mejor reconocimiento a favor de su exactitud y eficacia científica.

Darwin, al explicar las leyes de la evolución de los seres organizados, tomó especialmente en cuenta el origen de las especies, aspecto capital de su teoría y que le valiera también las más energicas protestas de los naturalistas de la escuela clásica. Pero no tengo la intención de ocuparme de esto aquí. Ya he expresado mi opinión acerca del origen de las especies, lo cual vinculo a las sucesivas transformaciones de la Tierra, desde la aparición de la vida en la evolución geológica hasta la génesis de la especie humana, que es la coronación de la fauna terrestre. Por otra parte, la aparición sucesiva de las especies debido a las transformaciones de cada hábitat —que siempre se manifiestan de forma lenta, según la teoría de las causas actuales, pero que, en ciertos momentos, se producen de forma súbita— no destruye nada de lo que hay de esencialmente verdadero en la teoría darwiniana.

Es muy posible que un fenómeno cosmogónico, entre los numerosos ejemplos que se han repetido en la historia de las evoluciones del globo, haya tenido la virtud de imponer tales condiciones de existencia a una especie de simios que fue obligada a evolucionar hacia la forma humana a fin de adaptarse al medio. Una vez realizada esta primera evolución, nada se oponía a que el ser humano, cuyos raros especímenes son en primer lugar semejantes en todas partes e inferiores a todo lo que podemos imaginarnos según los hombres actuales, haya continuado evolucionando bajo condiciones más o menos favorables para su desarrollo específico, operándose entonces la distinción de las razas.

Es en este último aspecto en el que quisiera retomar la cuestión, pues ahí es donde mi argumentación resultará interesante. Darwin, al formular las leyes científicas con ayuda de las cuales se puede ver la luz, no las abordó de manera directa y positiva. Su obra *La descendencia del hombre* demuestra que estaba preocupado con esto, pero parece que su mente se sintió más atraída por el desarrollo general de su doctrina que por un estudio especial y profundo de los principios de la etnografía. De esta forma, el subtítulo de la obra en la que estudia la selección sexual en toda la serie animal, fue más importante que el título principal. Sin embargo, desde su primera publicación, *El origen de las especies* daba toda la luz que aportaba su doctrina al estudio filosófico del desarrollo de las razas humanas. «Veo en el futuro —decía— campos de investigación muy importantes. La psicología tendrá una nueva base, ya establecida por Herbert Spencer, es decir, la adquisición gradual de cada facultad mental. Una intensa luz iluminará entonces el origen del hombre y su historia».¹

Herbert Spencer, sin apoyarlo de forma especial, creía o parecía creer en la desigualdad de las razas humanas. La señora Clémence Royer, quien más contribuyó al conocimiento de la obra de Darwin en Francia, lo creía de manera positiva: «Finalmente, la teoría de Darwin, al darnos algunas nociones algo claras sobre nuestro verdadero origen, ¿no hace justicia a tantas doctrinas filosóficas, morales o religiosas, de sistemas y utopías políticas cuya tendencia, generosa quizás, pero falsa, insistirían en una igualdad imposible, perjudicial y contra natura entre todos los hombres? Nada es más evidente que las desigualdades de las diversas razas humanas. Nada además más marcado que estas desigualdades entre los individuos de la misma raza. Los datos de la teoría de la selección natural ya no nos dejan lugar a dudas de que las razas superiores han evolucionado de manera sucesiva y que, por consiguiente, en virtud de la ley del progreso, estén destinadas a suplantarse a las

¹ Darwin: *L'Origine des espèces*. Traducción de Clémence Royer, 4ta. ed., p. 504.

inferiores, que progresan aún, y no a mezclarse y a confundirse entre ellas, a riesgo de ser absorbidas mediante cruzamientos que harían disminuir el nivel promedio de la especie. En resumen, las razas humanas no son especies distintas, sino variedades bien delimitadas y desiguales. Y hubiera que pensar dos veces antes de proclamar la igualdad política y civil en un pueblo compuesto de una minoría indoeuropea y una mayoría de mongoles o negros».²

La señora Clémence Royer es una estudiosa, pero una mujer. Hay problemas que por su complejo carácter solo podrían ser estudiados por hombres, pues solo ellos pueden considerarlos desde todos sus puntos de vista, tanto por su educación como por su temperamento masculino. Aunque mi honorable colega de la Sociedad de Antropología haya declarado de manera solemne que «cree en el progreso», se sabe que la mujer tiende a perpetuar las ideas y corrientes recibidas. Ahora bien, a pesar del alto valor intelectual que reconozco a quien fue la primera que tradujo la obra de Darwin, esto no impide que no sea del mismo sexo que el autor. Es un gran privilegio, además, porque puede ignorar impunemente las imperiosas necesidades que obligan a los europeos a proclamar la igualdad política y civil entre ellos y los mongoles o los negros. Olvida que, cuando no se concede espontáneamente esta igualdad política y civil, que es la igualdad jurídica, entonces hay negros que saben tomarla por la fuerza.

La señora Clémence Royer pretende que el cruzamiento de las razas llamadas superiores y de las consideradas inferiores haría disminuir el nivel promedio de la especie y, sin embargo, admite la doctrina unitaria. Es una matemática de primera. Puede explicar cómo el promedio de dos cantidades puede variar cuanto todos los valores perdidos por el mayor número pasan al menor. Me responderán tal vez que no se trata aquí de una relación matemática establecida entre los progenitores, sino de un hecho de tipo fisiológico o moral que debe controlarse por

otro método y no el de las ciencias exactas. Preguntaré entonces como consecuencia de qué experimento o demostración se ha obtenido la seguridad de este hecho al punto de citarlo como una verdad universal. Nada más confuso que estos cálculos arbitrarios de las aptitudes étnicas. De tanto ocuparse de ello se perdería la clave. ¿Pero es la teoría de la selección natural la que autoriza estas conclusiones afirmativas sobre la desigualdad de las razas humanas?

Varios estudiosos han hecho esta afirmación, pero creo que al estudiar seriamente la teoría darwiniana puede verse que en lugar de sancionar la doctrina de la desigualdad, esta demuestra que las razas humanas, por su constitución, están dotadas de aptitudes iguales, y que las influencias secundarias de medio o herencia explican las diferencias de desarrollo de cada grupo étnico en la relativamente corta carrera recorrida por toda la especie en su evolución histórica. Esto podría ser cierto, incluso en contra de la opinión personal del eminente naturalista inglés. Lo más bello de las verdades científicas es que son manifestaciones de leyes inmutables y eternas, y no resultan más convenientes para sus descubridores que para el más pobre de los mortales. Newton fue el primero en enunciar la ley de la gravedad, pero hubiera sido incapaz de sacar una conclusión contraria a la regla, sin que se le pudiera contradecir por la misma ley que había formulado. Haüy fue el primero en observar el fenómeno de la separación en planos y en formular la ley de la simetría mediante la cual las formas cristalinas secundarias se desprenden de las formas principales. Se le puede considerar el creador de la cristalografía; sin embargo, no podría nunca, con una forma cristalina dada, obtener otros planos que el del sistema cristalino objeto de observación. Así se presentan las cosas en el caso que nos ocupa. Estoy convencido de que cuando se quieran estudiar profundamente las leyes de la selección, se verá que no son favorables a la teoría que admite una desigualdad congénita y original entre las razas humanas.

En la reunión de la Asociación Científica de los estudiosos alemanes, celebrada en Magdeburgo el 23 de septiembre del año pasado, el doctor Kirchhoff, de Halle, dio una gran confe-

² Clémence Royer: Prefacio de la traducción de *L'Origine des espèces*, 4ta. ed., p. XXXVIII.

«La diferencia que separa a las tribus de África austral, desde el punto de vista moral y físico, es una relación íntima con el suelo y la vegetación de los diversos lugares que habitan. Las mesetas áridas del interior, cubiertas únicamente de maleza tupida y arbustos, están ocupadas por los bosquimanos, de tamaño pequeño y cuerpo nervioso, en los lugares abiertos, montañosos, con ondulaciones, viven los damaras, pueblo de pastores independientes donde cada familia ejerce el dominio sobre su pequeño círculo; los países ricos del anillo, en el norte, están habitados por la tribu de los ovampo, la más civilizada de todas y mucho más avanzada».

Son hechos rigurosamente probados que nos llevan a reconocer que todas las razas humanas, al margen de las causas de degeneración que las condenan al envilecimiento o les impiden desarrollarse de forma progresiva, pueden y deben llegar a los mismos resultados que las que si han evolucionado y perfeccionado y han ocupado un lugar superior entre las naciones. Es posible sustraerse de diferentes formas a las influencias desfavorables del medio: ya sea abandonando una tierra, donde la inclemencia de la naturaleza hace tan precaria la existencia que todas las facultades del hombre se agotan en la adaptación; o transformando, con el ingenio humano, las condiciones naturales que se hacen más soportables y que resultan incluso accedentes ventajosos para el desarrollo moral y material de la comunidad. La primera forma de acción es la más común para todas las naciones que no han franqueado aun las primeras etapas de la civilización, es así como se explican todas las grandes migraciones de pueblos cuya historia está dispersa, por decirlo de algún modo. La segunda solo se manifiesta en los pueblos avanzados en la civilización y ya constituidos, con los inmensos trabajos de canalización, saneamiento, repoblación forestal o acondicionamiento de los terrenos, que son el mejor ejemplo.

Es imposible encontrar un pueblo, cualquiera que sea la raza a la que pertenece, que haya desarrollado aptitudes superiores de civilización en condiciones perjudiciales y desfavorables a toda

cultura humana. Por otra parte, parece establecido por la historia sociológica que después que un pueblo ha podido disfrutar de ciertas ventajas naturales del medio, siempre ha evolucionado de forma espontánea hacia un estado cada vez más elevado. En este caso, las adquisiciones materiales concurren maravillosamente para su desarrollo intelectual y moral. Cada día se apropiamos de nuevas fuerzas, en función de las cuales el hombre modifica no solo el mundo exterior, sino su propio ser, medianamente las reacciones de lo moral sobre lo físico y viceversa.

Podría objetarse que muchas naciones han estado en las mejores condiciones para evolucionar y han permanecido en un estado de inferioridad; mientras que otras, menos favorecidas por las circunstancias, han avanzado de conquista en conquista hasta alcanzar las más altas cumbres de la civilización. Este es el momento de responder lo siguiente: en todo sistema existen siempre hechos que contradicen la ley general que rige la marcha de los acontecimientos, sin que estas excepciones perjudiquen la excelencia de la regla. Habría que verificar además, si las condiciones que se consideran con frecuencia como perjudiciales no constituirán, en un momento dado, una ventaja en la lucha por la existencia, pues debemos recordar que en este duro combate, las cualidades negativas pueden, según determinadas condiciones, contribuir con más eficacia al bien de la comunidad que las cualidades positivas.

¿No ocurre que la intrepidez, la iniciativa, el deseo del cambio, son los estímulos más efectivos para el progreso en toda aglomeración social, y que a veces son la prudencia, el espíritu de conservación y el amor al ocio menos útiles para un pueblo? La nación que se viera obligada, por circunstancias, externas a adoptar un temperamento algo inactivos, justo en el momento psicológico en que la actividad fuera un peligro para ella, ¿no obtendría de ello un gran provecho? En este último caso, el azar, que siempre tiene gran participación en todos los aspectos humanos, explicaría los hechos que parecen contradictorios o más bien nos eximiría de cualquier explicación.

Debo concluir, y admitir como fundamentadas las teorías de la evolución humana que por lo general dominan las especulaciones

científicas de nuestra época: todas las razas humanas no paralizadas por la nocividad de las influencias externas, están aptas para comenzar la evolución hacia su propio perfeccionamiento. Pueden perseverar en esto y alcanzar el mayor resultado, a menos que causas morales negativas e independientes de su constitución étnica actúen en una reversión inoportuna y frenen su desarrollo. Pero el progreso, mucho más fuerte de lo que se cree, las lleva siempre hacia el buen camino, como el influjo fisiológico *-vis medicatrix naturae-* tiende a restablecer la salud cuando el organismo no está muy afectado. El primer paso es el más difícil. ¿Qué hace falta para que esta manifestación progresiva se manifieste? Basta una sacudida que establezca una diferenciación ventajosa en algunos individuos e incluso en uno solo. «La causa de la evolución que hemos expuesto debe ser ilimitada —expresa Delboeuf— es que entre todos los hijos de una misma familia existan diferencias intelectuales y que uno supere a sus padres, ahí se encuentra el primer fermento. El impulso está dado?».

2. TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

Sin embargo, los antropólogos protestan. Para todos los que entienden la ciencia, en el sentido estrecho que se le da y como se le define, si las razas humanas pudieran, desde el punto de vista estético, evolucionar de una forma inferior a una forma superior; si pudieran pasar de un estado de ignorancia profunda a un grado de instrucción ilimitado, la antropología no tendría nada que hacer. Las 150 medidas ideadas por Broca y que logró tomar en el cráneo y encéfalo serían inútiles y sin alcance taxonómico, en presencia de una transformación progresiva de todas las razas humanas en su evolución hacia la civilización. Los ángulos faciales y todo lo que se le relaciona estarían confi-

nados al modesto destino que les atribuyera Camper. De esta forma, cada vez que se hablara a los antropólogos del evolucionismo y de la aplicación que pudiera darse a sus teorías en los estudios antropológicos, solo aceptarían estas ideas bajo el beneficio de inventario.

No niegan ni aprueban nada. La teoría antropológica de Haeckel no es lo que más los aterroriza. El hombre bien podría descender de una familia de simios con tal y que el Satyrus, cuya desviación selectiva comenzó la evolución hacia el tipo humano, hubiera dado lugar a progenitores diferenciados: unos serían de la raza blanca, otros de la raza mongólica, etc. Sin embargo, aceptarán oír razones cuando se pretenda llevar el razonamiento hasta el final; cuando se quiera explicar que, en igualdad de condiciones, debe suponerse que cada grupo particular tiene una potencia evolutiva de igual calidad que los demás grupos a menos que, bajo la influencia de una fatalidad incomprensible, unos hayan tenido una tendencia innata a retroceder o estacionarse y los otros una propensión natural a progresar. Por toda respuesta se limitan a presentar cráneos muy bien numerados, montados tanto sobre el resto del esqueleto humano como sobre una mesa polvorienta, triste necrópolis donde hace muecas nuestra vanidad. He aquí al etiope de más cara repulsiva: mandíbula prognata, frente deprimida, arco dental oblicuo, índice nasal platirino e índice cefálico de solo 69°. Por otro lado está el caucasiano de frente saliente, rostro ortognato, perfil bello, índice nasal leptorrino, índice cefálico de 80°, el tipo que representa él solo⁸ la belleza humana por la armonía de las líneas y la elegancia de las formas. La raza amarilla mongólica será como pueda, entre chinos, tonguses y los otros.

Esta forma de argumentar parece ser de una dialéctica irresistible a los ojos de estos dignos estudiosos, pero las formas craneanas tan cuidadosamente medidas y en las que se cree

⁸ Meiners, en su *Précis de l'histoire de l'humanité (Grundriss der Geschichte der Menschheit)*, divide las razas humanas en dos categorías: la bella, compuesta solo por la raza blanca, y la fea que comprende todas las demás.

⁷ Delboeuf: «Une loi mathématique applicable au transformisme», en *Revue scientifique*, 11 de agosto de 1877.

observar los signos indelebiles de la raza, ¿no reciben también la influencia de la evolución? ¿No varían constantemente en la misma raza, de un período a otro, según la marcha ascendente o descendente de la civilización? Es lo que podemos estudiar con facilidad.

Hecho curioso, los antropólogos que han contado con la fisiología y sus progresos conocen el fenómeno de la variación de los tipos étnicos, su mente está como encerrada en un sistema. Tienen necesidad de dividir las razas en braquicefálas, dolicocefálas o en otras categorías que ya hemos visto sin nunca comprender una verdad que todo el mundo ve a su alrededor. Y es que las razas humanas, surgidas de un estado inferior, evolucionan o **deben** evolucionar todas hacia formas superiores, en el perpetuo devenir que es la condición normal de cualquier naturaleza organizada y sobre todo de las superiores.

Esta obstinación en no reconocer un hecho que se desprende por lógica de todos los principios científicos que guían las investigaciones modernas, solo puede provenir de un temperamento empírico que observa sus lados pequeños y se aferran a estos sin ocuparse de las leyes generales que las rigen. ¿Procede así la verdadera ciencia experimental? Si los fisiólogos, los químicos y los físicos no logran develar el porque todo verdadero estudioso —según Newton— debe apartar de sus investigaciones, ¿cómo tratan cada día de descubrir mejor el determinismo y de estrechar cada vez más los vínculos de concordancia que hacen de todos los conocimientos científicos un conjunto de verdades armónicas?

Sin pedir a la antropología este rigor metodológico que solo podría exigirse en las ciencias que operan *in anima vili*, tenemos el derecho de buscar este pensamiento elevado, el análisis delicado y paciente de los fenómenos que ayuda a interpretarlos y a llevarlos a principios generales, mediante una síntesis de todos los elementos que contribuyeron a formarlos. Pero para alcanzar tal objetivo, sería necesario que la ciencia antropológica no tenga la mente cerrada por el sendero estrecho a través del cual la dirigieron los primeros maestros y donde se ve obli-

gada a girar sobre sí misma al patinar y repetir los mismos ensayos antropométricos que no podrían llamarse observación y así acumular resultados sin llegar a conclusión sólida alguna.

Es lamentable que las teorías y los métodos de los que se inspira en la actualidad, lejos de conducir a resultados científicos dignos de ser tomados en cuenta, parecen más bien apartarse sistemáticamente de la verdadera interpretación de los hechos. Es en este punto en el que esta ciencia, cuyo solo nombre prometía tanto brillo, comienza a perder todo interés serio. Creo que es tiempo de reaccionar contra esta inercia, y desembarazarse de las dificultades que un exagerado respeto de la tradición ha bloqueado la mente de los antropólogos. Veamos cómo la evolución fisiológica conduce de manera lenta a mejorar y embellecer las formas en todas las razas de la especie humana, cuya perfectibilidad incalculable es tal vez el mejor signo de distinción que deba reconocerse entre el hombre y los animales de la creación.

Tomemos un pueblo cualquiera en las primeras épocas de su existencia y encontremos individuos con rasgos repulsivos y una fisonomía bárbara, reflejo fiel de la inteligencia inculta. del pensamiento alimentado por las falsas concepciones. Unos sostienen que el hombre es profundamente bueno, mientras otros expresan con más vehemencia que es más bien un ser perverso, solo mejorado y perfeccionado por la civilización. El hecho irrefutable es que nunca se ha descubierto un pueblo en estado salvaje que cultive todas las virtudes de nuestras educadas sociedades. Estas virtudes, fruto de la madurez, resultado de una larga existencia social, solo se manifiestan cuando el desarrollo intelectual permite a cada cual desdoblarse, de cierta forma, para expandir de manera progresiva sentimientos que se obtienen cuando hay un gran hábito de abstracción. Mientras las conquistas materiales no han adquirido una importancia decisiva, lo que preocupa al hombre por sobre todo, es la lucha brutal por la vida, lucha intensa, horrible, insaciable, en la que todos los elementos de la naturaleza inanimada o viva se abrazan de forma insensata.

La roca bruta lucha contra la intemperie que la desagrega y desmenuza; el líquen lucha contra la roca que le niega su jugo ya tan pobre; el árbol lucha contra el parásito que lo ahoga; la planta lucha contra el árbol que le ha robado su parte de luz y contra el insecto que la devora; el insecto lucha contra los pájaros, los reptiles u otros insectos que lo cazan; aquellos lo hacen contra los carnívoros o contra otros elementos del reino vegetal o animal. Continuamente, del débil al fuerte, del fuerte al débil, hay una carnicería insensata en toda la escala biológica. Coutance⁹ ha descrito con amplitud y talento esos combates en los que toda la naturaleza parece vivir para expandir la muerte y la ruina a su alrededor.

Toda esta guerra de exterminio cae sobre el hombre, contra el cual se unen seres inferiores aunque continúen combatiendo entre sí. Es terrible el cuadro del hombre salvaje, desarmado y desnudo, frente a todos estos ataques. Su existencia es incierta, cada paso puede ser el último. Sorprendido en todo momento por las emboscadas de la naturaleza, su vida es una maldición: la zarza le perfora el pie, las lianas lo derriban, un insecto le chupa la sangre y otro lo pica; animales voraces lo persiguen y lo atacan. ¿No es un ser condenado a desaparecer de la Tierra antes de que haya podido apreciar la belleza de la naturaleza y disfrutar de su contemplación? Sin embargo, ha resistido, pero a condición de ser feroz, de desarrollar en su mente todos los malos instintos como el engaño, la desconfianza, el egoísmo. Lo que llevará a ser en este hombre, el primero de todos en dignidad, la fuente de las más puras emociones, el estímulo de todos los sentimientos caballerescos, en ese momento es solo la fuente de las más brutales pasiones, de los apetitos más groseros.

*Quod cuique obtulerat praede fortuna, ferebat,
Sponte sua, sibi quisque valere et vivere doctus.
Et Venus in sibi jungebat corpora amantum:
Conciliabat enim vel mutua quamque cupido,*

⁹ Coutance: *La lutte pour l'existence.*

*Vel violenta viri vis atque impensa libido,
Vel pretium, glandes, atque arbusta, vel pira lecta.*¹⁰

Los versos de Lucrecio son una pintura fiel, pero aún idealizada, de la vida a que estaba condenado el hombre de los tiempos prehistóricos. Bajo el peso de la fatalidad que parecía conjurar todos los elementos para hacer de él un ser sensitivo y encerrado para siempre en una existencia vegetativa, encontró en el poder misterioso que está en él la fuerza que necesitaba para desembarazarse de todas esas cadenas y avanzar de triunfo en triunfo a la conquista del mundo. Es un resultado tan bello y extraordinario que, al disfrutar apaciblemente de todos los refinamientos de la civilización, al sentir que se expandían en él todos los sentimientos de delicadeza, verdaderas flores del corazón, todas las nociones científicas, flores del espíritu, el sucesor del hombre antediluviano, hoy transfigurado, no podía creer en la realidad de tal metamorfosis. Mientras más comparaba este tipo inferior, ignorante y feo, feroz y vicioso, menos creía en la posibilidad de su extraña filiación; menos comprendía «cómo el plomo más vil se ha transformado en el oro más puro».

Esta transformación se ha producido, sin embargo, por el juego natural de las cosas, por una evolución lenta a través de largos siglos. Movimiento y reposo, acción y reacción, todo ha servido de fuerza impulsora al organismo humano que comenzó

¹⁰ «Chacun ravissait la proie que la fortune lui offrait, et, sans autre maître que son instinct, usait de ses forces et ne vivait que pour soi. Point d'autres unions que celles que Venus ménageait dans les forêts entre les amoureux. La femme y était amenée ou par la réciprocité des désirs, ou par la violence de l'homme qui n'écoutait que sa passion, ou par quelque présent tel que des glands, des arboises, ou des poires choisies. [Cada cual capturaba la presa que le ofrecía la fortuna, y, sin otro amo que su instinto, usaba sus fuerzas y vivía solo para sí. No hay otra forma de unión que la que disponía Venus en los bosques adonde la mujer era atraída por sus deseos, por la violencia del macho que solo escuchaba su pasión, o por algún presente, como bellotas, frutas escogidas.] Lucrecio: *De natura rerum*, lib. V, vers. 959-963. Traducción de M. Croulé.

a perfeccionarse desde el principio, que avanza hoy y siempre hacia una mayor perfección.

La inteligencia y la belleza son las dos cualidades de las que más se enorgullecen los hombres. En realidad, la segunda, como ya hemos señalado, no significa un carácter especial de excelencia, pero adquiere un mérito en la necesidad innata de coherencia que constituye el fondo de la naturaleza humana y responde a la sed de ideal que la devora; no se cuestiona mucho la posibilidad de las razas de embellecerse para lograr su plenitud. Lo que se rechaza es que logren ser más inteligentes, más aptas de lo que eran en sus primeras fases evolutivas, pero hay que confesar que no hay nada de científico en esta negación.

La facultad *intelectiva* no ha sido negada jamás a ninguna raza humana. Esto sería incomprensible y muy ilógico, ya que se reconoce que todos los animales están especialmente dotados, aunque en diferentes grados. Los partidarios de la desigualdad, para mantener la distinción que han establecido y con la cual dividen las razas humanas en superiores e inferiores, solo reconocen una simple diferencia de grados en la inteligencia a la que es capaz de llegar cada raza humana. Pero ya he planteado la objeción: ¿cómo medir los grados de intelección en ausencia de una ciencia zoológica que trace los diferentes modos de manifestación? Es una dificultad de primer orden, un obstáculo infranqueable que se eleva contra toda jerarquización intelectual entre las razas humanas.

Sin embargo, no podemos acomodarnos al silencio de la ciencia. Ya que, con razón o sin ella, se tiende a considerar la materia cerebral como el sustrato del intelecto, pues se cree poder, al estudiar la dimensión y el peso del cerebro, evaluar el grado y la energía de la inteligencia. Recurriré a la teoría evolucionista que servirá, una vez más, para esclarecer las diferencias entre un cerebro y otro, en las diversas razas humanas o en los individuos de una misma raza. Por otra parte, el principio biológico que explica el modo de transformación del cerebro, así como las diversas conformaciones en los cráneos humanos, en concordancia con los datos generales del evolucionismo, existe independientemente de la doctrina de Darwin y la confirma muy bien.

La función hace el órgano. Es una ley fisiológica nunca contra dicha: permite todas las evoluciones que se realizan en beneficio de un mismo individuo y que adquieren un carácter racional que no se podría concebir de otra manera. Todos los órganos se transforman y aumentan de volumen en relación directa con el ejercicio al que estén sometidos. Es una verdad que se desprende de la gran ley de nutrición de los tejidos vivos, que asimilan las materias que necesitan para fortalecerse cuando la sangre, rica en sus sustancias orgánicas, llega a bañarlos con su líquido reparador y les concede esas sustancias que transporta en su circulación. El flujo sanguíneo cumple una doble función en los órganos: permite obtener las materias asimilables y excita y activa la energía vital de sus tejidos. Ahora bien, el ejercicio, que ocasiona un gasto de fuerzas que el organismo saludable tiende a reparar y establece una compleja corriente de asimilación y desasimilación en la que la frecuencia de la excitación local influye mecánicamente en el campo de operación y termina por ampliar los límites. Es así como la mano que se ejercita adquiere no solo flexibilidad y habilidad, sino también más volumen. Nadie ignora la diferencia que existe entre la mano izquierda y la derecha en los diestros, que forman la mayor parte de los hombres.

Así sucede con todos los miembros. La pierna del camante es cada vez más firme y resistente: el tejido muscular gana en elasticidad y consistencia; sus fibras, ricas en sangre nutritiva, se desarrollan armónicamente y todo el miembro mejora. Eso sucede también en los brazos de quienes ejercen el boxeo. El Los miembros y órganos están sometidos a la misma ley. El estómago del glotón aumenta de capacidad; el cazador que se ejercita en discernir el grito de los grandes animales o el canto de los diversos pájaros, así como el ligero ruido que se produce a largas distancias, termina por adquirir tal sensibilidad de oído que en medio de una multitud de personas distinguirá mil sonidos que no oyen los demás. En su caso, el nervio auditivo, que recibe del *sensorium commune* la influencia de una atención sostenida, excita los órganos del oído interno. El aparato auditivo recibe una circulación superior; los efectos de la nutrición así acelerada provocan una mayor elasticidad y lo

que el órgano no puede ganar en volumen debido a sus límites anatómicos lo gana en sensibilidad. El pabellón de la oreja, no aprisionado en los espacios restringidos del peñasco, aumenta a veces de tamaño y adquiere una disposición que perfecciona sus cualidades acústicas para captar en su laberinto las ondas sonoras.

El mismo razonamiento se podría hacer para la agudeza visual del vigilante, la delicadeza de paladar del *gourmet* o de las aptitudes vocales que desarrolla el ejercicio del canto; pero son verdades tan conocidas en la fisiología que es inútil recordarlas aquí.

Un hecho general e irrefutable se desprende de todas estas observaciones: es que un miembro, un órgano cualquiera, contiene siempre los elementos necesarios para su transformación, ocultos en su composición íntima, y solo espera el estímulo sangüíneo para manifestarse. La propia sangre solo actúa por el impulso que le comunica la fuerza de excitación y motriz de los nervios encefálicos, cuya excitación, una vez producida, continúa desarrollándose en todo el sistema vascular y motor. Así, la corriente sanguínea llega a cada órgano en movimiento por el fenómeno de la enervación. ¿No parece resultar de esto que solo la voluntad del individuo basta para cambiar su estado orgánico en una proporción notable? Cuando no interviniera la voluntad personal por sí sola, ¿no podrían las circunstancias que conducen a la repetición frecuente de los mismos ejercicios llevar al mismo resultado? Lo que es siempre verdad para todos los miembros del cuerpo, para todos los órganos en general, sería una excepción para el cerebro? ¿Derogaría el órgano encefálico todas las leyes fisiológicas que estamos habituados a considerar como reguladoras de las fuerzas intrínsecas de la vida? Esto es insostenible, a menos que se deje de ver al cerebro como un órgano sometido a las mismas condiciones de los demás órganos, de los que solo se distingue por la especialización de sus funciones.

Esta separación, contraria a todos los principios de correlación establecidos por la ciencia, de forma cada vez más característica, debería basarse en una justificación que no encontramos

en parte alguna. Para aceptarla, habría que echar abajo todos los logros de la ciencia experimental y volver a las antiguas concepciones metafísicas. Pero en este último caso, los antropólogos estarían en la más flagrante contradicción y arruinarían su propia teoría, pues, ¿cómo podrían conciliar el interés que ponen en buscar el peso y volumen del cerebro con una teoría que sería la mayor condena de estas mismas investigaciones, ahora inútiles e incluso ridículas?

Ya no se duda, felizmente, que el cerebro es un órgano como cualquier otro y como cualquier otro sufre los efectos de la ley fisiológica que determina el desarrollo y transformación de cada parte del cuerpo, según el uso que se le dé. Los más grandes científicos se han pronunciado sobre esto. Por lo general, han declarado la perfecta semejanza de condiciones entre el cerebro y los demás órganos en la influencia que ejerce la función sobre estos. «En su desarrollo anatómico, el cerebro sigue la ley común —dice Claude Bernard—, es decir que se vuelve más voluminoso cuando aumentan las funciones que dirige».¹¹ Desde hace mucho tiempo, Leuret y Gratiolet¹² hicieron el mismo señalamiento, y todos los fisiólogos o especialistas en anatomía que han abordado el tema desde 1840 hasta nuestros días han sido unánimes en reconocer la exactitud de esta observación.

Hermann Wagner, un fisiólogo del otro lado del Rin, cuyos trabajos son reconocidos por su valor, independencia y lucidez, y que ha realizado numerosas investigaciones, después de haber estudiado a fondo el tema que nos ocupa concluyó que «la extensión del cerebro aumenta con el desarrollo de la inteligencia».¹³ Esa es además la opinión del profesor Vulpian.¹⁴ No solo el cerebro crece con la inteligencia, sino que este crece —según lo señala el eminente fisiólogo— ocurre específicamente en la parte anterior donde se encuentran los lóbulos cerebrales, que son los verdaderos centros generadores de ideas.

¹¹ Claude Bernard: *La Science expérimentale*, p. 373.

¹² Leuret y Gratiolet: *Anatom. comparée du système nerveux*, Paris, 1839-1857.

¹³ Hermann Wagner: *Massbestimmungen der Oberfläche des grossen Gehirns*.

¹⁴ Vulpian: *Physiologie du Système nerveux*.

Por último, según Abendroth, «el abate Frère, de París, demostró después de un gran número de experimentos e investigaciones que los avances de la civilización han dado como resultado la elevación de la parte anterior del cráneo y el aplastamiento de la parte occipital».¹⁵

De la gran discusión entre los monogenistas y poligenistas con la que durante largo tiempo he entretenido al lector, ha formado parte la tan interesante cuestión de la relación entre el estado psicológico y la conformación del cerebro. Los monogenistas, no tuvieron nunca una convicción científica profunda, pero se preocupaban por la ortodoxia religiosa y filosófica a las que defendían a toda costa, y se mostraban tímidos. Temían que si insistían demasiado en la verdad científica los llevarían a principios materialistas; temían sobre todo quitar a Dios la gloria de haberlo previsto y organizado todo, moldeando las criaturas humanas según tipos circunscritos a cada grupo, y marcándolas con una huella eterna. Sin embargo, manejaron el argumento de la transformación de los tipos bajo la influencia de la civilización.

Broca, luchador intrépido, se dio a la tarea de refutarlos en este aspecto, como lo había hecho en tantos otros. Fue muy difícil. Con una conciencia de fisiólogo experimentado, pero al querer silenciar a sus adversarios, el gran teórico de la escuela poligenista recurrió a un argumento engañoso y sofisticado: «Si fuera cierto que el estado del cerebro está determinado en los hombres por su medio social, por el uso que dan a sus facultades, por la dirección que dan a la vida cerebral, habría que concluir que el hábito de hacer funcionar o dejar en reposo un órgano encefálico u otro tiene como consecuencia la hipertrofia o atrofia de este órgano tal como se atrofia un músculo durante mucho tiempo inmovilizado, como se hipertrofia una glándula que funciona por encima de lo normal. De esto resultaría que el cerebro es al alma lo que el músculo es a la contractilidad, lo que el riñón es a la secreción urinaria. Es una

consecuencia inevitable de una doctrina que se ha creído ortodoxa. No existen términos medios. Hay que separarse de esta doctrina o tomar posición entre los materialistas más racionales».¹⁶

Hay que rendir homenaje a la habilidad del célebre antropólogo que encontró la forma de derrotar a sus oponentes solo con la amenaza de considerarlos materialistas. Tendremos que coincidir en que el procedimiento no es de mucho valor en una discusión científica, sin embargo, Broca no permaneció siempre sordo a la verdad. Pronto abandonó esta flexibilidad doctrinal, acorde con el carácter del hombre privado o público, y que prueba la firmeza de espíritu y la alta moral, pero que es un obstáculo para el estudioso. Este no debe mostrar una obstinación al sostener una doctrina que lo lleve a desviarse sistemáticamente de todo lo que es claro y evidente en la ciencia que estudia. De esta forma, 15 años después veremos al ilustre fisiólogo, ya más experimentado, desprenderse de toda idea preconcebida, y discutir con gran amplitud de mente la teoría de la selección natural. Su conclusión merece ser citada. Está muy alejada de la opinión expresada antes, pero este cambio operado en las ideas de Broca en tres lustros es un gran argumento a favor de la evolución intelectual manifestada en toda organización cerebral, sin excepción de razas ni condiciones, ya que blancos o negros, iletrados o eruditos, todos los hombres dan el ejemplo a diario.

«La civilización —dice— admite así en el «banquete de la vida»¹⁷ una numerosa cantidad de individuos que la naturaleza brutal hubiera excluido. En estas condiciones, se puede pensar que el valor promedio de la raza se puede aumentar de dos formas: con la eliminación de los débiles o por su perfeccionamiento. La naturaleza seguiría el primer procedimiento, la civilización el segundo. La reducción del promedio, esa decadencia aparente

¹⁶ Broca: *Mémoires d'anthropologie*, t. III, p. 40.

¹⁷ Estas palabras así entrecuñadas hacen alusión a la célebre frase de Malthus que la señora Clémence Royer parece tomar un poco al pie de la letra en el prefacio de su traducción al *El origen de las especies* de Darwin.

¹⁵ Abendroth: *Origen del hombre según la teoría descendental*.

que es solo un efecto de la estadística, es temporal; da lugar a un movimiento ascendente; la sociedad continúa su evolución progresiva y la civilización, después de haber concedido a los débiles la gracia de la vida, les concede otra aún mayor: los perfecciona. Es así como la capacidad media del cráneo de los parisinos aumentó 35 cm³ cúbicos desde el siglo XII y, hecho notable, el estudio de las medidas parciales demuestra que este aumento se relaciona solo con la región frontal.

»Estos cambios son el efecto de la educación. Retomando a partir de bases más extensas y naturales los estudios ya iniciados por Parchappe, se demostró que los hombres cultos tienen la cabeza más voluminosa que los iletrados y que esta diferencia se debe al mayor desarrollo, absoluto y relativo, de la región craneana anterior de los primeros».¹⁸

Después de Broca, a quien todos los antropólogos consideran siempre como el maestro de la ciencia y que murió rodeado de la estima y la admiración general, podemos citar a Topinard, cuya opinión es de un alto valor en todas las cuestiones de la antropología práctica: «Las circunvoluciones y la totalidad del cerebro se perfeccionan, crecen y se complican de manera proporcional a la actividad que realiza el órgano». Y expresa más adelante: «El cerebro aumenta, en igualdad de condiciones, proporcionalmente a la actividad vascular de que es centro... Pero de todos los tipos de actividad, el que resulta más conforme al destino del órgano es el más eficaz. Esta es la actividad fisiológica cuyo resultado es la inteligencia. Los pesajes realizados por Lelut, Parchappe y Wagner así lo demuestran».¹⁹

Al reflexionar acerca del alcance filosófico y biológico de un fenómeno tan bien reconocido, me cuesta trabajo comprender, y lo confieso, la persistencia de los antropólogos en fijar para cada raza una medida y una conformación particular del encéfalo. Este es el órgano que más varía entre los hombres de todas las razas, ya que es el que distingue a la especie humana de los demás seres, porque es el que más actúa en el desarrollo de nuestra

personalidad; pero estas variaciones son más individuales que seriales. Lo que se puede distinguir en las diversas razas humanas es una simple diferencia en la proporción de los tipos craneanos, mejor o peor conformados en unos que en otros. La mayoría de las veces, las diferencias se explican solo por el grado de evolución alcanzado por estas razas.

Aún más, si admitimos la naturaleza evolutiva del órgano encefálico es ilógico basarse en conformaciones craneanas para dividir a los hombres en razas superiores e inferiores, pues estas conformaciones, en vez de tener un carácter fijo y positivo, capaz de ofrecer una base de clasificación, solo son el resultado de fenómenos accidentales de la vida. Deben ser transitorias en cada raza; basta con querer cambiarlas por una aplicación metódica y constante de ciertas reglas para que varíen en un sentido o en otro. Por eso, en lugar de concluir, como hace la mayoría, que el africano nunca podrá llegar al desarrollo intelectual del europeo porque la naturaleza le ha dado una frente estrecha y deprimida, exagerando la región occipital de su cabeza, debemos invertir el enunciado: hay que concluir que la forma del cráneo del negro es con frecuencia dolicocefala porque aún no ha llegado al grado de evolución del desarrollo intelectual que ya recibió el europeo, y al cual debe la braquicefalia de la que está tan orgulloso.

En resumen, existen naciones salvajes y naciones civilizadas. Las primeras son inferiores y las segundas superiores, pero la raza no tiene nada que ver en esto, sino la civilización. Estas razas salvajes, a pesar del profundo estado de envilecimiento en el cual se les cree sumergidas no han perdido su derecho al patrimonio común de la humanidad, es decir, a levantarse y progresar. Por tarde que sea, pueden comenzar el ascenso que ha conducido a los pueblos civilizados a su actual grado de perfeccionamiento. Sólo tienen que encontrar o reencontrar el secreto que ha dado lugar a tan bella transformación en la fisonomía de quienes hoy están al frente de la humanidad por lo que son los guardianes de la civilización. Es un secreto que no es difícil de descubrir. «La educación bajo todas sus formas — dice el ilustre Broca— es la fuerza inteligente que permite a la

¹⁸ Broca: ob. cit., t. III, pp. 244-245.

¹⁹ Topinard: ob. cit., pp. 106 y 123.

sociedad mejorar la raza sin dejar de luchar contra la selección natural. Es el más eficaz de los medios de que dispone. Únase a instituciones justas que permitan a cada individuo obtener una posición proporcional a su utilidad y habrá hecho más por la raza que la más implacable selección natural».²⁰

¡Bellas palabras! Reconozco en estas al gran erudito, a la inteligencia superior que dominaba a todos los que lo rodeaban. Broca franqueaba los límites estrechos de la antropología sistemática; hablaba como un verdadero sociólogo y dirigía su mente al lado más bello de los problemas que debe resolver la verdadera antropología. La contemplación de estos problemas será tal vez algo más que una vaga e indecisa aspiración hacia un ideal de ciencia y bienestar cuya realización es lejana, pero es la más noble, elevada y digna de las preocupaciones del genio.

3. APLICACIÓN DEL DARWINISMO A LA ETNOGRAFÍA DE EGIPTO. GRIEGOS ANTIGUOS Y GRIEGOS MODERNOS

En este momento de mi demostración, estoy obligado a volver al estudio realizado acerca de la antigua raza egipcia que en vano se ha tratado de separar de las demás razas negras de África.

Una apreciación empírica sobre todo, parece autorizar a la mayor parte de los egiptólogos, que no se ocupan de antropología, y a la mayoría de los antropólogos que no se han interesado mucho en la arqueología egipcia a declarar que los antiguos ribereños del Nilo no eran de raza negra. Al comparar la inferioridad actual de los africanos y la alta civilización que pudo alcanzar la nación que construyó las pirámides y el Ramesseum, nos preguntamos cómo una misma raza de hombres era capaz de ejecutar semejantes trabajos en un época tan lejana para solo dar pruebas hoy de impotencia e ignorancia. Se ha inferido de lo que se ve en la actualidad que solo la raza blanca lo pudo haber hecho. Pero, cómo probar la existencia de una

raza blanca en Egipto bajo el cetro de los faraones? Egiptólogos y antropólogos se apoyaron mutuamente. Se ha admitido que desde hace 7 000 años nada ha cambiado en la fisonomía de Egipto. El retou antiguo sería el fellah actual, que pertenecería a la raza blanca. No solo esta afirmación es refutada por todas las leyes de la evolución orgánica y social que enfrentan las naciones en su existencia, sino que se basa en otra que es pura fantasía al considerar al fellah de raza blanca.

En realidad los fellahs no representan una raza en el Egipto moderno, sino una condición social. Esta clase, que reúne a los campesinos o labradores,²¹ la más desdichada de la nación, está formada por árabes, etíopes y otros mil elementos dispares surgidos de cruzamientos de la antigua raza y de pueblos de diferentes regiones, pero todos de raza blanca, que invadieron Egipto en diferentes épocas de la historia. Por lo que, cuando se dice que esta estatua se parece a un fellah que vive en tal parte de Egipto, falta por decir cuál es la raza a la que pertenece ese fellah. Estos pequeños detalles, cuya incorrección pasa inadvertida, crean gran confusión en la ciencia. Así, en algunos tratados de etnografía se sitúa a los albaneses como una subraza que comprende a las poblaciones de Albania, cuando la mayoría de las veces este nombre indica solo una condición social. Griegos, eslavos o turcos pueden llamarse albanos según el empleo que tengan en la confusa organización de los gobiernos de Europa sudoriental.

Pero volvamos a la cuestión de la evolución. El hecho que más ha influido en la opinión de los antropólogos es que midiendo los cráneos de los antiguos egipcios, que encontraron en las necrópolis de hace 40 siglos, donde duermen las momias, creyeron observar que el carácter antropométrico de estos cráneos presentaba diferencias demasiado notables en relación con el cráneo etíope moderno, como para que se les pudiera confundir en una misma raza. Así, el índice cefálico de los antiguos egipcios presenta un promedio de 75,58 (según Broca) mientras

²⁰ Broca: ob. cit., p. 245.

²¹ Fellah viene del árabe *falaha* que significa *abrir la tierra, laborar*.

que el cráneo del negro solo debe tener un promedio de 73 según el mismo antropólogo. Aunque ya conociéramos el carácter ilusorio de los promedios antropométricos, que varían tan fácilmente según el experimentador, quiero aceptar la corrección de sus resultados craneométricos. Sin embargo, considerados a la luz de la teoría evolucionista, ¿se explican estas diferencias? ¿No es natural que la raza negra del antiguo Egipto, cultivada y civilizada, presente una conformación craneana superior a la que vemos en la misma raza reducida a la barbarie, tal como la encontramos en gran parte de África?

Lo que ha parecido constituir la gran dificultad para conciliar la unidad racial entre los negros y los antiguos *retous* viene a sancionar los principios de la ciencia. Si ya no se cuestiona que la educación y la civilización tienen una influencia directa en la constitución orgánica de las razas humanas, a las que mejoran y perfeccionan, ¿no sería asombroso e incomprensible que los negros del antiguo Egipto, inteligentes y civilizados, tuvieran una conformación parecida a la de los negros aún incultos del África contemporánea?

Los antiguos egipcios, aunque negros, pudieron alcanzar un grado de evolución notable. De esta forma, el tipo negro, admirablemente depurado en ellos, sin perder nada de su carácter fundamental, se embelleció de forma sorprendente. Pudo incluso alcanzar las bellas formas que se observan en Ramsés II o en Nofri-tari. Uno intencionalmente estos dos tipos de la antigua raza nilótica o negro porque ya no es posible negar la comunidad de origen de los antiguos habitantes de Egipto y Etiopía. Admirable armonía de la ciencia en la que todo se concatena y en la que cada nueva verdad sirve para hacer más asombrosa otra verdad de otro orden. Es así como la teoría darwiniana, bien estudiada, contribuye a demostrar el origen africano de los *retous*. Esta misma prueba, es decir, la existencia de un pueblo de raza negra que primitivamente tuvo formas más toscas, pero que evolucionó, con la civilización hacia formas más bellas, confirma la esperanza de todas las razas atrasadas. Les muestra un horizonte vasto, donde, mediante la perseverancia de la voluntad, y por la constancia de sus esfuerzos, en-

contrarán la vía que necesitan para continuar por los senderos del progreso y de la civilización, y obtener así su regeneración fisiológica y moral.

Pero las dificultades no se detienen ahí. Puede formularse otra objeción: si admitimos que la antigua raza egipcia fuera negra, como lo hacen suponer hoy tantas probabilidades, ¿cómo explicar la degeneración en que han caído sus congéneres o sus descendientes al punto de hacer desaparecer por completo la vieja civilización que con tanta exuberancia florecía en las orillas del Nilo? ¿Cómo pudo esta misma raza, de la que los coptos son los representantes envilecidos por la mezcla de otros pueblos y la decadencia social, olvidar su gloria pasada al punto de no ofrecer en la actualidad, en las regiones de África, ninguna traza de las maravillosas aptitudes de sus ancestros? ¿No se diría que los verdaderos sucesores de los *retous* y, por consiguiente, sus únicos congéneres, son los pueblos blancos de Europa?

Al considerar el estado de profunda degradación en que se encuentran los hombres de África en comparación con el europeo, esta objeción puede tener un valor serio. Parece ante todo que, según los principios de la teoría selectiva que completo siempre en mi pensamiento con la teoría evolucionista, un pueblo que ha llegado a cierto grado de civilización solo puede ascender en la escala del perfeccionamiento. Pero hay que recordar también que junto a estas influencias que provocan una selección progresiva, hay otras que llevan a transformaciones regresivas, tanto material como desde el punto de vista moral. Entonces, en vez de una evolución, se produce una involución ardua; en lugar de una marcha hacia delante, se produce un retroceso. Son hechos que se observan tanto en la selección natural como en la social.

La invasión de los pueblos menos avanzados y de una raza extranjera ha frenado y destruido la civilización egipcia, perjudicando el avance del mundo etíope hacia un estado de perfeccionamiento definitivo. ¿No sucede que en la lucha por la existencia haya parásitos o especies invasoras, más capaces o numerosas, que atacan a una especie antigua, la debiliten y la obliguen a limitar su desarrollo orgánico, a volver poco a poco

a las formas anteriores, menos desarrolladas, a sufrir todos los efectos de una reversión ineludible? ¿La civilización egipcia es la única que se encuentra en este caso? ¿Es la raza negra la única que sufre esta degradación intelectual y moral? Es una opinión que no puede sostenerse.

Se ha visto a los antiguos griegos, después de haber sido sometidos por los romanos e invadidos por los bárbaros de la Edad Media, ser sometidos por los turcos. No mencionamos la conquista macedonia ya que Filipo y Alejandro eran también de la raza helénica, aunque los atenienses los llamaran bárbaros. Caídos en una total decadencia, los nietos de Pericles, los descendientes de la raza que produjo a Homero, Esquilo, Fidas, Praxiteles, Protágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles sufrieron una degeneración tan profunda que un árbitro poco filósofo podría preguntarse, hacia inicios de este siglo, si quedaba en ellos algún sentimiento generoso, alguna aspiración relevante. Puede incluso afirmarse que, sin la cálida simpatía en la élite de las grandes naciones de Europa, por el recuerdo cautivante de la antigua Hélade, esta Grecia mil veces célebre por el genio inmortal de sus poetas, guerreros, filósofos y artistas incomparables, dormiría aún por las humillaciones impuestas por la incultura de un pachá turco.

Sin lugar a dudas, se mostró heroica y bella el día de la reivindicación, pero el aliento que propagó la idea de la emancipación nacional salió de las universidades de Francia, Inglaterra y Alemania, donde se aprendía el culto del helenismo al mismo tiempo que la literatura e historia griegas, con un celo y ardor que a veces dejaba atrás incluso al patriotismo. No puede nombrarse a Botzaris sin nombrar al mismo tiempo al caballero Byron, poeta caprichoso que solo tuvo como idea positiva la emancipación de la antigua patria de Píndaro y Eurípides. No podemos pensar en la constancia admirable, a la vez intrépida de Kanaris, sin pensar inmediatamente en las sociedades filhelénicas cuya propaganda y búsquedas contribuyeron de forma tan positiva a la emancipación de Grecia; sin pensar en las elocuentes arengas de Villemain, en la devoción de Chateaubriand, cuya voz era escuchada por la generación brillante y generosa que acababa de surgir de las ideas de 1789. Capo d'Istria, griego

de origen y de corazón, era ruso por su posición oficial y europeo por sus relaciones generales. Con tales elementos, frente a una Turquía que comenzaba a palidecer desde la paz de Passarowitz, en 1718, para perder su último destello con la paz de Bucarest, en 1812, la causa de la independencia de Grecia estaba ganada.

Se hubiera jurado que una vez liberados de la opresión otomana, los helenos retomarían su antiguo esplendor y harían brillar mil cualidades nacionales inspiradoras de ideas, pero no fue así.

A pesar de más de medio siglo de independencia, de todos los bellos recuerdos de su historia y del continuo contacto de la élite de Europa que va a Grecia a admirar las ruinas de la antigua civilización, a estudiar las artes que florecieron con incomparable elegancia bajo el cielo azul claro de Ática, los griegos son hoy por lo general indiferentes a lo espiritual. El sentimiento estético está dormido en ellos salvo honorables excepciones. Arqueólogos y artistas de países desarrollados de Europa se entristecen al ver hasta qué punto la negligencia permite que se deterioren los más bellos productos del arte, cuando la estrechez del espíritu nacional—traducida en decisión legal—impide que la ciencia pueda aprovecharlos. Los nietos de los antiguos atenienses miran hacia los de los antiguos celtas que los tratan con desprecio. *Quod non fecere Barbari, fecere Graeculi.*²²

¿No es curiosa esta profunda obliteración a toda aspiración elevada en el espíritu del griego moderno cuando sus ancestros tuvieron siempre el prestigio de haber sido los primeros artistas y pensadores del mundo? Este hecho es tanto más notable pues la Grecia restaurada ha recibido la ayuda continua de todas las potencias civilizadas de Europa. Ha encontrado en todo momento simpatías que le han hecho más fácil el camino. El estado actual del espíritu nacional en la patria de Demóstenes demuestra que el sentimiento artístico, el culto a lo hermoso, la producción de las más bellas obras literarias y todas esas cualidades que florecían en los antiguos helenos no son característi-

²² Ver Salomon Reitiach: *Le vandalisme en Orient*, en *Revue des Deux-Mondes*, 1^{ro}. de marzo de 1883.

cas distintivas de la raza, sino que constituyen la flor de la mente humana que solo se abre allí donde la civilización ha hecho crecer el árbol de la ciencia que coronan y embellecen.

Esto demuestra también que al igual que la civilización, la decadencia puede llegar a todas las razas. Para levantarse, cuando han caído en la degeneración, son necesarios tiempo y circunstancias favorables que actúen lenta pero constantemente, con oscilaciones, para que se reinicie la evolución. Sin lugar a dudas, la Grecia regenerada brillará en el futuro y superará su antigua gloria, según la concepción más amplia que tenemos en la actualidad del progreso. Una raza humana no cae nunca en un estado de esterilidad eterna, sino que tarde o temprano retoma el ascenso magnífico que conduce a las alturas de la civilización. Pero si esta verdad indiscutible se aplica a todas las ramas de la humanidad, no es menos cierto que pueden surgir causas accidentales que la hagan elevarse o eclipsarse por un largo período.

Los griegos, de raza blanca, con el favor de circunstancias felices, han podido retomar el progreso que perdieron con su autonomía durante más de 20 siglos. No es el caso de los negros egipcios, creadores de la civilización del Nilo. Ante la invasión del elemento blanco, unos se internaron en Nubia con la emigración de 240 000 soldados que se dirigieron hacia las cataratas del alto Nilo, bajo el régimen de Psaméthik, mientras los otros, en cruzamiento constante con pueblos de origen blanco que irrumpieron en Egipto en diferentes épocas de la historia, casi desaparecieron debido a estos cruzamientos que se produjeron en estas 20 centurias. Han sido necesarias muchas investigaciones, eruditos y numerosos trabajos para recomponer la genealogía étnica. Es así como los paleontólogos, con la ayuda de piezas dispersas e inducciones científicas, han logrado reconstruir esos curiosos animales que vivían sobre la Tierra en épocas lejanas y que han desaparecido de la fauna actual.

Sin embargo, ¿acaso los negros congéneres de la antigua población egipcia no pueden, al igual que la antigua población griega, ascender en la escala que va del salvajismo a la civilización, es decir, de la degradación al perfeccionamiento de la raza? Nada indica que Etiopía, donde se concentró la fuerza viva de

la raza negra que irradió su influencia hacia África occidental, no retome en el futuro las grandes tradiciones interrumpidas y desviadas por más de 20 siglos de retrogradación. La sangre quemada del abisinio o del yolofe no inflige ninguna incapacidad natural insuperable, cuya perennidad sea causa de desesperanza para todos los que creen en la posibilidad de elevación y redención moral y civilizadora de todas las razas humanas.

Sin escuchar la voz de los estudiosos que predicán una falsa doctrina al afirmar la desigualdad congénita de las razas, la verdadera ciencia protesta por cada una de estas teorías desoladoras que parecen condenar a la abyección irremediable a toda una parte de la humanidad, tan orgullosa de sus cualidades como los demás hombres. La profunda convicción de la igualdad que ha puesto la naturaleza en el corazón de cada cual, será un eterno desmentido a todas las teorías que tratan de dividir a los hombres, situando a unos por encima de otros. Esta voz de la conciencia solo ha podido ser obliterada por un cálculo estrecho, por falsas concepciones.

En vano se ha tratado de legitimarlas, edificando un sistema sin base, incapaz de resistir el menor análisis. El error no puede durar eternamente. Desde el fondo de la mayor oscuridad sale con frecuencia una luz, primero confusa, que por fin ilumina lo que se ha tratado de ocultar por todos los medios. Entonces, la verdad se muestra en todo su esplendor. Los mismos medios que sirvieron para velarla contribuyen misteriosamente a suprimir esto para esperanza de quienes creen en ella y la esperan impasibles. Así, la raza negra, sumida en la mayor degradación, en la esclavitud, curvada bajo el golpe del mayoral, desmoralizada por un trabajo excesivo, considerada, en una frase, como raza de brutos, debe hacer brotar el rayo intelectual que brillará como un astro e iluminará los hechos, y demostrará la aptitud que tienen todos los hombres para la civilización y las conquistas superiores del espíritu.

Para comprobar lo que digo, véase la evolución seguida por los hombres de raza negra sacados de África y transportados como esclavos a las dos Américas.

CAPITOLO XIX

LAS COMPARACIONES

Para el campo hay que ir, como para muchos subejes de nuestros días, comer y no ser comido. Hay que ir igual que en ese mucho tiempo

THE

En la humanidad, por doquier parece haber existido un período de antropofagia seguido de otro de exolacmia, seguido este de otro de servilismo.

C-11

1. PRIMERAS CUNISAS DE LA ODA

Toda ciencia sufre siempre la influencia del tiempo y del medio en el que ha sido constituida, no porque la verdad científica dependa de un accidente o de circunstancias, sino porque las ciencias se basan en un conjunto de hechos ya estudiados y de los cuales se extraen los primeros elementos de generalización que se transforman después en leyes cuando se comprueban lo suficiente sus resultados. Estos hechos pueden haber sido mal estudiados, o los elementos de generalización ser insuficientes, analizados mal. Así, la ciencia se constituye sobre bases inestables, no reales, y el error da una fuerza tal que se convierte durante mucho tiempo en un obstáculo.

La ciencia solo sale a la luz al precio de mil trabajos y exige una consagración que puede llegar al martirio. Podemos citar el ejemplo de las primeras generalizaciones a las que se enfrentó la ciencia astronómica en su período inicial, y cuyo error sobre el movimiento diurno alejó durante mucho tiempo las inducciones de la mecánica celeste, convertidas en las leyes de Kepler y Newton. No es que Tolomeo, cuando formuló su siste-

ma, haya tenido la mente menos dinámica, la inteligencia me nos clara que quienes revolucionaron con posterioridad la ciencia, regresaron a las ideas de Pitágoras y la consolidaron con una demostración que faltaba. Sin embargo, el insuficiente conocimiento del mundo en su época y la ausencia de procedimientos analíticos, empleados después, lo hicieron incapaz de alcanzar la verdad establecida por Copérnico y probada por Galileo.

Las mismas causas de error que influyeron en el célebre continuador de Hiparco influyeron sobremedera en los primeros intentos de clasificación antropológica y en las erróneas ideas que sirvieron de corolario. Para comprender bien la naturaleza, hay que imaginar la época en que surgió la antropología y el estado de las razas humanas que se debían estudiar, cada una con sus cualidades físicas, intelectuales y morales.

Cuando Blumenbach comenzó a ocuparse del estudio del hombre desde el punto de vista de las ciencias naturales y consideró los diversos grupos étnicos que formaban la humanidad —según sus aptitudes especiales—, la raza blanca, después de un trabajo perseverante y sostenido, ya había alcanzado un grado superior de desarrollo. La historia industrial, científica y literaria de los pueblos europeos estaba llena de bellísimos ejemplos. Una civilización refinada transformó la mayor parte de las naciones de origen caucásico que, donde antes se veían celtas, cimbrios, godos, vándalos o suevos, ahora eran franceses, alemanes, ingleses, etc., que se exhibían a los ojos del mundo como los más grandes eruditos y brillantes artistas de los que podía enorgullecerse una raza.

Por otra parte, la raza negra, después de siglos de una profunda decadencia, cayó en un total estado de degradación. En lugar de esa evolución progresiva que condujo a la raza blanca a tan bellas formas físicas y a una gran potencia intelectual, parecía que el etíope había sido trabajado por una fuerza contraria, hacia formas primitivas de la especie. Hay que confesar que esto no ofrecía buenos elementos de apreciación.

La raza negra era, además, muy mal conocida en Europa. Es cierto que los grandes viajes alrededor del mundo completaron

las nociones geográficas, pero, sin preparación mental, llegaban a pueblos extranjeros, que eran diferentes de los europeos, tanto por su coloración como por los rasgos del rostro, por sus modos salvajes, además, ignoraban sus lenguas y costumbres. Todo era un obstáculo para estudiarlos de manera racional; era algo imposible, pues los viajeros, sin ser ignorantes, en su mayoría carecían de los conocimientos necesarios. Los eruditos capaces de ver hombres negros y estudiarlos personalmente solo los encontraban en las colonias europeas como esclavos. ¿Pueden imaginarse peores condiciones? Que se tome a la más inteligente de las naciones de la Europa moderna, si por circunstancias difíciles de imaginar, fuera reducida a la esclavitud, envilecida por un largo régimen de degradación moral, extenuada, embrutecida por un trabajo excesivo, maltratada como bestias, ¿es posible creer que se presente dotada de las aptitudes superiores que distinguen a los hombres libres e instruidos de la misma raza? Seguramente que no. Pero, ¿se ha pensado entonces en los efectos deprimentes que ha provocado la esclavitud en los hombres que los examinaban para determinar la inteligencia de los negros?

No quiero entregarme a un sentimentalismo exagerado y renovar las quejas sobre la terrible suerte del esclavo negro, tan inhumanamente tratado por la crueldad y rapacidad de los europeos. La *Cabaña del Tío Tom* muestra las horribles escenas de servidumbre, de modo que nos limitaremos a remitir al lector a la obra sin disputarle a Beecher Stowe el éxito que ha tenido en este tipo de literatura, que es un verdadero sacerdocio. Si se quiere tener una idea más sobrecogedora de la influencia negativa de la esclavitud en la mente y corazón humanos, léase *Mesannés d'esclavage et de liberté*, de Frederick Douglass, un libro amargamente sombrío, lleno de realidades el autor es un hombre de color de gran inteligencia. Si en vez de nacer esclavo, lo hubieran educado desde su infancia en las universidades de West Point u Oxford, sin dudas se llevaría las palmas de los eruditos. Sus dueños notaron en él esas aptitudes y aspiraciones que eran crímenes cuando se mostraban en un esclavo y decidieron apagar en su alma la chispa sagrada, borrar toda energía moral,

para solo dejar vivir la rústica, la máquina pasiva que era la que necesitaban. Había blancos especialmente preparados para esta demolición y que desempeñaban muy bien su papel de verdugos. Se llamaban «rompedores de negros» y uno de ellos, llamado Covey, se le dio la tarea de Douglass. La primera corrección que recibió fue sangrienta. Aunque joven y débil, quiso resistir pero eso era desencadenar el furor del monstruo.

«Covey saltó —cuenta Douglass—, arrancó mi ropa, llovieron los golpes sobre mi carne lacerada que sangraba a borbotones. Transcurrieron semanas para que secaran las llagas, reabiertas sin cesar por la tosca camisa que las rozaba día y noche...

»Los malos tratos, como el látigo, no faltaban mientras Covey me «rompía»; para llegar a su objetivo contaba también con el trabajo excesivo y me sobrecargaba sin piedad.

»El amanecer nos encontraba en los campos y en algunas épocas también la medianoche. Como estimulante teníamos la *courbache*, como cordiales la leña verde. Covey, antes vigilante, entendía de eso. Tenía el secreto de la omnipresencia. Lejos o cerca, lo sentíamos ahí. ¿Llegar normalmente? No. Se ocultaba, se deslizaba, y aparecía de pronto. Espoleaba su caballo para ir a Saint Michel y 30 minutos después estaba el caballo atado en el bosque y Covey metido en un hoyo o detrás de algún matorral espionando a sus esclavos... Astucia y malicia envenenada, tenía de todo, como una serpiente.

»Brutalidades, degradación, trabajo, los días más largos eran demasiado cortos para su gusto; las noches más cortas, demasiado largas. El domador hacía su trabajo. Roto, yo ya lo estaba. Alma, espíritu, cuerpo, elasticidad, destellos de inteligencia: todo roto, todo aplastado. Mis ojos habían perdido su brillo, la sed de aprender se desvaneció, solo el hombre pereció, quedaba la bestia. Y si algún rayo de la antigua energía, alguna luz de esperanza me iluminaba de pronto, era para dejarme más devastado».¹

Esta pintura horrible que hace con tanta simplicidad el honorable Marshal de Colombie, casi sin cólera, de las miserias de la

esclavitud, es la historia de todos los hombres amarillos y negros que crecieron bajo el látigo y el grillete de la esclavitud; es la historia de la perversidad del mayoral dondequiera que estuviera. Los europeos que tienen el coraje de reprochar al esclavo negro su inferioridad intelectual no recuerdan que emplearon todos los subterfugios para impedir el desarrollo de su inteligencia. Después de romper todos los resortes de la voluntad, toda energía moral, toda elasticidad de la mente, quedaba solo la bestia cuando el hombre amenazaba con afirmarse, éno se sabía, sin sombra de dudas, que no dejaron nada de educado en este ser metódicamente degradado? Sin embargo, se eligió a este hombre como término de comparación y se establecieron las bases del juicio, con las cuales se declaró que las razas no eran iguales, que los negros estaban en la parte más baja de la escala y los caucásianos arriba. Una ciencia edificada sobre esta inversión de la naturaleza y que ha basado sus reglas de apreciación y razonamiento en esto, no puede obecer nada serio ni sólido.

Algunos hombres conscientes han reaccionado contra esta tendencia general y protestaron en nombre de la verdad y la justicia; pero su voz ha sido impotente. De esta forma, ninguna mente sensata debe tener dudas: todas las teorías antropológicas y las deducciones pseudofilosóficas solo han tenido el mismo resultado como base. Los hechos que en el futuro serán motivo de vergüenza y lamentaciones para la raza blanca, que demuestran hasta el exceso su egoísmo e inmoralidad, han sido aceptados como normales; pero, ¿deberían considerarse los resultados como la manifestación natural de las cosas? Sin embargo, es lo que ha sucedido.

En general, los eruditos determinaron, sin examen previo alguno, a partir de lo que vieron o lo que les dijeron debía ser, según la naturaleza. Esta conclusión apriorística, contraria a todos los principios científicos según los cuales solo deben hacerse pronunciamientos de investigaciones metódicas y controladas, fue repetida y propagada por todos los interesados en servirse de los negros como máquinas. En esta penosa situación, la ciencia, por cobarde complacencia o por insuficiencia

¹ Frederick Douglass: ob. cit., pp. 85 y 87.

de observación, se hizo cómplice del más deshonesto de los prejuicios y del más injusto de los sistemas.

Por otra parte, al inicio se quiso hacer sinceramente una clasificación racional de las razas humanas y se estableció una jerarquía intelectual y moral entre las mismas; pero fue imposible realizarlo con todo lo que se ignoraba y sin los datos necesarios para lograr esta sistematización. Para afirmar que una raza era superior o inferior a otra no bastaba con estudiarlas en un momento aislado de su historia y concluir, de manera precipitada, sobre la base de los hechos actuales. El problema era mucho más complejo. Además, había que estudiar la historia completa de cada una de ellas; seguirlas desde los tiempos más remotos hasta la época en que nos encontramos; anotar su progreso y su retroceso, sus crisis de crecimiento o decadencia, las dificultades naturales o morales tuvieron que superar, así como la duración de su evolución ascendente y continua. Estas nociones son el objeto de varias ciencias recientes como la sociología, la historia comparada, la prehistoria, la mitología comparada y otros muchos conocimientos que nos ayudan a entender los orígenes de la civilización y su desarrollo. Este tipo de estudios, tan interesante e instructivo, solo comenzó a llamar la atención en la segunda mitad de este siglo.

Privada de todos estos grandes auxiliares, capaces de contribuir a la interpretación de los hechos, la antropología fue condenada a marchar en la mayor oscuridad. Si los antropólogos, que se ocuparon del difícil estudio de las diversas aptitudes de las razas humanas, hubieran procedido de manera consciente para llegar a una conclusión rigurosa, como los alquimistas que analizan las diferentes propiedades de las sustancias orgánicas e inorgánicas, o como los fisiólogos que estudian el funcionamiento de cada órgano, según los procesos de la vida, no habría dudas de que la ciencia hubiera tenido mayor prestigio y los hechos juzgados de otra manera. Pero sin un principio general, sin un método superior, solo llegaron a resultados empíricos conforme a los prejuicios inveterados que les servían de guía en sus investigaciones.

Fue así como la esclavitud de los negros, en vez de modificar la opinión de quienes creían en la inferioridad de la raza etíope, sirvió de pretexto para su sistema. A quienes les hablaban de esto, respondían con autosuficiencia: «Si el negro no fuera un ser inferior no soportaría tan bien el yugo de la esclavitud, cuya sola idea horroriza a los hombres menos inteligentes de la raza europea».

¿Pero vivieron en la esclavitud solo los hombres de origen negro? No. Una mirada somera y atenta a la historia nos demuestra que la esclavitud fue un hecho universal que existió en todos los países y en todas las razas. No existe un solo pueblo europeo que no haya conocido la servidumbre en el transcurso de su evolución. Fruto del instinto egoísta que predominaba en el hombre en las épocas de barbarie, la esclavitud sucedió a un estado de cosas aún peor: la inmolación sin piedad de los vencidos. Incluso antes de que los pueblos de razas diferentes se encontraran en sangrienta competencia, los vecinos más cercanos comenzaron a guerrear unos contra otros. Así nació la práctica de la esclavitud entre los hombres del mismo origen étnico. Si nos remontamos a los tiempos de la civilización patriarcal, observamos que toda la familia está constituida como un grupo de esclavos, cuyo padre disponía a su antojo con el derecho de uso y abuso sobre todos los miembros: derecho de venta, de vida o de muerte.

Al perpetuarse la esclavitud, a pesar del desarrollo del organismo social, cuya principal tendencia era dar a cada uno más libertad, esta se convirtió poco a poco en una institución intolerable y rechazada. Sin embargo, los pueblos de raza blanca también la sufrieron con todo rigor, con una resignación que denotaba la falta de todo sentimiento de libertad y de dignidad humana, si los tiempos no hubieran traído un cambio radical. Los ilotas, tan maltratados y despreciados por los lacedemonios, ¿no eran de raza blanca? Todas las categorías de esclavos que servían al ciudadano romano, ¿no eran de la raza caucásica? Los hijos de Israel, el pueblo elegido de Dios, ¿no vivieron constantemente bajo el yugo de la esclavitud? Debe destacarse

que el israelita era sometido por unos y otros. «El pueblo hebreo —dice Pompeyo Gener— es el pueblo esclavo por excelencia. Oprimido hoy por un faraón, lo será mañana por un Nabucodonosor. En Egipto, edifica las pirámides bajo el látigo de un etíope...»²

Incluso el vocablo con el cual se designa al esclavo demuestra que los pueblos negros no fueron los únicos ni los primeros que sufrieron el yugo envilecedor de la esclavitud. Esclavo viene de la palabra eslav y recuerda el estado de servidumbre de la mas notable parte de la raza blanca. En todo el oriente se encuentran esclavos negros, pero también blancos. El color no importa.

En Europa occidental, la institución de la esclavitud hereda da por los bárbaros de la civilización romana se consagró por las leyes y se perpetuó en las costumbres. Bristol, Londres, Lyon y Roma tuvieron sus mercados de esclavos donde los blancos compraban a sus semejantes y los sometían al mismo régimen que fue aplicado después con mayor refinamiento y crueldad a los africanos secuestrados de su tierra natal, para pasar de la ignorancia al más completo embrutecimiento.

La propia religión de Cristo, que tanto contribuyó en su primera época a aliviar miserias y a curar heridas, no intentó nada contra la esclavitud. Cuando los padres de la Iglesia se refirieron a esta, solo era para que se dosificara sin atacar los principios que ni los evangelios ni los apóstoles condenaban. Veamos cómo habla Bossuet, uno de los obispos más eruditos de Francia, a la vez profundo teólogo, fino político y brillante historiador: «El esclavo no puede nada contra nadie mientras le guste al amo; las leyes dicen que no tiene cabeza, *caput non habet*, es decir que el Estado no lo considera una persona. Ningún bien, ningún derecho se le puede vincular. No tiene ni voz en el juicio, ni acción, ni fuerza mientras así lo quiera el amo; con más razón no hay nada de esto contra el amo. Condenar este estado (la esclavitud) sería no solo condenar el derecho de la persona donde la servidumbre es admitida, como aparece en todas las leyes, sino que sería condenar al Espíritu Santo que ordena a los

esclavos, por boca de San Pablo permanecer en ese estado y no obliga a los amos a liberarlos».³

Estos principios que nos asombran tan profundamente por ser tan contrarios a nuestras convicciones, eran sostenidos por el inmortal obispo de Meaux con tal firmeza y seguridad que no podría dudarse de la seguridad de sus expresiones. Es el caso que hablaba por su boca, es en nombre del derecho de la persona y del Espíritu Santo que declaró inatacable la institución de la esclavitud. Y no hay excepción alguna. En el momento en que escribía la palabra «esclavitud», esta solo era citada en la legislación francesa para designar a los negros transportados a las colonias de América y para lo cual Luis XIV acababa de promulgar el famoso Código Negro. Pero un teólogo no admitía principios circunstanciales: para él, la verdad tenía que ser reconocida en todo tiempo y lugar, *quod ab omnibus, quod ubique, quod semper confessum est*.

En realidad, si la esclavitud dejara de existir en Francia con su denominación moderna, tampoco se conservaría con la de servidumbre, cuya etimología más erudita no cambió nada en el fondo, salvo en las mejoras realizadas en el sistema social por el desarrollo de la civilización y la moderación de las costumbres. El ciervo de la gleba era cosa del propietario como el esclavo de su amo. El cambio de condición legal no era más que una simple distinción de derecho civil; en vez de ser considerados como bienes muebles, que podían ser vendidos dondequiera por cualquier valor según la voluntad del propietario, se convirtieron en inmuebles por destino, de modo que no podían ser desplazados de la tierra a la que estaban atados para transportarlos o venderlos en otra parte. No cabe duda de que mejoraban su suerte, pero aún eran muy miserables y objeto de todas las humillaciones posibles. Todo el que tenga noción de la historia europea sabe cuán exorbitantes eran los derechos del señor sobre el pueblo: *mainmortable, taillable et corvéable à merci*, es decir, derecho de sucesión, de cobro de impuestos y de explotación a su antojo.

² Pompeyo Gener: *La mort et le diable*, p. 72.

³ I. Cor.: t. VII, p. 24; Eeso, t. VI, p. 7; Bossuet: *5to. avertis. sur les lettres de M. Jurieu*, ed. Didot, 1841, t. IV, p. 404.

Fue la revolución de 1789 la que puso fin a esto. Al hojear las compilaciones de Talley sobre «el antiguo y el nuevo régimen» puede verse hasta que punto el pueblo francés tenía personas embrutecidas, miserables y hambrientas, que coexistían con toda esa nobleza destellante, amable y delicada que representaba a Francia en el extranjero y la mostraba como la civilización más brillante.

No se reproche a la raza etíope su existencia en servidumbre como si esto pudiera ser prueba de su inferioridad. Es inútil despertar en ciertos corazones cóleras dormidas y contrariar con tristes recuerdos la atracción que los hijos de los antiguos esclavos sentían hacia los hijos de los antiguos amos, pero al menos no deberían considerarse superiores por eso.

«Nos cuidaremos de entristecer nuestras páginas con los detalles de la trata, que no pertenecen a la historia de la humanidad —dice Bory de Saint-Vincent—, pero que los opresores recuerden que lo pesado del yugo no aplastó a los africanos martinizados en Haití; volvieron a levantarse y se hicieron de una patria donde han probado que ser negro no quiere decir dejar de ser hombres. Vengaron a la especie africana de la reputación de invalidez que se le había dado. En el tribunal de la razón protestaron contra esta pretendida superioridad de amos que no lo merecían por inhumanos y que continuaban calumniándolos».¹

Sí, debemos repetirlo: de todas las razas humanas, la negra fue la única que dio el ejemplo de una multitud de hombres hundidos en la más cruel servidumbre que conservaban en sus almas la energía necesaria para romper sus cadenas y transformarlas en armas vengadoras del derecho y la libertad. Todo esto se olvida de manera sistemática. Pero, ¿qué no se olvida cuando el orgullo y el interés se unen para ahogar la verdad? Sin embargo, es necesario que esta verdad triunfe, pues es más fuerte que los eruditos y todos los prejuicios.

Creo que está bien establecido que el modo de comparación escogido para estudiar las respectivas aptitudes de la raza blanca

y de la negra es defectuoso por completo. Por una parte, se seleccionó a los europeos en el momento de su mayor florecimiento de la personalidad humana; por otra, se escogió a los etíopes en la más profunda depresión moral. A pesar de todo, la raza negra demostró que lo desfavorable de la situación no le impidió cortar la conexión que la ataba a una existencia abyecta y oprobiosa.

Sin embargo, aún se decía que los negros eran incapaces de civilizarse, que les faltaba inteligencia, juicio y la moralidad más elemental; mientras que el hombre blanco no era supersticioso, tenía un elevado espíritu y un corazón a la altura de su superior intelecto. ¿Cómo establecer este paralelo de las razas? Se les tomó en un momento de su historia en el que mostraron de manera respectiva un grado semejante de evolución social? No. Se compararon pueblos aún bárbaros con pueblos civilizados desde hacía tiempo, sin considerar el pasado de unos ni el probable futuro de otros. Era como si ya no se recordaran las antiguas costumbres y creencias ancestrales de esos mismos europeos que se creían ya armados de la civilización, como sacó Minerva de la tierra de Júpiter. Pero, ¿acaso todo lo que se reprochaba a los negros no podía también reprocharse a los padres de sus acusadores? Para convencernos, es bueno estudiar algunos hechos históricos.

2. SUPERSTICIONES Y RELIGIONES

Ante todo, existe un argumento que parecía capital y sirvió de base para establecer la inferioridad de los negros. Según cierta escuela antropológico-filosófica, lo que distingue al hombre del resto de los animales no es la inteligencia, sino la moral y la religiosidad. Al estudiar atentamente algunas especies animales como la abeja, la hormiga o el castor se llegó a la conclusión de que tienen una inteligencia superior que no debería confundirse con el simple instinto. Esta revolución filosófica y científica echó por tierra la antigua teoría cartesiana del automatismo de los animales, y tendió un puente, para decirlo de algún modo,

¹ Bory de Saint-Vincent: ob. cit., t. II, pp. 61-62.

en el abismo que separaba al hombre de las demás criaturas animadas, y demostró de forma positiva lo que el buen La Fontaine indicó entre risas. Hubo incrédulos. Isidore Geoffroy insistió siempre en conceder a los animales solo el instinto. Otros naturalistas, aunque partidarios como él del reino humano, con vinieron en la inteligencia de los animales, pero señalaban entre ellos y el hombre una diferencia psicológica de primera importancia: la religiosidad. De Quatrefages, el más destacado de su escuela, formuló una teoría con admirable precisión.

Una vez establecida la teoría, se concibió de inmediato que quienes trataran de demostrar la desigualdad de las razas, persarían en comparar las prácticas y creencias religiosas de cada grupo étnico con el objetivo de juzgar sus aptitudes de acuerdo con el nivel de las ideas de cada uno. Sin embargo, una vez más se observaba una dificultad de primer orden. ¿Cómo distinguir los actos religiosos de los actos ordinarios, o incluso de las supersticiones vulgares? ¿Cuáles son las formas superiores de la religión? ¿No hay acaso pueblos, razas enteras que no tienen ideas religiosas? Estas cuestiones pusieron a los teóricos en dificultades, pero no mucho tiempo. La ciencia de las religiones que no había sido nunca incluida en un conjunto de conocimientos positivos, se constituyó al fin por los trabajos de Max Müller y sus émulos. Se estudiaron entonces las tradiciones mitológicas de todos los pueblos y sus más extraños usos fueron de interés para el análisis de los eruditos. Para sorpresa de muchos, pronto se vio que todos los pueblos conservaban ciertas costumbres que denotaban la creencia en lo sobrenatural, es decir, en la existencia de uno o varios seres superiores e invisibles con los cuales los hombres tenían una relación misteriosa. La idea religiosa, reducida de esta manera a su más simple manifestación, fue reconocida como un atributo general de la especie, una característica común a todas las razas humanas. La religión, así entendida, era una simple expresión de la naturaleza emocional del hombre y de la facultad de abstraerse, algo inherente al ser humano.

No se detuvieron en esta primera constatación, sino que por un método minucioso buscaron la forma en que las ideas reli-

giosas se desarrollan, transforman y pasan de las prácticas supersticiosas a una concepción más elevada de la divinidad, considerada como potencia única, al mismo tiempo creadora y conservadora del mundo, fuente de todo bien y justicia, situada frente al hombre como un arquetipo cuya perfección desafiaba sus esfuerzos, pero que le inspiró el deseo inextinguible de ascender sin cesar en la escala de la perfección.

En este orden de ideas se encontraron nuevos medios para establecer categorías jerárquicas en las razas humanas con el estudio y comparación de sus concepciones religiosas. Fue así como se admitió que los africanos tenían, como los demás miembros de la especie humana, una vaga noción de la divinidad, pero la adoraban de forma primitiva revelando la más vil superstición. En una palabra, al dividir las creencias religiosas en fetichismo, totemismo, politeísmo y monoteísmo se aseguraba que la raza negra era incapaz de elevarse por encima del fetichismo y el totemismo. Es decir, de la adoración de los animales, las piedras brutas o talladas y de la creencia en los *grísgrís* o amuletos, acompañada de ritos más o menos repugnantes y sanguinarios. La raza blanca, por su parte, desde los primeros tiempos de su historia, pudo elevarse a una concepción superior de la divinidad a la cual siempre ha rendido un culto depurado, sin prácticas supersticiosas.

Pero, ¿cómo se puede confiar en esta doctrina? De ninguna manera. Nos será fácil constatar que estas prácticas primitivas que se señalaron en las poblaciones de la raza negra se encuentran en la actualidad en medio de varias naciones atrasadas de las otras razas, y se encontraban, hasta una época muy avanzada, en los pueblos que figuran en la actualidad entre los más altos y dignos representantes de la civilización moderna.

Sin exceptuar al pueblo hebreo, primero que concibió el monoteísmo, todos los pueblos de la raza blanca han tenido un período en el que practicaban el fetichismo como manifestación pública y privada del culto externo. Cuando, durante su viaje por el desierto después del cautiverio en Egipto, Moisés quiso llevar al pueblo de Dios a romper con la idolatría, tuvo que sortear todo tipo de dificultades. Los hebreos tal vez habían

olvidado el culto de las piedras sagradas que adoraban bajo el nombre de Bethel o «casa de Dios», pero mantuvieron el recuerdo del culto egipcio con bastante obstinación como para tratar de volver a la religión del toro Apis, sacrificando un becerro de oro, tan conocido en el relato del Éxodo.

Este culto fetichista fue conocido por todas las razas humanas, pues todas experimentaron su primera evolución moral y religiosa bajo la influencia del temor que el estado salvaje inspira ante todas las fuerzas ciegas y ocultas de la naturaleza, de la que se ignoran aún las más simples leyes. Las costumbres religiosas son las últimas en borrarse en la vida social. Mucho tiempo después de la desaparición de las causas morales que inspiraron las prácticas del fetichismo, se continuó ejerciéndolas. Existen muchos ejemplos que nos señalan, en la vida de los pueblos blancos, antecedentes del hecho que estudiamos. «Los árabes —dice sir John Lubbock— adoraban una piedra negra hasta el periodo de Mahoma. También los fenicios adoraban una divinidad en forma de piedra negra: el dios Heliogábalo era simplemente una piedra negra de forma cónica. Los griegos y los romanos adoraban piedras que se erigían con el nombre de Hermes o Mercurio. Los tespios poseían una piedra sin tallar que miraban como a un dios y los beocios adoraban a Hércules bajo la misma forma. Los japones también tenían montañas y rocas sagradas».⁶

No solo existieron estas supersticiones durante la Antigüedad, sin omitir a griegos y romanos, las dos naciones más avanzadas de la historia antigua. No solo duraron por mucho tiempo en oriente, hasta la era de la hégira, es decir hasta el siglo VII después de Cristo, cuando los árabes las practicaban aún, sino que Europa occidental no escapó a la regla. A pesar de la propagación activa de la fe cristiana, las mentes no se apuraron en abandonar creencias consagradas desde tiempos inmemoriales. «En Europa occidental —dice nuevamente sir John Lubbock— durante la Edad Media, el culto de las piedras fue condenado

con frecuencia, lo que prueba cuán extendido se encontraba. Así, Teodorico, arzobispo de Canterbury, condenó el culto a las piedras en el siglo VII y el mismo culto se encuentra en los actos de paganismo defendidos por el rey Edgardo, en el siglo X, y por Canut en el XI. Un concilio celebrado en Tours en el año 567 ordenó a los sacerdotes negar la entrada a las iglesias a todo aquel que adorara piedras erguidas. Mahe constata que los registros de las sesiones de un concilio celebrado en Nantes en el siglo VII hablan del culto a las piedras entre los armoricanos».⁶

Es una verdad innegable que el fetichismo no era algo especial del africano. E iría más lejos: si al estudiar estos desde un punto de vista verdaderamente filosófico quereamos considerar el valor intelectual de cada raza tomando estas ideas religiosas como base de comparación, no tardaremos en darnos cuenta de que los negros, aunque detenidos en el estado del fetichismo, daban muestra de giros mentales más impresionantes.

Un hecho que no podría admitirse es la indiferencia que todos los hombres de elevada inteligencia, en todos los tiempos y civilizaciones, han demostrado con las prácticas religiosas. Esta indiferencia no podría confesarse sin peligro en épocas de intolerancia, cuando los intereses de la fe parecían tan unidos a los del Estado, al punto de que la ley no solo se vengaba de la irreverencia del ateo, sino de la insuficiencia que lo hacía incapaz de comprender las verdades de la religión. Desde que el progreso de las ideas y las luchas de la conciencia redujeron al silencio la voz acusadora de los inquisidores y cerraron para siempre el martirologio de los autos de fe, cada día se comprueba una defecación de la fe antigua. Las catedrales se vacían. La deserción de los fieles que abandonan el templo del Señor y el altar de los santos sacrificios para recurrir a las atractivas luces de una ciencia puramente humana, oprime en el dolor a los corazones piadosos en los que aún vive la semilla de la fe. Nunca ha sido una crisis tan larga ni ha ocasionado tanta devastación en el rebaño bendito de Dios. ¿Todo no parece anunciar la

⁶ John Lubbock: *The origin of civilization and the primitive condition of man*.

⁶ John Lubbock: *Ibidem*.

Llegada de los días supremos en que los cielos sean sacudidos ante la cercanía del Santo de los Santos? ¿Acaso no se siente soplar en el mundo la abominación de la desolación?

Lamento esta crisis de la religión y compadezco el duelo del acorralado cristianismo. Sin embargo, hay que reconocer que la fe moría, aunque no se tratara de una ruptura brutal y absoluta de todo vínculo entre el hombre y Dios. Caro consideraba con mucha razón que durante mucho tiempo y siempre habrá almas que necesitarán creer en algo más allá de la Tierra, donde la materia parece tan vacía y mezquina frente al espíritu. En ese más allá habrá con seguridad un santuario augusto donde el Dios de nuestros padres pueda vivir tranquilo y sereno, en la plenitud del ser. Pero será como un soberano constitucional que aceptará la ciencia como ministro, y la deje cumplir su responsabilidad. Ese día su divinidad será inatacable y reinará sin esfuerzo, pues sin nada que hacer, no tendrá que responder por nada. Aunque se proteste contra esta corriente del espíritu humano o nos dejemos arrastrar por ella, no puede negarse su existencia e intensidad. En realidad, causa tantos daños y se precipita con tanta impetuosidad que el torrente parece extenderse a lo lejos, después de haberlo destruido todo a su paso.

Pues bien, esta revolución tan dolorosa que ahora inician las razas europeas, en lo que tienen de más elevado como inteligencia y que une a su causa muchas más adhesiones de las que se cree, se hará sin desgarramiento ni conmociones para la raza negra. Sin conocer el fanatismo religioso ni el espíritu dogmático, en los que se debate la raza caucasiana, los negros están listos para evolucionar hacia concepciones racionales y positivas, conformes al sistema del universo y del orden moral. Según su inteligencia, no hay necesidad de destruir influencias hereditarias, refractarias a todo pensamiento filosófico. Solo hay que sembrar ideas justas. Sin embargo, esta indiferencia, si incluso se refiere a las prácticas exteriores del culto religioso, ha sido expuesta como prueba de la inferioridad de los africanos.

Ha sido necesario que viajeros cultos e instruidos las hayan estudiado para que se aprecie cuán equivocado se estaba al solo

reconocerles simples conceptos de ideas fetichistas. Según estos viajeros, por encima y junto al fétiche cuyo culto proviene de antiguos ritos y hábitos ancestrales perpetuados por la tradición, la religión de la mayoría de los pueblos de África era una especie de racionalismo práctico, como podría llamarse si fuera una cuestión de concepción europea. «Los mismos negros que conciben una divinidad superior —dice Bosman—, nunca le rezan ni le ofrecen sacrificios por las siguientes razones: “Dios —dicen— está demasiado por encima de nosotros, es demasiado grande como para preocuparse por la especie humana o incluso para pensar en ella”».⁷

Con seguridad, hombres desprovistos de educación filosófica y que, por la simple exposición de un misionero de las cualidades o atributos que distinguen al ser supremo, llegaron a tan lógica conclusión, no son cerebros ineptos. Park —citado por sir John Lubbock— repite que la misma reflexión hicieron los mandingas acerca de la eficacia de la plegaria: «Los mandingas piensan que Dios está tan lejos, que es tal su superioridad en relación con los hombres, que es ridículo imaginar que las débiles súplikas de los desgraciados mortales puedan cambiar los decretos o el objetivo de la sabiduría infalible».⁸

Y cosa curiosa: esta forma de concebir a Dios es justamente la de los antiguos filósofos que vivían en medio de las supersticiones del paganismo. Cicerón⁹ cita dos versos de Ennius que lo dicen de forma expresa:

Ego Deum genus esse semper duxi et dico caelium

Sed eos non curare opinor quid egat hominum genus.

Aunque se haya hablado de la inferioridad intelectual del etíope, desde el punto de vista de las concepciones religiosas, es imposible no aceptar en la actualidad que el estado mental en que se encontraban los hombres de esta raza, que no recibieron la influencia del fanatismo musulmán, era preferible en la dis-

⁷ Bosman: *Pinkerton voyages*, p. 493.

⁸ Park: *Travels*, vol. 1, p. 267.

⁹ Cicerón: *De divinatione*, t. II, p. 56.

posición espiritual de la inmensa mayoría de los europeos. Una falsa educación religiosa unió estos últimos a la defensa y mantenimiento de los más graves errores; esta constituye el más serio para el progreso, la divulgación científica y la emancipación de la razón. Tal vez es reflexionando acerca de este caso, digno de ser destacado, que Augusto Comte declaró que el estado de fetichismo era más favorable que el estado teológico e incluso metafísico para el desarrollo de la filosofía positivista. La nueva filosofía está destinada a fortalecer la razón humana; se le reconoce solo el gobierno de la ciencia cuyos resultados, obtenidos de forma competente (sic), son las únicas verdades infalibles a las que debe responder el comportamiento. Una confirmación elocuente de los pronósticos del gran positivista es el ejemplo que da la evolución espiritual de los negros de Haití. Sin estas creencias que dificultaban la evolución espontánea de la mente hacia horizontes científicos más amplios que los del pasado, adoptaban por lo general, sin mayor esfuerzo, las ideas más avanzadas de la ciencia moderna, así como sus concepciones positivas.

Al escoger la manifestación de las ideas religiosas como medio de comparación para establecer una división jerárquica entre los diversos grupos de la humanidad, se estaba lejos de encontrar un argumento favorable a la tesis de la desigualdad de las razas, pues aquí la conclusión prevista podría ser echada abajo. No obstante, me encuentro lejos de agotar las acusaciones que se le hace a la raza negra y de la que se proclama su inferioridad moral e intelectual como si se estuviera autorizado para esto. Además de hacer del negro un ser estúpido, para la mayoría de los estudiosos, es la raza que ha dado mayores pruebas de cinismo y de ausencia de pudor. Se trata de estudiar la veracidad de tales afirmaciones y de ver si solo los negros son ejemplo de esto.

3. LA MORALIDAD EN LAS RAZAS HUMANAS

Antes de iniciar una investigación sobre las costumbres de los pueblos de raza blanca o negra entre los antiguos y los moder-

nos, es bueno preguntarse si el pudor es más natural en ciertas razas que en otras, o bien si las circunstancias especiales del medio tienen una influencia capital en el desarrollo de esta delicada virtud. No debería dudarse en reconocer el determinismo externo que actúa en el comportamiento humano. Todos los que no estén cegados por los prejuicios o no tiendan a aprovecharse de la ausencia de contradicciones para acoger las fantasías de su imaginación, considerarán ilógico sostener que la raza blanca que vive cerca de las regiones polares, estén en las mismas condiciones psicológicas que la raza negra, bajo los rayos del sol tropical, en relación con la primera idea que se tuvo del vestir.

Para algunos, expuestos durante la mayor parte del año a los rigores de un frío despiadado, abrigarse con mantas protectoras para resistir al entumecimiento y la muerte fue una cuestión de necesidad. Antes de inventar el tejido, tuvieron que luchar contra los más feroces animales; pero en estas luchas, el deseo de la carne fresca que les servía de alimento no fue más intenso que la necesidad de esas pieles que los protegían contra la nieve y las lluvias del invierno. Fueron la miseria y el instinto de conservación los que los llevaron a cubrirse. De ninguna manera pensaban en cubrir su desnudez.

Para los demás, no solo la idea del vestir no existió nunca, sino que todas las influencias naturales alejaban el deseo. Al vivir en una atmósfera que quema su sangre cada vez que respira, el africano necesita que la emanación cutánea pueda hacerse de manera libre en su cuerpo para refrescar su piel, literalmente quemada por el ardor del sol. La ropa ajustada se le convierte en un horno, el calor concentrado lo devora y le hace perder el aliento por la ebullición de su sangre. Estará mucho más cómodo, libre y desnudo, buscando el fresco en los árboles tropicales. Después de un acceso de fiebre, se sentirá mucho más feliz tendido a la sombra, sintiendo que la vida le vuelve y los miembros retoman su elasticidad, mientras que la brisa hace que su piel recupere su tonicidad y que todo su organismo se sacuda de la torpeza.

Tan sorprendente sería concebir a un siberiano o a los ancestros prehistóricos del europeo meridional en completa desnu-

dez o ligeramente vestido en medio de las nieves perpetuas, como a un africano se le impusiera ropas en el cielo de la línea equinoccial sin que existieran elementos morales que lo obliguen a esto.

Por lo que, donde se encuentren negros vestidos, por primitiva que pueda parecer esta costumbre, puede certificarse que han tenido cierta evolución moral, impulsados por el deseo de gustar o ser decentes. ¿Podría decirse lo mismo de los europeos? No. Se les encuentra siempre cubiertos, en las épocas más remotas y entre los más salvajes de sus ancestros. Lo que en los africanos era la búsqueda de una satisfacción inmaterial, en estos últimos era una necesidad material.

De esta forma, si comparamos el desarrollo de los sentimientos de pudor en las diferentes razas humanas, se deben descartar estas simplificaciones estúpidas que mostraban a los negros como seres inferiores porque vivían desnudos en medio de selvas vírgenes, sin ocuparse de ocultar lo que el blanco no mostraría por vergüenza. Sin embargo, no era el único reproche que se hacía a quienes se pretende clasificar como miembros de una raza inferior. Se manifestaba que no se preocupaban por los espectadores cuando realizaban actos impúdicos, solo comparado al comportamiento animal, con lo que demostraban un alto grado de envilecimiento. Gritaban y se escandalizaban como si el impudor no fuera lo más vulgar en la historia de los pueblos de raza blanca, antes que la institución de la policía y la propagación de la instrucción pública vinieran a corregirles las inclinaciones animales.

En la antigüedad griega y romana la prostitución era bien recibida; el impudor de las cortesanas de la clase inferior era repulsivo, que con nuestras ideas modernas resulta imposible comprender cómo tales instituciones pudieron coexistir con el refinamiento de las civilizaciones que las toleraban. Para darnos cuenta de estos hechos hay que saber que, en toda la antigüedad, los cultos fálicos siempre fueron honrados y que la mayoría de las divinidades adoradas por los pueblos civilizados eran de origen catoniano. Al estudiar la interesante obra de Jules Baissac, ya citado, puede verse cómo se desarrolla esta larga

historia del impudor transformado en religión, honrado en todas partes, tanto en los israelitas como en los griegos. También las *cadéschol* y las *heteres* eran igualmente estimadas y sagradas a los ojos de la sociedad. También Bachofen¹⁰ lo estudió a profundidad, demostrando que el heterismo dominó una de las etapas más notables del desarrollo de la civilización. Quisiera citar algunos ejemplos de aquí y allá pertenecientes a la raza blanca y que prueban hasta qué punto los europeos abusaban de la ciencia y de la historia cuando se referían a la inmoralidad de los negros de África como un signo de inferioridad racial.

Los mosineques buscaban tener relaciones públicas con las cortesanas que iban con los griegos durante la campaña de Ciro. Sin embargo, eran blancos y Xenofon tuvo el cuidado de señalarlo.¹¹

Entre los masagetas,¹² pueblo de raza tártara o cítica, cuando un hombre deseaba a una mujer, solo tenía que tomar su carreta para tener relaciones públicamente con ella, a veces en medio de la vía, sin que nadie se escandalizara.

Es conocida la historia de la prostituta judía Thamar, quien vendía sus favores por un cabrito en el entronque de una gran carretera. En ciertos días del año, varias ciudades de Grecia, para celebrar el rito religioso del culto que rendían a Venus, mostraban las escenas más escandalosas en las calles cuando caía la noche.

Y no hay que ir muy lejos. Es conocido que en algunos rincones de las grandes ciudades europeas suceden actos de gran inmoralidad al aire libre. Si no fuera por la presencia de una policía activa, no sé hasta qué punto llegarían esas escenas malas en las calles de París. Jamás se podrá imaginar el impudor de que es capaz la joven europea, cuyo vestido de seda roza al caminante en los grandes bulevares. Por ser más circunspecta, no es menos cínica la prostitución en la Europa contemporánea que en tiempos de las antiguas Grecia y Roma. Hay que tener

¹⁰ Bachofen: *Das Mutterrecht*.

¹¹ Comentarios en griego. Xenofon: *Anabasis*, libro V, cap. IV.

¹² Herodoto: t. I, p. 203; *Strabon*: t. XI, p. 513.

valor para leer todo lo que dice Leo Taxil, historiador veraz: «En Inglaterra se han publicado obras muy serias sobre el tema. Se ha supuesto un noble origen para la prostitución, al pretenderse que la prostituta era la ciudadana mientras que la esposa era la mujer conquistada y esclava».¹³ La novela de Zola, *Germania*, ofrece un cuadro impresionante y vertiginoso, pero real de la prostitución en la clase obrera. En su análisis, Jules Lemaitre¹⁴ expresa: «Sufrimiento y falta de esperanza de arriba abajo, pero al menos estos miserables tienen la Venus animal para consolarse. Se “aman” como perros, juntos y a cualquier hora. Hay un capítulo en que no se puede dar un paso sin caminar sobre las parejas». Es posible cierta exageración en el novelista naturalista, pero incluso si reducimos a la mitad lo que escribe, el cuadro sigue horriblemente cargado.

Por lo que, es falso afirmar que la raza blanca es más moral que la negra desde el punto de vista del pudor. Si se quisieran estudiar fríamente los hechos, sería la raza negra la que se llevaría las palmas, pues nunca podría igualar a su noble rival en las aptitudes de las que Messalines dio ejemplos en el pasado y presente de las naciones europeas. *Et lasata viris, nectum satietate, recessit* —dice Juvenal—, cuyo verso quema como hierro caliente en la carne libidinosa de la mujer de los Césares...

Se ha pretendido también que ninguna raza humana como la negra ha mostrado tanta inclinación a la suciedad que se deleitaban en ella. Ya hemos visto el testimonio de Moreau de Saint-Méry al describir la notable limpieza de las mujeres negras que eran transportadas como esclavas a Haití, pero suponemos que en el interior de África los negros se mostraban poco dispuestos a la higiene y no les afectarían las emanaciones más desagradables, ¿son acaso los únicos que dan pruebas de esta perversión del olfato?

Véamos lo que dice Louis Figuier de un pueblo que es considerado entre las naciones de raza mongólica por encontrarse

esta en un estado cercano a la barbarie, pero cuyo color, si no los rasgos, es el de la raza blanca en la cual se admite a los guanches y a los cabillos bronceados. «La señora Eve Féliniska, exiliada en Siberia, visitó cuanto fue posible las cabañas de los ostiakos. A pesar del interés y su curiosidad, nuestra viajera no pudo permanecer por más de un minuto en estas por el olor a miasmas putrefactas que desprendían. Como primera vestimenta, los ostiakos tienen una capa de grasa rancia que cubre su piel y por encima se ponen una piel de reno. Comen pescado y las piezas que cazan, pero de vez en cuando se dirigen a Berezer con grandes cubos hechos de corteza de árbol para recoger los desechos de las cocinas con los que hacen sus delicias».¹⁵

Según Büchner, llevarían la falta de higiene hasta el ideal: «El ostiako pinta sus idolos con sangre y grasa, y les rellena la nariz con tabaco».¹⁶

Herodoto recuerda que los budini, tribu eslava, comían gusanos (texto en griego). Solo hay que leer los escritos de los viajeros a Rusia para tener una idea de la abyección en que se encontraban hace un siglo el savoska o campesino ruso; y hasta ahora, a pesar de la flexibilización del régimen feudal en el país de las estepas desiertas y estériles, la suerte de estos miserables apenas ha cambiado.

Strabon dice que los celtas conservaban su orina y la dejaban corromperse en recipientes especiales y después la usaban para lavarse el cuerpo y los dientes.¹⁷

Al leer el Levítico (cap. XV), la severidad de la pena establecida contra quienes no hubieran observado las prescripciones higiénicas impuestas por el Señor a su pueblo predilecto, ofrece una idea de la suciedad que debió predominar en las costumbres de los antiguos hebreos. De este modo, no asombra que en la *piscine brobatique* se hayan operado tantos milagros.

No terminaría nunca si buscara en todas las fuentes eruditas para mostrar las pruebas de los hábitos de suciedad inveterados

¹³ Louis Figuier: *Les races humaines*.

¹⁴ Büchner: *Kraft und Stoff*.

¹⁷ Strabon: libro III, p. 164.

¹³ Clémence Royer: *Congres int. des scien. Ethnog...*, p. 375.

¹⁴ *Revue politique et littéraire*, no. 11, 1er. sem., 3ra. serie, p. 329.

en las naciones de raza blanca. Son hábitos que abandonan lentamente y es el efecto de un esfuerzo inspirado por las ideas civilizadoras que en la actualidad germinan en sus cerebros.

Cada vez más la verdad se hace visible. Hacia donde quiera que miremos con el objetivo de descubrir defectos y vicios en la raza negra que no se hayan visto en la raza blanca, los hechos demuestran que los hijos del etíope no han practicado nada que no lo haya practicado también el caucásico en todas las civilizaciones de su linaje. ¿Cómo sostener lo contrario? Resulta vano que quienes sostienen la desigualdad de las razas humanas traten de ocultar las grandes verdades de la historia detrás de un montón de sofismas para establecer su paradoja. La eradicación de la cual abusan no rechaza estas armas a quienes las reclaman para defender el derecho y la justicia eternos. Querárase o no, el siglo XIX no terminará sin que la igualdad de las razas humanas sea una verdad consagrada por la ciencia, tan indigetable como todas las grandes verdades de orden moral y material que hacen de nuestra época la más brillante de la humanidad en su evolución. Es mi convicción y cada nuevo hecho lo confirma. Continuaré, sin cansarme jamás, esta laboración que, haciendo, que no hay nada más sagrado al hombre, que el honor y la reputación de la raza a la que pertenece.

Sé que la raza negra no es solo acusada de inmorales y supersticiosas, también se le considera cruel y sanguinaria por temperamento. Se habla de su canibalismo como uno de los rasgos que la distinguen de los hombres blancos. Sin embargo, algunos hechos exagerados por ignorantes o personas de mala fe, es necesario saber si los negros son tan crueles y feroces como no se pueda encontrar igual en otras razas humanas.

La tarea no será difícil.

Ahí está la historia para repetir la verdad a quienes la olvidan o la ignoran. Lo que han creado los hombres blancos como tortura para martirizar a sus congéneres en épocas de fanatismo político o religioso, es un tema que horroriza solo de pensarlo. Las páginas de la Inquisición ofrecen recuerdos tan negros y de crueldad tan refinada que permanecen en nuestro cerebro como

pesadillas. Solo en la guerra contra los albigenses hubo tal ferocidad como no se podrá encontrar en los anales de los pueblos negros. Nadie puede ignorar la perversidad y el temperamento fríamente sanguinario de Simon de Montfort o Torquemada, que no fueron una excepción en la época en la cual vivieron.

En las relaciones de los europeos con los hombres de otras razas, sobre todo con los negros, no hay nada tan horrible ni bárbaro. La historia de la trata está llena de páginas sangrientas en las cuales los crímenes de todo tipo son tan frecuentes que a los dueños de esclavos se les ve como poseídos de cruel locura. Algunas veces, solo por el placer de matar es que los europeos asesinan a otros hombres a los que llamaban salvajes. «En Florida —dice De Quatrefages—, una de las islas Salomón, un bergantín se detuvo a cierta distancia de la costa. Un bote lleno de nativos se aproximó y una maniobra al parecer accidental lo hizo zozobrar. Las chalupas se hicieron inmediatamente a la mar como para auxiliar a los naufragos, pero los espectadores situados en los arrecifes o en otros botes vieron a los marinos europeos agarrar a los desdichados y cortarles la cabeza con un largo cuchillo junto a las chalupas; volvieron al bergantín una vez terminado el trabajo, para dirigirse de inmediato hacia altamar».¹⁸

Nunca he podido leer este fragmento sin sentir horror. Ante tales crímenes, pareciera que el espíritu humano se pierde. No quisiéramos creer en la veracidad del escritor, sintamos la necesidad de protestar de manera airada, pero la palabra se me ahoga en el pecho.

Que vengan a hablarme después de la crueldad de los negros. No responderé, pero no por falta de argumentos. Sin embargo, esto no es todo. La gran acusación contra la moral del salvaje etíope no es esta crueldad en la que se mata a los hombres para abandonar sus miembros a la voracidad de los depredadores acuáticos o terrestres, sino en el hecho horrible de matar a su semejante para regalarse con su carne.

¹⁸ De Quatrefages: *L'Espece humaine*.

De oír todo lo que se dice del salvajismo de los africanos para proclamar su decadencia irremediable, siempre que se cuenta un hecho de antropofagia de los negros de Loango, o por algunos de sus descendientes de la segunda generación, podríamos creer que los pueblos de la raza blanca no han atravesado nunca una época en la que fuesen también antropófagos, pero esto sería un gran error. Al querer, para honor de la humanidad, que los últimos rasgos de antropofagia desaparezcán pronto con la ayuda de propagar los principios de moralidad y de las luces intelectuales en todos los rincones de la Tierra, también hay que reconocer que esta atroz costumbre —prueba de la naturaleza animal y carnívor del hombre primitivo— ha sido una práctica general de todas las razas de la especie humana, y solo con la civilización que se desarrolla en cada persona, con el bienestar y la seguridad, con instintos superiores, se han podido abandonar de forma gradual estos apetitos sanguinarios.

Mientras más progresa la ciencia, más se extienden nuestras investigaciones y más nos convencemos de que el hombre no salió bien terminado de las manos del Creador. «La historia —dice Clavel— muestra al hombre primitivo de todos los tiempos y de todos los lugares, ya pertenezca al salvajismo pasado o presente, entregado a un egoísmo dominante, mientras que el altruismo aumenta con el progreso social. Mientras más se conocen los hábitos de los europeos de la edad de piedra, más se acercan a los de algunos polinesios o australianos actuales. En todas partes parece haber existido un período de antropofagia, seguido de un período de esclavitud, y este de otro de servidumbre».¹⁹

Son verdades acerca de las que se debe meditar para permitir a la inteligencia toda la amplitud que debe tener en el estudio de la evolución social, pero para que produzcan todos sus frutos, hay que mostrarlas en toda su extensión, sin concentrarlas en un solo aspecto ni considerarlas desde un único punto de

vista, con el objetivo de servirnos de ellas según las necesidades de un sistema o doctrina. Veamos entonces qué parte de antropofagia ha habido en la historia de la humanidad y sobre todo en las naciones de la raza caucásica.

«Para el europeo primitivo, como para muchos salvajes de nuestros días —dice Lyell—, comer y no ser comido fue durante mucho tiempo el problema principal».²⁰ Pero hoy que una veintena de siglos de civilización han transformado por completo el carácter y los apetitos del europeo, su repugnancia es excitada al más alto grado solo de oír hablar de semejante tema, tan repulsivo y abominable. Al ver estos sentimientos de repulsión, ¿no pareciera que el blanco no ha tenido las inclinaciones que con tanta razón condena? ¿No se creería que las conjeturas científicas y la historia positiva se hayan equivocado al atribuir a los ancestros de los pueblos civilizados tan salvaje temperamento? Han tenido que pasar muchos años para poder proclamar a toda voz la pura verdad. Mucha resistencia enfrentaron los estudiosos independientes y de conciencia, pero no se dejaron influir. Mientras más se obstinaban en su duda los incrédulos, más perseveraba la ciencia en avanzar. Se procedió de forma tal que la verdad se manifestó en las mentes más rebeldes. Una serie de trabajos e investigaciones establecen en la actualidad, de manera indiscutible, la antropofagia practicada, por lo general, en todas las poblaciones de Europa en el comienzo y en el transcurso de su evolución social.

«La antropofagia ha existido como institución en casi todos los pueblos —dice el doctor Safray. En la India, África, Australia, en las dos Américas y la Polinesia. Los historiadores antiguos la denuncian entre los escitas, los escandinavos, los germanos, los celtas y los bretones. En tiempos de César, los vascones aún comían carne humana. Nuestros ancestros no escaparon a este deplorable hábito, pues en varios sitios de la época del reno, especialmente en Saint-Marc —cerca de Aix—, se des-

¹⁹ Clavel: *La Morale positive*.

cubrieron restos de osamentas humanas contadas como las de los animales, para comer la médula. Se ha encontrado incluso el utensilio utilizado para extraer este plato favorito. Se trata de una cuchara larga y estrecha de madera muy bien adaptada para ese uso. Las excavaciones realizadas en Escocia, Bélgica e Italia no dejan dudas acerca de los hábitos antropofágicos de los hombres de la edad de piedra».

La antropofagia subsistió en las costumbres europeas mucho más tiempo de lo que se suele creer. Muchos años después de que las principales regiones de Europa entraran en la fase final de la civilización, aparecen casos aislados aquí y allá, pero a demostrar que los apetitos antropofágicos no desaparecieron del todo en los hábitos de los pueblos blancos.

Esto se explica por el hecho de que hasta una época muy avanzada de la historia europea, la institución de la policía pública que conocida y practicada desde Carlomagno, nunca fue capaz de regular a partir de la consolidación del poder real en Francia, después de la caída del feudalismo y el dominio de este, hasta Luis XIV. La policía francesa es la más antigua que se conoce. Ahora bien, cuando una costumbre se ha arraigado y consolidado durante un largo período en una raza o nación, solamente una institución puede refrenar o modificar los hábitos que provocan la falta de la educación intelectual y moral, y es la vigilancia policial.

Sin policía, sin instrucción, con los principios del cristianismo como única forma de moralización, pero demasiado elevada para actuar en la mente del vulgo, era comprensible que las inclinaciones hereditarias hayan persistido de forma oculta y durante siglos en estas poblaciones olvidadas, ignorantes y miserables que formaban la inmensa mayoría de los países de Europa. No hay más que recordar la creencia de los hombres lobos, antiguamente extendida por toda Europa y conservada hasta nuestros tiempos entre los campesinos, en especial, en Saintonge, Bretaña, Limousin y Auvernia, en Francia. Aunque

la licantrópia sea atribuida a una enfermedad mental, estos fenómenos anormales abundaban en la Edad Media. Basta conocer los antecedentes sociológicos de las poblaciones en que se manifestaron para solo ver aberraciones morales como resultados de impulsos atávicos, que actuaban aun en el temperamento moral del europeo que no estaba civilizado del todo.

Por otra parte, el estudio experimental de las enfermedades mentales llega a esta conclusión: los llamados locos son las víctimas de una lesión orgánica del encéfalo. Estos cerebros, afectados como de una especie de paralización del desarrollo o de una perturbación de sus centros fundamentales, son incapaces de adaptarse al modo de existencia admitido, por lo general, en su alrededor. En el abismo insondable que presenta aún para la ciencia la naturaleza de las leyes del desarrollo de los centros nerviosos encefálicos, nada impide que las más curiosas aberraciones sean la fiel representación de un estado psíquico antes normal, común, adaptable a otros tiempos y a otras costumbres diferentes a las nuestras.

La hipótesis parecerá aún más probable si quienes se ocupan de la historia de las neurosis saben, de forma cierta, que se ven muchos menos tipos de locura en un grupo de hombres mientras más próximo se encuentra al estado salvaje. A medida que la evolución social pasa por las variadas etapas de la civilización, y cuando se producen diferenciaciones morales cada vez más pronunciadas, es que venimos multiplicarse las enfermedades mentales que se diversifican hasta el exceso. ¿No es acaso razonable que la ciencia del futuro logre crear una clasificación de las neurosis, basada en las evoluciones sociológicas y morales de la especie humana, y estudie los caracteres atávicos en los que la locura es con frecuencia la reproducción anormal? Interpretado esto así, que los hombres lobos hayan sido maníacos o no, sus casos no presentarían menos que las formas aberrantes de la antropofagia de la edad de piedra. La causa del horror y el temor que inspiraba su solo nombre era que, según la tradición que ha conservado la creencia popular, secuestraban a los niños

Es cierto que, hasta el siglo xv, los tribunales continuaban que-
mando en la hoguera a personas acusadas de esta sangrienta bru-
jería. Una reunión de teólogos consultados acerca del caso durante
el reino de Segismundo, emperador de Alemania, rey de Hun-
gría y Bohemia, confirmó la realidad de los hombres lobos.

Lo que causa la incredulidad de la mayoría de los historiado-
res cuando se trata de un pronunciamiento acerca de la exis-
tencia de estos, tal y como los describe la leyenda popular, es
decir, como verdaderos antropófagos, es que les repugna con-
fesar que, más de 1 400 años después de la fundación de la reli-
gión cristiana y luego de un milenio de expandirse por los
principales países de Europa, podía haber, entre sus ancestros,
hombres capaces de llevarse a la boca un pedazo de carne hu-
mana sin sentir el horror que nos inspira este sacrilegio. Com-
prendo la delicadeza de esta incredulidad, pero los hechos, por
desagradables que sean, no pierden nunca su derecho a la ob-
servación; y por muy contrariados que nos sintamos al conside-
rarlos, estamos obligados a recurrir a ellos siempre que debamos
tener una convicción en cualquier rama de la ciencia. Por lo
que, nada impedirá creer en la permanencia de costumbres an-
tropófagas en Europa, hasta finales de la Edad Media, si po-
demos convencernos de que hacia finales del siglo xii hombres
de rango muy elevado no sentían repugnancia en consumir carne
humana. Esto es lo que puede ser establecido con facilidad, y
no será un villano, un grosero o un ateo, sino un rey, un guerre-
ro, eminente defensor de la fe cristiana.

No se trata de otro que de Ricardo Corazón de León, el más
grande héroe de las cruzadas. Según un erudito artículo, publi-
cado hace poco por Nadaillac en la *Revue des Deux-Mondes*, el
monarca guerrero, convaliente de unas fiebres que tuvo en
Saint-Jean d'Acre, deseaba, con la insistencia de un convalen-
ciente y el gusto caprichoso de un rey, que se le sirviera carne
de cerdo, pero fue imposible conseguirla, pues los cerdos, con-
siderados impuros, estaban desterrados del país. Como el ape-
tito real requería algo que no fueran los platos ordinarios, se le
sirvió la cabeza de un sarraceno bien sazónada, que Ricardo
Corazón de León comió con deleite.

No solo la crónica de las cruzadas reportó muy bien este he-
cho, sino que Nadaillac²² citó además los siguientes versos, es-
critos en inglés antiguo, y que perpetúan el recuerdo:

*King Richard shall warrant
There is no flesh so nourissant
Unto an English man,
Partridge, plover, heron ne swan
Cow ne ox, sheep ne swine,
As the head of a Sarazyn.
El rey Ricardo garantizará
Que no hay carne tan suculenta,
Para un inglés
-perdiz, grulla, garza o cisne,
Vaca o buey, carnero o cerdo-
Como la cabeza de un sarraceno.*

Este acto de antropofagia, cometido por uno de los reyes más
notables de todos los tiempos, asegurará a los más incrédulos
que sus ancestros, civilizados hasta un punto, continuaron en-
contrando durante mucho tiempo un delicioso placer en la car-
ne humana.²³ Allí donde la antropofagia no se mostraba de
forma evidente entre los europeos, se encontraba la bárbara
costumbre de sacrificar seres humanos que era lo habitual. Esta
horrible práctica de sacrificios humanos en las ceremonias reli-
giosas u otras, se observa además en la historia de todos los
pueblos de raza blanca con la misma frecuencia que en las ra-
zas que se consideran inferiores.

Los sacrificios humanos parecen haber sido de uso regular
entre los hebreos. La historia de Abraham, decidido a sacrificar
a su hijo Isaac para acceder a los caprichos de Jehová y la inmo-
lación de la hija de Jefe indican esto. En Grecia, la hija de Aris-

²² Nadaillac: «L'Anthropophagie et les sacrifices humains», en *Revue des Deux-Mondes*, 15 de noviembre de 1884.

²³ Spencer St. John, inglés de sangre y corazón, ¿habrá reflexionado antes de lanzar la piedra quienes acusa de inferioridad, al argumentar casos esporádicos y de manera excepcional raros de canibalismo?

todo, rey de los mesenios, fue sacrificada por orden del oráculo a fin de que los dioses se decidieran a favor de su pueblo. La historia de Ifigenia es aún más célebre. Según algunos eruditos, hubiera sido inmolada en dos ocasiones, una vez en Áulide y otra en Táuride, cuando la aparición de Diana, primero, y después la de Orestes, la salvaron de una muerte segura. Según la versión de Lucrecio, fue degollada en el altar de Diana por la élite de los guerreros griegos.

*Aulide quo pacto Tricial virginis aram
Iphianassai turparunt sanguine foede
Ductores Danaum delicti, prima virorum.*²⁴

El poeta atribuye solo a la superstición esta horrible y petrificante costumbre, pero es más que probable que antes de consagrar a los dioses estas víctimas humanas a las cuales se concedían con posterioridad los honores de la sepultura, se hiciera una verdadera *hostia* que los asistentes compartían y devoraban, creyendo realizar una obra meritoria, aún más pues la víctima era la mayoría de las veces un prisionero de guerra, un enemigo (*hostis*).

Sir John Lubbock reporta numerosos casos en que los sacrificios humanos fueron practicados en las épocas más avanzadas de la civilización romana: «En el año 46 antes de Cristo, César sacrifica dos soldados en el altar erigido en el Campo de Marte. Augusto sacrifica a una joven llamada Gregoria. Trajano, cuando fue reconstruida la ciudad de Antioquía, sacrifica a Caliope y coloca su estatua en el teatro. Bajo el imperio de Cómodo, Caracalla, Heliogábalo y otros, los sacrificios humanos parecen haber sido bastante comunes».²⁵ Del pueblo romano a los bárbaros de la Edad Media se encuentran siempre las mismas prácticas en la raza blanca. «En la Europa septentrional —dice el mismo autor— los sacrificios humanos eran comunes. El yarl de los Orkneys sacrificó al hijo del rey de Noruega en honor a Odín en el año 873. En 993, Hakon, yarl, ofreció en sacrificio a su hijo

a los dioses. Donald, rey de Suecia, fue ofrecido en sacrificio a Odín y quemado por su pueblo después de una terrible hambruna. En Upsala había un célebre templo, y un tesoro ocular aseguró a Adam de Brene haber visto los cadáveres de 72 víctimas».

¿Por qué ignorar hechos tan significativos cuando se pretende hablar de los mitos supersticiosos y sanguinarios de las razas que no han rotado aún con las costumbres salvajes, que los hombres cultivados tienen tantos motivos para aborrecer? ¿No sería más leal y más correcto considerar las cosas de forma general? ¿No habría que dominarlas con un espíritu en verdad filosófico que solo repuebe las inferioridades y vicios de las naciones incultas, y reconocan que los más avanzados atravesaron las mismas etapas, fueron feroces y viciosos antes de evolucionar hacia una existencia mejor, más noble y más decente? Esta sería una forma mucho más lógica de enfrentar los hechos.

Con seguridad, como tema de consuelo y esperanza a quienes están aún en los escalones inferiores de la civilización. Es, además, una ley que queda grabada en el camino a seguir y les hace ver que todas las razas —blancas, negras o amarillas— han estado sumidas en el crimen y la superstición antes de alcanzar un grado superior de desarrollo social.

Las razas blancas, ya sean blancas o negras, son iguales entre ellas, y todas han recibido de la naturaleza un organismo superior a los animales que no hayan sido concedidos a las otras. Todas las diferencias positivas de observar desde el punto de vista intelectual o moral son diferencias accidentales y no constitutivas, pasajeras y no permanentes. El deber de las que están aún atrasadas es esforzarse por alcanzar el progreso de las demás, sin vacilación o desaliento. Las mismas leyes que han servido a los pueblos civilizados para avanzar hacia la luz y la perfección son las que conducirán a los pueblos atrasados por el camino de la civilización y realización de sus sueños de gloria y engrandecimiento.

Surge ahora la pregunta de cómo dar pruebas de que la raza negra, al igual que la blanca, alcanzará algún día esas cumbres del espíritu y el poder material donde reina hoy el genio europeo con fuertes destellos. Nadie puede responder esto con

²⁴ Lucrecio: *De natura rerum*, libro I, vols. 78-80.

²⁵ John Lubbock: ob. cit., p. 364.

autoridad infalible. La naturaleza ha querido que nuestra inteligencia permanezca como desorientada siempre que nos esforcemos por conocer el futuro. Sin embargo, es posible aproximarse a la verdad con el estudio de las leyes que rigen las actividades individuales y sociales, basados sobre todo en los principios del método inductivo, tan poderoso y eficaz en la búsqueda de las verdades más elevadas.

Antes de responder a la pregunta anterior hay que responder a esta: ¿son comparables las aptitudes evolutivas de la raza negra a las de la blanca? Al demostrar que los hombres de tipo caucásico han pasado todos por etapas inferiores, en las que vemos ahora la mayor parte de la demás razas, no se podría negar que han producido las más bellas muestras de la especie humana; que han dado prueba de aptitudes sobresalientes tanto en las artes como en las ciencias, y han creado la moral superior a todo lo que la historia de los demás tipos étnicos crearon.

Estos resultados sitúan en la actualidad a la raza blanca al frente de las demás y en un pedestal. No es que posea una virtud particular, pero por el desarrollo de sus aptitudes naturales, ha podido llegar a un grado de desarrollo tal como no han logrado sus émulos. Ha evolucionado y franqueado amplios espacios en el camino que deben seguir los grupos humanos que van del mal al bien y del bien al mejor.

Sin embargo, basta con que se suponga a otra raza la misma energía evolutiva para imaginarse, sin esfuerzo, que esta lo logrará también los brillantes resultados que admiramos. Esto es tanto más racional pues el orden jerárquico en que vemos las diversas razas humanas, desde el punto de vista de su desarrollo social, no ha existido siempre como es en la actualidad. Hubo un tiempo en que los negros del antiguo Egipto trataban de salvajes a los blancos tabamu, groseros representantes de la raza europea actual. Sin embargo, los últimos tomaron ventaja e impulsaron mucho más el carro de la civilización. No obstante, toda la humanidad avanza. Las razas se desarrollan continuamente.

Todo hace pensar que las que han caído por fatiga o se han paralizado por un obstáculo pasajero, reaccionarán para reini-

ciar la carrera del progreso. Como en las carreras, unos son más dinámicos y parten como el rayo mientras los otros los siguen a distancia; pero los primeros pueden cansarse y los atrasados, por una súbita influencia, aceleran su paso. Llegó un momento en que todos van a su ritmo en una misma línea, se adelanta y alcanzan una vez más, pero en noble emulación.

Para darnos cuenta del porvenir de la raza negra y de los destinos elevados que le están reservados en la carrera de la civilización, trataremos de estudiar la prontitud de la evolución progresiva del negro, siempre que encuentre un terreno propicio para su desarrollo material, intelectual y moral.

CAPITULO XV

RAPIDEZ EVOLUTIVA EN LA RAZA NEGRA

En las almas bien nacidas

El valor no espura por los años.

CORNÉLLE.

*Así, en vestimenta cuando el esclavo de la plantación de Breda se puso
el casco y agachó a su alrededor a todos los negros que acababan de
romper sus cadenas, personificó la primera epopeya militar de Santo*

Domingo y ese día nació nuestra nación

Esta nación necesitaba un objetivo

Fue el de probar la aptitud de toda la raza negra para la civilización.

*Objetivo poderoso, gigantesco, capaz de devorar las generaciones, sin
embargo, digno de contentar y guiar nuestra actividad.*

EDMOND PACT.

1. LAS TÉCNICAS Y LOS HECHOS

El objetivo de los paganos antiguos era evidenciar la verdad innegable de que los hombres, cualquiera que sea su raza, surgieron de la naturaleza, débiles, feos, ignorantes y viles. El estado natural fue preconizado por Rousseau, como la edad de todas las virtudes, es hoy reconocido como lo opuesto a todas las utopías. La sociedad del siglo XVIII, que estaba cansada de una existencia de cortesía estéril en la que toda la actividad humana se reducía a un juego mecánico, pues prevalecían tantos las formas convencionales como una etiqueta en todas las relaciones, vio un profundo encanto en esos cuadros en que el hombre salvaje era representado como el ideal de lealtad. Existía la convicción de que conservó intacta la bondad natural recibida del Creador con el soplo de la vida. Es la historia de todas las decrepitudes en vísperas de las grandes renovaciones sociales y morales. Así, la antigua sociedad romana, después de un largo

período de agitación, saboreó con placer la lectura de las *Bucólicas*, de Virgilio. Debió encontrar en la descripción de las costumbres primitivas una frescura e ingenuidad capaces de temperar el exceso de corrupción moral en que se encontraba.

Pero hace mucho que ya no existen estos sueños. En lugar de situar la edad de oro en el pasado, la sagacidad moderna la sitúa en el futuro. Y es que llega una época en que, al igual que el individuo, la humanidad, ahora adulta, necesita tocar la realidad sin dejarse fascinar por la imaginación. Entonces nos volvemos a la ciencia, a la observación, para estudiar cada fenómeno. Esta rigidez metodológica es el resultado de una larga educación intelectual que ha ganado de forma insensible las mentes y las conduce en la actualidad a reconocer solo como verdadero aquello cuya prueba puede ser administrada de forma racional. Ofrece una garantía positiva a la mayoría de quienes están obligados a referirse a la autoridad de los eruditos, pues ellos mismos no pueden hacer las investigaciones que conduzcan a la verdad. Aplicado a la antropología, este método solo puede dar claridad, y volveremos al tema cada vez que se trate de aclarar los hechos cuya falsa interpretación lleva a los mayores errores si no tenemos precaución.

Cuando se considera correctamente la historia de la evolución social, se observa de inmediato que la realización del progreso se vincula a dos condiciones esenciales: a la aptitud del hombre y a las influencias del medio. Para establecer un juicio seguro e imparcial de las cualidades morales e intelectuales de cada grupo humano, es fundamental examinar los medios en que se manifiestan, teniendo en cuenta las dificultades y las ventajas que ofrecen a la evolución. Si no hacemos esto, el resultado de la comparación será falso.

Este motivo me impide comparar las razas negras de África con las razas blancas de Europa, tales y como son situadas en la actualidad en el estudio que se debe hacer de sus aptitudes para el desarrollo intelectual y moral. La evolución geológica de nuestro planeta ha traído ventajas en la temperatura media de la mayor parte del clima europeo, mientras que las condiciones climatológicas de África son hoy una causa visible de retraso para lograr la ruta del progreso. Siempre que se trate de consi-

derar la lentitud de los africanos para salir de su inferioridad actual, se debe tener cuidado para no creer que esta larga incapacidad es un signo de su inferioridad orgánica. Basta a recordar que si los hombres de la raza europea —por sus propios esfuerzos, privados de la larga experiencia de una civilización de muchos años y sobre todo de la cultura hereditaria durante generaciones— fueran condenados a vivir bajo la influencia negativa del clima tropical nunca podrían superar las dificultades contra las que tienen que luchar los negros africanos.

«La inferioridad intelectual del negro y su falta de iniciativa son hechos relativos, verdaderos en cierta medida, pero ni más verdaderos ni menos impresionantes que la inferioridad intelectual y la falta de iniciativa que se manifiesta en todo pueblo o toda clase que viven aún presionados por las necesidades primarias de la vida animal, sobre todo cuando la naturaleza, más poderosa aún que el hombre, lo domina y mantiene despierto sus apetitos, adormece sus más nobles facultades. Eso es lo que sucede bajo el fuego de los trópicos».¹

Por consiguiente, cuando se encuentran en un medio, si no tan favorable como el de Europa pero menos perjudicial para sus facultades superiores, es que los negros deben ser estudiados si se quiere tener una idea real de sus aptitudes. De esta forma los escogería yo, tal y como se han mostrado en la isla de Haití, transformada desde hace aproximadamente 80 años en el más bello campo de observación para el estudio de la igualdad de las razas humanas.

Después del descubrimiento de América por el inmortal Colón, los españoles, ávidos del oro que encontraban en abundancia en la tierra antillana, no escatimaron crueldad para forzar a los indígenas a extraerles el precioso metal con los trabajos más embrutecedores. Los caribes, como todos los pueblos de la raza americana, eran hombres enérgicos, pero impotentes para luchar contra la fuerza impuesta por la civilización en manos de sus opresores. A pesar de numerosos intentos por sacudirse del

¹ Hollard: ob. cit., p. 164.

yugo, los obligaron a someterse, gracias a las armas europeas. Eran capaces de resistirse contra un choque, pero incapaces de soportar durante mucho tiempo el agotador régimen que se les imponía. Extenuados por el trabajo, sin tregua en las minas, los convirtieron en máquinas y bestias de carga, y en este proceso fueron diezmados rápidamente. Enemigos por naturaleza, este trabajo excesivo aniquilaba sus cuerpos después de quebrar el resorte de sus almas.

Se hizo indispensable repoblar la isla, que se quedó sin sus primeros habitantes; por eso se pensó en usar como ejemplo a los portugueses, que fueron a las costas de Arguin a apoderarse de los moros, expulsados hacia muy poco de España, para llevarlos a Lisboa como esclavos. Transcurrió el siglo XIV. Ya los soberanos de España estaban convencidos de la utilidad de la esclavitud de los negros. Se les hizo comprender que era el único modo de que los africanos no practicaran la idolatría, e inculcarles los principios de la verdadera religión: la fe cristiana. Con estos mismos pretextos, la reina Isabel, en Inglaterra, y Luis XIII, en Francia, permitieron la trata a sus respectivos ciudadanos.

Se capturaba a estos hombres, se les separaba de sus esposas, salvajes, de sus familias, sin preocuparse por sus sufrimientos materiales y morales, y se les ponía en un navío preparado para el infame tráfico con el objetivo de «salvar sus almas». El barco negro era un horrible calabozo: «El entrepuente estaba libre para amontonar allí a los esclavos; el puente tenía las armas dispuestas para dispararle a estos infelices en caso de revueltas».

No se crea que la vida de estos hombres, en quienes se pretendía poner las luces de la fe, se consideraba tan preciosa como para no apagarla, incluso si era necesario robar a Dios estas almas destinadas a proclamar su gloria. Bastaba con que los negros vieran brillar el menor destello de libertad para que las armas se utilizaran de inmediato. Hechos recientes demuestran cómo se perpetúa la crueldad europea en el ejercicio del tráfico humano. Reproducimos un relato impresionante que se encuentra en la destacada obra de De Quatrefages: *L'Espèce humaine*.

«El *Carl* abandonó Melbourne, en 1871, con el objetivo de contratar trabajadores negros. Llevaba como pasajero a cierto

doctor James Patrick Murray, interesado en la empresa y que parece haber desempeñado el papel de jefe. Una vez en las Nuevas Hébridas, los secuestradores trataron inútilmente de buscar trabajadores por medios lícitos, pero muy pronto recurrieron a otros procedimientos. En la isla Palmer, uno de ellos se vistió de misionero para atraer a bordo a los isleños, que descubrieron la trampa. Desde ese momento, los negros recurrieron solo a la violencia. Su procedimiento consistía en acercarse a los botes de los papúas y destruirlos o hacerlos naufragar, lanzándoles algunos de esos grandes salmones que sirven de lastre, capturando con posterioridad las tripulaciones.

»Se reunieron así 80 negros. Por el día se les dejaba subir al puente, mientras en la noche se les amontonaba en la bodega. En la noche del 17 de septiembre, los prisioneros hicieron algunos ruidos y se les hizo callar disparándoles por encima de sus cabezas. A la noche siguiente, volvió el ruido y trataron de detenerlo de la misma forma, pero los negros rompieron los cañoneros y, armados con sus piezas, atacaron la escotilla. Toda la tripulación, marineros y pasajeros, dispararon al grupo. El fuego duró 8 horas. Se suspendió por momentos, pero comenzaba al menor ruido...

»Llegó el día y todo parecía tranquilo, se abrieron las escotillas y se pidió salieran quienes pudieran hacerlo. Salieron 28, el resto estaba muerto o herido. Se lanzaron al mar los cadáveres, así como 16 individuos vivos gravemente heridos».

Esta horrible historia refleja toda la trata. La mayoría de las veces los esclavos transportados a Las Antillas fueron testigos de estos hechos sangrientos. Llegaban bajo el nuevo cielo, adonde fueron transportados por la rapacidad sanguinaria de los negros, con un terror que reducía por completo sus aspiraciones a la libertad perdida. En el sobrecogedor cuadro descrito por Frederick Douglass sobre la vida del esclavo este señala: cuando el amo adivinaba la menor señal de inteligencia, le daba un tratamiento infernal, inaudito. En un esfuerzo de imaginación, vemos al esclavo lanzado como una mercancía envilecida a tierras extrañas y lejanas; embrutecido y vencido antes de haber alcanzado esta tierra en lo que todo le resultaba desconocido;

doblegado por la carga, mal alimentado y trabajando sin descanso, nos preguntamos: cómo un ser así degradado puede conservar el menor destello del espíritu, la menor idea de libertad, el menor sentimiento de orgullo que nos hace sentir a cada uno, en nuestra conciencia, que estamos hechos para dominar al resto de la creación.

Confieso que me siento orgulloso de mis padres, cuando pienso en la época de miseria en que, condenados a una existencia infernal, con el cuerpo quebrado por el látigo, la fatiga y las cadenas, gemían en silencio pero conservaban en su pecho el fuego sagrado que produciría la explosión de la libertad y la independencia. Pero hay más. Apenas dos generaciones después de la proclamación de la libertad de los negros, en Haití se operó una total transformación en la naturaleza de esos hombres. En vano los condenaron a vivir eternamente en el estado de inferioridad al cual estaban reducidos y que empeoraba cada día.

En los primeros tiempos de la independencia, los negros haitianos, sin preparación intelectual alguna, no pudieron manifestar sus aptitudes para ese tipo de trabajo de este tipo. Hasta 1840, aproximadamente, las grandes inteligencias de la joven república se concentraban en los hombres de color mejor favorecidos por las circunstancias. Pero desde esa época se vieron hombres negros con una mente muy superior. Se puede citar al general Salomon, quien casi solo, logró a fuerza de trabajo desarrollar un raro talento como escritor. Jean-Baptiste Francisque, víctima del régimen imperial de 1849 al que había aceptado servir, fue también de una inteligencia notable. De forma correcta y espíritu delicado, fue uno de los hombres de la raza negra de Haití que evolucionó hacia facultades intelectuales y morales que constituyen una gloria para la humanidad.

Es lamentable que, en esta primera floración de la cultura de los negros solo se tuvo en cuenta la literatura. Se prefirió cultivar la forma en que deben presentarse las ideas en vez de estudiar el fondo de estas. Mucha literatura brillante, pero casi ninguna ciencia. Louis-Philippe decía de Villemain que hacía sus frases y después buscaba la idea, afirmación que contiene

más fineza que verdad, pero no es menos cierto que los hombres de 1830 en Francia sacrificaban con demasiada frecuencia el contenido a la forma. Al limitar la elocuencia florida con la que los doctrinarios franceses hablaban de libertad y principios, los haitianos hablaban admirablemente del derecho, sin creer en él y sin siquiera ocuparse de su contenido ni de los límites en que debe ser ejercido y hasta qué punto es respetable.

Desde este punto de vista conocí a un hombre mucho mejor preparado, me refiero a Saint-Imont Blot. Como todos sus congéneres de entonces, fue casi autodidacta. A él no le bastaron las cualidades de literato o escritor que poseía como las demás celebridades de la época. Cultivó diversas ciencias con pasión. Se entregó al estudio del derecho, a las ciencias naturales y las ciencias matemáticas. Se dedicó siempre al trabajo, su única ambición era ampliar su cultura, que cada vez llevaba más lejos; este hombre daba un admirable ejemplo de aplicación intelectual.

Entre sus papeles se encuentran manuscritos que se publicarán algún día, pues esta actividad intelectual no puede agotarse en el diletantismo sin dejar huellas.

Blot era un apasionado de los estudios astronómicos, algo curioso cuando se sabe que en Haití no existía monumento público, ni establecimiento destinado a la observación de estos fenómenos. Pero, amigo de algunos extranjeros, que se deleitaban con su compañía, aprovechaba estas relaciones para resolver pequeños instrumentos que le sirvieran en sus observaciones elementales. Su gabinete de trabajo tenía diversos modelos de instrumentos, con modestas dimensiones, como teodolitos, globos celestes móviles y mapas astronómicos de diferentes sistemáticas. Junto a otras muchas curiosidades que coleccionaba con esmero, estos objetos formaban un pequeño museo donde no cabía el aburrimiento. Guardo el recuerdo de mi sensación de felicidad cuando entraba a aquel santuario del estudio. Me fueron muy provechosas las conversaciones modestas y eruditas del difunto Blot. En los últimos tiempos no mostraba el mismo entusiasmo por la ciencia ni por nada. Las penas invadieron su corazón y ensombreció su espíritu,

pero bastaba arrastrarlo al terreno que amaba para que reviera todo su ardor intelectual.

El nombre de este hombre de bien y de trabajo no desapareció con él. Dejó hijos que se esforzaron por mantener y aumentar su prestigio. Cuando los hijos no son mejores que sus padres no existen progresos. La inteligencia no les falta a ninguno. Saint-Cap Blot incursiona en la política y ama la vida de la tribuna donde se ha destacado mucho; Saint-Firmin Blot ocupa una cátedra en el liceo de su ciudad; Saint-Amand Blot escogió el periodismo en el que sus primeros pasos legitiman la esperanza. Solo tienen que perseverar en sus objetivos.

En esta primera generación de negros hay que citar el nombre de Hippolyte Gelin, hombre de gran valor positivo, con tantas distinciones como inteligencia. Fue educado en Francia con Granville, Telemaque y otros haitianos destacados que fueron enviados a Europa durante el dominio francés a fin de recibir una educación esmerada y una instrucción sólida. Este ensayo, debido a la inspiración generosa de 1793, fue un éxito. Hippolyte Gelin era una mente iluminada pero calmada y llena de buen sentido. Toda su persona inspiraba ese respeto y esa deferencia involuntaria que se siente siempre ante una naturaleza de élite que une la dignidad a la calma y la serenidad de las maneras. Este es un rasgo familiar que pasó a todos sus hijos.

El general Prophete, sin la instrucción de estos ilustres, tenía un carácter bien estructurado, una mente aguda y figuró en los mejores círculos sin parecer inferior a quienes lo rodeaban. Recibió en su primera juventud una cultura elemental, la que le daban a sus hijos la mayoría de las familias haitianas de entonces, pero él tuvo el suficiente amor propio para no estancarse. Así, se esforzó a diario por aumentar sus conocimientos. Exiliado en Francia, después de haber sido ministro en su país, se apasionó por todo lo bello y grande de la civilización. Este hombre que vivió cincuenta y tantos años sin pensar que existían las universidades asistió con asiduidad a las conferencias y cursos públicos, para aprovechar todo lo que podía servir a su cultura.

Conocí intimamente al general Prophete en 1875. Me sorprendió ver que llevaba siempre nuestras conversaciones al campo

de la crítica literaria, que esbozaba con trabajo pero con mucha insistencia. Le expresé mi asombro y fue entonces cuando me contó que cuando estaba en París asistía regularmente a las lecciones de colegio de Francia.

Puede ser que cite estos pequeños hechos con cierta complacencia, pero es que revelan una verdad constante y positiva: la sed del saber y el gusto por la instrucción que caracteriza al negro. El general Prophete se expresaba con dificultad pero escribía bastante bien y en realidad no tenía una gran inteligencia; sin embargo, todo me hace pensar que si en su primera juventud hubiera estudiado como es debido, fuera sido una de las más brillantes inteligencias, pues tenía las mejores disposiciones naturales. Al escribir estas últimas palabras recuerdo que gustaba citar estos versos de La Fontaine:

Travaillez, preñez de la peine,

C'est le fonds qui manque le moins.

Trabajen, esfuércense,

Lo que no falta es la base.

Llevaba a la práctica el esfuerzo en el trabajo, tal como expresaba La Fontaine en este verso. En la época de la que hablo, acababa de ser nombrado comisario del gobierno de Haití para la delimitación de las fronteras dominicano-haitianas. Lo vi ex-tenuado cuando hojeaba a Vattel, Martens, Calvo y Garden, con un ardor que aumentaba de forma proporcional a las dificultades que encontraba. En todo momento disertaba y discutía acerca de los diferentes puntos de su misión y lo hizo tan bien que al final se puso al corriente de lo que debía hacer, desde el punto de vista práctico, con armas para objetar y para la defensa de los intereses que debía proteger.

2. LOS ACTORES DE LA INDEPENDENCIA DE HAITÍ

¿Por qué esperé hasta 1840 para señalar la evolución progresiva que comenzó a operarse en la raza negra de África transportada a América? ¿Acaso los méritos del hombre consisten solo en

dar pruebas de una gran cultura intelectual sin que cuenten las virtudes morales como la valentía, la voluntad, la constancia en la lucha, todas esas fuerzas que hacen a las personas seres superiores? Por supuesto que no. Incluso si descendemos a las barracas de la esclavitud, podríamos encontrar las huellas de esa evolución, que se afirmó con rapidez en el temperamento del africano, en otro clima menos perjudicial.

Ante todo se operó la evolución física. «Los negritos nacidos en nuestra colonia, que tienen la misma educación y los mismos alimentos que en África —dice Moreau de Saint-Méry—, tienen por lo general la nariz menos achatada, los labios menos gruesos y los rasgos más regulares que los negros africanos. La nariz se afina, los rasgos se suavizan y se debilita el tinte amarillento de los ojos a medida que las generaciones se alejan de su fuente primitiva y se produce una transformación más sensible. He visto negros con una nariz aguilena y larga, y estos rasgos se transfieren a todos los individuos de la misma familia».

Este asombroso cambio provoca que en la actualidad no se pueda reconocer a un negro haitiano en el cuadro fantástico que se pinta del negro de nariz achatada y rostro prognato, tal como ya fue tratado en esta obra cuando se estudiaron las razas humanas, desde el punto de vista de la belleza. Pero esto no se operó solo en la fisonomía del hombre negro. Todo su ser recibió una vida nueva, resistente y de admirable fuerza, cuando se piensa en la prueba a que fue sometido, sin perder la elasticidad que es su resorte particular. La naturaleza fue más fuerte que los hombres. A pesar de todas las precauciones del amo, siempre alerta para impedir que el aliento divino de la libertad no encontrara en la cabeza del negro un rayo de inteligencia, único recurso que nos permite triunfar sobre la fuerza, el milagro se produjo en el momento menos esperado. En el movimiento mágico que ofreció al mundo la Revolución Francesa, pronto se vio a los sometidos africanos transformarse en héroes y levantar la cabeza hacia la luz.

Otros trazaron en grandes líneas los hechos gloriosos con los cuales nuestros padres mostraron al universo su coraje y heroica resolución, al borrar para siempre de la tierra de Haití los

últimos vestigios de la esclavitud. Para modelar la libertad con caracteres indelebiles, encontraron en sus corazones las sublimes inspiraciones que transmiten a la mente humana las grandes acciones. Es inútil recordar esas escenas magníficas, imponentes, en las que de una masa de esclavos sometidos por la más odiosa opresión surge un ejército sólido y compacto, como las legiones de Pompeyo, compuesto por hombres infatigables, luchadores invencibles, siempre dispuestos a obtener la victoria. Nunca se había visto esto en una masa tan humillada.

La historia de la independencia de Haití, la más conmovedora y dramática que se conozca, está llena de hechos que demuestran que la raza negra ha recibido de la naturaleza las mejores aptitudes. Los hijos de África han necesitado una perspicacia y habilidad inimaginables para sacar tantos recursos de su precaria situación. Sus operaciones siempre eficaces cambiaban con las circunstancias, según las peripecias de la lucha y se adaptaban a todos los accidentes geográficos. Listos para asimilar los conocimientos, las actitudes prácticas, se les vio desplegar, tanto en batallas y combates, en el ataque y la defensa, las cualidades del mejor arte y genio militares. Sabían aprovechar las fortificaciones naturales y construían sus posiciones con habilidad.

Solo la defensa de Crête-à-Pierrot llevada a cabo por Des-salines, seguida de la retirada de Lamartinière, bastaría para inmortalizar un ejército.

La historia conservará la memoria del valiente capitán que de manera tan brillante se distinguió en los ataques a Vertières y Belair, a la entrada de la ciudad del Cabo. El bravo Capois es digno de figurar entre los más destacados jóvenes generales que recorrían Europa, en la lucha por la victoria de la bandera tricolor. Hoche, Moreau, Marceau, transformados por la influencia de las grandes ideas que proyectaba la revolución, recorrían los campos de batalla como semidioses y no se destacaba menos el héroe negro iluminado por la idea santa de la libertad. Luchaban contra un ejército instruido, disciplinado y con las mejores fortificaciones del país, demostró en sus asaltos una inteligencia, energía e intrepidez que llevaron almas orgullosas de los

adversarios a rendir homenaje a su mérito y valentía. Rochambeau, cuya crueldad y desprecio por los negros son legendarios en Haití, asombrado por el vigor y la estrategia de Capois para hacerlo salir de las alturas del Cabo, le envió felicitaciones. Pero dejemos lugar a las expresiones ardientes y de admiración del magnánimo Schoelcher.

Véamos cómo el ilustre negrófilo describe el famoso hecho de armas al que hago alusión. Capois libró tres asaltos sin poder apoderarse de las posiciones fortificadas de sus terribles adversarios. Los cadáveres de muchos de sus soldados cubrían el suelo. «Conmovido, exhorta a los sobrevivientes, los presiona y los arrastra por cuarta vez —dice Schoelcher. Un proyectil de cañón mata a su caballo y cae, pero una vez despejado el terreno de los cadáveres vuelve a ponerse al frente de los negros. «¡Adelante, adelante!», repite con entusiasmo. En ese instante su sombrero emplumado es alcanzado por la metralla. Responde a esto empuñando el sable y se lanza nuevamente al asalto. «¡Adelante, adelante!»»

»De las murallas de la ciudad partieron las aclamaciones. «¡Bravo, bravo! ¡Viva, viva!», gritaban Rochambeau y su guardia de honor que observaban el ataque. Un ruido sordo se dejó oír, se silenció el fuego de Vertières, sale un oficial de entre las paredes del Cabo, avanza a galope hasta los sorprendidos nativos y dice saludando: «El capitán general Rochambeau y el ejército francés envían su admiración al oficial general que acaba de cubrirse de tanta gloria». El feliz caballero encargado del mensaje gira, tranquiliza su caballo, vuelve al paso y se reinicia el asalto. Rochambeau, a pesar de su ferocidad, era un hombre de gran coraje. Al día siguiente, un escudero llevó al cuartel general de los nativos un caballo con ricas armaduras y arneses que ofrecía en señal de admiración el capitán general al Aquiles negro «para remplazar el que el ejército francés lamentaba haberle matado».»²

¿Puede haber mayor prueba de la igualdad de las razas ni más elocuente demostración que este homenaje del ejército fran-

cés al valor de los negros haitianos? Sin embargo, todo este despliegue de habilidad militar en la guerra, apoyado por la más conmovedora valentía, no es nada en comparación con la fuerte dosis de moral que necesitaban estos hombres para continuar esta encarnizada lucha, de la que debía salir la más gloriosa de las conquistas: la libertad y una patria.

Con frecuencia se ha elogiado a los ejércitos revolucionarios de la Francia de 1793, que sostuvieron los más grandes encuentros y obtuvieron las más brillantes victorias de las que se pueda enorgullecer una nación, privados de todo, a veces sin zapatos ni abrigos. No hay dudas de que se debe rendir tributo de admiración a esas valientes legiones del pueblo francés que buscaba una renovación social. Eran tan dignas por su valor como por su constancia. Pero qué se puede pensar de esos hombres que, también privados de todo, incluso de las armas de combate, sin arsenal ni almacenes ni ambulancias, hacían cerca de 30 kilómetros por día, sin alimentos, disputando a las zarzas los flecos de su carne, pero que encontraron en su espíritu la fuerza para perseverar en su noble empresa, resistir a las mejores tropas de Europa y expulsarlas del suelo haitiano, libre para siempre de la esclavitud. Al considerar el lado moral de su comportamiento, me parece que ante la historia y la filosofía, estos africanos crecieron por encima de todo elogio. Ningún homenaje puede igualar su magnanimidad.

Desde su aparición en la escena de la historia, los negros demostraron una admirable evolución que se manifestó primero por la valentía en sus campos de batalla y su constancia en la lucha, y que continuaría su marcha ascendente hasta nuestros días, con resultados cada vez más notables.

Christophe podría ser colocado junto a Capois por su coraje y aptitud militar, pero lo superaba en inteligencia y organización. Este hombre, esclavo poco tiempo antes, desarrolló una capacidad organizativa que asombra aún a sus congéneres. Creatividad, voluntad inquebrantable, lo reunía todo para el mandato. Dejó las huellas de su memorable reino en las ruinas grandiosas de sus palacios y sobre todo en la fortaleza de Sans-

² Víctor Schoelcher, citado por Edouard: *Le Panthéon haitien*.

3. TOUSSAINT-LOUVERTURE

Souci, levantada como un nido de águilas en las montañas más elevadas de Haití que dominan más de 30 kilómetros a la redonda. ¿Puede imaginarse un mejor punto de resistencia ante la posibilidad de una nueva invasión francesa?

Sin embargo, antes de Christophe hay que mencionar a Dessalines, analfabeto, cierto, pero con una energía y un talento militar que ningún adversario militar ha negado. Este hombre a quien fue confiada la tarea tan difícil, como gloriosa, de dirigir el movimiento revolucionario del cual surgió la independencia haitiana, condujo su obra con tacto maravilloso sin desmerecer la confianza de los suyos. Todo en él respondía a las necesidades de la situación. Allí donde la mayoría hubiera enflaquecido y dado pruebas de sentimentalismo, con un enemigo enorme, él permaneció firme e inflexible, devolviendo ofensa tras ofensa. Puede que otros vean ferocidad en él, sin considerar los crímenes atroces cometidos por sus adversarios y que transformaban los suyos en simples represalias, será dar pruebas de una parcialidad que falsea y vela la historia. Nosotros, hijos de quienes sufrieron las humillaciones y el martirio de la esclavitud, solo podemos ver en esto la primera manifestación del sentimiento de la igualdad de las razas, personificado simbólicamente en Haití, por Dessalines.

Hay que honrar la memoria de este hombre de hierro que unía a una valentía sin igual el temperamento justiciero y el heroísmo del libertador. En el culto patriótico de los haitianos, culto que todas las naciones deben a los grandes hombres que le han dado una gloria o beneficio inapreciable, su nombre debe brillar por encima de todos los de sus compañeros de gloria, pues su papel histórico fue desmesuradamente mayor por haber sido la avanzada en los momentos más críticos. Fue el primero en la pena y debe ser el primero en el honor. Pero por encima de todos, incluso de Dessalines, hay otro gran nombre, más venerable, glorioso e ilustre, que cubrió de laureles la isla de Haití. Más glorioso e ilustre aún por haber dado la prueba más elocuente y evidente de la superioridad nativa de la raza negra. Me refiero a Toussaint-Louverture.

En este negro cuya gran personalidad debe permanecer como modelo imperecedero, destinado a vivir eternamente en el recuerdo y la admiración de su raza, se encuentra el mayor ejemplo de la asombrosa y pronta evolución que experimentaron los africanos transportados a Haití. Nacido esclavo, compartió la existencia miserable de todos los hombres de su color que el destino llevó a las costas de Santo Domingo, y encontró en su alma las aspiraciones que se desarrollaron en él con tanto brío. Devorado por la sed de saber, pero desprovisto de medios; deseoso de desplegar la mayor cantidad de actividad y vigor corporal, pero con una complexión débil, se impuso una obra titánica. Se enfrentó a dos grandes empresas de las más difíciles: quiso corregir las imperfecciones de su espíritu y los vicios de su cuerpo. ¿Cómo pudo llevar a cabo esa tarea, tan delicada y trabajosa, incluso para quienes disfrutaban de libertad y que han heredado disposiciones de 20 generaciones ya transformadas en una larga cultura?

Mostraba en la ejecución de sus trabajos de esclavo una puntualidad que obligaba a los amos a tener en cuenta sus esfuerzos y al mismo tiempo se ejercitaba en la carrera y la lucha para templar sus músculos y su temperamento. Así logró transformarse por completo. En lugar del niño delicado y debilucho se convirtió en el hombre más ligero y después en el mejor formado para resistir todas las fatigas corporales y los más fuertes ejercicios.

No contento con esta fuerza física necesaria para el papel que desempeñaría a favor de su raza, y que tenía siempre presente, como lo demuestra su larga, paciente y sabia preparación, quiso además ilustrarse. Adivinó que sin las luces del espíritu, la voluntad no bastaba para conducir a buen término una obra delicada e importante. Y con 20 años empezó a aprender las primeras letras del alfabeto. En otra persona, el éxito hubiera sido imposible, pero para él fue como un juego. Un viejo negro llamado Baptiste le enseñó, e hizo tan rápidos progresos que en

poco tiempo adquirió todos los conocimientos de su maestro, mucho más aplicado que erudito. Pero no se detuvo. Todas las obras que encontraba eran una buena ocasión para su lectura. Trabajaba sin método, es cierto, pero las menores nociones se convertían en una semilla que germinaba y fructificaba. «Sus libros preferidos —dice Wendell Phillips— eran *Epictete*, *Raynal*, las *Mémoires militaires*, *Plutarque*. En los bosques aprendió a conocer ciertas plantas y se convirtió en médico de campaña».³

Tuvo más suerte que Douglass y otros esclavos, pues su amor no se opuso a sus progresos. El colono francés de Santo Domingo era además un hombre que amaba el lujo y la distinción y se sentía halagado con su esclavo Toussaint-Louverture, de quien hizo su cohero y cuyas habilidades y maneras eran motivo de legítimo orgullo para su amo.

A los 50 años nuestro héroe comenzó su carrera activa como médico, en las columnas de Jean-François y Biassou. Toda la parte septentrional de Santo Domingo era sangre y fuego. Los negros, que por doquier respondían al grito de la insurrección, se levantaron decididos a desaparecer con la isla antes que continuar viviendo bajo el yugo ignominioso de la esclavitud. Lo quemaban todo. Terrible, pero necesaria devastación. Comprendieron que el amor de los colonos no era por una tierra de lugares pintorescos y encantadores para los ojos y el alma, sino por las inmensas riquezas, mansiones, plantaciones y todo el lujo mantenido debido al sudor y las torturas de la esclavitud. Todos aquellos cuya crueldad y brutalidad provocaron en el corazón del negro el odio y la sed de venganza tuvieron que huir espantados de aquellos lugares donde vivían con su orgullosa pereza. Los que caminaban sobre alfombras acolchonadas y que solo bebían en copas de oro, gracias a la sangre y a las lágrimas del flagelado africano, fueron sorprendidos en pleno sueño por la llama siniestra, y corrieron desnudos y desesperados en busca de una embarcación, felices de poder encontrar una escudilla

que les evitara beber con sus manos. El rojo horizonte despedía destellos infernales. Horrible fue la inhumanidad de los amos y también la venganza de los esclavos.

Feliz mil veces podía sentirse aquel cuya conducta no quebró en el hombre negro la última fibra del corazón. Este fue el caso de Baillon de Libertas, antiguo amo de Toussaint-Louverture. Cuando sonó la hora y se unió a los suyos para cooperar en la obra santa de la libertad no quiso hacer nada sin liquidar una deuda de gratitud. «Antes de partir hizo embarcar a su ama y ama en un navío cargado con azúcar y café, y los envió a Baltimore».⁴ Digna acción, tan destacada del gran capitán, pero que no fue algo aislado entre los negros, entre quienes el agradecimiento era una virtud especial.

Una vez en el camino en el que recogería tantos laureles para el honor de su raza y causa, supo desplegar una aptitud especial y aprovechar todos los acontecimientos que acrecentaban su prestigio. Otro menos hábil, menos inteligente, se creería superior y reclamaria el primer puesto entre esos hombres que no lo valían; sin embargo, se empujó en su papel de médico y amplió poco a poco su influencia, y llegó a ser la voz más escuchada. Así, ninguna decisión importante se adoptaba si él no participaba.

No estamos haciendo historia. Es inútil referir todos los hechos que demuestran a un Toussaint-Louverture como la mente más lúcida en un ser humano. Otros se entregaron a esta tarea con un talento sin igual. Se convirtió en el primero de los negros por su virtud, su inteligencia, su talento y valentía, creció a me-

⁴ Wendell Phillips: *ob. cit.*

⁵ Muchas obras han sido escritas sobre Toussaint-Louverture, además de las historias de Haití en las que su nombre desempeña un gran papel. Debemos citar la *Vie de Toussaint-Louverture* de Saint-Remy y la conferencia acerca de Toussaint Louverture de Pierre Lafitte; pero sobre todo es en la obra de Gragnon Lacoste: *Toussaint-Louverture* que se debe estudiar esta gran figura que sobresalió como ninguno de sus émulos. En esta ocasión expresamos a Gragnon-Lacoste nuestra gratitud y admiración que también le deben todos los hombres de la raza negra.

³ Wendell Phillips: *Discours sur Toussaint-Louverture*, traducido por el doctor Betancés.

dida que su carrera se desarrollaba en importancia y grandeza, que resultaba muy difícil imaginarse su modesta extracción.

Sin embargo, tuvo que luchar contra todo tipo de situaciones. Entre los suyos, sintió la envidia y el despecho. El general Rigaud, hombre de color, se sentía furioso pues tenía que obedecer al antiguo esclavo, que llegó a ocupar el más alto grado del ejército de Santo Domingo después de una serie de asombrosas acciones. Se sintió engañado por la doblez de Hedouville, quien inició contra Toussaint-Louverture una rebelión que hizo correr la sangre de miles de hermanos en una guerra insensata. Fue una acción lamentable. Después que venció a Rigaud el país volvió al orden; pero el recuerdo de estos acontecimientos permaneció latente durante 80 años y no han podido borrarse de la mente de muchas personas.

La lucha no fue menos presionante ni difícil contra los europeos. Desplegó en el terreno de la diplomacia un tacto y habilidad innegables y tuvo el talento de reducir a la impotencia a todos los que, aterrados por su prestigio, trataban de disminuir su ascendencia y autoridad en el ejército y en el pueblo. Hombrés como Sonthonax y Polverel, y otros comisarios franceses, fueron enviados a Santo Domingo. La mayoría había dado pruebas de gran capacidad entre los más eminentes de sus compatriotas, en la época de esa revolución inmortal con la que Francia, *magna virum*, parecía destilar su más rica savia; pero una vez llegados a Haití con las instrucciones confesadas o enmascaradas de debilitar los poderes de Toussaint-Louverture, mediante un control meticuloso y hábiles maniobras, fueron vencidos por completo. En lugar de disminuir su autoridad se vieron obligados a servir de instrumentos a los designios de este negro en cuya frente brillaba el genio.

Algunos de los que desembarcaron en Santo Domingo con sentimientos hostiles hacia él, partieron de la isla fascinados y transformados en entusiastas admiradores de sus cualidades. Triunfaba en todo porque tenía una inteligencia superior, una extraordinaria comprensión de los hombres y los hechos, facultad que es el secreto del éxito en los grandes problemas. Su prestigio creció tanto que, no había en Santo Domingo un fran-

cés, negro, amarillo o blanco, capaz de resistirse a su gran personalidad. Su más bello triunfo moral fue la retirada del general Laveaux, gobernador de la isla, quien al sentirse anulado, le cedió el mando de la colonia para retirarse a Francia, feliz por haber contado siempre con su amistad y apoyo.

Asombrosa historia la de este negro surgido de la esclavitud con todo el linaje de un gran hombre de Estado. «La naturaleza había hecho de este hombre —dice Wendell Phillips— un Metternich, un diplomático consumado».

A estas cualidades de hábil político unía el sentido profundo del hombre destinado a gobernar a sus semejantes. Se destacaba por aplicar inteligentemente los preceptos de las instituciones que mejor se adaptaban a las condiciones sociales. Comprendió que sus hermanos, apenas salidos de la esclavitud, sin esa luz superior que indica al hombre sus principales deberes, se anularían los efectos saludables de la libertad si llevaban una vida licenciosa e inestable. Por lo tanto, creó instituciones destinadas a servir de transición entre el antiguo estatus de esclavos y el de ciudadanos llamados a controlar las funciones del Estado, perfectamente libres para dirigir sus propias actividades. Y es que, como todos los grandes fundadores de naciones, sentía que algunas conquistas sociales eran lentas y se necesitaban transformaciones indispensables. Esta no fue la menor de sus glorias. Con mano firme orientó hacia el trabajo a estos hombres que acababan de conquistar su libertad en las tierras donde tanto sufrieron. De otra manera, ¿su primer impulso no sería que abandonaran los campos que con tanta amargura les recordaban el látigo del capataz? Era necesario que una inteligencia superior, una voluntad fuerte los mantuviera allí. En esta tarea no falló el genio de Toussaint-Louverture.

Algunos escritores tal vez sinceros, pero sin el suficiente conocimiento de las reglas de la crítica histórica, han criminalizado al jefe negro y llamaron a su régimen tiránico. Por otra parte, políticos de corta vista se valieron de su prestigioso nombre para justificar el más injustificable despotismo. Pero, tanto a unos como a otros, hay que recordarles que un hombre de Estado solo es grande y apreciado porque su amplia concepción le per-

mite aplicar en cada situación la medida que más conviene para el bienestar y desarrollo moral de la comunidad que dirige. Es esta verdad, de la más alta filosofía política, que el ilustre Gambetta tradujo en la célebre fórmula del oportunismo.

Si Toussaint-Louverture viviera en nuestra época, con su gran inteligencia, su tacto, su perspectiva de regenerador social, sus acciones tenderían más bien a desarrollar en su raza ese espíritu de libertad razonada y de legalidad inflexible que constituye la necesidad actual de la evolución moral de los negros en Haití. Habría comprendido que después de constituirse como nación independiente, fuera necesario que la raza de la que era una noble e incomparable parte diera muestras de la moral más elevada y de la más amplia inteligencia. Ahora bien, para facilitar esta última evolución, tan delicada y difícil en la especie humana, era indispensable favorecer el desarrollo de las personalidades firmes y prominentes, usual en personalidades bien templadas. Esto no se logra por completo sin dignidad y libertad. Las grandes almas, como las flores delicadamente abiertas, se marchitan al contacto brutal del despotismo. No, Toussaint-Louverture no trató nunca de rebajar la moral de los suyos en aras de una satisfacción efímera y vana de brillar, aislado, en el silencio de servilismo.

Todos los lineamientos de su política demostraban la particular sagacidad de los hombres de élite, que espontáneamente conciben las ideas justas y racionales, sin esperar especulaciones filosóficas. Así, en la constitución que hizo elaborar en 1800 —cuyo solo proyecto ya era de gran audacia y que tendía el primer puente hacia la independencia de la isla—, concibió los principios más elevados, ausentes en las instituciones de las grandes potencias de la Europa civilizada, para que fueran reconocidos y consagrados como las prescripciones del derecho positivo.

Si abandonamos el terreno de la legislación, la diplomacia y la administración para seguir a Toussaint-Louverture a los campos de batalla, lo veremos siempre superior a todos los demás. Tenía todas las cualidades de un gran jefe: actividad extraordinaria, asombrosa sangre fría, concepción activa de los planes de guerra, firmeza de ejecución, valentía, intrepidez caballe-

resca, unida a una prudencia razonada. Nunca emprendió una campaña sin lograr el objetivo deseado; sabía dirigir de forma tal que siempre obtenía la victoria. Citemos mejor a Wendell Phillips, ese norteamericano ilustre, digno amigo de Lincoln, pero sobre todo amigo de la verdad, el derecho y la justicia:

«¿Qué hizo Toussaint? Rechazó al español en su territorio, donde lo atacó, lo venció e hizo ondear el pabellón francés en todas las fortalezas españolas de Santo Domingo. Quizás por primera vez, la isla obedeció a una sola ley. Volvió a poner al mulato bajo el yugo. Atacó Maitland, lo derrotó en la batalla y le permitió retirarse hacia Jamaica, y cuando el ejército francés se levantó contra Laveaux, su general, fue encadenado, y Toussaint reprimió el levantamiento, sacó a Laveaux de la prisión y lo puso al frente de sus propias tropas. Agradecido, el francés lo nombró general en jefe. “Este hombre hace la abertura [*ouverture*] por todas partes” —expresó alguien—. De ahí el nombre de L'Ouverture que le dieron los soldados».

Después de admitir el razonamiento que condujo a Macaulay a declarar que Cromwell era superior a Napoleón como genio militar, comparando su educación y los medios de que cada uno disponía, el gran orador norteamericano estableció el siguiente paralelo entre Cromwell y Toussaint-Louverture:

«Cromwell nunca había visto un ejército antes de los 40 años; Toussaint no había visto un soldado antes de los 50; Cromwell creó su propio ejército con ingleses, la mejor sangre de Europa, y con las clases medias de Inglaterra, la mejor sangre de la isla. ¿Y a quién venció con ellos? A los ingleses, sus iguales. Toussaint creó su ejército con lo que ustedes llaman la raza abyecta y despreciable de los negros, envilecida por dos siglos de esclavitud. De ellos, 100 000 fueron traídos a la isla desde los 4 años y hablaban distintos dialectos, sin entenderse a derechas. Sin embargo, con esta masa informe y desdenada, como usted dice, Toussaint forjó el rayo y lo descargó sobre la raza más orgullosa de Europa: los españoles, y los hizo volver a casa, humildes y sumisos. Sobre la raza más guerrera de Europa, los franceses, los aniquiló a sus pies. Sobre la raza más audaz de

Europa, los ingleses, los envió al mar, hacia Jamaica. Y lo digo: si Cromwell fue un gran capitán, este hombre fue al menos un buen soldado.

»El territorio en que tuvieron lugar estos acontecimientos era estrecho, lo sé. No era tan vasto como el continente, pero si tan extendido como el Ática que, con Atenas como capital, llenó la tierra de su fama durante 2 000 años. Midamos el genio no por la cantidad, sino por la calidad».⁶

Cuando una raza ha producido una talentosa individualidad como fue Toussaint-Louverture, es imposible admitir que es inferior a las demás, sin demostrar una ceguera o ausencia de lógica inconcebibles. Sin embargo, para apreciar la grandeza de este hombre, cuyas acciones memorables han despertado la admiración de aquellos mismos que combatió, hay que recordar las condiciones en que se desarrollaron su talento e inteligencia.

Privado de todos los medios disponibles a los europeos cuando son movidos por nobles aspiraciones de gloria y fama, este hijo de África tuvo que sacarlo todo de sí mismo. Había en él un tejido tan rico y tales habilidades que no pudo ser igualado, aunque la escasez de recursos parecía condenarlo a la impotencia. Mientras más estudiamos a este hombre, más crece nuestra admiración. Hay hombres históricos que disminuyen su papel con los años; con frecuencia, los primeros destellos que conducen a la inmortalidad los han obtenido por un partido que glorifica en ellos tendencias, inclinaciones políticas o religiosas. Pero el jefe negro brillaba por sí mismo; y cuando en un siglo la raza negra haya evolucionado por completo desde el punto de vista intelectual, brillará él aún más en el panteón de la historia, como los hombres inmortalizados por la posteridad, cuyos destellos son como los de las constelaciones en el firmamento de la humanidad.

Pero volvamos a Wendell Phillips:

«Y ahora, sajón de ojos azules, orgulloso de tu raza, vuelve conmigo sobre tus pasos hacia el comienzo del siglo y escoge el

pueblo que te guste. Tómallo en América o en Europa. Busca un hombre inteligente, formado por los estudios cada vez más elevados de 6 generaciones. Retíralo de las escuelas modeladas según las reglas del estudio universitario. Añade a sus cualidades una educación dirigida a la vida práctica. Deposita en su frente la corona argentada del septuagenario y entonces muéstrame al hombre de raza sajona para quien su más ardiente admirador ha tejido laureles tan gloriosos, como los más implacables enemigos de ese negro se vieron obligados a ceñirle en la cabeza. Rara habilidad militar, profundo conocimiento del corazón humano, firmeza para borrar las distinciones de los partidos y confiar la patria a la voluntad de sus hijos. Todo eso le resultaba familiar. Antecedió en 50 años a Robert Peel; ocupó un lugar junto a Roger Williams antes que ningún inglés o americano conquistara ese derecho, y eso está escrito en la historia de los estados que fueron los rivales del que fundó el negro inspirado de Santo Domingo».

Estas elocuentes y sabias palabras, expresadas con ardiente, persuasiva y emotiva convicción por un hombre, como el eminente norteamericano que fue uno de los más iluminados de los Estados Unidos, son el más brillante elogio que pueda hacerse no solo a Toussaint-Louverture, sino a toda la raza negra. Ellas solas la salvarían de la tonta acusación de inferioridad que se le ha querido infligir. Sin embargo, Wendell Phillips, hombre de inflexible lógica e incapaz de dejarse dominar por los vulgares prejuicios, fue hasta el extremo con esta manifestación de la verdad, por encima de las convenciones mezquinas, por el orgullo de raza, en fin, que un patriotismo estrecho quiso falsear el veredicto de la historia. Su voz fue tan elevada como la de la conciencia universal. Arrastrado por la admiración entusiasta que difícilmente resisten las almas generosas siempre que se encuentran ante un raro genio, puso a Toussaint-Louverture en el lugar en que los futuros siglos, cada vez más iluminados, lo tendrán para siempre. No hay dudas de que el gran orador se apasionó cuando retrocedió a solo 50 años de la época en que

⁶ Wendell Phillips: ob. cit., pp. 37-40.

hablaba, con el propósito de hacer justicia a favor del general negro; pero aunque hay que duplicar o triplicar el plazo, es inevitable que su predicción se realice.

Dejémoslo hablar:

«Esta noche me tomarán sin dudas por un fanático porque leen la historia más con los prejuicios que con los ojos, pero en 50 años, cuando la verdad se haga oír, el Museo de Historia escogerá a Foción para los griegos, a Brutus para los romanos, a Hampden para Inglaterra, a Lafayette para Francia; a Washington como la flor más pura de nuestra generación naciente y a John Brown como el fruto perfecto de nuestra madurez; y entonces, hundiendo su pluma en los rayos del sol, escribirá en el cielo claro y azul, por encima de todos ellos, el nombre del soldado, del político, del mártir Toussaint-Louverture».

Después de un cuarto de siglo, me parece oír aún larga ovación. Aún resuenan en mi corazón y reconvientan mi fe en el futuro de mi raza, de la raza negra cuya gloria es haber producido semejante hombre donde tantas otras solo ofrecieron una bestia con rostro humano. Sí, emocionado hasta las lágrimas, siento la necesidad de inclinarme y saludar a este gran y noble Toussaint-Louverture, marcado por la historia con la huella del genio y la inmortalidad. Cuando todas las universidades europeas se reúnan para apoyar la teoría de la desigualdad de las razas, la inferioridad congénita y especial del negro, solo tendré que volver la cabeza. Por todo argumento buscaré en el cielo azul y claro, a través de los rayos del sol, el nombre que el Museo de Historia ha cincelado, según las poéticas expresiones de Wendell Phillips, y les pondré el ejemplo de este soldado ilustre. Y será suficiente.

Los hechos hablarán siempre más alto que todas las teorías. ¿Y qué enseñan? Nos han mostrado ese negro abandonado a sí mismo, curvado bajo el yugo de la esclavitud, solo con los recursos de sus cualidades congénitas, ¿no lo vimos acaso luchar con inteligencia y energía contra todos los elementos, hombres y cosas; superar las imperfecciones de su propia constitución, corrigiéndolas para su ventaja; por fin triunfar sobre el antago-

nismo de los europeos, formados por la mejor educación universitaria, demostrando que él era superior?

Fuera de la isla de Haití podrían encontrarse otros muchos negros ilustres que, por su notable personalidad, contradicen de forma elocuente la desigualdad de las razas. En los Estados Unidos o en Liberia, o en muchas pequeñas repúblicas de América meridional o central, hay negros cuya brillante inteligencia es un signo de la igualdad que la naturaleza puso en la frente de todas las razas humanas. Incluso en el interior de África surgen a veces poderosas personalidades, dignas de disputar la palma a todos los individuos de la raza caucásica, desde el punto de vista intelectual, si consideramos la diferencia de medios y educación.

Hay más de un ejemplo que demuestra que dondequiera que los negros hayan constituido una sociedad, por elemental que sea su organización política y religiosa, manifiestan el germen de todas las grandes cualidades que, para aumentar y extenderse, solo esperan una transformación feliz. Sin embargo, después de Toussaint-Louverture, todas las demás son insignificantes y se eclipsan por el destello que él proyectó. Mantengamos al primero de los negros el título que escogió por bello y expresivo. Su gloria pertenece a toda la humanidad negra, que enorgullece y ennoblece a todos sus descendientes, a quienes demostró tan ampliamente sus maravillosas aptitudes.

Todos los hechos citados nos permiten afirmar que cuando se estudia de manera imparcial la rapidez de la evolución de la raza negra resulta imposible no admirar su espontaneidad en realizar todas las conquistas intelectuales y morales. Si recurrimos siempre —para la interpretación de los fenómenos históricos— a la teoría de la evolución, verdadera en la sociología y en la biología, se permite sostener de la forma más categórica que esta raza es igual a todas las demás, y que también es la más resistente a las influencias negativas. ¿No es acaso suficiente para expulsar de las mentes incrédulas o atrasadas la extraña pretensión por la cual una multitud de hombres, ignorantes o eruditos, están convencidos de que su piel, más o menos blanca, su cabello más o menos liso, son la marca indiscutible de su supe-

rioridad congénita sobre aquellos a quienes la naturaleza les dio un color más oscuro y cabellos crespos? ¿Qué otra prueba es necesaria para hacer más verídico el principio de la igualdad de las razas humanas si comparamos el estado inicial y el desarrollo sociológico de cada una, sin significado filosófico y científico alguno? Creo que la demostración así hecha de la verdad que defiende no sufre objeción alguna.

De esta forma, la doctrina de la desigualdad de las razas humanas, con la oposición hasta este punto de la ciencia y la historia, ha sido rechazada con rapidez por todas las inteligencias sanas. A los errores que provienen de una falsa justicia hay que añadir los que se perpetúan por motivos absolutamente ajenos a la ciencia y a la lógica, pero cuya influencia práctica es real en mantener el más tonto y ridículo de los prejuicios.

Es algo digno de estudio.

CAPÍTULO XVI

LA SOLIDARIDAD EUROPEA

No hay quien desconozca, no, cómo la idea de raza completa la idea de patria.

EMILIO CASTELLAR

1. INFLUENCIA DE LA UNIDAD CAUCÁSICA EN LA TEORÍA DE LA DESIGUALDAD DE LAS RAZAS

Es cierto que la civilización, al perfeccionarse, desarrolla en los hombres un sentimiento de solidaridad cada vez mayor. Puntos alejados unos de otros por distancias considerables simpatizan con extraordinaria facilidad de una forma que no se veía entre personas de provincias de una misma nación. Este sentimiento no existe cuando, al estar bajo la misma bandera sin que nos inspiren las iguales ideas, emociones, placeres o sufrimientos que constituyen el sentimiento patriótico y forman el entramado social. El altruismo es una prueba evidente del mejoramiento moral de los hombres civilizados y no se encuentra con facilidad en las acciones individuales o colectivas de la humanidad. Hay antinomias por doquier.

Con la idea de patria también se desarrolla, cada vez más, en la especie humana, un gran egoísmo, trascendente, cuyo efecto es desear, buscar para la comunidad política todo lo que resulta insensato para sí mismo. Con tal de que se trate de un objetivo patriótico a alcanzar, parece que todos los medios se vuelven legítimos; todas las acciones son justificables. Escipión el Africano

desarrolla la larga evolución de la humanidad desde hace cientos de siglos. Es lamentable que no hayan pensado en eso. El exceso de orgullo y la presunción precoz de una ciencia aún imperfecta por admirable que sea, han conducido a unos y a otros a hacerse eco de las opiniones vulgares de quienes sufren de forma inconsciente la influencia. Para no alinearse con la verdad, preferirán decir que los negros no tienen historia social y por consiguiente, nunca han influido en la evolución de la humanidad. Pero esa verdad que se niega en el siglo XIX se difundirá radiante en el siglo XX. Aunque no sea universalmente reconocida, esperará sin precipitación porque es paciente y eterna.

Sin embargo, hay que ver la realidad desde ahora. La raza negra, que ha sido declarada inferior de manera sistemática y de una nulidad patente y radical —tanto desde el punto de vista moral como intelectual—, ha desempeñado un papel señalado y decisivo en el destino de la especie humana, pues esta raza comenzó la evolución civilizadora y social. En una palabra, los negros, como todas las razas humanas y mucho más que la mayoría, tienen una historia llena de peripecias, es cierto, pero que ha influido de forma positiva, como influye aún hoy, en el avance de la humanidad. Y eso no es difícil de probar.

CAPÍTULO XVII

PAPEL DE LA RAZA NEGRA EN LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN

Y el genio me indicaba con el dedo los objetos: «Esas elevaciones —me dice— que ves en el árido y largo valle que bordea el Nilo son los esqueletos de las ciudades opulentas de las que se enorgullecía la antigua Etiopía; ahí tienes a esta Tebas de cien palacios, primera metrópolis de las ciencias y las artes, misteriosa cuna de tantas opiniones que rigen aún a los pueblos sin que lo sepan».

VOLNEY

1. ETIOPIA, EGIPTO Y HAITÍ

Para responder a quienes integran a la raza etíopica su participación activa en el desarrollo histórico de nuestra especie, ¿no basta con citar la existencia de los antiguos egipcios? Se ha sostenido la curiosa tesis de la inferioridad de los pueblos negros por una falsa ciencia complaciente y culpable, que ha mantenido la opinión de que los retos eran de raza blanca, pero en la actualidad la crítica histórica, en su más elaborado desarrollo, permite que las mentes perspicaces y sinceras restablezcan la verdad en este aspecto de importancia capital, ¿es posible cerrar los ojos y continuar la propagación de la misma teoría? Nada más incómodo para los partidarios de la desigualdad de las razas humanas. Una vez que los antiguos ribereños del Nilo fueron reconocidos de raza negra, como me he esforzado por establecer, veamos todo lo que la humanidad les debe.

No es necesario hacer una larga enumeración. En las conquistas realizadas en nuestro globo, nadie que haya estudiado la arqueología y las antigüedades egipcias ignora la iniciativa de

este pueblo industrioso en todo tipo de trabajos. Las variadas elaboraciones manuales, que resultaron de gran utilidad en el desarrollo de las sociedades humanas, han sido por lo general creadas en Egipto o Etiopía, donde se descubrieron las huellas de estos oficios y profesiones.

El genio de las construcciones jamás ocupó un lugar más cioso, ni se lograron efectos tan magníficos en el arte, con medios tan elementales. Los monumentos egipcios parecen desafiar el tiempo e inmortalizar el recuerdo de estas poblaciones negras, que se destacaron por sus concepciones artísticas. Allí la imaginación creó lo que hay de espléndido y grandioso en el mundo. Está bien establecido que ninguna escuela escultórica o arquitectónica igualará la habilidad del antiguo canon egipcio, cuyas proporciones gigantescas y la pureza de las líneas desafían toda imitación. Bajo el cielo claro de Ática se encontraron formas delicadas y puras en las cuales lo acabado de la ejecución provoca en el alma una dulce impresión de serenidad, pero no es esa grandeza majestuosa la que aplasta el espíritu, que inspira al mismo tiempo un sentimiento de orgullo ante la contemplación de esas masas colosales que la voluntad humana ha plegado a su antojo.

En el desarrollo intelectual de la humanidad no existen dudas de que debemos a Egipto todos los rudimentos que contribuyeron a la edificación de la ciencia moderna. Lo único que se podría creer ajeno a esta civilización es la evolución moral que los pueblos occidentales iniciaron con la filosofía griega y han continuado hasta nuestros días, con crisis más o menos prolongadas y perturbadoras. Pero mientras más descubrimos el sentido de estos viejos jeroglíficos, conservados por la solidez del papiro egipcio o cincelados sobre columnas y bajorrelieves antiguos, más nos convencemos del gran desarrollo moral al que llegaron las poblaciones del Nilo en la época de los faraones. Esta misma moral humana, sobria de metafísica y de ideas sobrenaturales, independiente de toda superstición religiosa se encuentra en forma rudimentaria en todos los pueblos negros del África sudanesa hasta la invasión de la gran corriente islámica, cuyo fanatismo es una característica esencial y permanente.

Los griegos, que fueron los educadores de toda Europa debido a la influencia romana, debieron adoptar de Egipto los principios más prácticos de su filosofía, así como tomaron todas las ciencias que cultivaron y desarrollaron después, con maravillosa inteligencia. ¿Puede esto ser cuestionado cuando se sabe que todos sus grandes filósofos, los principales jefes de escuela, que podrían ser los maestros del pensamiento helénico, desde Tales hasta Platón, bebieron de las fuentes egipcias y todos viajaron a la patria de Sesostris antes de comenzar la propagación de su doctrina? No insistiré en la influencia del budismo o en la manifestación del pensamiento de los negros indios en la filosofía de todo el oriente. La tesis histórica de la importancia de los negros en el mundo hindú, no solo ambigua, como la del origen de los antiguos egipcios, sino que además la corriente de civilización que salió de oriente no influyó de manera directa en el desarrollo de las razas occidentales. Cualquiera que haya sido la pretensión del mito ario, en la época en que Europa mostraba mucho entusiasmo con esto, ningún erudito podía probar semejante influencia. Bastaría con recordar el poco éxito de las doctrinas gnósticas en los occidentales, en los primeros siglos del cristianismo.

Pero aparte de la antigua raza etiópico-egipcia, ¿no puede presentarse una nación negra, grande o pequeña, que por sus acciones influyeran de manera directa en la evolución social de los pueblos civilizados de Europa y América?

Sin pretender un excesivo patriotismo, debo volver una vez más sobre la raza negra de Haití. Es interesante observar en qué medida este pequeño pueblo, de hijos de africanos, influyó en la historia general del mundo desde su independencia. Apenas 10 años después de 1804, Haití desempeñó un gran papel en la historia moderna. Quizás las mentes de poco alcance no sientan toda la importancia de su acción, pues se quedan en la superficie, y no profundizan en los hechos para entender su concatenación todo. Ahora bien, ¿qué pensador no sabe cómo las pequeñas causas, o las que parecen serlo, llevan a grandes efectos en la sucesión de los eventos políticos e internacionales, en los que se desarrolla el destino de las na-

ciones y de las instituciones que las rigen. Una palabra eloquente, una acción generosa y noble, ¿con frecuencia no son más importantes para la existencia de los pueblos que la derrota o la victoria en las más grandes batallas? Es desde este punto de vista moral que debe juzgarse la gran influencia que ejerció el comportamiento del pueblo haitiano en los acontecimientos que consideraremos.

El ilustre Bolívar, libertador y fundador de cinco repúblicas de América del Sur, fracasó en la gran obra emprendida en 1811, después de Miranda, para sacudir el dominio español e independizar inmensos territorios de los cuales se enorgullecía la corona católica. Se dirigió a Jamaica, sin recursos, donde en vano imploró el apoyo de Inglaterra, representada por el gobernador de la isla. Desesperado, casi sin medios materiales, se dirigió a Haití para solicitar la generosidad y el apoyo de la república negra con el objetivo de solicitarla para retomar la obra de la libertad que había intentado con gran vigor, pero que fracasó. Nunca ha habido un momento más solemne para un hombre y este hombre representaba el destino de toda la América del Sur. ¿Podía esperar el éxito? Cuando el inglés, muy interesado en ver la ruina de la potencia colonial española, se mostró indiferente, ¿podía pensar en una nación que surgía tan débil, con un territorio microscópico, preocupada aún por su independencia, reconocida de manera insuficiente, se arriesgaría en una aventura tan peligrosa como la que le proponía? Tal vez llegó con la duda, pero Petion, quien gobernaba la parte occidental de la isla, lo acogió con benevolencia.

Se adoptaron las precauciones que dictaba la prudencia en ese momento tan delicado de nuestra existencia nacional; el gobierno de Puerto Príncipe puso a disposición del héroe de Boyacá y Carabobo todo lo que necesitaba. Y Bolívar lo necesitaba todo. Se le dio de manera generosa hombres, armas y dinero. Como Petion no quería actuar de forma ostensible por temor a comprometerse con el gobierno español, se convino que los hombres se embarcarían de manera furtiva, como voluntarios, y que nunca se haría mención a Haití en ningún acto oficial de Venezuela.

Bolívar partió, provisto con estos recursos, confiado en su genio y gran coraje. Las aspiraciones de sus compatriotas estaban a favor de su empresa, y solo se esperaba para manifestarse de manera eficaz un golpe hábil, una acción de audaz resolución. Desembarcó en las costas de Venezuela. Después de derrotar al general Murillo, que quiso impedirle el paso, marchó de triunfo en triunfo hasta la total expulsión de las tropas españolas y la proclamación de la independencia venezolana, celebrada solemnemente en Caracas.

Pero ahí no se detuvo la acción del ilustre venezolano, pues continuó la campaña con vigor y actividad infatigables. Con la célebre victoria de Boyacá conquistó la independencia de Nueva Granada, que unió a Venezuela para formar la república de Colombia, en homenaje al inmortal Colón. Incapaz de descansar en la contemplación de sus éxitos, no perdió el aliento de culminar su empresa. Tendió la mano a los habitantes del alto Perú quienes, ayudados por los colombianos al mando del general Sucre, desafiaron a los españoles en la decisiva batalla de Ayacucho, e hizo proclamar la república de Bolivia. La victoria de Junín sobre los ejércitos españoles significó la consolidación de la independencia de Perú y la ruina definitiva de la potencia colonial española.

La influencia de estos hechos en el régimen político de la península fue innegable. Después de desplegar una energía indomable en rechazar el ascenso de un príncipe francés al trono de los reyes de España y combatir las pretensiones de soberanía de Napoleón I sobre Europa, quien pretendía sustituir las antiguas dinastías por miembros de su familia, las Cortes mostraron que el pueblo español, que resistía la violencia, entendió la grandeza de las ideas surgidas con la revolución de 1789. Prueba de eso es la constitución elaborada en 1812, pero sobrevino el regreso de los Borbones. Derrocado el coloso imperial por la coacción de la Europa monárquica y desaparecido de la escena, Fernando VII quiso subir al trono de sus padres como le correspondía por derecho de nacimiento, sin disminuir sus prerrogativas reales. Al igual que los Borbones de Francia, los de España no tuvieron en cuenta el tiempo transcurrido entre

sus predecesores y la restauración monárquica. No habían aprendido ni olvidado nada.

Sin la emancipación de las colonias de América del Sur del yugo español, la monarquía hubiera podido ser lo suficientemente fuerte como para ahogar las protestas de libertad, pero debilitada por los esfuerzos para evitar la desagregación del imperio, nada pudo contra la oposición, cada vez más determinada y exigente. El apoyo que reclamó de Francia para restablecer sus prerrogativas, en 1823, solo tuvo un resultado exterior y temporal, que después se convirtió contra el mismo principio que se pretendía salvar: arruinar por completo la poca popularidad de Francia en el conjunto legitimista.

Si seguimos con cierta atención todas las peripecias de la historia europea, en la época en que se desarrollaban los hechos, veremos hasta qué punto todo se concatena. Las heroicas acciones de Bolívar en las quebradas o mesetas de la cordillera tenían un eco en las instituciones seculares de Europa que se cundaban la corriente de ideas revolucionarias que, como una avalancha, sacudían las estructuras del antiguo régimen. Por toda América, la palabra república era la que predominaba. Se diría que el Nuevo Mundo sentía la savia del futuro agitarse en las ideas de libertad e igualdad. ¿No son acaso indispensables para el desarrollo de las jóvenes generaciones? Al leer las *Mémoires* del príncipe de Metternich se constata que no se equivocó por completo, en su perspicacia como político, en ver la importancia de las crisis que se producían en América del Sur, al adoptar el ideal del pabellón estrellado, pero él, por su buen sentido y gran profundidad, sabía que no se podía hacer nada por ese lado. La conexión se había interrumpido.

No existen dudas de que en una época precisa los grandes acontecimientos políticos se producen fatalmente, aunque nos opongamos o no. La mente humana, al progresar, lleva a cabo un trabajo interno que remueve a las naciones, las agita y las empuja a sacudidas ineludibles, de las cuales surge una nueva era con instituciones más conformes a la evolución que reclaman los tiempos. Pero estos acontecimientos tienen sus factores, como todas las fuerzas producidas o por producir, y para

evaluar la naturaleza de estos, nada puede ser desdenado. Si tomamos en cuenta la influencia directa de Bolívar en la historia de una buena parte del Nuevo Mundo y de manera indirecta en la política europea, se admitirá que la acción de la república haitiana determinó moral y materialmente en una serie de hechos de importancia, al favorecer la empresa del gran venezolano.

Además de este ejemplo, uno de los más bellos de la república negra para la estima y admiración del mundo, se puede afirmar que la proclamación de la independencia de Haití influyó de manera positiva en la suerte de toda la raza etíope que vivía fuera de África. Al mismo tiempo, cambió el régimen económico y moral de las potencias europeas que poseían colonias y tuvo un peso en la economía interna de todas las naciones americanas que tenían un sistema esclavista.

Desde finales del siglo XVIII se manifestó un movimiento favorable a la abolición de la trata. Wilberforce en Inglaterra y el abate Gregoire en Francia fueron los modelos de estos filántropos, inspirados por un sentimiento de justicia y humanismo ante horrores como el comercio de negros. Raynal profetizó el fin de este régimen bárbaro. Previó el advenimiento de un negro genial que destruiría el edificio colonial y sacaría a su raza del opróbrio y envilecimiento. Pero eran solo palabras elocuentes que emocionaban a las almas elevadas, sin convencer a quienes caracterizaba la incredulidad, la injusticia, el desprecio y la codicia. Cuando se vio a los negros de Santo Domingo realizar con sus propios recursos las profecías que nadie había tomado en consideración, vino la reflexión. Aquellos en que la fe solo pedía hechos para fortalecerse y transformarse en convicción, perseveraron en sus principios; aquellos en que la rapacidad y el orgullo ahogaban toda clarividencia y equidad, fueron sacudidos en su loca seguridad. La inquietud o la esperanza agitaban a unos o fortificaba a otros, según sus inclinaciones.

La conducta de los negros haitianos desmentía por completo la teoría de que el negro era incapaz de toda acción grande y noble, sobre todo de resistir a los hombres de la raza blanca. Grandiosos hechos de armas durante la guerra de independen-

cía demostraron el coraje y valentía de nuestros padres, pero los increíbles aún dudaban. Manifestaban que el hombre de raza etíope, estimulado por el primer disparo, combatió y sintió placer al derrotar a los europeos de la isla, como niños con juguetes nuevos y, por eso mismo, muy atractivos. ¿Quién podía dudar que una vez terminada la guerra, los antiguos esclavos, abandonados a su suerte, no se aterrorizaran por su audacia y acudieran ante sus antiguos capataces para que esposaran sus manos? ¿Podían estos seres inferiores mantener durante dos meses un orden en el que los blancos no tuvieran autoridad? No. Todos se burlaron de la idea de Dessalines y sus compañeros que quisieron crear una patria y gobernarse de forma independiente, sin control externo. No se crea que son simples suposiciones. Se trata de pensamientos expresados en tesis eruditadas, compartidas por lo general en Europa en los primeros tiempos de la independencia de Haití.

De esta forma, los políticos franceses, confiados en estas absurdas teorías que se basaban solo en la desigualdad de las razas humanas, no se desesperaron en retomar la antigua colonia, cuyos ingresos eran una fuente para Francia. En 1814, bajo el gobierno provisional de Luis XVIII, hicieron gestiones tanto con Christophe, en el norte, como con Pétion, en el oeste, para proponerles que la isla volviera a la dominación francesa. Se les ofreció la garantía de una cómoda situación económica y el más alto grado militar en el ejército del rey, propuestas que fueron rechazadas con indignación tan respetable y fuerte como digno y firme fue el aplomo de ambos jefes. La idea y después la aseroría para las gestiones provinieron de Malouet. ¿No aumentan de manera considerable estos hechos el derecho de la pequeña república a tener el respeto universal?

En esos tiempos difíciles Haití demostró de un sentido común e inteligencia en sus actos políticos, que los hombres de buen corazón no tuvieron que reflexionar acerca de las tontas afirmaciones que siempre se hacían de las aptitudes morales e intelectuales de los negros. «En una sola de las Antillas —dice Bory de Saint-Vincent en alusión a Haití— vemos a esos hombres a quienes se llama inferiores por su intelecto, dar pruebas

de una razón que no existe en toda la Península Ibérica y en Italia juntas».¹

Por lo que, la mejor experiencia, la observación más precisa fueron irrefutables. Los políticos más inteligentes, unidos a los filántropos europeos, comprendieron que la esclavitud de los negros estaba condenada para siempre, pues la excusa de la incapacidad congénita del hombre etíope para conducirse como persona libre se negaba en la república negra. Macaulay, en Inglaterra, y el duque de Broglie, en Francia, se pusieron al frente de una nueva liga antiesclavista. En 1831, Richard Hülf, hombre de color, libre, que ocupaba una posición social en Jamaica, fue encargado de visitar Haití y hacer un informe acerca de sus impresiones, y gracias a él se vieron con imparcialidad los rápidos progresos de los hijos de los africanos. Ya algunos años antes, según Malo,² John Owen, ministro protestante que pasó por allí hacia 1820, había señalado el rápido desarrollo de la sociedad y la administración. Estos hechos dieron sus frutos y en 1833 Inglaterra decidió abolir la esclavitud en todas sus colonias. En 1848, por el impulso del valiente y generoso Schoelcher, el gobierno provisional decretó la misma medida que fue inscrita en la constitución de Francia.

Por las citas que hice del discurso de Wendell Phillips, es fácil convencerse de la importancia del ejemplo de Haití a favor de la causa de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos. Ese vasto territorio estaba destinado, a pesar de las apariencias contrarias, a asestar el último golpe a la teoría de la desigualdad de las razas. ¿No comenzaron ya los negros de la gran república federal a desempeñar un papel más destacado en la política de los diferentes estados de la Unión? ¿No es muy posible, antes de 100 años, que un hombre de origen etíope presida el gobierno de Washington y conduzca los asuntos del país más progresista de la Tierra y que de manera infalible se convierta en el más rico y poderoso, debido al desarrollo del trabajo agrícola e

¹ Bory de Saint-Vincent: ob. cit., t. II, p. 63.

² Malo: *Histoire d'Haiti depuis sa découverte jusqu'à 1824*.

industrial? Estas concepciones no serán siempre una utopía. Solo se debe estudiar la creciente importancia de los negros en los asuntos norteamericanos para que desaparezcan las dudas. Hay que recordar, además que la abolición de la esclavitud se produjo hace solo 20 años en los Estados Unidos.

Sin que me acusen de exageración al defender mi tesis, puedo certificar, a pesar de todas las afirmaciones contradictorias, que la raza negra tiene una historia tan positiva e importante como todas las demás razas. Postergada y por mucho tiempo ensombrecida por la engañosa leyenda que hacía de los antiguos egipcios un pueblo de raza blanca, esta historia reaparece en el inicio del siglo, llena de hechos y enseñanzas.

2. EL CORAZÓN DE ÁFRICA

Durante el transcurso de mi demostración he usado lo menos posible las nociones que se tienen de los pueblos de África central y que atenúan de manera considerable los prejuicios acerca del salvajismo de los africanos. Al actuar así, obedezco a un espíritu científico que aprecio por encima de todo. He querido mantenerme en terrenos conocidos y en los que se pueden establecer discusiones serias. Aunque la influencia del clima de África dificulta el desarrollo del hombre negro que aspira a la civilización, incluso en estas condiciones evolucionó de manera apreciable. Para juzgar esto solo hay que tener en cuenta los lugares y elementos que tuvo.

A pesar de los ardores del sol tropical que los fustigaba, los habitantes de África occidental no tenían esa vida animal que con frecuencia era imaginada en la Europa moderna. Su actividad mal orientada no produjo nada que les valiera la admiración de los pueblos civilizados, tan difíciles de asombrar, ¿pero no bastaba con que dieran pruebas para tener esperanza en su futuro? «Desde las alturas de la cultura moderna -expresa Hartmann- nos imaginamos que la vida del indolente negro transcurre estéril y uniforme como un río fangoso. En esas regiones con alta civilización, donde la seudociencia e incluso la

ignorancia encuentran aún espacio, no puede tenerse una idea de la vida singular y restringida, cierto, pero plena de actividad política, religiosa y social de los habitantes de Sudán. Sería conveniente que los psicólogos vinieran a observar».³

Es necesario rebatir mucho todas estas exposiciones semieruiditas que consideran a los negros como personas que solo piensan en la vida material y vegetativa como una bestia. A medida que los viajeros estudiosos y conscientes visitan cada vez en mayor cantidad esta África misteriosa que es aún para nosotros como la esfinge colosal del antiguo Egipto, volvemos de forma insensible a estos errores durante largo tiempo acreditados, y con cuya influencia mantienen las teorías que aquí combató. No solo los negros piensan y actúan como todos los demás hombres, de acuerdo al nivel de instrucción y educación de cada quien, sino que resulta evidente que su existencia no transcurre en una total ausencia del confort indispensable a la vida europea. «Las ciudades habitadas por los negros -expresa Louis Figuiér- pueden confundirse a veces con ciudades europeas. Solo hay una diferencia de grados en su civilización y su industria comparadas con las de Europa. No solo las ciudades propiamente dichas son muy espaciadas en el interior de África, sino que los viajeros señalan siempre nuevos elementos y tal vez el futuro nos revele aspectos de la civilización de África central que no sospechamos».⁴

Son palabras que no se ajustan bien con la opinión que hemos visto expresar a Louis Figuiér acerca de la inferioridad racial de la raza negra. ¿No es acaso la prueba irrefutable de que los eruditos que prestan aún su autoridad a la teoría de la desigualdad de las razas no lo hacen con una convicción razonada? ¿No hay en estas contradicciones flagrantes entre los hechos y la conclusión de los mismos una marca innegable de una convención o prejuicio inveterado que impedía a los etnógrafos y antropólogos proclamar la verdad tal como se presentaba

³ Hartmann: ob. cit., p. 47.

⁴ Louis Figuiér: *Les races humaines*.

ante sus ojos? Nada más evidente. Quienes repiten que los negros eran inferiores a las demás razas humanas, sabían que muchas naciones mongólicas e incluso blancas eran 100 veces más atrasadas que la mayor parte de los pueblos de África central; pero, para comparar las razas, siempre utilizarán a los más salvajes de los africanos en paralelo con los europeos más cultivados y solo juzgarán a partir de estas bases artificiales y falsas. ¿No es esto parecido a las consignas que se pasan de unos a otros y se propagan sin que se les busque el sentido o se cuestione su naturaleza?

Pero la luz se hace; tiene que hacerse. El futuro dirá cuán inútiles han sido todos estos subterfugios destinados a ocultar la realidad. Los hechos son ya tan evidentes que el elemento negro no podría aislarse de la historia contemporánea. Su acción, favorable o perjudicial, pesa de forma ostensible en el balance político de Europa.

Es importante ser paciente y estudiar mejor la evolución de las razas humanas. ¿No ha sido sorprendente encontrar en lo más profundo del continente negro un sinnúmero de aspectos que se creían exclusivos de la civilización europea? ¿No se conocen en la actualidad que las más delicadas industrias, como la fabricación de tejidos y el trabajo de los metales, en los que brilla todo el refinamiento del lujo, son ejercidos allí con un gusto y un talento superiores, a pesar de los medios elementales usados? Es el genio africano, tan distinguido en el antiguo Egipto, el que con toscas herramientas dio forma a las más bellas obras.

La mayor parte de las lenguas africanas, como el hausa y el kanuri se hacen cada vez más flexibles, bellas y, gramaticales, y pronto podrán producir obras literarias destinadas a dar el último golpe a antiguos prejuicios. Mientras tanto, el árabe es cultivado con éxito por estos pueblos llamados salvajes, a los que se les inventa las más repulsivas fantasías.

Terminaré este capítulo y citaré la conclusión de un estudio acerca de la civilización de los pueblos negros realizado por Guillian, que fue comunicado en el Congreso Internacional de Ciencias Etnográficas realizado en París, en 1878. Después de analizar todos los reportes de los viajeros más competen-

tes, como Caillé, Moore, Barthe, Raffanel, y otros, sobre las ciudades, carreteras públicas, industrias y comercio de África, concluyó:

«Estas informaciones son muy incompletas, algunas ni siquiera probadas, pero muestran de manera suficiente que lo que falta a los negros no es ni inteligencia ni actividad, sino más bien cultura y civilización. No hay dudas de que no está lejos el día en que la máxima de los etnógrafos: *Corporè diversi sed mentis lumen fratribus* estará justificada y los hombres de piel negra caminarán a la par de los de piel blanca».⁵

Siento una alegría muy grande al leer estos planteamientos y quisiera citar en toda su extensión el estudio para que sirvan de conclusión. Las ideas de Guillian me hacen feliz sobre todo porque expresan una verdad moral que los desigualitarios, monogenistas y religiosos han desdenado y es que no se puede proclamar la fraternidad universal de los hombres sin proclamar al mismo tiempo su igualdad.

Sí, los hombres pueden diferir por su fisonomía o color, pero son todos hermanos, es decir, iguales por su inteligencia y pensamiento. Ha sido necesaria una gran perversión de la mente, influencias muy poderosas sobre el cerebro del hombre blanco para llevarlo a desconocer esta verdad tan natural que no es necesaria la ciencia para entenderla. ¿Han existido siempre estas influencias? ¿Las que ya hemos estudiado han sido las únicas que han inculcado el prejuicio en los pueblos de raza blanca acerca de la desigualdad de las razas? Son cuestiones que merecen ser aclaradas. Demostrando la forma artificial, las falsas creencias que han propiciado la infiltración de este prejuicio en las inteligencias es que tendremos la oportunidad de extirparlo de las mentes. Por este medio lograremos disminuir las pretensiones de una ciencia incompleta, mal hecha, que continúa de manera inconsciente, y acredita los más penosos errores con afirmaciones tan confusas como perversas.

⁵ *Congrès internat...*, p. 245.

de una ciencia que se encuentra aún en estado inicial, pero cuyo futuro es definitivamente respetable.

Pero la antropología, que es impotente para indicarnos las delimitaciones precisas que separan a un grupo humano de otro, ¿estará mejor preparada para la solución de una cuestión mucho más compleja y ardua? ¿Será en su nombre que se pronunciará dogmáticamente la ineptitud congénita e irremediable de la mayor parte de estos mismos grupos para igualar a otros? ¿Pueden determinarse las características específicas antes de determinar la especie? Por lógica, eso parece absolutamente imposible. La escolástica, que no merece siempre el desprecio sistemático que le merece al vulgo ignorante, demostraría con evidencia que el ser debe anteceder a la manera de ser. *Modus essendi sequitur esse*, decía la escuela. Pero los investigadores, cuya dialéctica es tan rigurosa cuando tienen que defender sus opiniones contra las teorías opuestas, no se molestan por tan poco.

Veamos cómo tratan, en la oscuridad de la ciencia —*in loco d'ogni luce muto*— de encontrar el medio para medir y comparar las características más profundamente ocultas en la naturaleza humana, como la inteligencia y la moralidad, las únicas que hacen a los hombres verdaderamente superiores unos a los otros.

La noción de una jerarquía de las razas humanas, que es una de las creaciones teóricas de los tiempos modernos o más bien del presente siglo, será sin dudas algún día la mayor prueba de la imperfección de la mente humana, y sobre todo de la raza orgullosa que la erigió en teoría científica. Sin embargo, merece la pena ser estudiada, de modo que pedimos al lector que reanime sus agotadas fuerzas debido al largo examen de nociones tan variadas y contradictorias como las expuestas hasta ahora, para seguimos en la parte de esta obra que constituye más especialmente el objetivo de nuestras investigaciones y el punto principal de nuestra demostración.

CAPÍTULO VI

JERARQUIZACIÓN ARTIFICIAL DE LAS RAZAS HUMANAS

Al mantener la unidad de la especie humana, rechazamos como consecuencia necesaria la distinción desoladora entre razas superiores e inferiores.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

1. TEORÍA DE LA DESIGUALDAD Y SUS CONSECUENCIAS LÓGICAS

Aunque Gobineau,¹ hombre de gran erudición, pero de poco entendimiento y carente de lógica, haya pretendido que «la idea de una desigualdad congénita, original, definida y permanente entre las razas es una de las opiniones más antiguamente extendidas y adoptadas en el mundo», ninguno de los que ha estudiado la historia podría admitir esta afirmación. Tal vez se observe una mente llena de egoísmo y orgullo que ha llevado siempre a los pueblos civilizados a creerse superiores a las naciones que los rodean, pero puede afirmarse que no ha habido nunca la menor relación entre este sentimiento, consecuencia de un patriotismo estrecho pero muy respetable y de una idea positiva de jerarquía establecida entre las razas humanas.

Así, desde la más remota antigüedad, se ve a los egipcios designar a las naciones de raza blanca que les eran conocidas por la expresión de «raza maldita de Schet» o «plaga de Schet».²

¹ Gobineau: *De l'inégalité des races humaines*, p. 35.

² Beauregard: *Des divinités égyptiennes*.

LAS COMPARACIONES

Para el caso por ejemplo, como para muchos salajes de nuestros días, comer y no ser comido fue la principal durante mucho tiempo

LYELL.

En la humanidad, por doquier parece haber existido un período de antropofagia seguido de otro de esclavitud, seguido este de otro de servilismo.

CLAVEL.

1. PRIMERAS CAUSAS DE ERROR

Toda ciencia sufre siempre la influencia del tiempo y del medio en el que ha sido construida no porque la verdad científica dependa de un accidente o de circunstancias, sino porque las ciencias se basan en un conjunto de hechos ya estudiados y de los cuales se extraen los primeros elementos de generalización que se transforman después en leyes cuando se comprueban lo suficiente sus resultados. Estos hechos pueden haber sido mal estudiados, o los elementos de generalización ser insuficientes, analizados mal. Así, la ciencia se constituye sobre bases inestables, no reales, y el error da una fuerza tal que se convierte durante mucho tiempo en un obstáculo.

La ciencia solo sale a la luz al precio de mil trabajos y exige una consagración que puede llegar al martirio. Podemos citar el ejemplo de las primeras generalizaciones a las que se enfrentó la ciencia astronómica en su período inicial, y cuyo error sobre el movimiento diurno alejó durante mucho tiempo las inducciones de la mecánica celeste, convertidas en las leyes de Kepler y Newton. No es que Tolomeo, cuando formuló su siste-

en las naciones de raza blanca. Son hábitos que abandonan fácilmente y es el efecto de un esfuerzo inspirado por las ideas civilizadoras que en la actualidad germinan en sus cerebros.

Cada vez más la verdad se hace visible. Hacia dondequiera que miremos con el objetivo de descubrir defectos y vicios en la raza negra que no se hayan visto en la raza blanca, los hechos demuestran que los hijos del etíope no han practicado nada que no lo haya practicado también el caucasiato en todas las rarezas y variaciones de su linaje. ¿Cómo sostener lo contrario? Resulta vano que quienes sostienen la desigualdad de las razas humanas traten de ocultar las grandes verdades de la historia detras de un montón de sofismas para establecer su paradoja. La erudición de la cual abusan no rechaza estas armas a quien las reclama para defender el derecho y la justicia eternos. Quiérase o no, el siglo XIX no terminará sin que la igualdad de las razas humanas sea una verdad consagrada por la ciencia, tan inobjetable como todas las grandes verdades de orden moral y material que hacen de nuestra época la más brillante de la humanidad en su evolución. Es mi convicción y cada nuevo hecho lo confirma. Continuaré, sin cansarme jamás, esta relación que dando, que no hay nada mas sagrado al hombre que el honor y la reputación de la raza a la que pertenece.

Sé que la raza negra no es solo acusada de inmoralidad o supersticiosa, también se le considera cruel y sanguinaria por temperamento. Se habla de su canibalismo como uno de los rasgos que la distinguen de los hombres blancos. Sin negar algunos hechos exagerados por ignorantes o personas de mala fe, es necesario saber si los negros son tan crueles y feroces como no se pueda encontrar igual en otras razas humanas. La tarea no será difícil.

Ahí está la historia para repetir la verdad a quienes la olvidan o la ignoran. Lo que han creado los hombres blancos como tortura para martirizar a sus congéneres en épocas de fanatismo político o religioso, es un tema que horroriza solo de pensarlo. Las páginas de la Inquisición ofrecen recuerdos tan negros y de crueldad tan refinada que permanecen en nuestro cerebro como

pesadillas. Solo en la guerra contra los albigenses hubo tal ferocidad como no se podrá encontrar en los anales de los pueblos negros. Nadie puede ignorar la perversidad y el temperamento friamente sanguinario de Simon de Montfort o Torquemada, que no fueron una excepción en la época en la cual vivieron.

En las relaciones de los europeos con los hombres de otras razas, sobre todo con los negros, no hay nada tan horrible ni bárbaro. La historia de la trata está llena de páginas sangrientas en las cuales los crímenes de todo tipo son tan frecuentes que a los dueños de esclavos se les ve como poseídos de cruel locura. Algunas veces, solo por el placer de matar es que los europeos asesinan a otros hombres a los que llamaban salvajes. «En Florida —dice De Quatrefages—, una de las islas Salomón, un bergantín se detuvo a cierta distancia de la costa. Un bote lleno de nativos se aproximó y una maniobra al parecer accidental lo hizo zozobrar. Las chalupas se hicieron inmediatamente a la mar como para auxiliar a los naufragos, pero los espectadores situados en los arrecifes o en otros botes vieron a los marinos europeos agarrar a los desdichados y cortarles la cabeza con un largo cuchillo junto a las chalupas; volvieron al bergantín una vez terminado el trabajo, para dirigirse de inmediato hacia altamar».¹⁸

Nunca he podido leer este fragmento sin sentir horror. Ante tales crímenes, pareciera que el espíritu humano se pierde. No quisiéramos creer en la veracidad del escritor, sintamos la necesidad de protestar de manera airada, pero la palabra se me ahoga en el pecho.

Que vengan a hablarme después de la crueldad de los negros. No responderé, pero no por falta de argumentos. Sin embargo, esto no es todo. La gran acusación contra la moral del salvaje etíope no es esta crueldad en la que se mata a los hombres para abandonar sus miembros a la voracidad de los depredadores acuáticos o terrestres, sino en el hecho horrible de matar a su semejante para regalarse con su carne.

¹⁸ De Quatrefages: *L'Espece humaine*.

cubrieron restos de osamentas humanas contadas como las de los animales, para comer la médula. Se ha encontrado incluso el utensilio utilizado para extraer este plato favorito. Se trata de una cuchara larga y estrecha de madera muy bien adaptada para ese uso. Las excavaciones realizadas en Escocia, Bélgica e Italia no dejan dudas acerca de los hábitos antropofágicos de los hombres de la edad de piedra.²¹

La antropofagia subsistió en las costumbres europeas mucho más tiempo de lo que se suele creer. Muchos años después de que las principales regiones de Europa entraran en la fase final de la civilización, aparecen casos aislados aquí o allá, para demostrar que los apetitos antropofágicos no desaparecieron del todo en los hábitos de los pueblos blancos.

Esto se explica por el hecho de que hasta una época muy avanzada de la historia europea, la institución de la policía, que conocida y practicada desde Carthago y nunca fue aplicada de manera metódica y seria. Solo adquirió importancia regular a partir de la consolidación del poder real en Francia, después de la caída del feudalismo, instaurada desde Luis VI hasta Luis XIV. La policía francesa es la más antigua en Europa. Ahora bien, cuando una costumbre se ha arraigado y conservado durante un largo período en una raza o nación, solo una institución puede refrenar o modificar los hábitos que provocara, fuera de la educación intelectual y moral, y es la vigilancia policial.

Sin policía, sin instrucción, con los principios del cristianismo como única forma de moralización, pero demasiado elevados para actuar en la mente del vulgo, era comprensible que las inclinaciones hereditarias hayan persistido de forma oculta y durante siglos en estas poblaciones olvidadas, ignorantes y miserables que formaban la inmensa mayoría de los países de Europa. No hay más que recordar la creencia de los hombres lobos, antiguamente extendida por toda Europa y conservada hasta nuestros tiempos entre los campesinos, en especial, en Saintonge, Bretaña, Limousin y Auvernia, en Francia. Aunque

la licantrópia sea atribuida a una enfermedad mental, estos fenómenos anormales abundaban en la Edad Media. Basta conocer los antecedentes sociológicos de las poblaciones en que se manifestaron para solo ver aberraciones morales como resultados de impulsos atávicos, que actuaban aun en el temperamento moral del europeo que no estaba civilizado del todo.

Por otra parte, el estudio experimental de las enfermedades mentales llega a esta conclusión: los llamados locos son las víctimas de una lesión orgánica del encéfalo. Estos cerebros, afectados como de una especie de paralización del desarrollo o de una perturbación de sus centros fundamentales, son incapaces de adaptarse al modo de existencia admitido, por lo general, en su alrededor. En el abismo insondable que presenta aún para la ciencia la naturaleza de las leyes del desarrollo de los centros nerviosos encefálicos, nada impide que las más curiosas aberraciones sean la fiel representación de un estado psíquico antes normal, común, adaptable a otros tiempos y a otras costumbres diferentes a las nuestras.

La hipótesis parecerá aún más probable si quienes se ocupan de la historia de las neurosis saben, de forma cierta, que se ven muchos menos tipos de locura en un grupo de hombres mientras más próximo se encuentra al estado salvaje. A medida que la evolución social pasa por las variadas etapas de la civilización, y cuando se producen diferenciaciones morales cada vez más pronunciadas, es que vemos multiplicarse las enfermedades mentales que se diversifican hasta el exceso. ¿No es acaso razonable que la ciencia del futuro logre crear una clasificación de las neurosis, basada en las evoluciones sociológicas y morales de la especie humana, y estudie los caracteres atávicos en los que la locura es con frecuencia la reproducción anormal? Interpretado esto así, que los hombres lobos hayan sido maníacos o no, sus casos no presentarían menos que las formas aberrantes de la antropofagia de la edad de piedra. La causa del horror y el temor que inspiraba su solo nombre era que, según la tradición que ha conservado la creencia popular, secuestraban a los niños y los devoraban, como verdaderos lobos.

²¹ Saffray: *Histoire de l'homme*, París, 1881, p. 111.

todomo, rey de los mesenios, fue sacrificada por orden del oráculo a fin de que los dioses se decidieran a favor de su pueblo. La historia de Ifigenia es aún más célebre. Según algunos eruditos, hubiera sido inmolada en dos ocasiones, una vez en Aulide y otra en Táuride, cuando la aparición de Diana, primero, y después la de Orestes, la salvaron de una muerte segura. Según la versión de Lucrecio, fue degollada en el altar de Diana por la élite de los guerreros griegos.

Aulide quo pacto Trivial virginis aram

Iphianassai turparunt sanguine foede

*Ductores Danaum delicti, prima virorum.*²⁴

El poeta atribuye solo a la superstición esta horrible y petrificante costumbre, pero es más que probable que antes de consagrar a los dioses estas víctimas humanas a las cuales se concedían con posterioridad los honores de la sepultura, se hiciera una verdadera *hostia* que los asistentes compartían y devoraban, creyendo realizar una obra meritoria, aún más pues la víctima era la mayoría de las veces un prisionero de guerra, un enemigo (*hostis*).

Sir John Lubbock reporta numerosos casos en que los sacrificios humanos fueron practicados en las épocas más avanzadas de la civilización romana: «En el año 46 antes de Cristo, César sacrifica dos soldados en el altar erigido en el Campo de Marte. Augusto sacrifica a una joven llamada Gregoria. Trajano, cuando fue reconstruida la ciudad de Antioquía, sacrifica a Calíope y coloca su estatua en el teatro. Bajo el imperio de Cómodo, Caracalla, Heliogábalo y otros, los sacrificios humanos parecen haber sido bastante comunes».²⁵ Del pueblo romano a los bárbaros de la Edad Media se encuentran siempre las mismas prácticas en la raza blanca. «En la Europa septentrional —dice el mismo autor— los sacrificios humanos eran comunes. El yarl de los Orkneys sacrificó al hijo del rey de Noruega en honor a Odín en el año 873. En 993, Hakon, yarl, ofreció en sacrificio a su hijo

a los dioses. Donald, rey de Suecia, fue ofrecido en sacrificio a Odín y quemado por su pueblo después de una terrible hambruna. En Uvæda había un célebre templo y un tesoro ocular ase- guró a Adam de Brene haber visto los cadáveres de 72 víctimas».

¿Por qué ignorar hechos tan significativos cuando se pretende hablar de los instintos supersticiosos y sanguinarios de las razas que no han rotto aún con las costumbres salvajes, que los hombres cultivados tienen tantos motivos para aborrecer? ¿No sería más leal y más correcto considerar las cosas de forma general? ¿No habría que dominarlas con un espíritu en verdad filosófico que solo repuebe las inferioridades y vicios de las naciones incultas, y reconozcan que los más avanzados atravesaron las mismas etapas fueron feroces y viciosos antes de evolucionar hacia una existencia mejor, más noble y más decente? Esta sería una forma mucho más lógica de enfrentar los hechos.

Con seguridad, este lleno de consuelo y esperanza a quienes están aún en los estadios inferiores de la civilización. Es, además, una lección que los indios del camino a seguir y les hace ver que todas las razas —blancas, negras o amarillas— han estado sumidas en el crimen y la superstición antes de alcanzar un grado superior de desarrollo social.

Las razas humanas, ya sean blancas o negras, son iguales entre ellas. Ninguna ha recibido de la naturaleza un organismo superior a los otros esenciales que no hayan sido concedidos a las otras. Todas las diferencias posibles de observar desde el punto de vista intelectual o moral son diferencias accidentales y no constitutivas, pasajeras y no permanentes. El deber de las que están aún atrasadas es esforzarse por alcanzar el progreso de las demás, sin vacilación o desaliento. Las mismas leyes que han servido a los pueblos civilizados para avanzar hacia la luz y la perfección son las que conducirán a los pueblos atrasados por el camino de la civilización y realización de sus sueños de gloria y engrandecimiento.

Surge ahora la pregunta de cómo dar pruebas de que la raza negra, al igual que la blanca, alcanzará algún día esas cumbres del espíritu y el poder material donde reina hoy el genio europeo con fuertes destellos. Nadie puede responder esto con

²⁴ Lucrecio: *De natura rerum*, libro I, vols. 78-80.

²⁵ John Lubbock: ob. cit., p. 364.